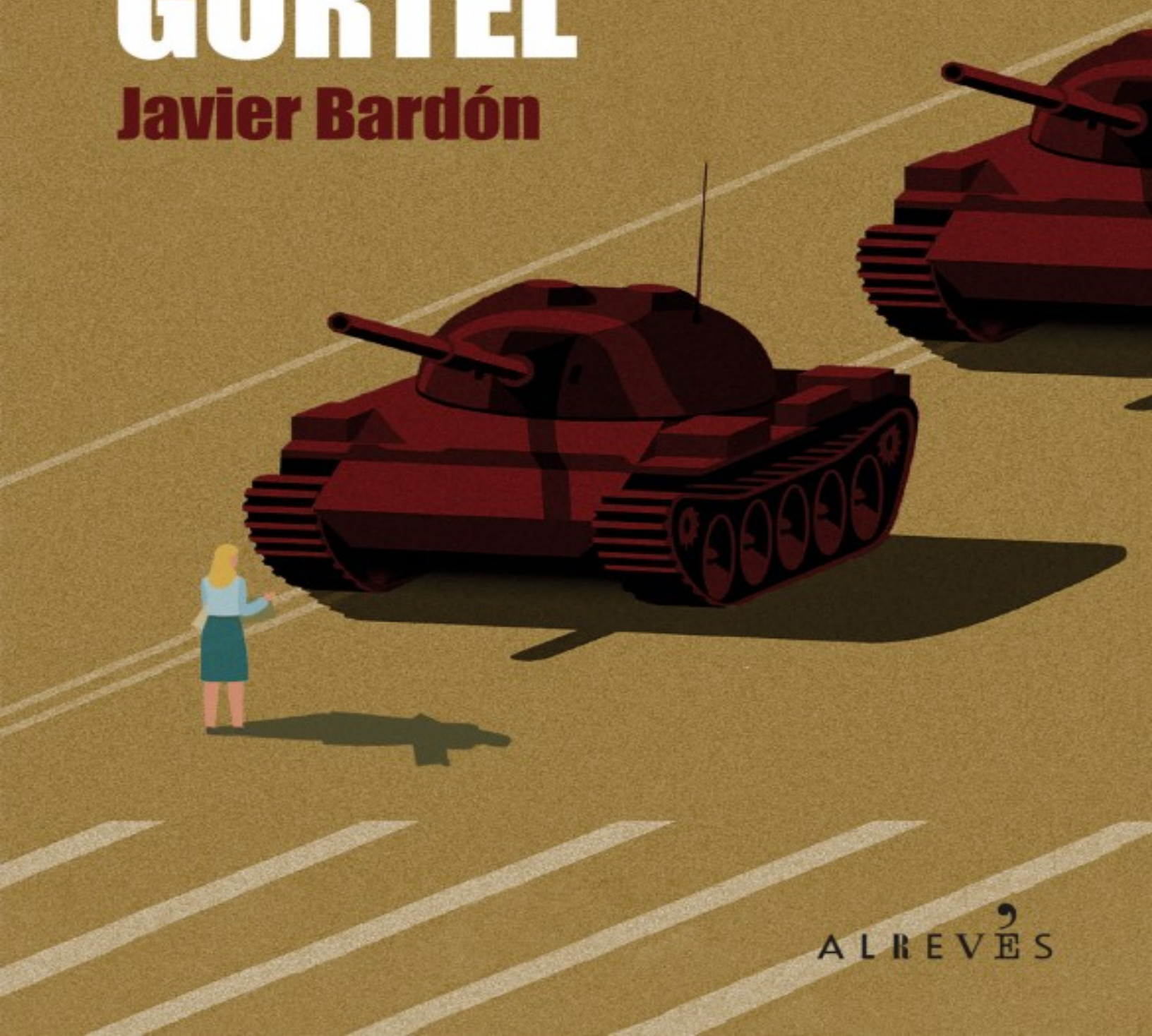
ANA CONTRA GÜRTEL

Javier Bardón



ALREVÉS

Javier Bardo

Profesor. Psicólogo. Peatón. Pluscafeteador. Polícromo, palíndromo, palimpsesto. Políticamente perplejo. ¿Paleoliberal? Puntual. Pagano. Precito. Procaz (menos de lo que le gustaría). Etcétera.

Ana contra Gürtel

¿Cómo se corrompe una persona? ¿Y una organización? ¿Hasta qué punto puede alguien resistirse cuando todos a su alrededor sucumben a la tentación de meter la mano en la caja?

#AnaContraGürtel es una novela basada en hechos rigurosamente reales. Narra la historia de una mujer, la primera denunciante de la trama Gürtel, que fue testigo de cómo el dinero entraba a espuertas en una ciudad al oeste de Madrid, fruto de la especulación inmobiliaria, y de cómo, poco a poco, la gente se iba enredando en las pegajosas redes de la corrupción. En vez de dejarse arrastrar, o mirar hacia otro lado, decidió denunciarlo.

El final no es ni bonito ni aleccionador: lo perdió todo menos, tal vez, su dignidad.

Esta no es solo la historia de uno de los casos de corrupción institucional más famosos de los últimos años, ni siquiera la de un ayuntamiento o un partido concreto, porque el delito, la degradación moral y el abuso de poder no entienden de siglas. Es un relato de cómo la corrupción nace y se extiende como un cáncer. Narrada magistralmente en primera persona, con agudeza e ironía, y esos destellos tan propios de lo español: el esperpento, el absurdo, la picaresca y, sí, también lo cutre.

Una de las preguntas que plantea el libro es: ¿es sistémica la corrupción?, ¿forma parte de nuestro acervo cultural? Y… la más importante de todas: ¿qué habrías hecho tú en su lugar?

Ana contra Gürtel



Ana contra Gürtel

JAVIER BARDÓN

ALREVÉS
BARCELONA-2025

Primera edición: septiembre de 2025

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
C/ de la Perla, 22
08012 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© 2025, Javier Bardón
© de la presente edición, 2025, Editorial Alrevés, S.L.

ISBN: 978-84-10455-44-3
Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

A mi padre
A los valientes, vanguardia de un ejército de soñadores

NOTA DEL AUTOR

Este libro es una obra de ficción inspirada en acontecimientos políticos reales. Aunque se mencionan hechos y contextos históricos verídicos, personajes, situaciones y diálogos han sido ficcionados o modificados con fines narrativos. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es meramente coincidente o usada con fines literarios.

Las opiniones expresadas en esta obra no reflejan necesariamente las del autor.

CAPÍTULO I
Paso Canoas

Centinelas de la patria.
El Servicio Nacional de Fronteras vela por su seguridad
y el bienestar de la nación.
¡Dios! ¡Patria! ¡Orden!

Atrapada entre dos mulas de unos doce metros de largo, con unas intimidantes cabezas tractoras, la mujer del Toyota azul rebasa el cartel de carretera que anuncia la inminente llegada a Paso Canoas. La fila de vehículos avanza y para, avanza y para, arañando unos pocos metros a cada embate. Algunos camioneros, impacientes, salen de las cabinas para estimar la distancia con el paso fronterizo, punto de fuga de las mercancías que luego se distribuirán capilarmente por toda Centroamérica. La mujer se apea a estirar las piernas y a secar, con la brisa tenue, la película de sudor que le cubre la piel. Es diciembre. El calor y la humedad aplatanan, oprimen la respiración, irritan. Para colmo, al vehículo no le funciona el aire acondicionado. En realidad, nunca le funcionó bien del todo, desde que lo comprara, de segunda mano, en un tugurio a las afueras de San José. Un camionero descamisado y entrado en años asoma el torso desnudo por la ventanilla de su mula y grita:

—Señora, se ve como hecha leña. ¿Dónde va a dormir hoy?

Ella le devuelve una mirada displicente y se mete en el coche. Saca el pasaporte de la guantera y lo deja en el asiento del copiloto, junto a un paquete de Marlboro y una mochila donde guarda un móvil, un neceser sin maquillaje, dos mudas, varios táperes, un libro que no leerá. Coge el móvil, enciende un cigarrillo y selecciona el último número del historial de llamadas.

—¿Chamo?

—¡Aló! ¿Quién habla?

—Soy la amiga de Danny, de Quepos. Hablamos ayer por la noche.

—Ah, sí, sí. Decime.

—Estoy llegando.

—¡Tuanis! Escucha, cuando parqueés el carro, venite directa pa la fila de migración. Me buscás allá, estoy con una *t-shirt* verde neón y una gorra con la paleta pa'trás.

A medio kilómetro de la frontera, la mujer gira noventa grados y toma un camino polvoriento que da a una explanada donde están aparcados varias docenas de coches y algunas mulas. A la salida, un viejo de piel café y sombrero de paja, amodorrado en una silla de tijera, le entrega un tique de papel con una fecha anotada a mano.

—Diez rojos por día. Lo abona al recoger el carro.

Luego regresa a la avenida principal, la Panamericana del Sur, y camina por un arcén mínimo, invadido de puestos ambulantes, hacia una especie de pabellón, con losetas azules, rojas y blancas, que se alza imponente entre colmados, almacenes y casas bajas. En uno de los tenderetes, compra una bolsa de mango verde con sal y paga con un billete de veinte dólares.

—¿No tenés más menudo?

Niega con la cabeza. En realidad, necesita algo más menudo para pagarle al conseguidor. La mujer del puesto silba a un grupo de chavales al otro lado de la carretera y les muestra el billete. Al minuto, uno de ellos aparece con el cambio en dólares.

—Aquí está su vuelto. Pura vida y ¡feliz Navidad!

Paso Canoas, la frontera entre Costa Rica y Panamá, es un lugar inefable, un ecosistema cuasi alienígena, por el que hormiguean migrantes, solos o en familia, cambistas, agentes de aduana, cajeros de la Western Union, mozos de carga, policías con

metralleta, vigilantes, camioneros, gasolineros, taxistas, fritadoras, buhoneros y demás buscavidas organizados según unas reglas herméticas para el visitante ocasional. No para el *Chamo* Pereira, que brega a diario en la cola de extranjería y tiene el ojo fino para organizar el género por tipología de migrante: con plata, limpios, muerticos de hambre. Cuando distingue a la mujer, sale a su encuentro con un silbato colgado del cuello y la camiseta empapada de sudor. Por detrás, le sigue un grupo de jóvenes con pinta de gringos. Intercambian unas palabras y ella le desliza el pasaporte por lo bajini.

—Oíme. —El hombre se chupa el dedo gordo y, con una mano, pasa ruidosamente las hojas de la libreta para curiosear los sellos. Luego se detiene en la primera página—. Así que Ana Garrido Ramos…, natural de Málaga…, 1966…, o sea, cuarenta y poco de años, ¿verdad? Muy bien. Decime, ¿y por qué anda una española haciéndose un *border run* el 20 de diciembre? ¿No celebra la Navidad con su maridito?

—¿Qué pasa, que a las solteras les haces descuento? —La voz de la mujer, áspera, ronca, atabacada, trunca un potencial compadreo.

—Obvio.

—Entonces cóbrame el servicio completo.

—Pura vida, dama, full extras. —Le tiende un billete de cinco dólares que el hombre pinza al vuelo—. Se salvó por unos días; pa'l otro año subo la tarifa. Fíjese cómo está esto: venezolanos por todas partes. Yo digo, ese Chávez es el puritico demonio. Conmigo se ahorra cuatro o cinco horas de espera y ¡el tufo! —Agria el gesto mientras sacude una mano por delante de la nariz. Luego, volviéndose al grupo, pita fuerte el silbato y grita—: *Everybody! Follow the lider, lider, lider*…Sígueme.

Es cierto que huele mal; a sudor acidulado, fritura y tal vez orín. Es la gente que suda; por el calor, por la vida. Gente desbordando

el espacio de la oficina, sentada en las escaleras de acceso, durmiendo a la intemperie en un campamento improvisado detrás del edificio de la Dirección General de Extranjería.

La mujer se suma al grupo de turistas que sigue al Chamo por entre la turba. En una oficina colindante, rellenan un formulario, abonan el impuesto de salida y regresan al pabellón de migración.

—*Everybody stop here. Me coming back*.

El hombre acomoda al grupo en un espacio menos concurrido, intercambia unos gestos con un funcionario de aduanas y se dirige al único mostrador que da a la calle, cuya pletina reza: «Salida del país: ventanilla exprés». La española intenta no perder contacto visual con el portador de su documentación. A los gringos, sin embargo, no parece importarles. Sudorosos, charlan animadamente en un corrillo del que ella queda al margen. Al rato, el Chamo vuelve sonriente y los conduce hacia la ventanilla exprés, donde firman unos papeles y reciben el pasaporte con el matasellos de salida del país.

—*You see? Easy japanese. Save you four hours or more!* —Distribuye unas tarjetas de visita en las que aparece su foto en blanco y negro mientras grita—: *Happy Christmas everybody and please recommend me to your friends!*

En el endeble cartón, con la tinta corrida por la humedad, se lee: «Chamo Pereira, Gestor de Aduanas / Customs Manager. Confía en el líder / *Trust our amazing professional services*».

Como carece de permiso de residencia, Ana debe cruzar la frontera cada tres meses. Es su cuarto *border run*, y el más rápido, aunque la experiencia con el facilitador le irrita. Ya tuvo sus dudas cuando Danny le pasó el contacto. En parte por la pasta —con cinco dólares come casi dos días—, porque los tejemanejes la incomodan y porque, a fin de cuentas, por muchas horas que se ahorre en la aduana, los tres días de aislamiento no se los quita nadie.

Antes de cruzar a suelo panameño, para evitar que le cobren el *roaming*, guarda cuidadosamente la tarjeta SIM en la cartera, preguntándose por qué narices las harán tan pequeñas. Después se dirige al Chachagua Inn, el albergue más barato que ha podido encontrar, a razón de veinte dólares la noche, desayuno incluido. La habitación que le asignan es amplia, previsiblemente austera y muy del gusto caribeño: el envés de la puerta vinilado con un tucán, un camastro con sábanas verdes, un ventilador desconchado por la humedad, una mesa, una silla. Por ser fechas señaladas, de las paredes cuelgan tiras de espumillón rojo y han dejado un nacimiento/caja de música sobre la mesa. Nada que ver, obviamente, con la exquisita decoración del hotel donde trabaja, pero mejor de lo esperado. Si bien la profusión de arañas y mosquitos se antoja inevitable, al menos no hay pelos en la almohada ni agujeros por los que se entrevea el colchón, como la última vez. Deja la mochila sobre la mesa y saca un táper con patacones y unas tortillas. Come acompañada de las figuritas del belén y el sonsonete de un villancico enlatado. Luego se echa a la cama a fumar.

A ratos consigue dejar la mente en blanco, fijando la atención en los detalles pequeños: el centelleo fugaz del ascua, el chisporroteo de las brasas al contacto con el agua y la estela amarilla que deja la ceniza al precipitarse al fondo del vaso-cenicero. A ratos no lo logra, y los pensamientos entran y salen de su cabeza. No se molesta en pararlos, deja que se entrelacen y se disipen como el humo del tabaco, revueltos, inestables, anárquicos: las celebraciones navideñas en casa de Danny, la pobre Vilma, su perra, que la estará echando de menos, la insoportable situación familiar de la otra Vilma, su amiga, el cierre de año en el Tulemar, Íñigo Arteaga, al que hace meses que no visita, el olor particular del cuerpo broncíneo y sudoroso de Mogli. La bruma deja una pregunta en el aire: ¿y si se quedara en Costa Rica ahora

que en el hotel están dispuestos a tramitarle la visa de trabajo? La idea, por novedosa, la turba.

Una pareja follando entre frases delirantes, al otro lado de la presunta pared, la saca del ensimismamiento. Debe darse prisa, son las cuatro de la tarde y pronto anochecerá. Se ducha y se pone un vestido de algodón, holgado, acuamarino, muy distinto de los tops y minifaldas estridentes, sintéticas, amorcilladas, con las que visten muchas mujeres allá.

A media tarde, las apenas dos o tres calles en ese lado de la frontera se llenan de gente anticipando las compras de Navidad. El menor gravamen panameño permite ahorrar unos dólares. Como no hay aceras, por el asfalto transitan perros, vendedores ambulantes, peatones, motocicletas, autobuses en ruidoso caos. Los comercios y almacenes le recuerdan a las tiendas de decomisos de los años ochenta en Madrid, con sus verjas metálicas y sus escaparates desleídos, rebosantes de artículos. Allí se vende de todo, especialmente aquello que no excede de diez dólares: pequeños electrodomésticos, carcasas para móviles, ropa falsificada, juguetes, bisutería, accesorios para el coche.

Ana pasa la tarde examinando artículos y precios, que se repiten una y otra vez. En realidad, bastaría con un gran almacén o una tienda por categoría de producto, en vez de una docena. Cada vez que cruza la frontera, la gente aprovecha para encargarle cosas, alcohol y tabaco, sobre todo. Una de las *maids* del hotel le ha pedido también ropa de niño y Danny un par de camisetas de Nike. A Danny le gusta vestir con camisetas originales de Nike; allí son un símbolo de estatus. Ella querría regalarle una de la selección española, de moda después del Mundial de Sudáfrica, pero no tiene tanto dinero. Un día, cuando vuelva a España, se la comprará.

A medida que anochece, la calle se transforma: puestos ambulantes, mujeres, niños y viejos son sustituidos por hombres,

solitarios o en pandilla, coches con lunas tintadas. El tumulto y la gritadera ceden ante un silencio tenso, rasgado ocasionalmente por neumáticos sobreacelerados, sirenas, aullidos de dolor o placer y reclamos comerciales; la rabiosa luz ecuatorial deviene en una penumbra sin alumbrado, con centelleos intermitentes de vehículos, locales de comida rápida, neones de algún club. Ana se muere por tomar algo, escuchar música, tal vez charlar con alguien, dejar que corran las horas, pero sabe que la noche no le conviene a una mujer sola. Con la espuela del deseo reprimido, se le ocurre llamar al Chamo, idea que desecha al punto, pero que le da la medida de su desesperación. Resignada, regresa al hostal. Quizá allí le sirvan una Imperial antes de dormir.

El martes y el miércoles son gemelos y soporíferos. A primera hora, en el comedor del Bed & Breakfast, se juntan varias personas, pocas, solas. Se oye una radio, unos ventiladores mareando el aire, una puerta batiente por la que entra y sale una camarera con gorro de Papá Noel, cucharillas tintineando tazas o rebañando platos. Ana desayuna despacio, con más pereza que hambre, un gallopinto, piña troceada, café aguado. Escucha el parte de las siete: el Festival de la Luz atrajo a miles de visitantes a San José; el Gobierno enviará más policías a la frontera con Nicaragua; una ministra ocultó ingresos a la Hacienda. Nada demasiado diferente a lo que pudiera estar escuchando en su país cualquier otro día. Cualquier otro salvo ese, porque ese día, en España, lo monopoliza la lotería.

No tiene que hacer un gran esfuerzo para recrearlo en su cabeza. En la concejalía alguien sintonizaría la radio y ella, parapetada con un café tras el ordenador, oiría la cantinela narcótica de los niños de San Ildefonso y, más tarde, a los premiados descorchando el cava y anunciando que usarán el dinero para tapar agujeros. Al considerarse oficiosamente el último día laborable del año, recibiría *christmas* de usuarios y proveedores,

se pasaría por el antiguo ayuntamiento a recoger la cesta de Navidad, saldría a tomar la copa con las compañeras, incluso con aquellas que se lleva recíprocamente mal, invitadas por el concejal de turno. Al menos allí se ahorra todo ese paripé: sonreír, saludar, brindar, fingir que te importa lo que te cuenten.

De un tiempo a esta parte, las Navidades, que otrora asociara a momentos felices —cenas en casa de su tía Loli, juegos de mesa con primos y sobrinos, las cabalgatas de Reyes, donde solía hacer de paje—, se le hacen bola. En las pasadas, las primeras en Costa Rica, su sobrina le contó que habían dejado un plato vacío en la mesa para recordarla. Tuvo que esconderse en Proveeduría de la llorera que le entró. Las anteriores, el viaje absurdo a Canarias con la familia de Hugo, su expareja, y hace tres años, todo el lío en el Ayuntamiento. ¡Tres años ya de aquella pesadilla!

La psicóloga que la trató durante los meses de baja, por un cuadro ansioso depresivo, le explicó que esa concatenación de desgracias, ese continuo estar en el lugar equivocado, le había provocado una crisis de indefensión. Si no había llegado a más, era gracias a su carácter, pero debía retomar cuanto antes las riendas de su vida, recuperar su sentido de agencia. Esa expresión, «sentido de agencia», se le quedó grabada. Aunque la narrativa resultaba tentadora, era incapaz de creérsela del todo, y eso le minaba el ánimo, pues, por más que se empeñara, en el fondo, no conseguía atribuir sus problemas a la mala suerte, sino, precisamente, a su propio carácter —desde pequeña, su madre siempre le había dicho que era incapaz de callarse la boca—. No obstante, en algo sí le daba la razón a la terapeuta: había perdido por completo el control sobre su vida. Mudarse al otro lado del mundo le pareció una manera rotunda de recuperarlo.

Pasados los días de destierro, Ana, con la mochila a la espalda y cargada de bolsas, cruza de nuevo la frontera y, por la Panamericana del Sur, esta vez en sentido norte, desanda el

camino hasta la explanada que hace las veces de parking y paga con un billete de cinco mil colones al vigilante, que parece no haberse movido del sitio. En el coche, al introducir la tarjeta, el teléfono se vuelve loco con el cúmulo de mensajes y llamadas perdidas. Uno de los SMS es de Danny:

> Macha tu viejo te anduvo buscando estos días. Le solte que venis para la nochebuena. Dise que le des urgente un llamado.

¡Por fin! Enciende un cigarrillo y, con una sonrisa, tal vez la primera en tres días, se baja del coche y, en un supermercado, compra una botella de vino y un blíster de algo parecido al jamón serrano. Pronto comerá como Dios manda. De vuelta al aparcamiento, le suelta un billete de cinco dólares al vigilante.

—¡Feliz Navidad!

El viejo la mira de arriba abajo y levanta el pulgar en señal de agradecimiento. Luego se recoloca el sombrero de paja y se ahueca en la tumbona para seguir con la siesta.

CAPÍTULO II
Rueda fortuna

Les propongo un juego: cojan un globo terráqueo y ruédenlo. Circunvuelen continentes y países. Pósense en aquellos lugares que siempre llamaron su atención. Visualícense en ellos, fantaseen con que viven allí, como un habitante más, como si su línea vital no estuviera ya trazada, al menos en su trazo más grueso, y pudieran volver a tirarla libremente. De entre todos, elijan uno, uno solo, basándose en algún criterio decisivo o una ponderación de varios: históricos, geográficos, autobiográficos, climáticos, económicos, políticos, sociales, culturales. ¿Lo tienen? ¿Qué escogieron? ¿Una isla caribeña? ¿Un arrozal del sudeste asiático? ¿Un latifundio argentino? ¿Una megalópolis caótica? ¿Una cabaña remota en un bosque de coníferas? Ahora imaginen que, en un acto volitivo y radical, de rabiosa agencia, lo dejan todo, trabajo, familia, amigos, y se mudan a ese lugar. Añádanle un perro. Añádanle tres mil euros en *cash*. Añádanle una fobia a volar. ¿Lo tienen? Entonces ya pueden entender lo que sintió Ana Garrido cuando se plantó en Costa Rica,
un día cualquiera, a finales de primavera. Sola. Sin conocer a nadie. Sin billete de vuelta.

Aunque el sentido de agencia, ese que nuestra protagonista pretendía recuperar viajando al otro lado del mundo, tenga poco que ver con la noción de contingencia, y ambos conceptos pudieran parecer incluso antagónicos, pues aquel tiene que ver con tomar las riendas de nuestra vida, actuar de una manera deliberada y consciente, y este con el azar y lo fortuito, en una tesitura como la de Ana, las pequeñas coincidencias son como las miguitas de pan en un bosque: guían, reconfortan, alientan.

Antes del viaje, dos personas sin relación entre sí le facilitan un

contacto: Íñigo Arteaga. Íñigo es la miga de pan, el hilo del que tirar o, melodramatizando, el clavo ardiendo.

La secuencia es la siguiente: en el aeropuerto de San José, según cruza la puerta de salida hacia la ducha tropical que es la calle, donde se arremolina un corrillo de lugareños, un tipo flaco y cojo, con una camisa raída, se abalanza sobre sus maletas. Sugestionada como viene por la seguridad —mucha gente la ha advertido de que «aquello no es Europa»—, piensa que le va a robar y grita. El tipo resulta ser el taxista contratado por el hotel para esperarla a la salida, que la ha reconocido por el trasportín de la perrita. Apenas recuperada del primer sobresalto, enseguida se viene un segundo: el taxista la informa de que un carro les viene siguiendo y va a tener que hacer maniobras de despiste. A través de la luna trasera, enturbiada por la lluvia, Ana distingue un coche con los cristales tintados y un ridículo alerón.

Con las maniobras de despiste aún en el estómago, al llegar al hotel, el recepcionista le recomienda no pasear a Vilma por el vecindario o, si lo hace, no alejarse más allá de unos metros de la puerta principal. Como ya es noche cerrada, aunque no sean ni las siete de la tarde, decide acomodarse en la habitación débilmente iluminada que le han asignado. Allí descorre una espesa cortina de poliéster solo para darse cuenta de que su única función es disimular la ausencia de ventanas. Ese lance disparatado le arranca una sonrisa autocompasiva. Luego baja al lobby, donde, desde un ordenador anacrónico, de uso comunal, informa a su familia y amigos de que ha llegado bien. En recepción le permiten llamar a un número local: el número de Íñigo Arteaga, quien la invita a desayunar al día siguiente.

La casa de Íñigo está en un barrio residencial de San José, en uno de los típicos condominios con vigilancia veinticuatro siete. Cuando Ana llega con el taxi, un tipo con un fusil al pecho toma sus datos e informa por *walkie-talkie* a una voz que da la orden de

paso. Un mayordomo negro, de esmoquin y guantes blancos, que le recuerda al de *Memorias de África*, la recibe a la puerta de casa. Íñigo la espera en el sofá del salón, un espacio amplio y armónico, como el vestíbulo de un hotel, con una temperatura ligeramente fresca, plantas tropicales, y una profusa decoración étnica de gusto exquisito.

Íñigo es de la misma quinta que Ana, y atraviesa una encrucijada vital parecida. En su caso, tras un revés económico y la ruptura afectiva con una tica de la que sigue enamorado, se siente frustrado con el país; no soporta la indolencia ni la informalidad de la gente y se está planteando mudarse a los Estados Unidos. Ella le cuenta su intención de establecerse en algún lugar de la costa por una temporada, quizá un par de años. El empresario promete ayudarla en lo que pueda y, por lo pronto, la invita a quedarse unos días en su casa. Sin dejarle tiempo para pensarlo, le pide al mayordomo que prepare el cuarto de invitados, una habitación que le recuerda a la de un parador: cama de matrimonio con dosel, cortinas de algodón, colchón de plumas. En esas semanas de convivencia, traban una amistad en la que él ejerce de mentor de ella y ella de pañuelo de él. Aunque la posibilidad late siempre en lo subliminal, la cama, por cierto, no la tocan.

Es precisamente durante su estancia en casa de Íñigo Arteaga cuando ocurre un segundo hecho fortuito y significativo. Desde que llegara a la capital se ha movido en taxi, porque el transporte público aún le impone respeto. Ese goteo de dólares la agobia, así que en uno de los trayectos le pregunta al taxista, un hombre desaliñado y con uñas de guitarrista de flamenco, dónde podría conseguir un *carro* de segunda mano. Casualmente el tipo tiene un primo que vende el suyo —más adelante comprenderá que ese tipo de casualidades son lo suficientemente frecuentes como para no merecer tal nombre— y, casi sin darse cuenta, se ve inmersa

en una negociación sobre el precio y las condiciones de un coche que ni siquiera ha visto, con un vendedor al otro lado del manos libres. Ana tacha la situación de surrealista, pero el taxista insiste en ir a probar el vehículo y, sin que ella acierte a oponerse, la embarca en una carrera por el San José profundo, atravesando barrios y calles en las que no se bajaría ni loca. Para colmo, lleva casi todo su dinero encima, así que, como le pasara durante la persecución del aeropuerto, empieza a sentir un desasosiego que le resulta familiar: es la antesala de una crisis de ansiedad.

El temor afloja cuando llegan a un descampado con trazas de vertedero. El supuesto primo los recibe recostado sobre el capó de un coche azul. Nunca llega a saber de qué modelo se trata; en el culo apenas se distinguen las letras DX, pero las líneas rígidas y angulosas del vehículo le recuerdan a la tartana que tenía su padre cuando era niña. Lo prueban. Mil dólares le parecen un precio razonable.

Por lo demás, esos primeros días le sirven para enredarse en el país, aclimatarse al torrente de estímulos novedosos: al volumen de las voces en la calle, a los gritos de los vendedores ambulantes con sus zumos y frutas expuestas a la polución, a los acelerones de motos y coches, a las chirriantes persianas metálicas de las tiendas, a la música que culebrea cadenciosa desde alguna ventana; a la suciedad de las calles, a las parabólicas, cableado y alambres que afean aún más las construcciones de traza brutalista, a las bolsas de basura abandonadas en aceras y semáforos; al olor a combustible, a café reciente, a patacones, a tortas de maíz, a culantro —cuyo ubicuo sabor aborrece—, a vegetación, a flores; a la perpetua sensación de bochorno, al sudor, a la lluvia polvorienta cuando jarrea por las tardes; al voseo, al seseo, a las palabras inauditas, a los piropos gritados sin pudor desde la otra acera, al desasosiego de las miradas sostenidas de más, a la oscuridad de las seis de la tarde, y, por

encima de todo, a la espantosa sensación de soledad.

Al cabo de un mes, con la autonomía que le proporciona el coche, por fin se decide a abandonar San José, en busca de un lugar en el que establecerse, preferiblemente cerca del mar. Un amigo de Íñigo le recomienda que pruebe en el noreste, en la provincia de Guanacaste, cerca de la frontera con Nicaragua, por ser la más turística del país. Le habla de un albergue económico, el Mono Azul, en medio de la foresta, que alquila habitaciones por semanas. Cuando llega allí, un sapo de un tamaño y fealdad descomunales, la recibe sobre el plato de ducha. Del asco, cierra la puerta del baño y no vuelve a entrar en el cuarto hasta que el mozo del hostal le asegura que el sapo ha desaparecido, supone, por el mismo sitio por el que entró.

Guanacaste es una región de contrastes; grandes complejos turísticos conviven con otros más modestos, en pueblecitos diseminados entre el bosque tropical y la costa. Ana peina la zona, que tampoco le entusiasma, y deja su currículum en hoteles y restaurantes. Pasan varias semanas sin que nadie la llame. En una noche epifánica, asume crudamente, sin autoengaños, su realidad: sola, frágil, con dinero menguante. Asediada por pensamientos negros como lobos, se abraza a Vilma y se arrebuja en la bandera de España que sus amigos le firmaron en su fiesta de despedida, hasta que, por fin, se queda dormida de pura extenuación emocional.

Después de ese episodio, Íñigo le aconseja moverse hacia el sur, a la provincia de Puntarenas, por ser una zona de una belleza simpar. Ana acepta el consejo, aunque solo sea por desconectar unos días, y durante su estancia en la zona se produce una nueva coincidencia: un libro, también regalo de una amiga.

El secreto, el libro que propicia la amistad con Danny Duarte, es un *best seller* cuya premisa sostiene que la mente puede modificar la realidad a través de ciertos principios como la gratitud, la ley

de la atracción —lo bueno atrae a lo bueno y viceversa— y el pensamiento positivo; es decir, la quintaesencia del sentido de agencia, el individuo como responsable último de todo lo que le pasa, al disponer siempre de la capacidad para transformar su entorno. Otras consideraciones vaporosas o de tufo marxista, como la desigualdad, las superestructuras o un origen humilde, no son más que pretextos de quienes carecen de una voluntad férrea. Una idea se propaga como la pólvora por Centroamérica.

Ana se aloja en Quepos, una pequeña ciudad a unos cien kilómetros al sur de San José, a pie del Parque Nacional de Manuel Antonio, un lugar exuberante en el que la naturaleza aún empequeñece al hombre. Es precisamente allí, a la entrada del parque, donde conoce a Danny, uno de los guías turísticos, que se muestra entusiasmado cuando ve aparecer a la española con *El secreto* en la mano. ¡Su libro favorito!

Como es temporada baja, y ese día Ana es su única clienta, pasan la mañana sin prisas, observando a los animales a través del catalejo con trípode del guía: insectos, pájaros, monos, un perezoso. Luego almuerzan y hablan sobre el libro y sus puntos de fuga, que abarcan desde lo espiritual a lo material. Ana aprovecha para sondear las oportunidades laborales que ofrece la zona. Según él, la época de lluvias está llegando a su fin, y cuando regresen los turistas, no faltará trabajo para nadie.

Esa misma noche quedan a tomar unos tragos en una cantina de Quepos. Danny viene con su esposa, Karen, y una amiga de esta, Sairin, una mulata despampanante, dependienta en la ferretería local, que hará buenas migas con Ana y acabará liada con un *sugar daddy* del Tulemar, quien se la llevará a Tampa en otra versión apócrifa de *Pretty Woman*, que por su singularidad merecería —si no fuera por desviarme demasiado del foco— un capítulo aparte. Al matrimonio le conmueve la situación desesperada de la española y se ofrece a acogerla unas semanas

en su casa mientras busca trabajo. La propuesta es oxígeno para Ana.

La casa de Danny y Karen solo se parece a la de Íñigo Arteaga en la hospitalidad. En todo lo demás es su antítesis. Por fuera es la típica casa de madera tica, en una sola planta y pintada de un color chillón. Por dentro es austera como una pensión, carece de cualquier mínimo adorno, todos los objetos allí presentes tienen una función, incluyendo el conjunto de muebles desvencijados, sin la más mínima armonía, hacinados en el salón. Por no haber no hay ni puertas; unas cortinas separan unos espacios de otros. Tampoco hay pasillos, la cocina es una pared en la estancia principal y las demás piezas se organizan a su alrededor. Huele a comida, incluso después de un rato, a frijoles, maíz asado, culantro y, en los dormitorios, al repulsivo agrio de la madera húmeda. El salón-cocina está tomado por los bichos, entre los que destacan unas cucarachas voladoras que aprovechan la luz rácana de la cena para posarse en los platos, algo que solo a ella parece darle asco, asco que disimula como puede. El cuarto de invitados no tiene ventanas —algo que empieza a resultarle sospechosamente habitual— y el techo es de uralita. La ducha es una manguera a la intemperie conectada a un grifo con una llave roja y plana. La casa de Danny solo tiene dos libros. La Biblia y *El secreto*. Y, sin embargo, aún hoy, años después de todo aquello, cuando se acuerda de esa casa y de esa gente, se emociona.

Al poco de mudarse a Quepos, por fin sucede: ¡un trabajo! Acaso el día en que la llaman del hotel Karahe sea uno de los más felices de su vida y llora con la alegría de un alumbramiento, de un volver a empezar o, mejor, de un poder volver a empezar.

El trabajo es fácil, únicamente consiste en cobrar a los clientes del restaurante; ni siquiera tiene que servir las mesas. Los dueños solo buscan a alguien de quien fiarse y el hecho de que Ana sea europea les parece una garantía. Desconfían hasta tal

punto de los empleados locales que les prohíben comer las sobras del restaurante por temor a que, si lo permitieran, cocinarían de más.

El trabajo resulta también balsámico. Como por arte de magia, desaparecen las taquicardias, las calenturas, los dolores de cabeza. Además, el contrato le sirve como garantía para alquilar una pequeña casita, en lo alto de una loma, desde donde casi casi se ve el mar. A la derecha de la puerta de entrada, unas conchas pintadas de azul forman un nombre, Finca la Loca, al parecer por una sueca que lo dejó todo y estuvo viviendo unos años allí. Ana piensa que no pudieron haber elegido un nombre mejor.

Finca la Loca está construida a dos alturas y es amarilla por fuera y verde por dentro. En general, las casas centroamericanas son más abiertas que las europeas, con paredes mínimas y espacios que se integran con el exterior a través de puertas correderas, tabiques de madera o concreto. La cocina y el salón se fusionan en un solo ambiente, con un sofá que hace las veces de mesa comedor y una hamaca para las siestas. Las habitaciones de la planta baja son generosas en espacio, aunque los colchones pecan de blandos. La ducha tiene forma de caracol y está prácticamente a la intemperie. Las ventanas no tienen cristales; rejas y mosquiteras protegen de los animales de dos, cuatro y más patas.

Los monos titís son los visitantes más traviesos de Finca la Loca, pero no los únicos. A poco que Ana se descuide, y se deje algo abierto, por allí deambulan mapaches, zarigüeyas, garrobos, una marabunta de cangrejos rojos invasores a los que, en más de una ocasión, tiene que sacar a escobazos. Las chicharras se adueñan de la noche con su zumbido eléctrico, como un cable de alta tensión. Dentro de casa, los imperturbables geckos, silueteados por las paredes, mantienen a raya a la población autóctona de mosquitos, hormigas, escarabajos, arañas.

A las pocas semanas de empezar a trabajar, en el Karahe la ascienden a subgerente de sala. Ese cargo, pomposo pero meramente nominal, pues no conlleva una subida de sueldo, le trae los primeros problemas con la plantilla. Los ticos más veteranos, que al principio se mostraron encantados por tener de compañera a una «gallega», y se reían mucho con sus expresiones y giros idiomáticos, se vuelven suspicaces y comienzan a hostigarla sutilmente. Antes de que la cosa se ponga fea —y ella sabe muy bien lo fea que se puede llegar a poner—, salta a un nuevo empleo: recepcionista de un albergue en la carretera que va de Quepos a Manuel Antonio, el Pura Vida.

El Pura Vida es una jaula con tres grillos, no cabe mejor descripción. Está regentado por la Guacha, una uruguaya divorciada de un canario, que aparece por allí de cuando en cuando a llevarse el dinero de la caja y traerse mujeres a la cama. El tercero en discordia es Grayvin, un tico muy dicharachero, que es también dueño de la pescadería de Quepos. Las malas lenguas insinúan que ambos negocios le sirven como tapadera para su verdadera fuente de ingresos: la fiesta y sus aderezos. En cualquier caso, Ana se hace amiga de Grayvin y, gracias a él, se abre un hueco en la microsociedad quepeña. Son unos meses expansivos en los que conoce a mucha gente; entre ellos, a quien les escribe.

Aprovecho que la historia me pasa rozando para presentarme. Seré breve, pues no quiero arrogarme más protagonismo del que los propios hechos me confieran, pero les daré algunos datos sobre mi biografía que me interesa que conozcan. Mi nombre es Martin —sin tilde, mi madre me lo puso en recuerdo de mi abuelo alemán — y soy periodista, corresponsal de la agencia EFE para Centroamérica, Colombia y Venezuela. Me alojo en el Pura Vida al menos seis meses al año. Lo utilizo como campamento base —un sitio tranquilo en un país tranquilo— para moverme luego por

la convulsa región. Hecho el inciso, continúo con la historia; tiempo habrá, a lo largo del libro, para que me conozcan un poco mejor.

En el Pura Vida, Ana aprende los fundamentos del sector hotelero. Como solo están en nómina ella y otra chica argentina, con la que se reparte los turnos, termina haciendo un poco de todo: recepcionista, relaciones públicas, barman, camarera de piso. A veces, cuando le toca fregar suelos de rodillas, se acuerda de que, hace apenas un año, salía con un millonario y dormía en hoteles de lujo.

El trabajo solo le dura unos pocos meses. Líos varios con la Guacha, que la toma por una especie de criada, y con el propio Grayvin, un cantamañanas a la hora de pagar —tarde, a plazos y racaneando—, acaban con la renuncia de la española.

A raíz de quedarse desempleada, Íñigo Arteaga la invita a pasar unos días en San José y allí se produce una última carambola. Mientras ven los partidos del Mundial de Sudáfrica, conoce a Klever, un amigo de Celina, la novia de Íñigo, una auténtica venus calipigia que después de muchos tira y afloja ha vuelto con el empresario. Por mediación de la pareja, Ana consigue un trabajo como gobernanta en el Tulemar, el hotel que regenta Klever, el más exclusivo de Manuel Antonio y puede que de todo el país.

CAPÍTULO III
Ana Garrido

—¡Vilma! ¡Vilma, ven aquí!

La orden es inútil; la perra, percibiendo la inmediatez del agua, se adentra por la fronda hacia la parte final del abajadero hacia el mar. Apenas pasan unos minutos de las seis de la mañana, y el cielo ya se ha despojado de los tonos anaranjados del amanecer. En Costa Rica amanece temprano, muy temprano. A esas horas ya hay mucha gente trajinando.

Ana exprime el paseo matinal antes de empezar con la faena: juega con Vilma, disfruta del olor a flores, a vegetación, a tierra mojada, escucha el aullido embustero del saraguato, el trino repetitivo del tinamú, tun-tun, tun-tun, tun-tun. Playa La Macha no es una playa turística, al contrario, presenta un aspecto desarreglado: el acceso es difícil, la arena cenicienta, la parte de la berma está llena de rocas y en los bordes se acumulan palmas y ramas de árboles que nadie recoge. A ella eso le da igual. Es en ese rincón apartado, un rincón que lleva su nombre, porque «macha» en tico quiere decir «rubia» y mucha gente allí la llama así, el lugar donde mejor se reconoce.

No hay nadie en la playa; casi nunca hay nadie tan pronto. Aprovecha para bañarse desnuda. La finura del agua, por su baja salinidad en esta latitud, le tersa la piel, como si se aplicara una crema hidratante. Nada que ver con la sensación pegajosa del Mediterráneo. Ahora que vuelve unos días a Madrid, está pensando colgar en redes alguna foto del lugar. Para que cierta gente la vea o, mejor dicho, para que ciertos hijos de puta la vean.

Ya hizo algo parecido cuando Lourdes la visitó en verano. Lourdes es una amiga y, además, la jefa del departamento de Contratación del Ayuntamiento. Ella la convenció para subir un

álbum de fotos en Facebook. Hasta entonces, Ana había procurado no dar demasiadas señales de vida. En él aparecen las dos, posando a la entrada del parque nacional, abrazadas en un barco, bailando salsa, bebiendo margaritas en una piscina. En una de las imágenes sale también Mogli, uno de los tantos buscavidas que abundan en Quepos, al que Ana dobla la edad. En los comentarios, una amiga bromeaba sobre un posible *affaire* en un post que resultaría premonitorio. Lourdes le contó más tarde que las fotos habían sido la envidia del Ayuntamiento, pero ella no las subió para dar envidia, sino para que no pensaran que lo estaba pasando mal. Ellos; los hijos de puta.

—¿Doña Ana? ¿Doña Ana, me copia? —La bolsa de playa emite un sonido metálico y entrecortado.

Ana sale del agua y coge el *walkie-talkie*.

—Te copio. Dime.

—Lo primero de todo, feliz año.

—Feliz año, Jordan.

—Klever que vaya urgente a la junta de coordinación.

—Vale. Dile que en veinte minutos estoy allá.

—Es en la 102, no en la recepción.

—Te copio.

Se seca y fuma un cigarrillo tranquilamente. Luego se viste con el uniforme del hotel y, con algo de remordimiento, deja a Vilma en casa: no la volverá a ver hasta la noche.

Enero sigue siendo temporada alta en Costa Rica, hay mucho gringo vacacionando y las estadías son más cortas, lo que implica una alta rotación. El trabajo exige: la veintena de bungalós del complejo hotelero se desparrama por entre la floresta, en la caída de la ladera hacia la playa, separados unos de otros por docenas de metros. Además, están construidos a una cierta altura, para salvar las copas de los árboles y despejar la vista al océano, así que toca subir y bajar escaleras continuamente.

Las villas son de ensueño: cocina equipada, salón acristalado, balcones con vistas al mar, camas *king size*, jacuzzi y hamacas al aire libre. Algunas tienen dos y hasta tres plantas. Si con esta descripción no les basta, *gugléenlo*: Tulemar Resort, en Manuel Antonio. Seguro que alguna vez fantasearon con retirarse en un lugar así.

En un hotel como el Tulemar, cuando no pasa una cosa pasa otra, pero los últimos días del año están siendo especialmente movidos. El 29 de diciembre, miércoles, ocurre un acontecimiento insólito: una pareja de *honeymooners* asegura que alguien los ha espiado mientras mantenían relaciones sexuales y amenazan con denunciar los hechos a la Policía. En la recepción se forma un revuelo enorme y, desde ese día, no se habla de otra cosa. Al principio, intentan convencer a los clientes de que, al estar los bungalós en altura, lo más probable es que se hayan confundido con un mono, algo relativamente frecuente, pero ellos están seguros de que era una persona; alguien subido a una escalera.

El gerente del hotel, Klever, anda inquieto por la reputación del hotel y, de paso, por su propia cabeza. Hijo de un cirujano y una enfermera de San José, presume de haber cursado estudios de dirección hotelera en los Estados Unidos, pero nadie le cree. Todos saben que entró por *tener patas* —sus padres son amigos de los dueños— y porque conoce a mucha gente en la capital; gente que consigue cosas. En su descargo, debo decir que, en Costa Rica, conocer a gente que consiga cosas no es algo baladí: permite agilizar permisos, pedir favores, abastecer los saraos de los socios para que no falte de nada. Klever es muy bueno en todo eso, especialmente en lo último.

Sam y Joe, los propietarios del hotel, son dos californianos enérgicos y entrados en años. A poco que estén de buenas, casi siempre copa mediante, te cuentan que se metieron en el negocio para divertirse, aunque la fanfarronada le haga más justicia a

Joe, que solo se deja ver en alguna de las legendarias fiestas del Tulemar —ibicencas, hawaianas, romanas, venecianas, etcétera— a las que concurren DJ, empresarios, famosos, bellezas locales. Sam, por el contrario, está al tanto del negocio, pasa algunas temporadas allí, y finge conocer a todos los trabajadores, a los que saluda con un estereotipado «Hola, ¿qué tal?» con el que expía su mala conciencia de blanco, rico y gringo.

Si bien Sam se fía de Klever, y despacha con él un par de veces al mes, de un tiempo a esta parte insiste en que Ana acuda a las reuniones, a pesar de que su inglés no pase de tarzánico. La razón de dicha insistencia es que, desde que la española empezara a trabajar, se perciben las mejoras. Como gobernanta, Ana es la responsable última de que las villas estén perfectas, y perfectas, en un hotel como el Tulemar, quiere decir no solo impecables, sino sujetas a los caprichos, a menudo ridículos, de quien paga a razón de quinientos dólares la noche. Uno de esos cambios es en el registro de entradas, que siempre había sido fuente de problemas. Antes de que Ana llegara, el *check-in* se hacía a partir de la una de la tarde. A los clientes más tempraneros se les agasajaba con un cóctel de bienvenida en la playa privada. Esta simple cortesía había evitado más de una queja, pues muchos entraban a las habitaciones ya borrachos, sin más fuerzas que para dormir la mona.

Lo habitual era que las *maids* limpiaran los bungalós y avisaran a los de Mantenimiento si descubrían algún desperfecto —cosa bastante habitual— en paredes, mobiliario o dispositivos eléctricos. Sucedía que, a menudo, estos subían a los bungalós llenos de barro, o ensuciaban durante los trabajos, lo que obligaba a repasarlo todo y, al final, se echaba el tiempo encima. Ana estableció un protocolo por el cual Mantenimiento verificaba primero que todo estaba en orden y, solo después, entraban las camareras de piso. Esa regla tan sencilla aumentó la eficiencia,

minimizó las incidencias y ahorró muchos daiquiris. Además, Ana mejoró la coordinación entre departamentos y redujo el gasto en *amenities* y aire acondicionado. A las pocas semanas de entrar, Ana se convirtió en doña Ana. Incluso Klever, que jamás usaba el «don» ni el «usted» con el personal del hotel, empezó a llamarla así.

Con todo y con eso, Vilma, una de las camareras de piso que casualmente se llama igual que su perra, le advierte que se ande con ojo, que si puede hacerse la tonta, mejor. Klever no soporta que nadie le eclipse, y menos aún delante de los socios. Unos meses antes se había cargado a la subdirectora del hotel, la verdadera gerente en la sombra: una negra capaz que sí había cursado estudios demostrables en gestión hotelera. La muchacha cometió el doble error de emborracharse en la cena anual que los socios daban a los empleados y, a consecuencia de ello, quedarse dormida en uno de los bungalós, algo prohibidísimo. Klever aprovechó el incidente para quitársela de en medio.

A pesar de la homofonía con la voz inglesa, Klever no es un tipo especialmente brillante pero sí astuto. Un día le confesó a Ana que, aprovechando los contactos médicos de sus padres, se había hecho la vasectomía. Cuando ella le preguntó por qué alguien tan joven tomaba una decisión tan irreversible, le explicó que quería follar sin que ninguna *botinera* le echara el lazo. La precaución estaba más que justificada: Klever es guapo, viajado y de buena familia, además de ser el gerente de uno de los hoteles más lujosos de todo el país. No es difícil imaginarlo, pues, diseminando su semen yermo sobre la nómina de bellezas a las que pela el diente.

Aun conociendo los antecedentes, las advertencias de Vilma le parecen exageradas. Al fin y al cabo, su trabajo como gobernanta es fruto de una carambola, carece de experiencia relevante en el sector y no domina el inglés, requisito indispensable para dirigir

un hotel con una clientela tan internacional como la del Tulemar. Y, sin embargo, el día en que Sam la invitó a tomar una copa en el bar de la piscina, después de una de sus reuniones a tres, percibió la mirada intimidante de su jefe. En otros tiempos, tal vez hubiera hecho caso omiso, pero arrastraba demasiados empleos basura como para perder también ese, así que acusó el recibo y cortó la cháchara en cuanto pudo.

Cuando llega a la 102, están ya todos. Klever, de pie, habla y fuma, algo que solo él se permite. Los demás miran al suelo, fingiendo contrición: Esaú, el jefe de Mantenimiento y mano derecha del gerente; Julián, de Jardinería; Silvio, de Seguridad; Yuliana, de Administración; y Cuca, de Restauración y Lavandería.

Según se une a la fila de afligidos, Klever la informa de que Sam y Joe aterrizarán esa misma tarde en San José. Sobra decir más: la presencia de los socios, sin que haya una fiesta de por medio, refleja la gravedad del asunto. Se hace imperativo encontrar al culpable. A la pregunta de si han descubierto algo, todos ponen caras de circunstancia. Silvio alega que son fechas complicadas: ayer fue domingo, anteayer Año Nuevo… Esaú repite su hipótesis de que el *voyeur* debe de ser alguien de Jardinería; nadie de Mantenimiento trabajó el miércoles en la 119.

—Pa mí que fue el chiquito ese, el colocho —dice.

Todos miran a Julián.

—Ya le pregunté, y me dice que se pasó toditico el día pegado en la piscina —contesta el aludido.

—¿Rodrigo? Pero si es un alma de cántaro —dice Ana, que a veces fuma a escondidas con el muchacho.

—Alma de cántaro pa lo que quiere, que ya se jaló tres tortas con tres mujeres distintas —dice Esaú, que, además del trabajo en el hotel, es pastor de la iglesia evangélica de Quepos.

—¿Vos creés que si la cosa se pone fea se tiraría la soga al cuello

y asumiría la culpa? —le pregunta Klever a Julián, frotando el pulgar sobre el índice. El aludido se encoge de hombros.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunta Ana.

—Hoy me dicen. Lo último que caché de Sam era que una semana.

—O sea, tres o cuatro días más, ¿no? —El jefe asiente.

—Necesitamos un plan B, por si las moscas. ¿Podés hablar con Rodrigo y ver si le suena la idea de un trato? —Julián asiente—. Otra cosa, si por casualidad se topan con Sam o con Joe, deciles que estamos en la jugada.

Ana lleva ya unos días en la jugada. El 30 y 31 se patea de arriba abajo el resort, preguntando a unos y a otros. A diferencia de Klever, a ella no se le caen los anillos por relacionarse con lo más bajo del organigrama: personal de limpieza, jardineros, *nicas*. De los sesenta o setenta trabajadores del hotel, descarta a tres cuartas partes: a las camareras de piso por razón de género, a los de Administración, Lavandería y Restauración —salvo el servicio de habitaciones— porque el edificio de recepción se encuentra lejos del lugar donde ocurrieron los hechos y a los de Seguridad porque no hacen rondas por las mañanas. Centra sus pesquisas en el personal de Mantenimiento y, sobre todo, en el de Jardinería, que son los más jóvenes y utilizan las escaleras a menudo. En total unas quince personas, siete u ocho por departamento, así que no le parece tan descabellado encontrar al culpable.

Reinaldo, el fontanero, un hombre mayor con quien tiene muy buen rollo, le recomienda que pida los partes de incidencias a Administración. Allí registran todos los trabajos. Al revisar los documentos constata que, efectivamente, nadie de Mantenimiento estuvo en la 119 el día de los hechos.

El último día del año se pasa por la barraca a pie de playa que, entre otras cosas, se usa como almacén de herramientas pesadas.

Fran, el encargado, un *nica* deslenguado, con los dientes mellados y la caña siempre a punto, le informa que, de las seis escaleras inventariadas, solo quedan cuatro en stock.

—¿Y las otras dos dónde están?

—Una de ellas la agarró Julio. La otra, ni idea.

—Pero ¿no hay un registro de quién se lleva qué? —Fran niega con la cabeza.

—Ay, doña Ana, esto no es como allá en su tierra. Acá vienen, las agarran, las sueltan, las vuelven a agarrar… Si estoy yo, por ahí me acuerdo, si no, sabe Dios.

—Pero ¿las devuelven aquí?

—Por lo general, sí.

—¿Y sabes quién las utilizó la semana pasada?

—Uy, eso yo ya sí no sé, doña Ana. Acá pasa un montón de gente.

Ana dedica esa tarde, la última del año, a buscar la dichosa escalera por todo el resort: agua.

Al terminar de trabajar, recoge a Vilma y se van directas a celebrar la Nochevieja en casa de Danny y Karen. Durante la cena lo pasa bien, prueba los deliciosos tamales, bebe guaro, aunque lo que agradece, por encima de todo, es no pasar la noche sola, y se emociona con la naturalidad con la que la tratan los amigos de la pareja, gente discreta, sencilla, que no pregunta quién es ni lo que tiene ni lo que ha hecho. No puede evitar, sin embargo, los pellizcos de nostalgia, y se acuerda de los cotillones con sus amigos de la urbanización, que terminaban invariablemente en la churrería La Parada al despuntar el día.

Pasada la medianoche, el grupo sale a caminar alrededor de la cuadra, como manda la superstición, se tiran petardos, y alguien propone ir a *la madrugadora*, a bailar y tomar un trago, pero a ella le duelen tanto los pies que se queda dormida en el salón-cocina, entre dos sillas, con las piernas en alto sobre una de ellas.

El 3 de enero aparece la escalera. ¡En Proveeduría! Justo donde las camareras de piso, sus subordinadas, recogen a diario el material de limpieza.

—Madre mía, ¡si fuera un perro ya me habría mordido! ¡¿Y qué hace aquí esta escalera?!

Y Orlene, la chica de Proveeduría, responde como lo hace siempre, intentando evitar que la salpiquen los líos:

—Ay, mire, doña Ana, eso mejor pregúntele a los de Mantenimiento, que van siempre a lo suyo. Yo ya me cansé de repetirles que los chunches esos van al almacén de la playa, pero claro, como queda lejos y hay que caminar… Usted ya sabe cómo es acá, hay gente puro intocable. Ya sabe por quién lo digo.

—¿Y te acuerdas de cuándo la trajeron?

—Por ahí como a mediados de la semana pasada, más o menos.

Ana se va directa al despacho de Klever.

—¿Esaú? ¡Imposible!

—Es él, Klever, estoy segura.

—¿Qué evidencias tenés?

—Ninguna, pero todo encaja. Los de Jardinería dejan las escaleras en la caseta de la playa. Proveeduría les queda demasiado lejos. Y nadie de Mantenimiento estuvo en la 119 ese día, salvo que fuera él, que no reporta lo que hace.

—No puede ser. Esaú es pastor, padre de familia, sería incapaz.

—Bueno, yo tengo mi propia opinión al respecto —dice Ana, que odia el modo con el que el hombre la samuelea a ella y a otras *maids*.

—Imposible, imposible —sigue negando con la cabeza.

—¿Me dejas, por favor, que hable con él? Tampoco tenemos nada que perder, ¿no? Ya verás cómo se lo saco.

El jefe la mira y otorga.

—Don Esaú, ¿me copia? —se oye por el *walkie-talkie*.

—Sí.

—¿Puede acercarse a la 102? Doña Ana quiere verle.

La primera vez que Ana conoció a Esaú fue poco después de entrar en el hotel. Con los nervios del primer día, se dejó el maletín con su portátil encima de la buseta del resort, y esta, al arrancar, lo despidió contra la cuneta. Los de Mantenimiento lo encontraron y se lo llevaron a Esaú, que lo retuvo un par de días para ver cómo reaccionaba la gobernanta. «Con esa cabecitica que tiene esa jefa tuya no durará mucho tiempo acá», le había dicho a Vilma. Durante un tiempo, siguió gastándole bromas sobre el asunto. Un año después de aquel episodio, que ella juzgó humillante, lo espera sentada en el sofá de cuero de uno de los bungalós. Con la excitación del descubrimiento, no ha tenido tiempo para ordenar las ideas. Improvisará; confía en la baza de la espontaneidad, y en su buena oratoria.

Esaú llega al 102 con la perplejidad impresa en el rostro. Alguna vez se ha visto a solas con la gobernanta, pero nunca en uno de los apartamentos, reservados para las reuniones confidenciales. Ana se levanta del sofá y cierra la puerta tras él, ahondando en su desconcierto.

—Perdona que te haya citado aquí. Lo hago porque quiero aclarar contigo ciertas cosas, de compañero a compañero. Ya sabes que con todo este asunto andamos todos medio atacados, buscando al culpable y, bueno…, el caso es que le pedí permiso a Klever para reunirme contigo —la cara del hombre se va desencajando—, porque yo ya sé quién fue. Fuiste tú.

—¡¿Yooo?! ¡¿Pero qué decís?! ¡No me salgás con esas varas!

—Tengo pruebas.

—¡¿Qué mierda de pruebas?! ¡Vos estás loca! Lo estás inventando para joderme. —Le propina un sonoro golpe a la pared con la palma de la mano, acaso con intención de intimidarla.

—Loca para nada. Ya te digo que tengo pruebas.

—Pero esto es puro chiste, ¿verdad?

Pese al farol y a la reacción colérica de su interlocutor, la gobernanta mantiene la calma. Emulando a su jefe, y a sabiendas de que la provocación puede tensar aún más el momento, saca el paquete de Marlboro, prende un cigarrillo y le da una calada larga, sujetando el silencio unos segundos más. Luego, en un tono deliberadamente sereno, responde:

—Te repito que he venido aquí como compañera, para que sepas cómo están las cosas. No tengo nada contra ti, ni soy quién para juzgarte. Errores cometemos todos, yo la primera; podría contarte mi vida. Tú eres padre de familia, pastor, tienes un buen cargo en el Tulemar… Todo el mundo te respeta. Sinceramente, no creo que te convenga un escándalo. Ya sabes lo que dicen: pueblo chico, infierno grande. Si la gente se entera, te será difícil volver a encontrar trabajo en Quepos. —Se levanta y se acerca a él. A menos de dos metros, la mirada del hombre es volcánica, pero calla—. Mira, Esaú, como tú comprenderás, yo no necesito saber quién ha sido, ya sabes que mi intención es volver a España en cuanto pueda, así es que me da igual… Si te manejas bien con el tema, todo esto se puede quedar entre tú y Klever. Yo solo se lo he dicho a él; no lo sabe nadie más. Sé bien que Klever te aprecia y estoy segura de que sabrá guardarte el secreto. Piénsalo. Creo que sería la mejor salida para ti y los tuyos.

ANEXO 1

De: M*** <cgpj.bbcg***@policia.es>
Enviado: lunes, 27 de diciembre de 2010 16:02
Para: Ana Garrido <towanda66@hotmail.com>
Asunto: Citación

Buenos tardes (días para usted), señora Garrido.

Conforme a lo hablado por teléfono, transmitimos al juez sus deseos de declarar presencialmente y no por videoconferencia. Por ello, el Tribunal va a emitir una nueva citación con fecha de 27 de enero de 2011 a las 10:00 horas, citación que haremos llegar a su padre.

Confío en que ya tenga una persona que le asesore jurídicamente. Si es así, dígale que se ponga en contacto con nosotros.

De cara al juicio, le recomiendo que se haga un croquis de lo que quiere contar. Para evitar perderse o irse por las ramas siga un orden cronológico con los hechos más relevantes. Lo mejor en estos casos es ir siempre a lo concreto: nombres, lugares, fechas, contratos, montantes, etc., en vez de realizar una exposición generalista. Por eso le pido que se lo prepare con tiempo. La fiscalía le hará preguntas muy específicas y le pedirá que respalde sus respuestas con datos y, si puede ser, con documentos. También puede citar a testigos que corroboren su declaración, pero conviene tener cuidado con eso, porque quizá nieguen en público lo que le reconocen en privado, y más si con ello pudieran poner en riesgo su trabajo. En cualquier caso, esto son solo consejos. Por supuesto tiene usted total libertad para manifestar lo que desee.

Por último, tal y como le comenté hace unos meses, es muy importante que no haga ninguna mención expresa o velada a nuestra colaboración pues o bien el propio juez o bien la defensa podría inadmitir su declaración por considerarla viciada.

No más. Estamos en contacto. Por favor, borre este email. Gracias.

Inspector M***.-

* * *

De: Jesús Garrido <comandantejgm@hotmail.com>
Para: Ana Garrido <towanda66@hotmail.com>
Enviado: 29 de diciembre de 2010 11:48
Asunto:

Querida hija: Anoche no pude escribirte porque a la hora de la comida se nos fue la luz… total que llamamos a Iberdrola y vinieron a arreglarla a las 10 de la noche… era el diferencial que se había quemado.

El inspector M*** me llamó ayer para entregarme la citación. ¡Qué contentos nos hemos puesto sabiendo que quedan solo unas semanas para volverte a ver! Tenemos el presentimiento de que el 2011 va a ser por fin tu año y que toda esta horrible situación se resolverá…

Hija, te queremos mucho y rogamos siempre por ti en nuestras oraciones.

Pd: Para nochevieja nos han invitado al Alcázar. ¿Qué vas a hacer tú?

* * *

De: Agustín Gallardo <agallardo@icam.es>
Para: Ana Garrido <towanda66@hotmail.com>
Enviado: 30 de diciembre de 2010 22:56
Asunto: ALUCINANTE

Bueno, bueno, bueno, la leche, Ana. Tremendas noticias. Yo iria contigo, pero justo ese día no voy a poder. Te comento que al parecer tu nombre ha salido a colación bastante durante la instrucción y se te considera un apoyo fundamental por parte del tribunal y de los fiscales. Y eso es por el gran trabajo que hiciste con el dossier que ha levantado la mierda debajo de las alfombras.

Ana, vas a poder contarlo todo, las cosas que sabes y las que has sufrido (HEMOS SUFRIDO!!). Tienes que llevarte los informes médicos y psicológicos, lo de la baja laboral, tu enfermedad, el aborto que te provocaron, todo.

RECUERDA QUE TU DECLARACIÓN TE BLINDA DE POR VIDA. Es lo que en derecho se llama "garantía de indemnidad" por colaborar con los Tribunales de Justicia. Vas a ser oficialmente una persona relevante para la investigación y te lo mereces.

Cuando vengas a Madrid, ya sabes, total discreción, vete por la sombra, que

nadie sepa nada, ni siquiera que te han citado como testigo para evitar a la prensa y que estés tranquila. Hablé con María José y vamos a ver si entre los dos podemos pagarte el billete de avión para ese día. Yo voy a buscarte al aeropuerto si quieres pero, HAZME CASO, es mejor que no hables con nadie.

En cuanto a la declaración, yo te recomendaría que empezaras diciendo que por tu padecimiento, POR NO TRAGAR, te han provocado una enfermedad y te han obligado a irte de España. Estas oportunidades las da la vida solamente una vez y hay que aprovecharlas. De ti depende lo que pase a futuro y que limpiemos la ciudad de estos golfos apandadores. Echarlos ya no es una cuestión de regionales, ni de nacionales, ni del PP, ni del popó. Los jueces van a decidir en función de los hechos probados. Por eso es tan importante que les abras los ojos. Esto va a ser HISTÓRICO, ANA, HISTÓRICO.

Tienes que empezar desde el principio, como se han cargado a todos los honrados, a ti, a la otra Ana, a Dávila. Hazte un esquema, para no dejarte nada en el tintero y, lo más importante: EXPLICAR EL DOSSIER Y LOS DOCUMENTOS QUE PRUEBAN lo que pasaba en "La Tercera", el papel de Martín de Morales, de Blanch Labrador, de Caracuel… Cómo se enriquecieron. Diles que actuaban como un grupo organizado, que muchos son compañeros de colegio, amigos de toda la vida. Que quede bien clarito el funcionamiento de la EMSV, las adjudicaciones de obra, las recalificaciones, las bajadas del canon, el Summercase, el auditorio y todos los pufos que perpetraron, las empresas con las que operaban, Rusticas Palomares, Ficonsa, Muñiz, FDD, Pasadena Viajes, cómo financiaban al partido, el 2 %, las sociedades pantalla, los vuelos a Miami, etcétera, etcétera…. TODO ES TODO. Llévatelo preparado. Es importante el contexto, las relaciones personales, los asesores, el personal, los puestos claves, cómo han prosperado los técnicos de la cuerda, Félix, Santiago, la amante, la innombrable y todos los que se te ocurran.

Una vez empieces, antes de comprometer a la gente que te importa, TE PARAS Y LO COMENTAS con el juez y las fiscales. Las fiscales son dos mujeres, muy buenas profesionales, te apoyarán a tope. Coméntales tu temor de que haya represalias contra las personas que te ayudaron con el dossier.

Un besote, vas a triunfar!

Ya te digo algo de lo del billete, vale?

Por cierto, que tengas una buena salida y entrada de año.

* * *

De: Ana Garrido <towanda66@hotmail.com>
Para: Jesús Garrido <comandantejgm@hotmail.com>
Enviado: 02 de enero de 2011 20:45
Asunto: Feliz 2011!!!!!
Querido papá:
Al final pasé la Nochevieja con Danny y su familia. Es una gente maravillosa, lo pasamos muy bien, pero yo estaba muy cansada. No imaginas lo feliz que soy ante la perspectiva de volver a casa. Os echo mucho de menos. Costa Rica me ha enseñado mucho, pero tengo muuuchas ganas de retomar mi vida en el punto que la dejé, cada vez lo tengo más claro. Sigo las noticias de Boadilla y es posible que con el nuevo alcalde las cosas cambien y todo vuelva a la normalidad. Han sido años duros para mí, ya lo sabéis mamá y tú, pero ahora mismo estoy feliz.
Un beso para los dos y que el 2011 nos sea propicio!

* * *

De: Agustín Gallardo <agallardo@icam.es>
Para: Ana Garrido <towanda66@hotmail.com>
Enviado: 4 de enero de 2011 22:56
Asunto: Billete
Ana, aquí te paso el billete de avión. El vuelo lo he comprado yo, aunque al final lo va a pagar María José. Fíjate, casi dos mil pavos. Esta está LOCA POR LA MÚSICA, ya te puedes imaginar, y más ahora, que en el PP están ahora conformando la lista para las municipales. Eso sí, me ha pedido que quede entre los tres. Ya le he dicho que por nuestra parte ningún problema.

Información de la reserva. Billetes y pasajeros.
Salida
10:00 sab. 23-ene
San José – Juan Santamaría Internacional (SJO) Costa Rica
Llegada
14:15 sab. 23-ene
Nueva York - Newark International Airport (EWR) Estados Unidos
Operado por Continental Airlines

Cambio de avión. Compruebe la hora y la puerta de embarque.
Duración de la escala: 5 horas 25 minutos
Salida
19:40 sab. 23-ene
Nueva York - Newark International Airport (EWR) Estados Unidos
Llegada
09:05 dom. 24-ene
Madrid - Barajas (MAD) España

Precio Total. 1.935,46 €
Enviaremos tu e-Ticket a: agustingallardoabogado@hotmail.com

CAPÍTULO IV
Croquis

Durante las últimas semanas se ha sentado varias veces delante de un cuaderno, pero está bloqueada. Un nudo a la altura del estómago le impide escribir. No le preocupa el olvido; no es eso, sabe que todo sigue ahí, intacto, en un cajón de la memoria que cerró con llave al mudarse a Costa Rica. Es más bien una sensación difusa de angustia, el miedo a que, si abriera ese cajón, si compartiera su historia con la gente de allá, intoxicaría el lugar, lo impregnaría de pasado. Y necesita conservarlo virgen, por lo que pudiera pasar.

No obstante, esa mera reflexión ya le parece significativa porque, por más que ahora se empeñe, y diga que ya antes de viajar tenía un pálpito, que el país siempre la atrajo —por las playas, por la naturaleza, por el idioma, y otras tantas justificaciones *ex post facto*—, lo cierto es que Costa Rica no fue más que una respuesta aleatoria a una pulsión inapelable, a una urgencia en su sentido más intrínseco y adaptativo: la de poner a salvo su propia vida. Hasta ese momento, el lugar nunca había sido un porque sí, sino un por qué no. Nunca había sido horizonte, sino punto de fuga.

La única excepción a ese silencio autoimpuesto la hace conmigo. Esa noche, un viernes, quedamos en el Culo con Culo, el único bar medio decente en Quepos —aunque muy alejado de los estándares ibéricos—. Solemos quedar allí los domingos, el día que ella libra, aunque yo lo frecuento más a menudo, por las tardes, porque me atraen ese tipo de lugares. Me siento con el portátil en una mesa discreta y escribo. Confieso que me inspira observar a los parroquianos: ociosos, alcohólicos, gente que deja correr la vida sin hacer ruido. Por las noches el local se transforma en una

especie de sala de fiestas. Se llena de mujeres locales a la caza del gringo, tocan música en vivo y la gente baila salsa.

Ana llega a la cita intranquila. Evita mirarme a los ojos, y enciende un cigarrillo tras otro. Pide un whisky con hielo, algo excepcional dada su precaria economía, y dice que tiene que contarme algo importante. Desde que nos conocimos en el Pura Vida salimos de cuando en cuando, y lo pasamos bien, nos reímos, pero rara vez hablamos de quiénes somos, de las cosas que nos tocan, que nos mueven. Compartimos básicamente presente: extrañamientos culturales, sucesos del día a día, comentarios sobre la gente que se cruza en nuestras vidas. Somos amigos, sí, pero del tipo de amistad que a veces uno se procura cuando está fuera de su país: relaciones con un punto de conveniencia, de pasatiempo, de desahogo, más que de una afinidad genuina.

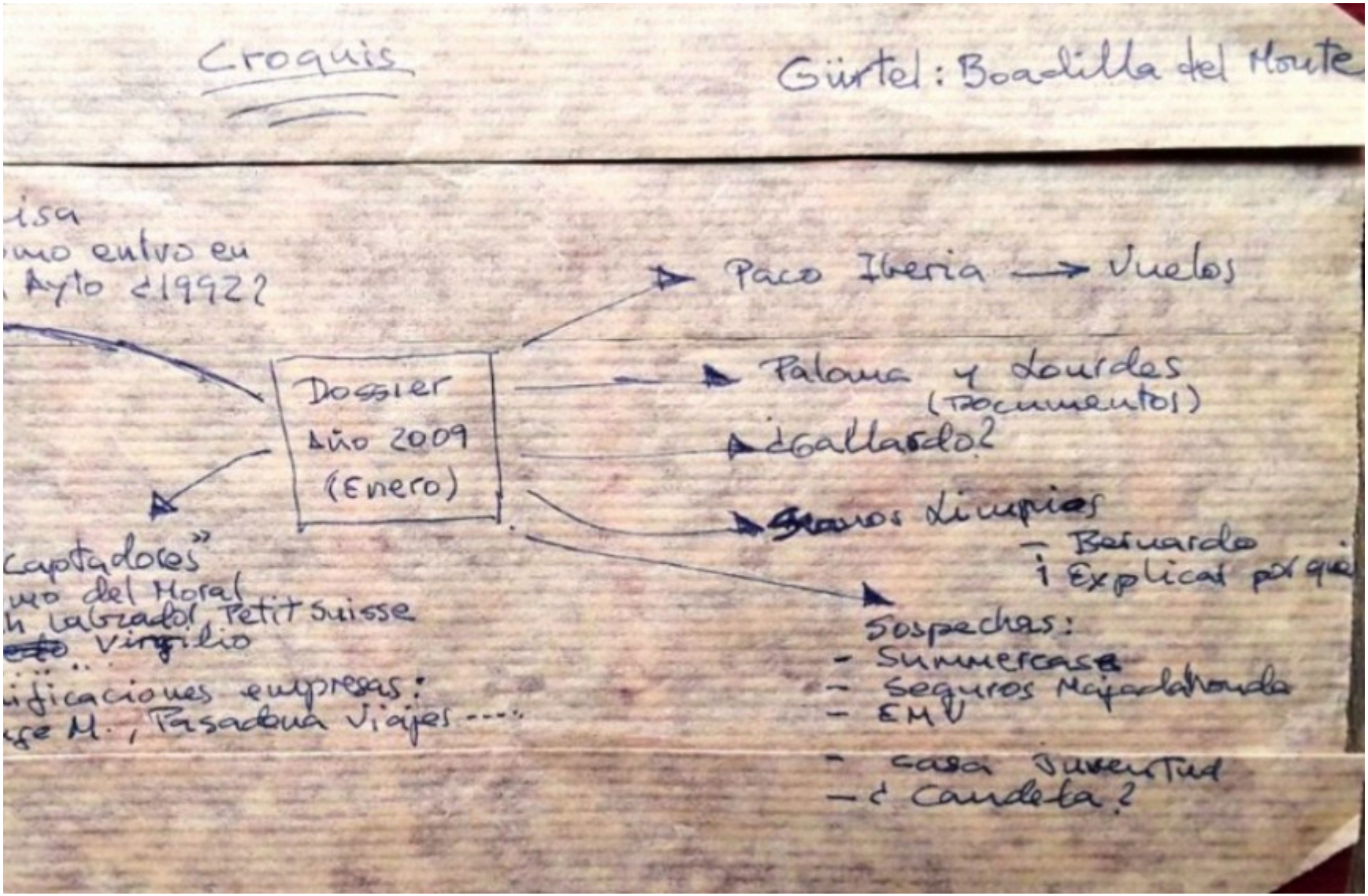
¿Por qué elige precisamente ese momento, la víspera de su viaje a Madrid, para revelarme su historia? Tal vez espera que el viaje le propicie una vuelta definitiva y no le importe romper el voto de silencio, o quiera alargar la velada para luego poder caer rendida en la cama y así no pensar en su fobia a volar —seré yo quien la lleve al aeropuerto al día siguiente—, o quizá solo pretenda ensayar, sabiendo que, en unos días, tendrá que repetirla ante un juez.

No entraré a valorar el impacto personal que su relato me provoca; ya he dejado clara mi intención de mantenerme al margen y limitarme al rol de cronista, no tanto al de personaje secundario. Sin embargo, reconozco que conocía la historia, al menos en su dimensión política, y la había seguido con gran interés a través de la prensa digital.

Unos cuantos tragos de guaro después, cuando termina el relato, Ana me confiesa que, más allá de la purga emocional, siente una dulce y sanadora indiferencia, que refugiarse en Costa Rica ha sido una de las mejores decisiones que ha tomado en la vida.

Luego, sale a la pista y se pone a bailar como una posesa.

En el trayecto de San José a Nueva York, por fin se arranca. Le pide un bolígrafo a la azafata y, en una bolsa de papel Kraft, una de esas que se usan para los mareos, bosqueja lo que será su declaración ante el juez.


Croquis
Gürtel: Boadilla del Monte
isa
mo entro en
Ayto ¿1992?
Dossier
Año 2009
(Enero)
Paco Iberia → Vuelos
Paloma y Lourdes
(Documentos)
¿callados?
Limpios
- Bernardo
¡Explicar por qué
Sospechas:
- Summercasa
- Seguros Mejadahonda
- EMV
- casa Juventud
- ¿ Candeta ?
captadores"
uo del Moral
h Labrador Petit Suisse
Virgilio
ificaciones empresas:
ge M., Pasadena Viajes ....


Aituro
- Miami
- Torre Pacheco
- Hallvecas
- Promoción Boadilla
- Joyas, coches, Ruta 4
TEMA
- Guille
- Blanc
- Ra
Otr

CAPÍTULO V
Antonio Pedreira, juez

A la mañana siguiente, Irene la espera en Barajas. Irene es policía y amiga de Bosquegolf, la urbanización donde vive —vivía — Ana. Salvo Gallardo, que compró el billete, es la única que conoce los detalles del vuelo. Por precaución, ni siquiera se lo ha dicho a sus padres. Es precisamente esa sensación de cautela e hipervigilancia la que, a modo de *déjà vu*, la sitúa en su inmediata realidad: Madrid, Gürtel, año 2011.

El abrazo con Irene libera un nudo en el estómago, que sube, se enquista en la garganta y deviene en lloro. Un lloro irrefrenable, a golpes, mezcla de ira, alivio, odio, alegría, esperanza. Un lloro como pocas veces lo ha llorado.

Aunque apenas lleva un año y medio fuera, ciertos estímulos la sorprenden, empezando por la sensación de frío, que tenía ya olvidada; el aeropuerto, limpio, moderno, donde todo el mundo camina deprisa; la gente, seria, arreglada, vestida de colores oscuros; el paisaje de camino a casa, pardo, mustio, árido; las autovías de varios carriles, sin socavones, como alfombras grises, semivacías un domingo por la mañana.

—Esta gente no sabe que vienes. Les he invitado a un desayuno en casa. Van a flipar cuando te vean —dice Irene, sacándola de su recalibración.

—Tengo ganas de verlos a todos —se aventura a decir.

El desayuno sorpresa es un carrusel de emociones. En realidad, toda la semana lo es, a pesar de que restringe su agenda a familiares y amigos. No obstante, varias personas ajenas a ese círculo tratan de ponerse en contacto con ella. Gallardo es el más insistente; quiere verla antes de la declaración. Ana le da largas. Sabe que, si queda con él, la va a marear con todo lo que tiene que

decir y lo que no tiene que decir y cómo lo tiene que decir… y ya está muy cansada de cálculos. No quiere más cálculos, solo quiere contar la verdad. Y punto.

La noche anterior a la comparecencia repasa mentalmente los hechos y se visualiza ante el juez. Apenas entra en un estado de duermevela. Esa es otra herencia de aquella época: el insomnio. El insomnio, las pesadillas, la desconfianza, la ansiedad, la paranoia, las pastillas. Por eso la declaración es tan importante. Puede que sea el principio del fin.

A la mañana siguiente, se arregla como en los viejos tiempos: se maquilla, se perfuma, se pone un pantalón de pinzas, una chaqueta, tacones y un bolso grande que le ha prestado una amiga para meter la carpeta con los documentos. El espejo le devuelve la imagen de una mujer segura de sí misma. ¡Hacía tanto tiempo que no se veía así! Está tan contenta que hasta se da el lujo de ir en taxi a los juzgados.

Visto desde la calle, el convento de las Salesas Reales, sede del Tribunal Superior de Justicia de Madrid, es un edificio imponente. El estilo neoclásico de la fachada, armonioso y solemne, infunde confianza. Era ahí, piensa, era ahí adonde debería haber ido desde el principio, en vez de dar palos de ciego por parques, cafeterías y hoteles de mala muerte.

Tras cruzar el vestíbulo y pasar por el detector de metales, sube al segundo piso por la imponente escalinata de piedra. En los pasillos de la galería superior, se cruza con un hombre de mediana edad que sostiene unos papeles en la mano. El hombre la observa por encima de unas gafas de lectura. Ana se pregunta si será alguien de la trama. De muchos se conoce vida y milagros, pero sería incapaz de reconocer sus caras.

Al doblar la última esquina del cuadrilátero, frente a la puerta de la sala de vistas, se topa con la primera sorpresa: Pepe Iberia. Allí está él, sentado en una especie de sillón, leyendo *El Mundo*,

igualito que siempre, impecablemente trajeado, con su cara alargada, su calva frontispicia y su bigotito a lo Aznar. Al cruzarse las miradas, sus minúsculas pupilas azules se dilatan como si hubiera visto al mismísimo diablo. Aun así, guarda las formas: se levanta, la saluda ceremoniosamente y le planta dos besos de esos tan suyos, humedeciéndole las mejillas.

—Pero ¿tú qué haces aquí? —pregunta sin poder disimular la sorpresa.

—Pues supongo que lo mismo que tú, solo que yo vengo a decir la verdad.

Al escuchar la respuesta, Pepe Iberia deja escapar su característica risa de conejo.

—En eso te equivocas. Yo también vengo a decir la verdad.

—Que nos conocemos, Pepe. No veo las carpetas por ningún lado.

Con gesto desconfiado, el concejal alza la vista, como si buscara alguna cámara en el techo. Pepe es un tipo retorcido y algo bocazas, pero hubo un tiempo en el que se llevaban bien, incluso muy bien. Él la había ayudado a entender algunas de las maniobras de Arturo, porque entre ambos se odiaban. El alcalde lo despreciaba públicamente y lo había degradado de concejalía. Por mucho que ahora fuera a testificar a su favor, en realidad lo hacía para salvar su propio culo. De cualquier manera, encontrárselo allí era un contratiempo; enterarse él era enterarse todo el mundo.

Cuando el concejal entra por fin a declarar, Ana se da cuenta de que le tiemblan las manos. Baja al claustro a fumar un cigarrillo e intentar calmarse. Aprovecha para llamar a Gallardo.

—Agustín, escucha, estoy aquí, en los juzgados. Me he encontrado con Pepe.

—¡Qué me dices!

—Lo que oyes.

—¡Joder! ¿Es que no hay nadie en este país que tenga dos putos dedos de frente?

—Escucha, tú me compraste el billete. Necesito que me cambies la vuelta.

—Claro.

—Si puedes para mañana.

—Lo intento, pero antes tengo que hablar contigo.

—No sé si voy a poder. Esta tarde ya he quedado con dos personas.

—Si puedo cambiar el billete, ¿te veo mañana en Barajas?

—Vale.

—Pues lo hacemos así.

—¿Agustín?

—Sí.

—Nada.

—Escúchame. Aguantas, ¿vale? Piensa que cuando termines se acaba tu pesadilla.

—Vale.

La declaración de Pepe es breve. Antes de la media hora, reaparece con una mueca burlona.

—Facilito —dice.

—Me alegro por ti.

—¿Te parece si te espero y tomamos juntos el vermú?

—No puedo, he quedado con mis padres a comer. —Luego, pensándolo mejor, le finta—: Si quieres podemos quedar en Boadilla la próxima semana. Llámame el viernes y concretamos.

—¡Perfecto! Tengo que contarte un montón de cosas.

Pasado un rato, una voz de mujer grita su nombre desde el otro lado de la puerta. La sala de declaraciones no es el espacio blanco y aséptico que había imaginado; más bien recuerda al de una cafetería modernista, con columnas de hierro estriadas, arcos, tragaluces redondos y una grisalla de un carro tirado por caballos

a lo largo de una de las paredes. Según se entra, a la derecha, hay una mesa larga y maciza; a continuación, varias hileras de sillas negras y, al fondo, el estrado, de madera tallada y con forma de U. Allí se sientan Antonio Pedreira, su ayudante —contratado a consecuencia del párkinson que padece el juez—, y la fiscal Concha Castell. En el interior de la U, una silla y un trípode con un micrófono esperan a Ana.

—Adelante, siéntese. —La voz del magistrado se diluye como un hilillo tembloroso en la amplitud de la sala. Es una voz acorde con el cuerpo frágil y consumido que la emite.

En las fotos de internet parece más joven. Pueden buscarlas. Desde que lo nombraran instructor del caso, a raíz de la inhabilitación del juez Garzón, varios artículos de prensa lo describen con un tono manifiestamente amable. Un diario conservador lo tilda de «antítesis de Garzón» y acompaña el reportaje con una foto en la que se ve al magistrado distendido, en una comida familiar. En otra, en blanco y negro, posa —fila de arriba, segundo por la derecha— en un equipo de fútbol de su Coruña natal: «El juez que pudo ser defensa del Deportivo»; y en una más reciente, se le ve saliendo de un taxi, sonriendo, con su pelo lacio y blanco repeinado hacia atrás. Obsérvenlo bien, ¿no les recuerda a Wojtyla?

—¿Es usted doña Ana Garrido Ramos?

—Sí.

—Señora Garrido, le agradecemos que haya venido a declarar desde tan lejos.

—No hay de qué, estoy encantada.

—Bien.

—Perdone, ¿podría decir algo antes de empezar? Es que, si no lo digo, reviento.

—Adelante.

—Lo primero, reiterar que estoy muy contenta de estar aquí,

vaya eso por delante. Pero ahí fuera, en el descansillo, he tenido que soportar una situación muy desagradable.

—¿Desagradable en qué sentido?

—En el sentido de que me he encontrado con alguien con quien no me debería haber encontrado.

—¿Se refiere a otro declarante?

—Sí.

—Entiendo.

—Verá usted, yo pedí ser testigo protegido y me dijeron que no era posible, que esa condición solo aplicaba a los casos de terrorismo y tráfico de drogas. Ya se lo he contado muchas veces a la Policía. Recibo amenazas constantemente. Todo tipo de amenazas, incluso de muerte. No quería que nadie supiera que había venido a declarar y ahora lo va a saber todo el mundo.

—Entiendo, señora Garrido. —El juez susurra algo a su ayudante—. Queda constancia de su comentario en el acta. Veremos qué se puede hacer al respecto.

—Se lo agradezco.

—Muy bien. Ahora vamos a proceder con su declaración, ¿de acuerdo? ¿Está usted dispuesta a decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

—Sí.

—¿Tiene usted enemistad manifiesta con alguno de los imputados?

—¿A qué se refiere con «enemistad manifiesta»? ¿Quiere decir si les odio? Evidentemente sí, esa gente me ha destrozado la vida.

La fiscal, atenta, sale al quite.

—Eso lo entendemos. Lo que queremos saber es si está usted dispuesta a contar los hechos tal y como sucedieron.

—Sí, claro. Yo lo único que quiero es que la verdad se conozca y se haga justicia.

—Eso es lo que queremos todos —resuelve el juez—. Ahora le

pido que se ciña con precisión a las preguntas que se le formulen.

La fiscal toma la palabra.

—¿Qué sabe usted de un dosier con información acerca del Ayuntamiento de Boadilla del Monte?

—¿Que qué sé? Todo, porque ese dosier lo hice yo.

—Pero no aparece su nombre.

—No lo incluí a propósito, para mantener mi anonimato, precisamente por lo que les comentaba antes.

—Ya veo. Entonces, ¿conoce usted al señor González Panero?

—Claro.

—¿De qué lo conoce?

—¿A Arturo? Es una larga historia.

—No se preocupe, tenemos tiempo de sobra.

—[…].

CAPÍTULO VI
Arturo González Panero

(*A partir de mis conversaciones con Ana Garrido*)

La declaración ante Pedreira duró como una hora. Era la primera vez que iba a declarar a un juzgado y pensé que sería la última. Error. No me imaginaba hasta qué punto mi vida acabaría completamente judicializada. Me sorprendió ver al juez así, tan poquita cosa, tan callado, en un segundo plano. Era la fiscal quien hacía las preguntas: cómo entré en el Ayuntamiento, cuáles eran mis funciones, si había recibido instrucciones de mis superiores para contratar con ciertas empresas…, todo eso.

También me preguntó si conocía la existencia de un dosier, cosa que me dejó muerta, porque yo era la que había elaborado ese dosier. A saber cómo les llegó, porque la historia del dosier…, en fin, se me fue de las manos. En realidad, todo se me fue de las manos. Al principio pensaba que perseguía a un ladrón y que, cuando le pillaran, y le metieran en la cárcel, recuperaría mi puesto de trabajo, pero la bola fue creciendo más y más y se hizo tan grande que acabó tumbando al Gobierno. Siempre digo lo mismo: intentando matar a una avispa, le di sin querer un golpe al avispero.

La primera vez que oí el nombre de Arturo González Panero fue el verano del 92 o del 93, me bailan las fechas, en la terraza de una heladería en la plaza de Ópera. Había quedado allí con Elisa. Elisa y yo habíamos sido compañeras en La Salle y nos veíamos de vez en cuando para ponernos al día. En aquella época cada vez menos; la vida, ya sabes, acaba poniendo a cada uno en su sitio. La verdad es que éramos muy diferentes, en todo: en el carácter, en las cosas que nos gustaban y en nuestro planteamiento de

vida. Ella siempre lo tuvo muy claro. Nada más salir de la universidad consiguió trabajo en un colegio cerca de casa de sus padres y estuvo allí hasta que se casó y se fue a vivir a Boadilla. Yo, en cambio, tardé años en encontrar mi sitio.

Cuando me gradué, estaba perdidísima, no sabía ni por dónde empezar. Lo único que se me ocurrió fue ir al Ministerio de Educación y pedir un listado de los centros educativos de la Comunidad de Madrid. Me dieron un taco así de páginas. No sé cuántos colegios habría, pero más de mil seguro. Les mandé el currículum a todos. Un currazo que no veas, porque por aquel entonces eso se hacía a mano, o sea, imprimir los currículos, meterlos en sobres, escribir las direcciones, echarlos al buzón…

El primer trabajo que me salió fue en una guardería cerca de Atocha, cuidando niños de entre dos y cuatro años. Algunos días me juntaba con quince o veinte. Una locura. La mayoría de los días acababa con una impotencia tremenda; aquello no tenía nada que ver con los métodos pedagógicos que me habían enseñado en la carrera, era más bien un aparcaniños. Encima, el local estaba en unas condiciones lamentables: sucísimo, con cuc… ¡Buaj! Mira, ¡qué asco! Antes de irme lo hablé con algunos padres. Creo que llegaron a denunciar, o por lo menos algo salió en Telemadrid. La verdad es que me alegré, porque encima la dueña me caía fatal. El día que le dije que me iba, que ya no aguantaba más, estaba en su oficina pintándose las uñas. «Pues ahí tienes la puerta», me contestó. No se dignó ni a mirarme. Cuando lo pienso… ¡Uf! ¡Me entra una rabia!

Después de eso, me llamaron del colegio San Pablo, en La Moraleja, para cubrir una vacante en Educación Física. El San Pablo es uno de los colegios más exclusivos de Madrid. Allí estudiaban los hijos de Borrell, de Imanol Arias, esa gente. Se suponía que para una recién licenciada como yo aquello era lo más, o por lo menos eso me decían mis padres, que menuda

suerte había tenido. Pero vamos, de suerte nada, más bien al contrario, fue una pesadilla.

Más que un colegio, aquello parecía un cuartel. Era superjerárquico y había unas reglas absurdas para todo: que si la fila, que si el uniforme, que si no se podía decir esto o lo otro. Trataban a los alumnos de usted, incluso a los niños de cinco o seis años. Encima, yo no tenía una clase fija, se iban rotando, y eso lo hacía aún más difícil.

Un día discutí con el director. Una discusión fuerte. En una de mis clases había un niño que no quería hacer gimnasia porque decía que estaba muy triste. Eso era algo que me sorprendía de allí, o sea, esos niños tenían de todo: se iban los fines de semana a esquiar o al extranjero, te hablo de cuando montar en avión era algo prohibitivo, pero muchos se sentían solos. Este niño, en concreto, me daba muchísima pena y le quise ayudar. Le pedí al director que me dejara hablar con sus padres, pero se negó en redondo. Me dijo que no era política del colegio alarmar a las familias por tonterías, que bastantes preocupaciones tenían ya.

A partir de entonces, la cosa fue a peor. Me empecé a sentir como un perro verde. Los otros compañeros no se quejaban ni decían nada; les veía a todos supersumisos, no sé si por miedo o por conformismo. En los recreos, en vez de quedarme en la sala de profesores, salía al patio con los de COU. Yo tenía veintipocos años, así que algunos eran casi de mi edad. Muchos domingos por la tarde me ponía a llorar. En el autobús de la ruta, empecé a sentir claustrofobia. Un día me dio un ataque de pánico. Me asusté. Estuve una temporada en la que no podía ni montar en coche, por eso me compré la moto. De hecho, siempre he pensado que mi fobia a volar viene de aquella época. El caso es que el curso se me hizo bola. Ni siquiera llegué a terminarlo.

Lo del San Pablo fue un golpe duro, pero al año siguiente me pasó algo parecido en otro colegio y ahí ya sí que toqué fondo. Les

dije a mis padres que no quería ser maestra. Mira, casi les da un síncope: que si estaba loca, que si para eso me habían mandado a una universidad de pago, que qué iba a hacer si no. La verdad es que nunca fui una hija fácil, lo reconozco, y menos comparada con mi hermano, que era un cerebrito y nunca daba problemas.

Gracias a una amiga conseguí otro trabajo en una granja escuela por la sierra de Madrid. Algo temporal, nos pagaban solo los días que íbamos, y encima en negro, pero para mí fue una catarsis. De pronto, empecé a disfrutar con lo que hacía, que ya ves, eran tareas tipo cuidar del huerto, limpiar las cuadras o hacer pan, pero me lo pasaba pipa. Lo único malo era que, con la mierda que ganaba, no me daba para independizarme y esa era mi prioridad, porque el panorama en casa se estaba volviendo insoportable.

A partir de entonces, la cosa mejoró. Estamos hablando ya de finales de los ochenta, yo tenía veinticinco años y estaba más con los pies en el suelo. Tiré por lo que ahora llaman «enseñanza no reglada», que era un poco un cajón de sastre. Hice varios cursos de formación y me saqué el título de monitora de tiempo libre. Enseguida me contrató una empresa de servicios educativos. Licitaban actividades para ayuntamientos: campamentos, charlas informativas, cursos de alfabetización para mujeres, cosas así. Al cabo de un año, me ascendieron a coordinadora en un programa de intervención social para menores en riesgo de exclusión en el barrio de Orcasitas. ¡Jo, cómo me gustaba ese trabajo! Todos los días pasaba algo, era superdinámico y muy gratificante, porque sentías que realmente hacías algo por los chavales. El sueldo seguía siendo una mierda, pero lo compensaba currando de camarera los fines de semana en la sala Barceló, no sé si tú la llegaste a conocer, una que estaba junto a Pachá. Bueno, el caso es que gracias a eso pude irme de alquiler con una amiga.

Justo por esa época empecé a salir con Carlos. Una noche, por casualidad, me lo encontré en el Penta, un garito de Malasaña al

que íbamos al terminar el turno en la discoteca. Carlos había sido mi primer gran amor. Lo conocí el año que pasé de las Escolapias al colegio Calasanz para estudiar COU. Me encantaba. Era alto, listo y muy guapo; eso sí, a cabezota no le ganaba nadie, que aún recuerdo las discusiones que teníamos en clase de Filosofía… ¡Madre mía! ¡A veces me daban ganas de estrangularlo! A la vuelta de las vacaciones de verano me dejó. Me dijo que quería vivir más cosas, que era demasiado joven para una relación tan seria. Lo pasé fatal; me quedaron todas las que llevaba para septiembre y repetí curso. Fue el año ese que te conté que me fui a la comuna religiosa en Huelva.

En fin, cuando volví a verle aquella vez, habían pasado… ¿qué? ¿Ocho? ¿Nueve años? No estaba segura ni de si me iba a reconocer. Yo había cambiado mucho, sobre todo en la forma de vestir. En esa época era más pijilla. En el instituto iba de mod, o sea, guardapolvo negro, camisa con botones y pelo cardado. Vamos, ¡nada que ver! Cada vez que veo alguna foto de aquellos años me quedo muerta.

El caso es que me acerqué y le pregunté si se acordaba de mí. Él se volvió hacia su amigo: «Que si me acuerdo de ella, dice, ¿se lo explicas tú?». Luego, aprovechando un tema que pincharon, me susurró al oído que seguía siendo su «Chica de ayer». Mira, casi me caigo al suelo del tembleque que me entró por las piernas. Dejamos a nuestras respectivas parejas de entonces y empezamos a salir. La verdad es que aquella fue una época dorada. Imagínate: viviendo con una amiga, enamorada de Carlos y feliz en el trabajo. ¿Qué más podía pedir?

A Elisa hacía por lo menos un año que no la veía. La encontré mucho más delgada, cosa que me sorprendió. Siempre había sido una chica supermona, con los ojos azules y el pelo largo y rubio, aunque un poco acomplejada. Su madre la machacaba con el físico: «gorda» era lo más suave que la llamaba. Además, la tenía

controladísima. Nos contaba que, al llegar a casa, le revisaba el dinero, para ver cuánto había gastado, y le olía el aliento y las manos, por si había fumado. Cuando hablo de «nos», me refiero a Bea y mí, que éramos sus amigas allí en el La Salle. Nosotras le decíamos que no le hiciera ni caso, que valía un montón, pero nunca se enfrentó a ella. Elisa era una chica tímida, discreta y muy aplicada en clase, o sea, justo lo contrario que nosotras, que éramos un terremoto.

Me alegré cuando me dijo que salía con alguien. Que yo supiera, nunca había estado con un chico. «Tiene un puesto importante: es concejal». Por mí, como si hubiera dicho que era ministro, porque por aquel entonces la política me importaba cero. Le pregunté si iba en serio y me dijo que sí, que tenían planes para casarse. Estaba muy contenta, pensaba que así se libraría de su madre.

Fue en ese momento cuando me contó lo del puesto de coordinador juvenil en el Ayuntamiento de Boadilla. Ofrecían un contrato de tres años por obra y servicio, aunque la idea era pasarlo luego a permanente. Su novio era el concejal de Juventud y Deportes, así que sería mi jefe. Recuerdo que ese detalle me provocó una sombra de duda. No por entrar de enchufada, como luego dirían por ahí las malas lenguas, sino por mera cautela. Ya había tenido alguna historia rara con algún jefe, pero vamos, que para nada fue el caso. En los quince años que trabajé con él jamás me insinuó ni media. Al contrario, me respetaba.

A Elisa, el que su futuro marido fuera mi jefe le suponía cero problemas. La pobre estaba superilusionada. «Ojalá te dieran el puesto, así nos veríamos más a menudo», me dijo. Fue otra de las profecías que nunca se cumplió. Con todo lo que fue pasando, llegó un punto en que la evitaba; me daba hasta cosa encontrármela por la calle.

Estuve varios días dándole vueltas a la cabeza, porque estaba encantada con mi trabajo en la colonia y me daba pereza volver a

cambiar. Carlos me animaba. Según él, encajaba mejor con nuestros planes de vida, aunque creo que lo decía más por un tema de estatus. A él lo de los chavales de Orcasitas mucha gracia no le hacía. Alguna vez que venía a recogerme a la salida me soltaba, medio en broma medio en serio, que olía a gitano. Al final me presenté al proceso de selección para ver qué pasaba. Ya luego, si eso, decidiría.

La primera vez que vi a Arturo fue durante la entrevista, aunque no supe cuál de todos era, porque el tribunal lo formaban varias personas, todos hombres, por cierto, concejales y gente de la Comunidad de Madrid, que era quien financiaba la plaza.

Ese día lo tengo grabado en la cabeza. Me pasó de todo. Cuando fui a salir de casa con la moto, se fue la luz del parking y no podía abrir el portón. Luego, con las prisas, se me volaron las hombreras. Llegué a Boadilla hecha un cromo, con el rímel corrido y los pelos como si hubiera metido los dedos en un enchufe. Por suerte tardaron en constituir el tribunal, así que, mientras esperábamos, me pude recomponer un poco.

Éramos como seis o siete candidatos. Nos metieron a todos en una sala y nos fueron llamando por turnos. A uno de ellos ya le conocía de la colonia de Orcasitas. Yo había sido su jefa, así que pensé que no sería rival. En realidad, por lo que hablamos allí, ninguno me pareció nada del otro jueves, salvo una chica con un pañuelo palestino que era educadora social.

Con el tiempo, cuando cogí confianza, uno de los del tribunal me contó que la cosa había estado entre la chica del pañuelo y yo. A ella la descartaron; pensaron que su forma de vestir no encajaría en un pueblo como Boadilla. También me dijo que mi culo había gustado más.

En fin, a lo que iba: que me costó quitarme el sambenito de ser «la amiga de», pero esa es la pura verdad, yo a Arturo no le conocía de nada. La primera vez que nos vimos a solas fue en su

despacho.

Fíjate cómo sería la cosa que lo primero que pensé, nada más verle, fue que tenía cara de buena persona. Luego ya comprendí que hasta eso se puede fingir, y más un buen político como era él, o, bueno, lo que la gente entiende por ser un buen político, porque para mí debería ser otra cosa. Recuerdo una vez que le pregunté qué le hubiera gustado ser de no haberse dedicado a la política. ¿Sabes lo que me contestó? Que director de un club de golf. ¡Director de un club de golf! Me quedé muerta. Me explicó que a los directores de los clubes de golf todo el mundo les respeta y les trata de puta madre. Yo me hubiera esperado otra cosa, no sé, algo útil, algo que tuviera que ver con mejorar la vida de la gente. No sé si me explico. Por eso digo, que buen político era, porque se llevaba bien con todo el mundo y se movía bien dentro del partido, pero lo que es vocación de servicio tenía cero.

¿En qué estaba? ¡Ah, sí! Lo de su despacho. La primera vez que me reuní con él salí de allí entusiasmada. Me regaló los oídos, me dijo que en el tribunal se habían quedado impresionados con mi aplomo y con mi facilidad de palabra, y me pintó un puesto de trabajo idílico, con un montón de autonomía. Eso sí lo cumplió, al menos durante esos primeros años. Él estaba más pendiente de la parte de Deportes y de las cosas del partido, así que todo lo que yo hacía le parecía bien.

Empecé a trabajar un 1 de agosto. Lo recuerdo muy bien, porque estaban aprovechando ese mes de vacaciones para trasladar a parte de los funcionarios a un nuevo edificio, que servía también de biblioteca municipal. A mí me ubicaron allí provisionalmente, en un cubículo dentro del despacho de la jefa de Comunicación, que era como tener al lado a uno del *Sálvame*; no veas tú lo que rajaba esa mujer. Enfrente estaba el despacho de Jesús Miguel, un sevillano de mi edad, que también se había incorporado hacía poco. Con Jesús Miguel me llevaba genial, era muy vacilón y nos

reíamos mucho, pero con el tiempo se pasó al lado oscuro. Trabajaba para la concejalía de Personal y su jefe era un tal Paco Fierro, un hombre ya mayor que le iba contando a todo el mundo que había sido el cámara de Franco.

Precisamente con este hombre, con Paco, me pasó una anécdota que creo que es muy significativa de cómo funcionaban las cosas por allí. Yo debía de llevar una semana o dos trabajando, no llevaría más. Bueno, pues a primera hora de la mañana, según estaba subiendo por las escaleras, noto una mano que me agarra de la cintura y me da una cachetada en el culo. Me vuelvo y resulta que era el tal Paco Fierro este, que va y me suelta: «Bueno, guapa, a ti habrá que buscarte un despacho en condiciones, ¿no? A ver si te consigo uno enfrente del mío para disfrutar de las vistas». Mira, me dio tanto asco todo, la palmadita, el tono, la cara de viejo verde que puso, que me quedé paralizada sin saber qué decir, y mira que es difícil dejarme a mí sin palabras. Al final me inventé una excusa y salí corriendo escaleras abajo.

Estuve dudando si contárselo o no a Arturo. Al final se lo conté. No sé por qué lo hice, la verdad, supongo que estaría tan desconcertada que no pude callármelo. Recuerdo que me sorprendió mucho su reacción, así, como superofendido, que aquello era un comportamiento intolerable y que había que decírselo a Nieves. Nieves era la alcaldesa. Yo le convencí para que lo dejara pasar, no quería empezar con malos rollos, ya tenía alguna experiencia al respecto, pero a los pocos días me llamó Nieves a su despacho.

El despacho de Nieves estaba en el edificio antiguo, en la tercera planta. Subí acojonada, piensa que era la primera vez que hablaba con una alcaldesa y la tía imponía. Era muy seria, muy seca. Me dijo que estaba al tanto de los hechos y que, si me volvía a pasar algo parecido con él, por favor se lo contara, para tomar

medidas. Luego me enteré de que Nieves y Paco se odiaban. Al parecer, ella había intentado sacarle de las listas para las municipales, pero al final se lo tuvo que comer con patatas. Paco Fierro aún conservaba buenos contactos en la cúpula del partido. En las siguientes elecciones, se jubiló, y Arturo se hizo con su concejalía, la de Personal, una de las más codiciadas.

CAPÍTULO VII
El Ayuntamiento

Siempre lo digo: para mí, un ayuntamiento es una mezcla entre una empresa, una familia y un pueblo. De las empresas tiene el rollo este de las jerarquías y las relaciones de poder; de las familias, las filias y fobias; y de los pueblos, las habladurías y los chismes.

Cuando entré allí, fui un poco la comidilla, como cuando llegas a un pueblo donde todos se conocen. A ver, tampoco es que yo fuera Claudia Schiffer, pero bueno, una chica joven, delgadita, rubita, con una chupa de cuero y montada en una Suzuki 500… pues llamaba la atención, qué quieres que te diga. De aquella, en el Ayuntamiento había poca gente joven. Arturo y yo éramos de los más jóvenes, andábamos por los treinta. Él venía de las Nuevas Generaciones del Partido Popular, igual que María José, que era de su quinta, y algún que otro concejal, pero en líneas generales la plantilla era tirando a mayor.

Por aquel entonces, Boadilla del Monte tendría unos quince mil habitantes, si llegaba. Quiero decir, que era un pueblo. Un pueblo grande, vale, pero un pueblo al fin y al cabo. No tenía para nada ese puntito chic de Pozuelo o Majadahonda. Al revés, cuando yo entré, había hasta un asentamiento de marroquís a las afueras, con un montón de chabolas. Me acuerdo que yo al principio pensaba: «Joder, qué chicos más sanos hay en este pueblo, que van todos en bici». Hasta que me enteré de que iban allí a pillar costo.

Al lado de donde aparcaba la moto por las mañanas, había una tapia en la que se subían los marroquís. Yo pasaba siempre por delante de ellos, pero vamos, de buen rollo. Les saludaba y ellos me silbaban. Era divertido. Luego venían unas furgonetas y se los

llevaban a trabajar en la construcción. Con el boom inmobiliario, las chabolas desaparecieron de un día para otro y la población de Boadilla se multiplicó por cuatro. En realidad, ahí fue cuando empezaron los problemas; en el Ayuntamiento entró mucho dinero, y con el dinero gente nueva, gente sin escrúpulos.

Mi área, el área de Juventud, nunca había tenido concejal, así que estaba todo por hacer. Empecé a organizar un montón de actividades: campamentos de verano, talleres, jornadas de orientación, concursos de fotografía, de cuentos, viajes… Arturo estaba encantado; apenas se metía en lo mío. Él se centraba en Deportes, cosa que, bueno, yo tampoco entendía mucho, porque, más allá de que le gustaran y se le dieran bien, tampoco es que tuviera especial idea. A todo el mundo le decía que había estudiado informática, como dando a entender que era la carrera, pero lo único que tenía era un diploma de un curso que había hecho en una academia.

De vez en cuando le pedía permiso para ir a otros ayuntamientos, a Juvenalia o a algún simposio y traerme ideas nuevas. Algunas veces se apuntaba; a él todo lo que fuera salir de Boadilla… Yo intentaba ponerle pegas para que no se viniera conmigo porque no veas la vergüenza que me hacía pasar. En temas técnicos andaba perdidísimo, y si encima tenía que hablar en público, apaga y vámonos. Era nulo, el pobre. Cuando le tocaba dar algún discurso en algún evento o inauguración, me pedía que le hiciera un esquema con las ideas principales, pero enseguida se trababa, perdía el hilo y se iba por las ramas. Eso sí, en las distancias cortas se movía como pez en el agua. Tenía mucho don de gentes. ¿Ves? Yo pensaba que en eso consistía ser un buen político, en llevarse bien con todo el mundo.

En un viaje a Barcelona, no recuerdo a santo de qué, me la lio parda. Me convenció para ir a una cena, supuestamente de alcaldes de otros municipios, pero vamos, que ni cena ni nada:

aquello era un acto del partido, y debía de ser un acto importante, porque a la entrada había un montón de cámaras de televisión.

Yo me asusté. Estuve a punto de largarme y dejarle colgado. Ya le había dicho por activa y por pasiva que no quería salir en ningún sitio que pudiera comprometerme, que bastante tenía con que la gente fuera diciendo por ahí que había entrado de enchufada, pero ni con esas. Me hizo chantaje moral, otra de sus especialidades: que cómo iba a dejarle tirado, que si nunca me había pedido nada, que solo iba a ser por esa vez. Pasé por el aro. ¿Qué podía hacer? A fin de cuentas, también era mi jefe, ¿no? Esa es una de las cosas suyas que nunca llegaré a entender: era incapaz de ir solo a los sitios. Incapaz. Siempre tenía que ir acompañado de alguien.

Con Arturo solo estuve una legislatura, la primera. En la siguiente, pasó a llevar Hacienda y Personal, una concejalía mucho más potente para un político joven y con ambiciones. Me pusieron de jefa a María José, que llevaba también… ¿Cultura? No, Cultura no puede ser. Bueno, ahora mismo no caigo… El caso es que con María José me pasó lo mismo que con Arturo: me dejaba espacio, no se metía en mi parcela. En general, mis jefes siempre decían que era muy fácil trabajar conmigo porque se podían despreocupar.

Yo disfrutaba mucho con el trabajo. De hecho, no lo consideraba un trabajo, sino una extensión de mi vida. Lo tenía completamente integrado en mis rutinas. No me importaba echar las horas que hicieran falta, ir por las tardes o cuando alguna actividad caía en sábado o en festivo. Al revés, me hacía sentir bien conmigo misma, como más comprometida. Ahora pienso que fue un error…, digo el no poner límites entre la vida personal y profesional. Además, eso despertaba resquemor entre mis compañeros. A mucha gente le molestaba que yo fuera así.

Mi única queja a nivel laboral era que seguía con el contrato de

coordinadora juvenil con el que había empezado, cuando en realidad yo desempeñaba funciones de técnico o de jefa de servicio, porque me encargaba de todos los temas del área: firmar pliegos, ir a las comisiones, supervisar al personal, gestionar el presupuesto… Vamos, igualito que una técnico, solo que mi plaza era del grupo C en vez de ser del grupo B o incluso del A. Me cansé de decírselo a Arturo: que a ver cuándo me subía de categoría, porque allí había mucha gente tocándose el higo y cobrando un pastizal, que cuando miraba la RPT —Relación de Puestos de Trabajo— me ponía negra. Si me hubiera afiliado al partido, me habrían ascendido al día siguiente, lo tengo clarísimo. Esa era la forma más fácil de ascender, todo el mundo lo sabía. Alguna vez me lo insinuaron, pero nunca quise entrar por ahí.

Con Carlos también iba todo muy bien; queríamos casarnos. Él era ingeniero y trabajaba en la empresa de su padre, una distribuidora de material de oficina. Tenían clientes importantes. Ganaba mucho más que yo, claro. Estuvimos un tiempo ahorrando para la entrada de un adosado en una urbanización de Las Rozas. Un sitio muy chulo, con piscina climatizada y cerca de un parque donde salía a correr y a pasear al perro.

Fue enterarse Arturo y morirse de envidia, porque, de aquella, Las Rozas era lo más, y él no soportaba no ser lo más en todo. Me acuerdo perfectamente de la anécdota. Fue una mañana en el Coppola, el bar donde íbamos a desayunar con la gente del Ayuntamiento. Según lo comenté, va y me suelta, delante de todos: «Pues ya nos contarás cómo una chica del barrio de Aluche acaba comprándose un chalet en Las Rozas». Y yo: «Pues de la misma manera que el hijo de un vendedor de chuches acaba siendo concejal». Eso te puede dar la medida de hasta qué punto tenía confianza con él. Esa respuesta no se la hubiera consentido a nadie más.

Antes de que nos casáramos nosotros, se casaron Elisa y Arturo.

Cuando pienso en esa boda, todavía me entra la risa. ¡Madre mía, cómo estaba de verde! Yo debía de imaginarme que la boda de un concejal era como la de un marqués o algo así, porque me sentía superangustiada y no sabía qué ponerme sin gastar un dineral. Entonces se me ocurrió ir al Bambalinas, una tienda de la calle Arenal donde vendían ropa de segunda mano, de esa que a lo mejor han usado un par de veces en el teatro o la televisión. Allí me había comprado la famosa chupa de cuero para la moto.

La verdad es que no sé muy bien cómo, pero el de la tienda me hizo todo el lío y salí de allí con un vestido… Mira, ¡menudo vestido! Cada vez que lo pienso, me muero de la vergüenza. Imagínate: un corpiño de terciopelo negro y una falda beis, así, ampulosa, en tela de damasco con unos estampados de estos como de papel de pared, y, para rematar, una cola de capilla. Un horror, vamos. Encima, como la unión por la cintura no estaba bien rematada, le cosí un cinturón de tul con una flor.

Solo me di cuenta del desastre cuando llegué a la ceremonia. El resto de la gente iba bien, o sea, elegante pero sencilla, y a mí parecía que me habían sacado de una película de María Antonieta. Estuve a punto de volver a casa a cambiarme. Al final aguanté el tipo como pude; intenté que no se me viera mucho. Solo me moví de la silla de la iglesia a la del restaurante, y allí metí la falda por debajo del mantel, para disimular.

Una cosa que me sorprendió de esa boda fue la poquita gente que había del Ayuntamiento. Que yo recuerde, solo estuvieron Nieves, la alcaldesa, María José, ¡María José!, en fin, lo que cambiarían luego las cosas, y algún que otro concejal, y de funcionarios, solo Laura, su secretaria, y yo. Lo que sí que había era un montón de gente del partido.

A Carlos y a mí nos sentaron en una mesa con otras dos parejas: un concejal de Alcobendas y su mujer, un tío supermajo al que perdí la pista, y Alfredo Blanch Labrador, que por aquel entonces

era concejal de El Escorial y más adelante gerente de la EMSV —Empresa Municipal del Suelo y la Vivienda— de Boadilla. Cuando terminó el banquete, Alfredo nos invitó a pasar la tarde en casa de sus padres, en una urbanización de Valdemorillo, al pie de un embalse. Así fue como trabé amistad con el que, años después, sería uno de mis «captadores», como yo les llamo, y la persona a la que encargaron la organización de otra boda; una boda muchísimo más espectacular que la de Arturo o la mía. Me refiero a la boda de la hija del capo: la boda de Ana Aznar.

Con varios de los que estuvieron en la boda, coincidí más tarde en el viaje a Saint-Lary. Subrayo lo de «el viaje» por varias razones: primero, porque nos pasó de todo; segundo, porque conocí a una serie de personajes clave en toda esta historia; y tercero, porque supuso mi primera gran crisis de pareja.

El viaje a la nieve era el evento del año, por todo lo que implicaba a nivel de trabajo, planificación, convivencia… Duraba una semana, del 1 al 7 de enero, y lo organizábamos entre varios municipios: Pozuelo, Majadahonda y nosotros. Era una actividad subvencionada para jóvenes, pero se podía apuntar quien quisiera, por eso iba tanta gente del Ayuntamiento.

Muchos de los que fueron a ese viaje acabaron mal. De hecho, de los cuatro o cinco autobuses que fletamos ese año, por lo menos medio autobús acabó imputado por la Gürtel y otras tramas. Estaba Juan Sigüelas, que acabó sustituyendo a Arturo como alcalde y luego cayó él; Willy Ortega, el alcalde de Majadahonda, que colocó a la mujer de Correa de jefa de gabinete; Carmen López, que vino con su novio y luego fue asesora y amante de Arturo; las hijas de Caracuel, otro de los concejales metidos en el ajo; y Esteban San Germán, del que me enamoré profundamente.

Yo no sé qué me dio a mí con Esteban, pero fue algo muy fuerte. Es verdad que lo mío con Carlos iba regu-
lar, de hecho, nos habíamos dado un tiempo. La noche de fin de

año, justo antes del viaje, me lo encontré. Bueno, «me lo encontré» es un decir: vino él a buscarme a la casa de unos amigos y nos tiramos toda la noche hablando. Me pidió que retomáramos la relación cuando volviera. Dijo que me quería, que era la mujer de su vida, y eso era verdad; a pesar de todo, nos queríamos muchísimo. El problema no era tanto que él estuviera muy volcado en su trabajo, porque yo también estaba muy volcada en el mío; el problema era que, cuando llegaba el fin de semana, tampoco me hacía ni puñetero caso. Los viernes se iba de fiesta hasta las mil y el sábado, claro, no le apetecía hacer nada conmigo. Además, se le crispó el carácter. Se volvió más irritable y llegó un punto en el que empezó a faltarme al respeto. Ahora que lo veo con la perspectiva de los años, creo que pudo haber ahí un tema de coca, porque los amigos con los que salía… telita.

El caso es que ya me fui al viaje descolocada, y allí conocí a Esteban, que era todo lo contrario a Carlos. Era un hombre tan amable, tan educado y me trataba taaaan bien. No era guapo; al contrario, se daba un aire a Mr. Bean, pero yo me sentía súper a gusto con él. Al principio, lo típico: te tomas algo en el *après-ski*, te ríes, y ya, pero luego los encuentros se empezaron a alargar. Como la gente se iba pronto a dormir, para levantarse temprano a esquiar, él y yo nos quedábamos de palique donde fuera, en el bar o en las escaleras del hotel. Yo le veía una persona superhumana, con la que se podía hablar de mil cosas. Eso era algo que echaba de menos con Carlos…, las charlas profundas.

Esteban tenía un hermano con síndrome de Down y había montado una asociación en Pozuelo. Me contaba lo que hacían, cómo ayudaban a las familias y a los niños. A mí todo eso me inspiraba muchísimo, me llenaba de ganas de cambiar el mundo. Una cosa que se me que-
dó grabada es que, mientras hablábamos, nos cogíamos de la mano. A veces nos mirábamos de una forma que yo le decía:

«Venga, Esteban, mejor vámonos a dormir». Fue una conexión muy potente. Por las dos partes.

Justo antes de volver a España, se levantó un temporal de nieve que nos dejó atrapados varios días en el resort. Fue como una película de terror: nos racionaron la comida, no podíamos sacar dinero y tuvo que venir un helicóptero a evacuar a dos personas. Desde la ventana de la habitación no se distinguía nada, solo se veía blanco. Algunos chavales se tiraban de cabeza desde los balcones de tanta nieve que había. Es la típica cosa que, contada así, a lo mejor no te haces la idea, pero fue tremendo. La gente se agobió muchísimo, no veían la hora de volver. Sin embargo, Esteban y yo deseando que se alargara, porque sabíamos que en cuanto regresáramos a España…

Los días que estuvimos allí atrapados fueron de un estrés total. Acababa agotada de tanta tensión. Piensa que yo estaba trabajando y tenía que encargarme de solucionar los problemas que iban surgiendo. El principal era tranquilizar a las familias de los chicos, lo que se convirtió en una pelea constante con la directora del resort, porque en aquella época no había móviles, y solo se podía usar el teléfono fijo del hotel. Ella, claro, quería dejar la línea libre, por si entraban nuevas reservas.

A veces llamaba a Carlos para desahogarme, pero apenas podía hablar con él. En su empresa había un pico de trabajo a principios de año y andaba a mil cosas. Eso, claro, me generaba más dudas. Esteban se convirtió en mi confesor, en mi paño de lágrimas, en mi alegría, en mi todo.

Yo andaba hecha un lío. Por una parte, estaba convencida de que Carlos era el amor de mi vida y no quería tirar por la borda tantos años de relación, pero quedarme con él era luchar por reconstruir algo que no estaba funcionando, y, por otra, Esteban era eso, las ganas, la ilusión, los nervios en el estómago. Muchas veces me he preguntado cómo hubiera sido mi vida con él. Acabó

de consejero de Seguridad de la Comunidad de Madrid y se casó con una presentadora de televisión. Luego, ya ves, nos volvimos a encontrar. A veces la vida te da segundas oportunidades, pero eso fue años más tarde y en circunstancias muy diferentes.

Por fin, tres días más tarde de lo previsto, conseguimos salir de allí. Las máquinas quitanieves abrieron un paso hasta el pueblo. El pronóstico del tiempo avisaba de otro temporal para esa noche, así que la directora del hotel nos metió prisa para que nos fuéramos y así poder acondicionar el hotel para los nuevos clientes. Una sinvergüenza, vaya. Al final la tuve con ella, porque ya venía calentita de los líos con el teléfono. El caso es que solo tuvimos como una hora para recogerlo todo y salir.

Ese trayecto de diez kilómetros fue una odisea dentro de una odisea. ¡Madre mía, qué miedo que pasamos! El autobús iba superlento, avanzando entre dos paredes blancas, una a cada lado. No se veía nada, ni se oía nada, solo las cadenas mordiendo la nieve. Dentro nadie hablaba, de eso me acuerdo perfectamente: del silencio. Impresionaba, la verdad. En una curva, oímos un golpe fuerte. La gente se levantó de los asientos y empezó a chillar. Era solo una placa de hielo que se había desprendido del techo, pero no veas el susto.

Pasamos la noche sin pegar ojo y llegamos a Madrid con las primeras luces del alba. Nada más bajar del autobús, Caracuel, el padre de dos de las niñas y concejal de Boadilla de toda la vida, se me abrazó. Dijo que estaba en deuda conmigo, por haberles mantenido al tanto en todo momento. Me emocioné. Otros ayuntamientos habían tenido problemas con las familias, pero nosotros no. Para mí eso fue un orgullo muy grande.

Después de todo lo que había pasado, lo único que quería era llegar a mi casa, tirarme en la cama y dormir hasta el infinito, pero Arturo me llamó para decirme que una periodista de televisión iba a ir a entrevistarme. El muy gilipollas le había dado

mi dirección, o sea, vamos, ¡¿a quién se le ocurre?! Me pillé un cabreo del quince; le dije que se olvidara del tema, que no iba a recibir a nadie en mi casa, y menos con las pintas que traía, pero él erre que erre, que por favor hablara con ella, que era importante. Supongo que quería aprovechar la oportunidad para colgarse una medalla.

Si algo aprendí en aquellos años, es lo importante que es la prensa para un político. ¡Qué te voy a contar a ti! Tú ya sabes que por la prensa viven o mueren; es quien los encumbra y lo único a lo que temen. Al final, Arturo se salió con la suya, una vez más. Hice la dichosa entrevista, pero eso sí, a la puerta del ayuntamiento.

A Carlos le conté lo de Esteban. No sé por qué lo hice, la verdad, tonta de mí, debí habérmelo callado, si, total, no hice nada. Siempre he pensado que aquello fue un error, porque luego lo utilizó en mi contra. Después del viaje, Esteban se pasó alguna vez por la concejalía, a ver si rascaba algo, supongo. En una de esas, coincidió que me llamó Carlos por teléfono. Algo raro me debió de notar, porque se plantó allí a los quince minutos, y eso que trabajaba por Santa María de la Cabeza. Cuando llegó, mira, pensé que lo mataba. Carlos era alto y fuerte y el otro un tirillas. Al final no llegó la sangre al río; Esteban se borró del mapa y yo me casé.

No duramos juntos ni dos años. Él siguió a lo suyo: de lunes a viernes volcado en su trabajo; y, los fines de semana, de fiesta. La primera vez que me puso la mano encima, hice las maletas, cogí al perro y me fui de casa.

CAPÍTULO VIII
Sospechas

¿Que cuándo empecé a sospechar? Buena pregunta… Mmm, a sospechar te diría que pronto, porque soy de naturaleza desconfiada, solo que al principio no le daba importancia. No lo veía, o no lo quería ver, y tampoco es plan de ir a trabajar como si fueras un policía.

Mientras Nieves estuvo de alcaldesa, no vi nada de eso que dijeras: «Date, aquí hay tongo». Eran más bien cosas que te llamaban la atención: ciertos comentarios, conversaciones de café, detalles, a veces inconexos, nombres que te suenan, personas que entran y van ganando estatus y otras que, al revés, de repente desaparecen. Con el tiempo ya sí, se fue haciendo más evidente. Ya te dije que, a medida que Boadilla fue creciendo en población, entró mucho dinero en el Ayuntamiento y la gente empezó a perder el contacto con la realidad. Que se les fue la olla con tanto poder, vaya.

Yo seguía en Juventud, pero me habían asignado también un proyecto para poner en marcha una escuela de oficios. Eso se llevaba desde la concejalía de Formación y Empleo, así que empecé a tener dos jefes. Era un plan superambicioso: formar a un montón de chavales en fontanería, jardinería, electrónica, ese tipo de cosas. Arrancamos desde cero, o sea, hubo que construir físicamente la escuela, diseñar el itinerario formativo, contratar a los profesores, comprar las herramientas, los materiales… Llegó un momento en el que estaba tan desbordada de trabajo que le dije a Arturo, que por entonces era concejal de Personal, que o me ponían a alguien o directamente petaba. Contrataron a dos personas para Juventud: a Marcos Fernández Treviño y a Dolores Salas.

Lo de Marcos fue un dedazo en toda regla, o por lo menos Arturo y él se conocían de los Scouts y, si no recuerdo mal, sus padres eran también muy amigos. Lola sí entró por oposición, pero de auxiliar administrativa, o sea, nada que ver. Esta era una señora de cuarenta años, con dos niños, que nunca antes había trabajado, así que te puedes imaginar el panorama. De todas formas, yo estaba tan desesperada que me daba igual quién fuera, solo quería que alguien me echara una mano.

A pesar de todo, formamos un buen equipo. De entrada, tuve mucho *feeling* con Marcos. Él era periodista de formación, y más joven que yo, así que andaba algo perdido, pero el tío las pillaba al vuelo. Luego tenía ese rollito que a mí me gusta tanto: era divertido, superácido y con bastante pluma, aunque de aquella aún no lo asumiera. De hecho, yo me chupé sus años de salida del armario. Nos hicimos bastante amigos, le acompañaba a Chueca y me tragaba todos sus líos y sus contradicciones. Por eso me dolió tanto que me traicionara. Fue uno de los peores.

Al principio fueron cosillas *light*: me llevaba la contraria, les decía a los usuarios que yo ya no trabajaba allí o se quejaba de que me pasaba la vida en las escuelas taller, cosas así. Luego empezó a malmeter por detrás, me lio alguna más gorda y tuvimos algún rifirrafe. En cuanto tuvo la oportunidad, con eso de que era periodista, se cambió al departamento de Comunicación. Desde allí, como ya no era su jefa, me ponía directamente a parir. Un día le cogí por banda y le pregunté qué coño le había hecho yo para que me odiara tanto. Lloramos. Lloramos los dos, pero después siguió haciéndome daño. He pensado mucho sobre eso. ¿Por qué una persona a la que conoces tan bien y a la que has ayudado tanto te repudia? Es algo que nunca entenderé. No me cabe en la cabeza cómo se le pudieron cruzar los cables de esa manera.

Con Lola fue justo al revés; según entró, parecíamos el agua y el

aceite, pero con el tiempo empezamos a mezclar. Ella era una mujer… mmm, no sé cómo expresarlo…, un poco cateta, como de pueblo. Se escandalizaba por todo. Con Marcos y conmigo alucinaba, claro. Luego ya se fue soltando. Era la típica funcionaria de manual, o sea, echaba sus horas y según daban las tres salía escopetada. No regalaba ni medio minuto. Poco a poco fue cambiando el chip y se convirtió en mi mano derecha. Ahí hubo un rollo raro, como de admiración, o algo así. Empezó a copiarme. Se tiñó el pelo de rubio y se empezó a marcar el flequillo a mi estilo. Yo llevaba un anillo de resina en el dedo índice, algo poco frecuente. Pues un día me fijé y se había puesto un anillo parecido en el mismo dedo. Ya te digo que fue una cosa rara, pero al menos no me traicionó, como Marcos. Bueno, hasta que volví de Costa Rica, claro.

En esa época, además de Lola y Marcos, se contrató a mucha gente, entre otras a Carmen López. A Carmen ya te la mencioné de pasada; era la chica esta que vino con su novio al famoso viaje de Saint-Lary. Ella entró por oposición en ventanilla de registro, que, bueno, que me perdonen los pobres, pero son la última mierda. Al cabo de unos meses pasó de ventanilla a ser directamente la asesora de Arturo, cosa que sorprendió a todo el mundo.

Obviamente, empezaron los rumores: que si no sé quién había ido a verle al despacho y se había encontrado la puerta cerrada, que si se habían ido juntos de viaje a no sé dónde, que si alguien les había visto tomando una copa en no sé qué bar… A mí me costaba creerlo, la verdad, porque esta chica era una siesa y una antipática, pero, según contaban, él estaba coladísimo.

Un día, en plena tormenta de chismorreos, Arturo vino a pedirme un favor. Siempre me había utilizado para sus historias, pero de una forma indirecta, o sea, a lo mejor me decía que se venía conmigo a comer o a tomar una cerveza a la salida del

trabajo y luego no se presentaba, o estaba cinco minutos y se iba, cosas así. Eso me parecía raro; quiero decir, que pudiendo ir a comer con su mujer y con sus hijos, que estaban en casa, prefiriera estar por ahí. Pero bueno, asumí que él era así. Entre la vida social o la vida familiar, siempre escogía la social.

A lo que voy, aquella vez me pidió algo concreto. Me contó que a Elisa le habían llegado rumores de que la engañaba con otra y ella le había dado un ultimátum. Según él, jamás le había sido infiel a su mujer; todo eran mentiras de sus adversarios políticos. Me dijo que solo yo, como amiga que era de ambos, podía salvar su matrimonio y me pidió que convenciera a Elisa para que fuera a hablar con el novio de Carmen. Yo al principio no entendía nada. O sea, ¿qué coño pintaba el novio ahí? ¿Y por qué Elisa tenía que hablar con él y no directamente con la susodicha? Ahora ya, con el tiempo, pienso que lo que quería este era que el novio se enterara, para poner a la chica entre la espada y la pared y que tuviera que elegir entre los dos. Llámame malpensada, pero, conociéndole, no me extrañaría ni un pelo.

Como Arturo no conocía al novio, parte del favor consistía en investigar quién era, a qué se dedicaba, dónde vivía y todas esas cosas, así que me puse manos a la obra y estuve tocando algunas teclas. Ten en cuenta que yo a él sí le conocía del viaje. Solo para que te hagas una idea, acabé averiguando hasta su número de cuenta bancaria, con eso te digo todo. Arturo alucinó con mis dotes detectivescas. ¡Quién le iba a decir a él que luego las sufriría en sus propias carnes!

Después de eso, acompañé a Elisa a hablar con este chico, que era profe de inglés en una academia de Argüelles. Mientras, me quedé esperándola en una cafetería. Al cabo de un rato, volvió muy contenta. La había tranquilizado: le aseguró que todo eran habladurías de la gente, que Carmen y él se amaban y se iban a casar pronto, así que era imposible que estuviera liada con su

marido. En fin, yo me callé la boca, total, ¿para qué? Al final la chica se casó y, al poco tiempo, se fue del Ayuntamiento. Nadie supo nunca lo que había ocurrido allí, pero a mí Laura, la secretaria de Arturo, me contó que él lo pasó fatal, que a veces se encerraba en el despacho y se ponía a llorar como una magdalena.

En cuanto a lo que me preguntaste de las sospechas, la primera vez que pensé «Aquí fijo que hay tomate» fue cuando Jesús Miguel me llamó para decirme que, a partir de ese día, los seguros tenían que contratarse con una correduría de Majadahonda. Jesús Miguel era el sevillano este que había empezado a trabajar para Paco Fierro y luego se convirtió en el brazo ejecutor de Arturo.

Aquello de los seguros cantaba por soleares. Primero porque Arturo era de Majadahonda y segundo porque yo sabía que un amigo suyo tenía una correduría. Le pregunté a Jesús Miguel si la orden aplicaba solo a los seguros que hacíamos desde Juventud, y me dijo que no, que era general. Luego le pregunté si pensaban agrupar todos los contratos menores en un mismo pliego, cosa que sí podía tener un sentido de ahorro, pero tampoco; seguirían tramitándose uno por uno. Yo contrataba siempre los seguros con una chica de Boadilla, ya que la política hasta ese momento había sido la de usar proveedores locales siempre que se pudiera. Recuerdo que probé con uno. Pedí un presupuesto a la correduría de Majadahonda y, al ver que me salía más caro, seguí con la otra.

Esa fue la primera vez que recuerde, pero seguro que hubo más. Ahora me viene a la cabeza otra en la que se armó la de San Quintín. Resulta que iba a venir Zaplana a inaugurar las gradas de las pistas de pádel de la ciudad deportiva. De aquella, Arturo se las daba de jugar al pádel con él y con Pío García Escudero, que por entonces era el portavoz del Partido Popular y salía mucho por la tele.

El caso es que nosotras organizábamos un campamento de verano justo al lado de las pistas de pádel, y los de la concejalía de Deportes, para llegar a tiempo a la inauguración, estaban con las excavadoras a todo meter, lo cual era un peligro con los niños jugando por allí. En una reunión que tuve con ellos, se habló de acordonar la zona y respetar los horarios de entrada y salida del campamento, pero se pasaron los acuerdos por el forro. Total, que me planté y mandé una notificación a los padres diciendo que el campamento se cancelaba hasta nueva orden. ¡En qué hora! ¡No veas el lío que se montó! Por lo visto, uno de los niños era el hijo de un famoso, así que me llamaron directamente de alcaldía para pedirme explicaciones. Les dije que yo no me iba a arriesgar a que ocurriera una desgracia solo porque un señor viniera a cortar una cinta. Esa Arturo me la guardó, por haberle dejado en mal lugar a ojos de la alcaldesa.

El Summercase fue cuando, ya sí, me caí del guindo. Esto era un macrofestival de rock, de esos que por aquel entonces salían como setas. Se planteó como un proyecto a diez años, pero al final duró solo dos o tres. La idea era que lo llevaran desde Cultura, pero la promotora del evento, una tía un tanto rarita, por decirlo suave, se negó a trabajar con ellos. Según nos contó Arturo en un café a María José y a mí, esta mujer se había rayado con el concejal porque había llegado como una hora tarde a una reunión. Quería que nosotras cogiéramos el proyecto con la excusa de que ya habíamos organizado algún concierto e iba a venir mucha gente joven.

A mí, al principio, me entusiasmó la idea, lo reconozco, porque la música es una de mis grandes pasiones. Encima venían grupos superpotentes, en plan Chemical Brothers, Cardigans o los Sex Pistols. Lo de que teníamos experiencia organizando conciertos era verdad, pero de bandas locales, o sea, cuatro mataos con greñas pegando gritos. Aquello no tenía nada que ver; era un

proyectazo.

Lo primero que hice fue pedir el pliego de concurso para leerme las condiciones del contrato y, a ver, no es que yo tenga un sexto sentido, pero empecé a notar cosas raras desde el minuto uno. Para empezar, nadie me quería enviar el pliego, lo cual ya me mosqueó bastante. Luego, cuando María José y yo nos reunimos con la tía esta, la que se había mosqueado con el concejal, una tal Teresa Gómez, no veas qué ínfulas se traía. Según entró por la puerta, lo primero que nos soltó fue que era la mujer de no sé qué ministro de Aznar, cosa que, como tú comprenderás, a mí me traía sin cuidado. Después nos contó que la idea de montar un festival había sido suya, ella se la había propuesto a Arturo y a él le había parecido bien. Ahí ya me saltaron todas las alarmas. Me refiero: uno no puede llegar, por muy alcalde que sea, y dar un contrato a una empresa equis, sin concurso ni nada, solo porque te guste un proyecto. Esas cosas no funcionan así. Más que nada porque canta. Y ya si encima la empresa es de la mujer de un alto cargo de tu partido, ni te cuento.

Cuando por fin me hice con el pliego, lo entendí todo. Resulta que la mercantil a la que habían adjudicado la organización del evento, Oblivion, le pagaba un porcentaje de la recaudación a la productora de esta tía, Free Flow. Además, el Ayuntamiento les cedía la parcela del festival a coste cero durante todos los años en que se celebrara el festival. Vamos, hablando en plata, que encima de puta poníamos la cama.

Aquello cantaba por soleares. Yo le dije a María José que mejor nos olvidáramos del tema y le pasáramos el marrón a otro. Ella también lo vio claro. Con todo y con eso, aún tuvimos que hacernos cargo de la venta de entradas en la concejalía, que ya ves, casi no vendimos ninguna, porque todo el mundo las compraba por internet, pero me tocó llevar la recaudación al banco. Cuando me dijeron la cuenta donde tenía que ingresar el

dinero, me quedé muerta: no era la del Ayuntamiento ni la de Oblivion, sino directamente la de Free Flow, la empresa de esta tía. Joder, si es que a veces te meten en unos berenjenales que como cometas un fallo… Y tampoco puedes ir siempre poniendo pegas a todo, porque acabas quemadísima. Al final hice el ingreso, pero firmé con una P. O. —por orden—. Y ¡menos mal!, porque cuando salió todo este tema a la luz, un medio de comunicación local me acusó de estar metida en el ajo por haberles ingresado ese dinero. Por eso digo, que con esta gente tenías que andar siempre con mil ojos; en cualquier momento te la liaban.

Esa fue la primera vez que me enfrenté directamente a Arturo. Me fui a su despacho y le conté lo que había pasado. Luego le dije: «Mira, Arturo, creo que no soy la persona más indicada para sacar este proyecto adelante». ¿Sabes lo que me contestó? «Sí, yo también lo creo». Hubo otra ocasión en la que tuvimos exactamente ese mismo intercambio de palabras; cuando lo de la casa de la juventud. Ahí ya sí fue el principio del fin.

CAPÍTULO IX
Paloma y Lourdes

Si mi entrada en el Ayuntamiento ya supuso un pequeño terremoto, no te quiero ni contar cómo fue la de Paloma Sánchez-Prados*, la Pocahontas*, como la llamaban, una de las mujeres más guapas que he conocido en mi vida. A esta gente se les hicieron los ojos chiribitas; solo les faltó babear. En realidad, se juntaron el hambre con las ganas de comer, porque Paloma era superambiciosa, estaba soltera y quería encontrar marido a toda costa.

Mucha gente decía que todo lo que tenía de guapa lo tenía de tonta, pero no era verdad. Paloma se había sacado la carrera de Derecho con notazas y había entrado como técnica jurídica, que no es cualquier cosa. Lo que pasa es que tenía un punto frívolo que la gente confundía con simpleza por pura envidia. Su sueño era ser jueza, pero no quería tirarse años opositando. Según me contó, se podía llegar a jueza por vía administrativa, entrando primero de secretaria judicial, que era un puesto al que podía aspirar en el Ayuntamiento, y luego ascendiendo por promoción interna. No paró hasta conseguirlo.

Si exceptuamos a Marcos, Paloma fue mi primera amiga en el Ayuntamiento. Ya nos conocíamos de vista y, en una cena de Navidad, nos pusimos a hablar. Debió de ser en la del 97 o 98, por ahí. Cuando la gente se lio con las copas y el baile, nosotras nos quedamos de cháchara en la mesa del restaurante.

Por aquel entonces, ella estaba saliendo con un chico, al parecer hijo de un abogado conocido, pero las cosas no les iban bien y, por los detalles que me dio, entendí que era una relación supertóxica. Me pidió consejo. Yo le recomendé que lo dejara, y cuanto antes mejor, porque cuando uno entra en esas dinámicas ya no hay

vuelta de hoja. A mí me había pasado con Carlos. Que vale, que sí, que nos queríamos mucho y todo lo que tú quieras, pero también nos hacíamos daño. Siempre me agradeció esa conversación; me dijo que le había servido para abrir los ojos.

Luego se dieron un par de circunstancias propicias. Con el proyecto de las escuelas taller, a mí me habían ubicado temporalmente en el antiguo ayuntamiento, en un despacho contiguo al suyo, así que salíamos muchos días a desayunar juntas y, lo más importante, yo llevaba ya como un año viviendo en Bosquegolf y estaba en mi mejor momento.

Abro un paréntesis para contarte la historia de Bosquegolf, una de las mejores experiencias de mi vida. Bueno, no sé si «experiencia» es la palabra correcta, porque tenía un rollo más espiritual, de conexión entre personas, casi rayando en secta. Nosotros lo llamábamos Melrose Place, porque nos juntamos un grupo de gente de la misma edad, alrededor de los treinta, casi todos solteros o divorciados, con buenos trabajos y muchas ganas de vivir.

Bosquegolf había sido un pelotazo urbanístico. Estaba en medio del campo, en la carretera secundaria entre Boadilla y Villaviciosa. Quisieron hacer un campo de golf con un apartahotel, pero el proyecto se les fue al garete y lo dejaron a medias. Una promotora lo reconvirtió en una urbanización con piscina, barbacoa y un centro social donde organizábamos las fiestas. Cerca había un pinar y un laguito artificial que en su día se pensó para el campo de golf. Yo salía por allí a pasear a los perros o a montar en bici. Para mí, que estuviera en plena naturaleza era fundamental, porque soy cero urbanita. Tuve suerte, la verdad. Justo cuando me separé de Carlos, alquilaban allí un apartamento que con el tiempo acabé comprando.

En esa época, casi todos estábamos solteros. Los apartamentos eran de una sola habitación, así que no encajaban con la idea de

tener hijos. Luego ya, con los años, construyeron por allí chalets y adosados, y llegó otro tipo de familias, más pijas, o bueno, más de aparentar, de esas que mandan a las empleadas a recoger a los niños del colegio con cofia, para que todo el mundo las vea, pero al principio éramos todos muy normalitos.

Durante la semana solíamos quedar a la salida del trabajo. ¿Sabes esto de cuando eras niño, que volvías del colegio, dejabas las cosas tiradas y salías a la calle a jugar con los amigos? Pues algo así.

Los viernes íbamos a cenar a casa de Nieves, que hacía unas tortillas que te mueres. Los fines de semana, cuando llegaba el buen tiempo, no salíamos de la piscina; poníamos la barbacoa o pedíamos unas pizzas y nos tirábamos la tarde escuchando música y bebiendo mojitos. Había gente que no se iba de veraneo porque decía que allí se lo pasaba mejor; con eso te digo todo. Los domingos por la noche tocaba cineclub en casa de Manolo. Proyectaba las pelis en la pared del salón y la gente se tiraba en el sofá o por el suelo. Yo a veces me iba directamente con el pijama y la almohada. Si tenías un mal día, era llamar a alguien y enseguida te invitaba a cenar o a tomar una cerveza. Era como una familia. Mi otra familia. Esa gente del Bosquegolf es la única que me queda. Nunca me ha abandonado, ni cuando me pasó lo que me pasó.

Reconozco que por entonces estaba desatada, o sea, desde que me separé. Siempre he sido bastante fiestera, pero no en plan Carlos, que era de apalancarse en un garito y acabar más borracho que un piojo. Eso no. Yo era más de bailar, de reírme, de pasármelo bien.

En el centro social organizábamos muchas fiestas. La de Nochevieja era la más sonada, pero también la de mi cumpleaños, que, como cae en febrero, coincide con el carnaval. Allí se podían juntar cincuenta o setenta personas, incluyendo a la gente del

Ayuntamiento, con unos disfraces supercurrados. De esa época era la foto que te enseñé, ¿te acuerdas? Esa en la que salíamos las tres, Paloma, Lola y yo, con una sonrisa de oreja a oreja. Lo que intento transmitirte es que tenía una vida plena, feliz. Eso fue lo que me robaron, y eso es precisamente a lo que aspiro ahora: a retomar esa vida.

En fin, a lo que iba. Te estaba contando sobre Paloma, ¿verdad? Pues eso, a raíz de aquella cena en la que se abrió conmigo, empezamos a quedar y nos hicimos inseparables. Fue como si la adoptara, porque, que yo supiera, de su vida antes del Ayuntamiento no conservaba ninguna amistad. Muchos días, a la salida del trabajo, se venía conmigo a la urbanización y pasábamos allí la tarde. A veces nos daban las tantas y se quedaba en casa a dormir. Se integró bien en la dinámica de Bosquegolf. Bueno, a ver, si te soy sincera, a las chicas mucha gracia no les hacía. La veían un poco falsa y un poco clasista, pero los chicos estaban encantados.

A Paloma el rollo de la urba, bueno, le resultaba simpático, pero lo que de verdad le cambiaba la cara era salir de fiesta por Madrid, especialmente a los sitios de moda, tipo Gabana o Fortuni, con aparcacoches, reservados y camisas de Ralph Lauren. Allí triunfaba, con sus vestiditos ceñidos, sus tacones y su contorno de ojos que parecía una pantera negra. Mis amigas me decían que debía de tener la autoestima muy alta para salir con ella, porque, claro, los tíos se le acercaban como moscas. Y es verdad que desmoralizaba un poco, pero yo me lo pasaba tan bien bailando y comentando las jugadas que me daba igual. Y, vale, a veces me tocaba hacer de sujetavelas con el pesado de turno… o no, porque también los había con los que te reías mucho.

Los días que coincidíamos en el ayuntamiento, desayunábamos juntas. Yo seguía superliada con el proyecto de las escuelas taller, y los temas de Juventud los despachaba directamente con Arturo.

Ambos me utilizaban para quedar: el uno porque se la quería tirar y la otra porque quería medrar. Los cafés en el Coppola se hacían eternos. A mí me daba un poco de corte pasar allí tanto tiempo, pero Paloma decía que como estábamos con uno de los jefes, no pasaba nada. Fíjate, esa frase suya se me ha quedado grabada; siempre me decía: «Anita, tranquila, no pasa nada, nunca pasa nada». Si hubiera sido por ellos, se habrían tirado toda la mañana de palique.

En una de esas, Arturo nos invitó a una de las famosas fiestas en casa de Guillermo Martín del Moral. En el ayuntamiento esas fiestas eran *vox populi*, aunque no conocía a nadie que hubiera estado en ninguna. Guillermo era el gerente de la EMSV —Empresa Municipal del Suelo y la Vivienda—, el epicentro de todos los mangoneos; allí se decidían las licitaciones más importantes. Un día, de repente, desapareció sin dejar rastro y, en la última legislatura, volvió a aparecer. Arturo lo repescó con el cargo de director general del Ayuntamiento. ¡Director general del Ayuntamiento! ¡Tócate los cojones! ¡Pero si eso no existía en ningún lado! Vamos, ese puesto que se lo sacaron de la manga para controlar las licitaciones, lo tengo clarísimo. Con el tiempo me enteré de que Guillermo era el hombre fuerte de la trama en Boadilla; tenía línea directa con Paco Correa.

El caso es que Paloma y yo fuimos a un par de fiestas en su casa, un chalet en Pino Centinela, la urbanización más exclusiva de Boadilla. El chalet llamaba la atención. Era todo redondo, con un torreón en una de las esquinas y balcones curvados. El tejado tenía forma de cono, parecía un cucurucho. Por dentro estaba decorado tipo lord inglés, con el suelo de moqueta, una colección de bastones labrados en una vitrina a la entrada, cuadros de caballos y paredes forradas con listones de madera. El salón era amplio y acogedor, con una escalera de caracol que subía a la parte de arriba.

Más que fiestas, parecían bodas, porque la gente iba de traje y corbata y los camareros pasaban todo el rato con bandejas de canapés y bebidas. La mayoría eran hombres, empresarios y gente del partido.

Paloma y yo íbamos a lo nuestro, o sea, a bailar, tomar copas y pasárnoslo bien. Casi no conocíamos a nadie, salvo a Caracuel y alguno más por ahí. Caracuel era el concejal este de las niñas de Saint-Lary. Con él me marqué unos cuantos bailes. Tendría ya sus sesenta y pico, pero no veas cómo se movía el tío. Me contó que había vivido en Colombia y había aprendido salsa allí. A veces nos presentaba a gente relacionada con el Ayuntamiento, sobre todo a empresarios. Recuerdo a un tío que había construido una residencia de ancianos en Boadilla y a un tal Leopoldo, que había estado metido en el PGOU —Plan General de Ordenación Urbana— y luego resultó ser la pareja de Isabel Jordán, otra de la Gürtel. Lo que quiero decir es que aquello no eran fiestas normales. La gente no iba a pasárselo bien; iban por el *business*,como lo llamaban ellos. Me jugaría el cuello a que había mucha gente de la trama.

O bueno, a lo mejor es que todos ellos eran la trama.

Como no había casi mujeres, alguno se acercaba a ligar conmigo. El propio Guillermo lo estuvo intentando durante una temporada, lo cual me daba bastante asco, porque sabía que estaba casado. A Arturo se le caía la baba con Paloma; era ya una pérdida de papeles total. A mí me daba vergüenza ajena, pero esta, no te creas, le daba carrete. Al final, mira, acabó afiliada al partido y todo.

De las noches en el chalet de Guillermo pasamos a las tardes en las terrazas de la Castellana. Arturo procuraba traer siempre a alguien que me diera palique, para él poder estar a lo suyo, o sea, al pico y pala con Paloma. En una de esas apareció Virgilio. A Virgilio lo había conocido en la famosa cena barra encerrona de

Barcelona. Se había pasado la noche tirándome los trastos. En aquella época era el concejal de Vivienda en Madrid, aunque luego dejó la política para montar una constructora. Llegó a la terraza envuelto en una nube de perfume; el suyo y el de su acompañante, una chica rubia que no dijo ni mu, se quedó a tomar un vino con nosotros y luego se fue. Yo alucinaba con las tías con las que salía esta gente y pensaba que, después de todo, quizá les funcionara eso de la erótica del poder, pero Paloma me contó luego que era una *escort*, que se lo había dicho Arturo. Y seguramente fuera verdad, porque Virgilio era más feo que un horror.

Cuento lo del tal Virgilio porque, a raíz de ese encuentro, y de algún otro, recuerdo otra escena lamentable a las tantas de la mañana, volviendo yo a casa y él siguiéndome con el coche, que tuve que parar y preguntarle que adónde se creía que iba. En fin, digo que lo cuento porque un día recibí una carta suya. No era una carta cualquiera: estaba escrita a mano y venía con artículos de periódico, no fotocopias, sino recortes originales de algunas de las actividades que habíamos organizado desde la concejalía. Aluciné. En la carta me decía que desde la famosa cena de Barcelona siempre se había acordado de mí y que me admiraba mucho, pero vamos, que ni admiración ni leches; este lo que quería era echar un polvo y punto. Terminaba diciendo que se alegraba de que me hubieran dado el proyecto de la casa de la juventud y que ponía a mi disposición su constructora para lo que quisiera. Ese detalle hizo que me saltaran las alarmas, porque ¿a cuento de qué sabía este nada del proyecto, y menos que me lo hubieran dado a mí?

Se lo conté a Arturo, pensando que lo hablaría con él y me dejaría en paz. Error. Error grave porque ese era, precisamente, el *modus operandi* de esta gente. El tema de los captadores, que digo yo. Los captadores son tíos como Virgilio, que van de guay y

se ganan a los técnicos para luego poder hacer sus trapicheos; en su caso, trapicheos inmobiliarios. Cuando salió el proyecto de la casa de la juventud, como era un proyecto gordo, de varios millones de euros, me quisieron captar. No solo él, todos. Venían por oleadas. Primero probaron con Guillermo, luego con Virgilio y al final con Alfredo Blanch Labrador, *el Petit Suisse*, como luego me enteré que lo llamaban, aunque lo podían haber llamado directamente *el Cansino*, porque no veas la brasa que me dio con el tema.

A Alfredo le había conocido en la boda de Arturo y la verdad es que al principio me caía bien. Al principio; o sea, antes de que se convirtiera en un plasta. Mira, no sé la cantidad de veces que ese hombre me invitó a cenar. Perdí la cuenta. Pero la cosa no se quedó ahí. Cuando empezamos con el proyecto, quiso pagarme una pequeña reforma que iba a hacer en casa y, en otra ocasión, se empeñó en invitarnos, a Paloma y a mí, a un safari por Sudáfrica. ¡Imagínate: un safari por Sudáfrica! ¡A mí!, que al fin y al cabo era una mindundi.

Un día me planté y le dije que se dejara ya de cebos y de trampitas, que no iba a entrar en su rueda de corruptelas. Porque era eso; te proponían trapicheos para que les debieras un favor y luego tenerte agarrado por ahí. Muchos técnicos tragaban, ya fuera porque no querían problemas o porque tenían aún menos escrúpulos que ellos. Otros se hacían los suecos, o quizás trabajaban en áreas menos expuestas, no sé. Lo único que sé es que me convertí en la piedra de su zapato.

Todo esto que te cuento era un secreto a voces. Cuando hablabas con los compañeros, a poco que les tiraras de la lengua, veías que las cosas turbias estaban a la orden del día. Una de las estrategias más habituales, cuando se sacaba un pliego, era que viniera la empresa de turno, te invitara a comer con la excusa de preguntar por el proyecto y te fuera masajeando. Yo nunca me

presté a ese juego. Si llamaba algún proveedor, le pedía que me enviara las preguntas por escrito, pero Requejo, uno de los técnicos de Urbanismo, me contaba que su concejal le presionaba para que fuera a comer con según qué empresas.

Por esa época desayunábamos muchos días con Requejo, que no me acuerdo de su nombre de pila, porque todo el mundo le llamaba así. Paloma y él se hicieron muy amigos. Requejo venía de una familia de dinero, era sobrino de Alberto Cortina. Una vez nos invitó a una finca de caza por la zona de Ciudad Real y, luego, ya de noche, nos volvimos en su coche para Madrid. Lo recuerdo perfectamente, porque en el trayecto de vuelta estuvimos hablando de Arturo. Nos contó que era millonario. Como siempre estábamos de coña, yo le seguí la bola y le dije: «Venga, ya, Requejo, que le conozco desde hace mil años. No te voy a negar que tenga pasta, pero tanto como millonario…». Entonces, según iba conduciendo, se volvió, me miró a los ojos de una manera rara y me dijo: «Ni te imaginas la fortuna que está amasando este tío».

En ese momento, no me lo creí; pensé que sería otro de los bulos que corrían por el ayuntamiento, hasta que, unas semanas después, ocurrieron un par de situaciones que me dieron que pensar. La primera fue en el despacho de Paloma. Ella tenía postales de viajes colgadas en un corcho. En una de esas, entró Arturo y se puso a mirar las fotos. Señaló una de una vista aérea de Miami y nos contó que justo allí se acababa de comprar un apartamento. Otra vez, por esa misma época, puede que incluso el mismo día, venía con prisas, porque, al parecer, lo estaban esperando para llevárselo a Sotogrande en helicóptero a jugar al golf. Puede que fueran solo las típicas fanfarronadas para impresionar a Paloma, pero yo desde luego me quedé bocas.

Lo de Paloma y Arturo acabó en un completo desastre. Se convirtió en una batalla de egos en la que se mezcló todo: lo político, lo personal y lo sentimental. Y no era para menos, porque

después de haberse tirado un año metiéndole fichas, al final ella se lio con su archienemigo en el Ayuntamiento: Eduardo Abad.

Algo que sorprende a la gente que está al margen de la política es que se piensan que los enemigos de un bando son los del otro bando, la oposición, y, bueno, sí, de cara a la galería es así, pero cualquiera que esté metido en ese mundo sabe que los enemigos de verdad, los más peligrosos, son los de tu propio partido.

A Eduardo Abad lo había fichado Nieves, la alcaldesa. Era íntimo de su hijo y, según él mismo decía, familia, sobrino o primo segundo, de José María Aznar. En las municipales del 99, sorprendentemente, el Partido Popular no sacó mayoría absoluta y no les quedó otra que pactar con los independientes de Iniciativa por Boadilla.

Luego no sé qué pasó, tuvieron sus más y sus menos y rompieron el pacto. Nieves dimitió y dejó a Eduardo como alcalde en funciones. Duró dos semanas. Literal.

Arturo se alió con la oposición y forzó una moción de censura en la que salió elegido. No te niego que hubiera motivaciones políticas, pero, sobre todo, aquello fue una pelea de gallos. Arturo no pudo soportar que Eduardo se liara con Paloma y, en venganza, como si la moción de censura no hubiera sido suficiente, se lio con su ex, Cristina Cobo, que también trabajaba en el Ayuntamiento. Esta era otra que… madre mía, ¡Dios los cría! Al final acabó igual que él, o sea, imputada y condenada.

Como te puedes imaginar, aquello fue un terremoto que afectó a mucha gente. A mí también me afectó, aunque de forma indirecta. Arturo se pensó que yo sabía lo del *affaire* entre estos dos y no le había dicho nada, cosa que no era cierta, pero a partir de ahí nuestra relación se volvió más tirante. A Eduardo le buscaron una salida como asesor de un eurodiputado y se fueron a vivir a Bruselas. Antes se casaron.

Cuando Paloma se mudó a Bruselas, perdimos bastante

contacto, aunque nuestra relación ya se había enfriado antes. Yo me enteré de lo suyo con Eduardo por terceros, cosa que me sentó a cuerno quemado porque, vamos, saliendo como salíamos siempre juntas, ¿te lías con un compañero y no me dices nada? Además, me di cuenta de que me había utilizado. Ese verano se había venido a Caños de Meca conmigo y con las chicas de Bosquegolf, cosa que ya me extrañó, porque Paloma no se llevaba muy allá con ellas. Más tarde supe que Eduardo veraneaba en el pueblo de al lado. Una impresentable, vamos, porque una cosa es que vayas de fría por la vida y otra muy distinta que te calles algo así y encima me utilices para tus planes.

Cuando me pasó lo que me pasó, en la legislatura siguiente, eché de menos que hubiera estado ahí. Vale que vivía fuera y todo lo que tú quieras, pero no creo que cueste tanto sacar diez minutos para descolgar el teléfono y preguntar qué tal. Eso sí, cuando estaba en Costa Rica, bien que me llamó para pedirme un favor. Una interesada, vaya. Me dolió por lo amigas que habíamos sido, que todavía me acuerdo de la habitación del hotel donde se arregló el día de su boda. Estábamos su madre, su hermana y yo, nadie más. Yo fui quien la peinó y le marcó el tirabuzón antes de que entrara en la iglesia del brazo de su padre. En fin, una decepción.

Después de lo de Paloma, me hice muy amiga de Lourdes. A Lourdes ya la conocía de antes, pero nunca habíamos salido juntas las tres. Entre ellas se llevaban fatal, lo cual me sorprendía, considerando lo mucho que tenían en común. Las dos eran abogadas, inteligentes y ambiciosas. Paloma era más guapa, sí, pero Lourdes también tenía su aquel y, además, era mucho más divertida. En mi grupo de amigos cayó mejor. De hecho, se lio con uno, cosa que a Paloma ni se le hubiera pasado por la cabeza. A ella también le apliqué la terapia Bosquegolf, porque se acababa de divorciar, tenía dos hijos pequeños y su ex le hacía la

vida imposible. Recuerdo que íbamos a bailar salsa a un cubano que abrieron cerca de mi casa. ¡Madre mía, parece que hace mil años de aquello!

Mi amistad con Lourdes fue más profunda que la que tuve con Paloma. Salíamos mucho de fiesta, sí, pero luego podíamos tirarnos hasta las tantas arreglando el mundo. Ella sí estuvo ahí cuando me pasó lo de la casa de la juventud y luego me ayudó con el dosier. Al ser la jefa de Contratación del Ayuntamiento, tenía acceso a muchos documentos. Fue la única que vino a verme a Costa Rica, aunque acabara también renegando de mí.

CAPÍTULO X
Esperanza

Lo malo de que te pase algo como lo que me pasó, es que nunca llegas a saber hasta qué punto es por ti, quiero decir, por cómo eres. ¿Te acuerdas de que un día en la playa me lo preguntaste? ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí? Nunca nadie me había preguntado eso, ningún periodista, ni ningún juez, ni siquiera mi psicóloga. A la gente solo le interesa el morbo: si soy de estos o de los otros, si me arrepiento o si lo volvería a hacer…, ese tipo de cosas. Pero la pregunta que vuelve una y otra vez, como una ola, es siempre la misma: si no fuera como soy, ¿me habría pasado todo esto? Y es una pregunta jodida, porque cada vez que viene y va, suelta un veneno que te mina la autoestima. El veneno de la culpa.

En fin, no me quiero poner filosófica. Mejor vamos a lo que vamos: a los hechos. Hoy te voy a contar lo de la casa de la juventud, que fue la gota que colmó el vaso. Verás, yo empecé con ese proyecto muy ilusionada, pero la verdad es que fue un despropósito de principio a fin. La idea era construir un edificio multiusos que sirviera como auditorio, casa de la juventud y sede de la concejalía. No sé si ya quedó claro, pero, desde que entré a trabajar, me habían ido ubicando en un montón de sitios, algunos auténticos cuchitriles. Como el equipo iba creciendo y se incorporaban muchas chicas nuevas, decidieron que, cuando se terminara el nuevo edificio, nos mudaríamos todas allí.

Arturo me involucró en el proyecto desde el minuto uno. Era su primer mandato como alcalde y me puso de jefe a Juan Sigüelas, uno de los del viaje a Saint-Lary, pero a mitad de legislatura lo cambió de concejalía. Entonces quiso colocarme a Margarita Noguera, una tía a la que no podía ni ver. Bueno, ni yo ni medio Ayuntamiento. Le pedí que por favor esperara hasta las

elecciones, que eran al año siguiente, si no quería que aquello se convirtiera en un choque de trenes. Al final me hizo caso, aunque no creo que fuera por condescendencia, sino porque a él también le convenía, así podía estar al tanto de los avances del proyecto.

Sea como sea, Arturo ejerció esa temporada de concejal interino y me pidió que hablara con Urbanismo y seleccionara una parcela de suelo libre para servicios. De las tres o cuatro opciones que me plantearon, escogí una al lado de un instituto, pero él la rechazó, ahora no recuerdo el motivo. Finalmente nos decidimos por otra en el límite entre el centro y el nuevo ensanche de la ciudad.

Lo siguiente fue definir los requisitos técnicos del edificio, o sea, las condiciones de luz, el espacio, el número de salas, despachos, equipamientos… Eso lo hice con el técnico de Cultura, por la parte que a él le tocaba del auditorio. Después, Arturo me encargó que buscara a tres arquitectos y les pidiera presupuesto.

Cualquiera que haya trabajado en una administración sabe lo que implica pedir tres presupuestos. Hay que seleccionar a los proveedores, explicarles el trabajo, resolver sus dudas, asegurarte de que pueden cumplir los plazos, etcétera. Estar a cargo del proyecto, vaya. Como ya había estado metida en la construcción de las escuelas taller, algunas nociones tenía, lo que no tenía eran contactos, así que me fui a ver a Manuel Alberto, el concejal de Urbanismo y teniente de alcalde. Otro que tal.

Abro un inciso para contarte la historia de este personaje, uno de los que saltó del barco antes de que se hundiera. Creo que se fue a un puesto de consejero en Castilla y León. Al final lo acabaron imputando igual, porque antes de irse tenía ya como tres o cuatro casas a su nombre, y no se le conocía otro oficio ni beneficio que no fuera el de concejal.

Con este tío tengo una anécdota muy graciosa. Arturo y él se habían ido a esquiar a Andorra al día siguiente de que se aprobara el POU. O sea, no te creas que se esperaron una semana

para disimular un poco. ¡Qué va! Al día siguiente. Cuando volvió, Paloma y yo nos lo encontramos tomando café en el Coppola y estuvimos de cachondeo con él. Que aquello sí que era amor por el deporte, que si habían dormido juntitos o en camas separadas, que si se llevaron los esquís o solo los maletines. Él se reía, o sea, no te creas que lo negaba o trataba de justificarse, no, se reía.

Este fue también el del famoso vídeo en el que, supuestamente, se les veía a Arturo y a él contando billetes en casa de Francisco Correa. Según decían, Correa les había extorsionado luego con el vídeo. Eso no sé si sería verdad o el típico rumor del que todo el mundo habla, pero que nadie ha visto. Yo, al menos, nunca lo vi. Fuera por el vídeo o no, el tío desapareció así, de buenas a primeras.

Para no irme por las ramas… el caso es que me fui a hablar con Manuel Alberto cuando todavía era concejal de Urbanismo. Yo pensaba: «Como no me quiero pringar, aunque este tío me caiga como el culo, le pido el nombre de algún estudio de arquitectura y así ya estoy cubierta». O sea, mi idea era que al menos uno de los arquitectos fuera de su confianza, para que luego no me vinieran con que si tal o que si Pascual. Manuel Alberto me facilitó un contacto, un amigo suyo, claro; Paloma me pasó otro; y alguien, ahora no recuerdo quién, el tercero.

Unos meses más tarde, me presentaron los bocetos, alguno bastante chulo, por cierto; en uno el auditorio tenía forma de piano. Un tema importante, según me comentaron, era que, para conseguir la firma del colegio de arquitectos, se necesitaba un estudio geotécnico.

Cuando me senté con Arturo para enseñarle los bocetos y pedirle que me aprobara un presupuesto para el estudio geotécnico, me dijo que había tomado la decisión de meter en el proyecto a Margarita Nogueira, la tía esta que me caía fatal. El argumento que usó fue que, como ella era la concejala de Cultura, y el diseño

incluía también el auditorio, había que involucrarla. Yo aluciné, claro, porque llevaba mucho tiempo trabajando con esa gente y estaba ya todo muy avanzado. Luego me soltó la bomba: Margarita Noguera había propuesto a un cuarto arquitecto, un tal Pradillas.

A los pocos días, me llamó la secretaria de Arturo para convocarme, esa misma tarde, a una reunión urgente con Pradillas. Ahí ya sí que me lo vi venir. Pensé: «Vale, esto ya está adjudicado y lo que quieren es hacerme la envolvente», así que hice de tripas corazón y me fui directamente al despacho de Manuel Alberto, porque, claro, si al final cogían al otro arquitecto, su amigo se quedaba fuera. Le conté toda la película. Él se puso hecho una fiera, y empezó a despotricar contra la tía esta, diciendo que ya estaba otra vez meando fuera del tiesto. Luego me tranquilizó, me dijo que aquello era una irregularidad total y que iba a hablarlo con el *boss* antes de la reunión. Así lo llamaba: el *boss*.

Al llegar a la reunión en el despacho de alcaldía, me encontré allí a los cuatro sentados: al tal Pradillas, a Arturo, a Margarita Noguera y a Manuel Alberto; pero a un Manuel Alberto completamente distinto. Si media hora antes había estado echando sapos y culebras por la boca, en ese momento, con una vocecilla de cura de pueblo, me explicó que, claro, que era al *boss* a quien correspondía tomar eso tipo de decisiones, porque era el único con una visión tres sesenta para valorar las implicaciones en su conjunto y no sé qué chorradas más.

Tuve la sensación de que intentaban convencerme para que diera el visto bueno y así poder ellos cubrirse. Como los tres me miraban para que dijera algo, y yo estaba que echaba humo por las orejas, solo acerté a preguntar si tenían ya hecho el estudio geotécnico. Mercedes saltó enseguida, diciendo que aquello era un detalle menor y que ya se encargaría ella de solucionarlo. Mira, te

juro que en ese momento me sentí taaan ridícula.

Esa fue la segunda vez que me planté. Me levanté de la mesa y le dije a Arturo que, evidentemente, yo no era la persona más indicada para seguir con el proyecto adelante. Él me respondió con las mismas palabras que cuando lo del Summercase: «Sí, yo también lo creo».

Cuando salí de la reunión, sentía una impotencia horrible. No sabía qué hacer ni a quién acudir. Al cabo de unos días se me ocurrió pedirle el expediente de adjudicación al secretario jurídico del Ayuntamiento. No le dije para qué lo quería, me hice la tonta. Simplemente le comenté que, como habíamos tenido una reunión, y yo no me había enterado muy bien del acuerdo, quería ver cómo se había reflejado en el acta.

Entonces va el tío y me saca un folio, te lo juro, un folio mondo y lirondo, escrito por Margarita Noguera de su puño y letra, que decía algo así como: «Habiéndose valorado las propuestas de cuatro arquitectos, se acuerda por unanimidad que la más idónea es la de… el Pradillas este». Así, a capón, sin explicar por qué sí o por qué no.

La nota venía firmada por ella, lo cual era otra irregularidad más, porque ese tipo de resoluciones las tiene que firmar un técnico, no un concejal. Arturo no la firmó, claro. Este era más listo. De hecho, él nunca firmaba nada, ni siquiera iba a las mesas de contratación más importantes. Eso se lo dejaba a los concejales y luego ya se entendía con ellos.

Como yo ya veía que las cosas estaban pasando de castaño oscuro, me hice una fotocopia del papelito y la guardé en casa por si las moscas.

Lo de los arquitectos fue solo el aperitivo. Lo gordo vino después. Pradillas desapareció del mapa y le adjudicaron la obra a Muñiz, la constructora de cabecera de esta gente. Pasado un tiempo, remitieron a la concejalía un cartapacio con los planos del edificio

y, acto seguido, me llamó Santiago Gorostiza, el técnico de Urbanismo, para pedirme que visara con él la obra y así asegurarnos de que era conforme a nuestras necesidades. ¡En buena hora le dije que sí!

Debo reconocer que, de entrada, el diseño me encantó. El edificio estaba concebido en dos bloques superpuestos: el auditorio, de color blanco, y la casa de la juventud, en ladrillo visto. Sin embargo, mientras que la entrada al auditorio era diáfana, con unas cristaleras enormes, la nuestra estaba retranqueada, lo que obligaba a rodear el edificio y a cruzar por un pasillo con una especie de claraboyas con forma de gancho a los lados, de manera que el acceso no era visible desde la calle. Eso acabó siendo un problema, como predije, porque los chavales aprovechaban el cobijo de las claraboyas para fumar porros. Lo que sobre el plano pensé que era la entrada principal resultó ser la salida antiincendios, a la que, para rematar, le habían puesto las puertas del revés; o sea, en lugar de abrirse hacia afuera, se abrían hacia adentro.

Esa fue la primera en la frente, pero es que era una tras otra. Cada vez que pasaba a ver los avances de la obra, se me llevaban los demonios. La pelea más grande fue por las ventanas: primero, porque había muy pocas, a pesar de que la luz era uno de los requisitos del proyecto; y luego, además, porque cada una era de su padre y de su madre: redondas, rectangulares, otras finitas y alargadas… Que sí, que muy modernas y todo lo que tú quieras, pero cero funcionales. Algunas eran tan estrechas que yo les preguntaba de broma si esas eran para avistamiento de pájaros. Para colmo, las habían colocado en la parte superior de las salas, de modo que, desde dentro, no se veía la calle. Y vale que soy un poquito claustrofóbica, pero es que aquello no había ni por dónde cogerlo.

En las visitas intentaba explicárselo de forma racional, pero

acabábamos siempre a grito pelado. El jefe de obra, un tal Pintu, o Pinchu, era un tío enrollado, pero vamos, que a mí eso me daba igual; yo lo único que quería era que hicieran bien su trabajo, porque, en teoría, me iba a tirar allí el resto de mi vida. Recuerdo que les decía: «Pero ¿no os dais cuenta de que si ponéis las ventanas tan altas la gente se va a agobiar?». Pues nada, me ponían unas excusas absurdas. Santiago, el técnico del Ayuntamiento, en vez de apoyarme, les daba la razón. ¿Sabes lo que me llegó a decir de las ventanas? Que mejor si entraba poca luz, porque eso invitaba al recogimiento y al estudio. Se debía pensar que estábamos construyendo un monasterio. En fin, Santiago, otro que tal. A este le habían subido al máximo los complementos salariales para tenerle controlado y que les firmara hasta la muerte de Manolete si hacía falta.

Hay un tema en los pliegos… El tema de los modificados. Tienen mala prensa y es cierto que muchas veces es por ahí por donde entra la peste, pero a veces son necesarios para corregir este tipo de cosas. Antes de irme de vacaciones, convoqué al tal Pinchu, a Santiago y a los arquitectos de la constructora, y les propuse una serie de modificados. Yo pensaba: «A ver, ya no voy a poder cambiar los cimientos ni un pilar del edificio, pero, joder, ¿las ventanas?». Me parecía algo fundamental. Les pedí que las agrandaran lo máximo que pudieran y que bajaran la altura, por lo menos las de los despachos, para que se viera la calle. ¿Sabes lo que me respondió el encargado de Muñiz? Que con la mordida que habían tenido que pagar por el proyecto, no había dinero para modificados. Me lo soltó así, tal cual, te lo juro. Yo no daba crédito. Miré a Santiago y él se encogió de hombros como diciendo «Es lo que hay».

Esa vez me fui a hablar con María José. María José había sido mi jefa un montón de años y nos llevábamos muy bien. Me vino a decir lo mismo que Santiago; que lo sabía, que lo había reportado

muchas veces a nivel interno, pero que ya no podía hacer nada más. Fue ella quien me sugirió la idea de enviar una carta anónima a Esperanza Aguirre contándole la situación. Me prometió que, si yo la escribía, ella se encargaría de hacérsela llegar.

A la vuelta de mis vacaciones, algunas cosas se habían corregido y otras no. Una de las que no fue la dichosa terraza al lado de los despachos. Se empeñaron en plantarle un muro delante, que yo les decía: «¿En qué cabeza cabe poner un muro delante de una terraza?». Y encima era más caro, claro, porque levantar un muro cuesta dinero. En su día se lo comenté a Santiago, como un ejemplo de las cosas absurdas que proponía esa gente. No te vas a creer lo que me dijo: que ahora se llevaban así, que eran terrazas inglesas. ¡Terrazas inglesas! En fin, si es que te tienes que reír. Pero mira, al final le saqué su lado positivo: gracias al muro pude luego fumar sin que me viera nadie desde la calle.

A todo esto, el técnico de Cultura estaba también con un cabreo del quince. Un día fui con él a ver el auditorio y me contó que en la sala principal no habían puesto material absorbente para evitar la reverberación del sonido. Imagínate, un auditorio sin buena acústica…, suma y sigue.

El edificio se terminó a unas semanas vista de las municipales del 2003. Esas fueron las primeras elecciones a las que Arturo se presentó como cabeza de lista. En la legislatura anterior había entrado por una moción de censura. A pesar de los rumores de corrupción generalizados, el PP sacó el 65 % de los votos, o sea, casi dos de cada tres. El PSOE no llegó ni al 20 %. Vamos, que si este ya se creía el rey del mambo, con esos resultados ni te cuento.

Cuando se formó el nuevo equipo de gobierno, me pusieron de jefa a Candela López Dueñas, la hija de Lupe, la conserje. Según una regla no escrita, la concejalía de Juventud se le daba al

concejal más joven, lo cual tenía sus ventajas y sus desventajas, aunque en el caso de esta chica nunca entendí las ventajas, porque la pobre era un cero a la izquierda. Recuerdo que la madre siempre nos decía que no sabía qué hacer con ella. Había empezado dos carreras y había dejado las dos. Su único trabajo conocido era el de dependienta en el Zara de Boadilla. Bueno, pues a pesar de eso, en vez de entrar con humildad, escuchando, preguntando e intentando aprender, entró como un elefante en una cacharrería.

Yo ya me lo veía venir. María José me había contado que, en la formación del equipo de gobierno, con todos los concejales presentes, Arturo me había puesto a caldo y le había dicho a esta chica que me atara en corto y no me pasara ni una, porque, según él, yo hacía lo que me daba la gana. Vamos, que la envenenó antes de empezar y no fue a la única. A los pocos días de las elecciones, Lupe, la conserje, llamó directamente a la concejalía.

Ese día estaba fuera, así que habló directamente con Lola y le dijo, literal, que nos quedara muy clarito que, a partir de ese momento, iba a ser su hija la que mandara allí, no yo. Cuando me enteré, le devolví la llamada y le dije que me había llevado un disgusto, que parecía mentira que no me conociera después de tantos años, que jamás se me ocurriría hacerle ningún desplante a su hija. Hay que decir que la conserje no era cualquier conserje. Lupe era una acérrima del partido y manejaba muchos hilos en la sombra. Había gente que le tenía miedo.

Lo más fuerte de todo es que, cuando llamó a la concejalía, todavía no había cruzado ni media palabra con su hija, aunque ya la conocía por una historia de cuando ella tenía quince o dieciséis años. Fue en la época en la que yo estaba a caballo entre las concejalías de Juventud y de Empleo y me encargaba de la bolsa de trabajo. Un día, un matrimonio se presentó en mi despacho diciendo que querían poner una reclamación al Ayuntamiento,

porque la chica que les habíamos mandado a casa les había robado. Yo, claro, no tenía ni idea de qué me estaban hablando. Entonces me explicaron que, hacía unas semanas, habían solicitado una *au pair* para cuidar de su hija, y la persona que les atendió, que por los detalles que me dieron supuse que sería Lupe, les había facilitado el teléfono de una chica de la bolsa de empleo. La chica era su hija.

A las pocas semanas de empezar a trabajar, sospecharon que les robaba y le tendieron una trampa. Le pusieron a la vista unas cremas o unos perfumes, y ella picó. Yo me disculpé en nombre del Ayuntamiento y les pedí que por favor no lo denunciaran, que, desgraciadamente, esas cosas pasaban y, al fin y al cabo, no tenían pruebas, solo su palabra. Vamos, que les salvé el culo.
A las dos, porque, si llego a decir algo, a la madre también se le cae el pelo.

La primera vez que hablé con Candela ya nos habíamos mudado al nuevo edificio. Salimos a tomar un café y yo le dije que alguien, no le dije quién, me había contado lo de la reunión de concejales y estaba preocupada porque no quería tener problemas con ella, al contrario, quería que nos lleváramos bien o, al menos, que pudiéramos trabajar en paz.

Entonces me soltó algo que me dejó a cuadros: según ella, alguien en el Coppola me había escuchado decir que, como era joven y estaba muy verde, yo me la iba a comer con patatas. Le juré que tales palabras no habían salido jamás de mi boca, que, a lo sumo, podía tener algún recelo por lo que había pasado en su día con la bolsa de empleo, pero que por mi parte podíamos hacer borrón y cuenta nueva.

No hubo manera. Desde el primer día entró con actitud de sargento, supongo que por inseguridad. Quería saberlo todo, meterse en todo, controlarlo todo. A mis subordinadas les daba órdenes directas y llegó un momento en el que no sabían si

obedecerla a ella o a mí. Yo les decía que cumplieran con lo que les mandara, pero que al menos me informaran, más que nada por estar coordinadas.

Nada más llegar, sin consultarme, le firmó las vacaciones de verano a todas. Aquello fue una metedura de pata, porque precisamente en verano había mucho follón con los campamentos y hubo que contratar a gente de manera temporal. Los de personal me llamaron para pedirme explicaciones y yo, claro, les dije que no había tenido nada que ver con la decisión, que lo hablaran con ella.

En fin, la situación se fue volviendo insostenible. Me puenteaba y desautorizaba contantemente y, lo que es peor, empezó a funcionar con la lógica del mangoneo de las otras concejalías; o sea, yo le hago la vista gorda a tus chanchullos y tú le haces la vista gorda a las míos.

Un día vino con la idea de montar un taller de yoga para niños. A mí me pareció bien, la verdad, entre otras cosas porque estaba ya harta de ser yo la que propusiera todas las actividades. Siempre había abogado por que fueran los concejales quienes trajeran sus propias ideas conforme a su programa político, que es como debería ser, ¿no? Luego me comentó que el taller lo iba a impartir una amiga suya, ahora no me acuerdo de su nombre, ponte que fuera Fulanita Pérez. Yo, claro, le expliqué que eso no iba así, que había que sacar un contrato menor y publicarlo en régimen de concurrencia competitiva, porque podía haber más profesores de yoga interesados en dar el taller. Luego llamé a la Federación de Yoga de Madrid para informarme sobre los requisitos y ahí me enteré de que la tal Fulanita Pérez esta no tenía ni la titulación para impartir el curso.

Total, esta encabronada conmigo porque su amiga no podía dar el curso y Arturo, encima, malmetiéndola por detrás: que cómo no se iba a poder, que si ya la estaba yo manipulando, que si se tenía

que imponer. Bueno, pues ¿te puedes creer que al final, por sus santos cojones, metió a la amiga?

Yo, claro, una y no más Santo Tomás. Como no quería que me salpicaran sus chanchullos, le pedí que, a partir de ese momento, me pasara todas las órdenes por escrito.

Hubo tantos líos por ese estilo que de la mitad ya ni me acuerdo. Una vez quisieron enchufar al cantante de Amistades Prodigiosas, que vivía en Boadilla y se había afiliado al PP, para que llevara el tema de las bandas locales, otra vez montar una pista de patinaje, otra, una Feria de Abril, una semana londinense, en fin, cualquier cosa que se les pasara por la cabeza; no tenían filtro. Que yo pensaba: «¿Con el problema del botellón, que todas las semanas nos llaman padres con hijos ingresados por coma etílico, no podía esta gente gastarse el dinero ahí, en vez de montar un sarao detrás de otro para que se forren los amigos?».

La última ocurrencia fue organizar el Campeonato Nacional de Coches Teledirigidos. A mí así, de primeras, la idea me pareció divertida, aunque luego me enteré de que la había propuesto un amigo de Candela, uno que, ¡oh, casualidad!, tenía una tienda de aeromodelismo en el pueblo. Esa es otra, como esta chica era de Boadilla de toda la vida, muchos de sus amigos se pasaban por la concejalía con unos aires de grandeza que, mira, si te soy sincera, a veces me costaba un trabajito no mandarles a la mierda. Me contenía porque, al fin y al cabo, es el concejal quien decide las actividades y el técnico se limita a comprobar si son viables o no.

Al poco tiempo se presentó el amigo en mi despacho para contarme la idea. Yo le dije que vale, que me parecía muy bien, pero que tenía que presentar un proyecto. Él se me quedó mirando, con un desprecio infinito, que cómo que un proyecto. Le expliqué que todas las propuestas tenían que reflejarse por escrito, para que quedara constancia de los objetivos y los detalles más importantes de la actividad, o sea, fechas, horas, lugar,

número de participantes, inscripciones, seguros, permisos, si se necesitaban servicios sanitarios, de limpieza, de seguridad, atención médica… El chaval se fue refunfuñando y volvió al día siguiente con unos folios escritos a mano. Ahí me enteré de que quería montar una caseta para vender repuestos, ya que, por lo visto, en esos campeonatos se rompen muchas piezas y hay que reponerlas *in situ*. Le informé de que para vender cualquier cosa en suelo público había que solicitar un permiso y pagar las tasas correspondientes, como se hacía en las ferias o en los mercadillos. Vamos, que no le dije nada que no le hubiera dicho a cualquiera. Entonces va y se me pone a gritar como un energúmeno diciendo que él no iba a pagar ninguna tasa y que ya bastante hacía organizándolo todo.

Al rato me vino Candela con que su amigo estaba muy cabreado y que teníamos que hacer algo para solucionar el tema. Le conté lo de las tasas, pero ella erre que erre, que seguro que había una manera. Entonces escribí al secretario de Ayuntamiento, con copia a ella, explicando la situación y preguntándole si aquello se podía hacer. En cuanto leyó el correo, se volvió a presentar en mi despacho, más cabreada que una mona, y me acusó de estar intentando sabotear la actividad. Me dijo que el campeonato se iba hacer quisiera yo o no. En plena discusión, llegó la respuesta del secretario dándome la razón. Y a ver, yo qué quieres que te diga, hija. Si no se puede, pues no se puede. Esto no es un cortijo, ¿no?

Peleas así eran nuestro pan de cada día y, claro, al final la cosa explotó. Voy a resumirte lo que hicieron conmigo. Mi plaza por oposición era la de coordinadora juvenil, o sea, del grupo C, pero como llevaba muchos años ejerciendo de técnica sin serlo, me habían metido en «comisión de servicios», que es una fórmula jurídica de la Administración para cubrir los puestos vacantes hasta que se convoca la plaza. ¿Qué pasa? Pues que la ley dice

que solo se puede estar en comisión de servicios un máximo de dos años y yo llevaba ya cinco, es decir, llevaba mucho tiempo esperando a que saliera la convocatoria, y ellos lo sabían: lo había hablado mil veces con Arturo. Es más, estoy convencida de que lo hacían a propósito, por no plegarme a sus tejemanejes, porque, entre tanto, iban sacando un montón de plazas para gente que llevaba en comisión de servicios mucho menos tiempo que yo.

Un día, de repente, me llama el concejal de Personal y me pide que le mande un perfil de mi puesto, que van a sacar la plaza. A esas alturas, yo ya estaba con la mosca detrás de la oreja. Pensé que querían hacerme la trece catorce, o sea, que les mandara una descripción del puesto a mi medida para luego poder pillarme por ahí.

Lo que hice fue, simplemente, enviarles perfiles de otros ayuntamientos en los que el técnico de Juventud fuera un funcionario del grupo B. A los pocos días, ante mi sorpresa, me vuelve a llamar este hombre y me dice que, como el nuevo edificio de la juventud no tiene director y, por ley, a un edificio de esas características le corresponde uno, han decidido nombrarme directora con un periodo de prueba de seis meses. Imagínate, me quedé muerta, porque esos puestos son del grupo A y normalmente se los dan al personal de confianza: asesores o gente afín al partido.

Ahora que lo veo en retrospectiva, creo que aquello fue otro caramelo envenenado, su último intento de hacerme pasar por el aro. Pero no pasé, claro. Ellos siguieron a lo suyo y yo a lo mío.

A los seis meses, entra Candela en mi despacho, me tira un papel encima de la mesa y me dice, jamás se me olvidarán esas palabras ni el odio con que las pronunció: «El que ríe el último, ríe mejor». Era una carta de la concejalía de Personal en la que me comunicaban que no había pasado el periodo de prueba y me devolvían a mi plaza.

Con la notificación en la mano, me fui a hablar con Jesús Hontañón, el jefe de Personal, para que me explicara si eso de que me devolvían a mi plaza quería decir a mi plaza de técnica, que, bueno, aunque cobrara menos, por lo menos seguiría haciendo lo mismo, o a mi puesto original de coordinadora juvenil, lo cual suponía degradarme dos rangos. Él me dijo: «Tu plaza por oposición es la de coordinadora, ¿no? Pues ya tienes la respuesta». Yo estaba haciendo verdaderos esfuerzos para no echarme a llorar: «Jesús, no me lo estarás diciendo en serio, ¿verdad? Sabes que eso es una putada muy grande». Y él, sin mover una ceja, va y me suelta: «Hombre, pues dependiendo de cómo te portes, supongo que habrá una solución o no habrá una solución». Me lo dijo así, tal cual te lo estoy contando.

Para hacer más patente la humillación, me obligaron a mudarme de despacho. Que, ya ves, que mi despacho era igual a los otros, todos tenían la misma superficie. Podrían simplemente haber cambiado el rótulo de la puerta, quitar el de «directora» y poner «coordinadora», o lo que fuera, pero no, me llega Candela y me dice que haga el favor de recoger mis cosas y me mude al despacho de al lado, que estaba pared con pared.

ANEXO 2

Boadilla del Monte, a 2 de diciembre de 2007

A doña Esperanza Aguirre, presidenta de la Comunidad de Madrid.

Estimada señora:

Somos un grupo de funcionarios de Boadilla del Monte que estamos viviendo una experiencia angustiosa.

El motivo de la presente es transmitirle la grave situación de presión y chantaje al que nos vemos sometidos desde hace años por parte de nuestro alcalde, don Arturo González Panero, para contratar con ciertas empresas prestadoras de servicios, de las cuales obtienen cuantiosos beneficios no sólo él, sino su cada vez más extenso círculo.

Se ha generado una situación humillante y vejatoria para todos aquellos funcionarios que deseamos desempeñar nuestro trabajo con dignidad, profesionalidad y sentido de la ética.

Desgraciadamente, el reconocimiento de nuestro trabajo, en lo que se refiere a su consolidación, promociones internas, complementos retributivos y subidas de salario y/o de nivel, está supeditado a los enredos y maquinaciones del Sr. González Panero. En este sentido, firmar informes favorables hacia determinadas empresas, facilitar información confidencial a un licitador o dificultar los trámites a otro, se ha convertido en el salvoconducto que posibilita al funcionario de turno, o bien a disfrutar de una situación privilegiada, o bien a estar sometido a un acoso diario, según sea el caso.

Nos referimos a empresas tales como Sufisa, Ibéricas S.A., Cemusa, Muñiz, Easy Concept y otra larga lista de nombres.

Evidentemente, nuestra intención no es la de provocar un escándalo, aunque contemos con una amplia documentación al respecto. Tan solo le pedimos que lo investigue y ponga fin a estas prácticas. Dada su ejemplar trayectoria política, confiamos en su buen hacer.

Agradecemos de antemano su tiempo y le rogamos disculpe que no firmemos con nuestros nombres y apellidos. Como usted comprenderá, lo hacemos para

evitar las represalias que esta carta sin duda nos acarrearía.

Sin otro particular, reciba nuestro más cordial saludo.

Atentamente,

Funcionarios del Ayuntamiento de Boadilla del Monte

CAPÍTULO XI
Pared con pared

(*Rescatado de la antigua cuenta de Meetic de Ana Garrido*)

Hugo: buenas noches! ochentera, verdad?
Ana: Siiiii
Hugo: entonces esta te la sabes…
Ana: a ver
Hugo: es el juego de las preguntas
Ana: uyuy, ya empezamos con las preguntitas. Venga, me dejo
Hugo: solo puedes contestar con una palabra, vale?
Ana: vale
Hugo: vino o cerveza?
Ana: depende
Hugo: depende de que
Ana: de la compañía
Hugo: por ejemplo conmigo que te tomarias
Ana: un vino
Hugo: buena respuesta. Sigo beatles o rollings?
Ana: los Rolling
Hugo: el dia o la noche?
Ana: mmmm. Digamos que soy nocturna en rehabilitación
Hugo: jajaaaja. Solo una palabra, recuerda. playa o montaña?
Ana: ayyyy, no pueden ser las dos?
Hugo: no
Ana: entonces playa
Hugo: autocaravana o hotel de cinco estrellas?
Ana: jolines, que difícil. Hace unos años te habría dicho que autocaravana…
Hugo: me vale. londres o paris?
Ana: Si hay que ir en avión ninguna de las dos
Hugo: no te gusta volar?
Ana: le tengo pavor

Hugo: en serio???? Eso ya me lo contaras. Beso, verdad o atrevimiento?

Ana: Verdad

Hugo: jajaja, esa la tienes clara, no?

Ana: totalmente. El atrevimiento sale muy caro… y el beso a veces también

Hugo: ajaajaja

Ana: no te rías que es verdad

Hugo: a mi me lo vas a decir

Ana: pues eso

Hugo: eres de boadilla?

Ana: si

Hugo: yo tambien

Ana: pues en tu perfil pone que eres de Pozuelo

Hugo: si es que vivi ahi hasta hace poco

Ana: y cómo es que te has mudado?

Hugo: un amigo mio tiene casa aquí. Estoy temporalmente hasta que recupere la mia

Ana: quién te la ha quitado?

Hugo: mi ex mujer

Ana: comooooooooo

Hugo: lo que oyes.

Ana: y eso?

Hugo: ya sabes, las leyes estas de los progres. Tiene una hija menor y no puedo echarlas pero mi abogado dice que es cuestion de tiempo

Ana: pues vaya. Y en qué parte de Boadilla estás?

Hugo: en bosquegolf

Ana: venga ya!!!!

Hugo: te lo juro. Tu donde vives?

Ana: en qué calle de Bosquegolf?

Hugo: En la avenida condesa de chinchon

Ana: Pero si en esa calle vivo yo!!!

Hugo: y yo! En el 115

Ana: anda ya! Me estás tomando el pelo. Eres Manolo, no?

Hugo: no se quien es Manolo. Vente al 115 y veras. te invito a una copa

Ana: Jajaja. No voy a ir ahora, sería demasiado atrevimiento 😉 😂 😂 . Además, es muy tarde

Hugo: pues quedamos si quieres un dia de estos a comer
Ana: eso puede ser. Pero a comer no, mejor al vermu
Hugo: hecho

Nunca quedo a comer en la primera cita, es una norma que tengo. Así, si el tío no me gusta, le pongo la excusa de que me tengo que ir. Con Hugo no fue el caso. Ya las fotos del perfil prometían. No es por nada, pero parecía un modelo, con esa media sonrisa, el hoyuelo de la barbilla, el pelo negro y los labios gruesos, que me encantan. Cuando entré en el bar donde habíamos quedado, me quedé muerta; pensé: «No puede ser el tío ese alto y guapo de la barra». Pues sí, lo era. Tengo que reconocer que ya ese día me pareció un poco soso, de estos tíos a los que hay que sacarles las palabras con sacacorchos, pero lo achaqué a que aún no teníamos confianza. Y, fíjate, lo que son las cosas, a la hora de la comida le propuse pedir unas raciones y fue él quien me dijo que se tenía que ir porque ya había quedado, así que me quedé con la duda de si le había gustado. Fue una duda que no conseguí disipar en el año y pico que duró nuestra relación.

Hugo había estudiado Empresariales y, con sus dos hermanos, convirtieron el negocio de cerrajería de su padre en una fábrica de puertas ignífugas. Gracias a una ley que obligaba a instalar cortafuegos en grandes edificios, empezaron a vender puertas como churros, a centros comerciales y empresas tipo El Corte Inglés. A ver, no es que fuera millonario, pero casi. Tenía un chalet en Pozuelo, otra casa con piscina y pista de pádel en la sierra de Ávila y un apartamento cerca de Baqueira. Eso además de un Porsche, un jeep y varios «cachiperris», como los llamaba él: una BMW gran turismo, un Carver One, algún buggy y no sé qué más.

Yo le conocí un poco antes del lío en el Ayuntamiento, o sea, lo de mi degradación y todo lo que vino después, así que sufrí el shock en pleno enamoramiento. De hecho, nada más empezar,

estuve a punto de dejarlo porque, aunque Hugo me gustaba mucho, yo no me sentía yo. No sé bien cómo explicarlo: era como si fuera otra persona, más apagada, sin ganas de hacer nada. Le planteé darnos un tiempo para ver cómo evoluciona-
ban las cosas, pero se empeñó en intentarlo. Me dijo que en las relaciones había buenos y malos momentos, y que él estaba dispuesto a pasar aquel conmigo. A mí eso me llegó, no sé, quizá estaba muy bajita de ánimo. Ahora pienso que lo dijo de boquilla. Él era mucho de ese tipo de frases bienquedas.

A las pocas semanas pasó otra historia que también casi da al traste con la relación. Hugo había montado una fiesta en la casa de la sierra para presentarme a su familia y amigos. Le encantaba organizar ese tipo de eventos durante el fin de semana. Los preparaba al detalle; nunca faltaba de nada y siempre corría con todos los gastos.

Unos días antes le dije que no iba, que estaba rota por dentro y no me sentía con fuerzas para agradar. Trató de convencerme de todas las maneras posibles, porque la familia era muy importante para él. De hecho, estoy segura de que si no hubiera ido ese fin de semana la relación se habría terminado ahí. Al final tiré de lo poquito que me quedaba y pasé el trago como pude. Durante el fin de semana conecté bastante con la mujer de un amigo suyo. En un momento dado y sin motivo concreto, creo que esta chica me estaba contando algo de su trabajo, me entró una llorera incontrolable. Muerta de vergüenza, salí corriendo a la habitación a esperar que se me pasara el sofoco. Al rato vino Hugo y me preguntó si podía hacer algo para que me sintiera mejor. La respuesta me salió del alma: «Pues abrazarme, coño».

Hugo había heredado la torpeza emocional de su entorno. Su padre y sus hermanos eran clavaditos a él. Hasta sus amigos se le parecían. A todos les gustaban las mismas cosas: los cachiperris, el pádel y el Real Madrid; no les sacabas de ahí. Además, tenía un

punto obsesivo; necesitaba controlarlo todo. El desorden le sacaba de sus casillas. En casa tenía sus cosas organizadas milimétricamente: cajones, armarios, camisas, zapatos, relojes, gafas de sol, vinos, CD…, todo.

El tiempo libre igual; siempre lo planificaba él. Dónde íbamos, con quién íbamos, qué hacíamos. Solíamos pasar casi todos los fines de semana en Ávila, con su familia y amigos. Las pocas veces que nos quedábamos en Pozuelo, tres cuartos de lo mismo; tenía como un ritual. A las doce en punto, ponía un CD, me servía una cerveza con unas patatas fritas y una lata de mejillones y él se iba al garaje a limpiar sus cachiperris. Cuando se terminaba el CD, volvía para cambiarlo y me abría otra lata. Yo le llamaba Robocop. A veces le ponía alarmas en el móvil o le decía: «Son las doce, ¡hora de los mejillones!». Me lo tomaba así, de coña, porque si no era una discusión tras otra. Una vez me montó un pollo a cuento de unas latas que había guardado en la nevera. Que a quién se le ocurría colocar las Fantas delante de las Coca-Colas. ¡Joder, ni que hubiera matado a alguien! Yo alucinaba con él.

A ver, te cuento esto, pero luego tenía también otras virtudes. Era un tío muy leal, muy trabajador, y también generoso; no miraba el dinero. Cuando me fui a vivir con él a Pozuelo, me pidió que le diera otro aire a la casa, porque la decoración le recordaba a su ex. No me fijó un presupuesto, me dijo que gastara lo que hiciera falta. Yo tampoco quise abusar; la repinté, cambié unos cuantos muebles y le di un rollo zen muy chulo. Parecía sacada de una revista, mucha gente se lo decía. Para mí ese proyecto fue como un salvavidas: me distrajo de pensar en lo mío.

Desde que me pasó lo del Ayuntamiento, llevaba unos meses que no levantaba cabeza. No comía, no bebía y apenas tenía fuerzas. Estaba hecha un cromo. La baja laboral no me ayudó para nada, porque al no tener nada que hacer, no dejaba de darle vueltas al tema. Repasaba situaciones una y otra vez, lo que había dicho

uno, el otro, lo que había dicho yo, lo que debía haber dicho y no dije. Mi cabeza era como una lavadora, no paraba de dar vueltas. Era mi primer pensamiento al despertar y el último antes de dormir. Fue en esa época cuando empecé a ir a la psicóloga.

A los tres o cuatro meses, algo en mi cabeza hizo clic. No sé si fue la medicación, la psicóloga, la primavera o la decoración, pero un día pensé: «¿Y por qué tengo que ser yo la que esté de baja, si no he hecho nada, mientras estos sinvergüenzas siguen robando a manos llenas?».

Esa pregunta fue creciendo dentro de mí. Pasé de la tristeza a la rabia y de la rabia a la acción. Ahí fue cuando surgió la idea del dosier. En aquel momento no me imaginaba las consecuencias que iba a traer; lo único que quería era recuperar mi puesto de trabajo y que las cosas volvieran a ser como antes.

CAPÍTULO XII
Dosier

El día en que me puse en marcha fue un día como otro cualquiera. Quiero decir, no elegí una fecha concreta ni preparé nada especial. Simplemente me levanté, desayuné y me fui al cuarto que Hugo había acondicionado a modo de oficina. A Hugo la idea del dosier no le parecía ni buena ni mala, prefería mantenerse al margen. Casi nunca hablábamos de eso, era un tema tabú entre nosotros, nunca entendí muy bien por qué. Si alguna visita le preguntaba alguna vez, se limitaba a decir que en todos los sitios cocían habas y que él también untaba a los jefes de compra de turno para cerrar contratos. Que era lo que había, vaya.

Cuando empecé no tenía las ideas muy claras; se fueron aclarando a medida que avanzaba. El plan era ir juntando documentos y, en algún momento, entregárselos a la Policía. Sabía que probar una mordida o un amaño en una licitación era casi imposible, porque ni los interventores los ven, así que centré mis pesquisas en demostrar el enriquecimiento ilícito de Arturo. Yo pensaba: «A ver, si él gana sesenta mil euros al año, su mujer es maestra y tienen tres hijos, eso da para lo que da, desde luego no para comprar apartamentos en Miami».

Como estaba de baja y una chica se encargaba de la limpieza en casa, lo que me sobraba era tiempo. Los primeros días me puse a trastear con el ordenador. *Gugleaba* nombres a ver qué me salía. Y lo que me salía eran multas, matrículas de coches, direcciones, alguna propiedad, documentos del BOCM y artículos de periódico. Un nombre me llevaba a otro, y ese a otro, y así sucesivamente. Yo iba siguiendo la cadena y lo apuntaba todo en una libreta.

Enseguida la libreta se me quedó pequeña y volqué la

información en una hoja de Excel. Para cada nombre, creaba un pequeño perfil. Con LinkedIn y bases de datos como Axesor y Datea completaba los detalles: empresas, cargos, nombramientos, conexiones, trayectorias profesionales y demás.

Empecé a acumular datos no solo de Arturo, sino de un montón de nombres que por aquel entonces no me sonaban de nada: Francisco Correa, Pablo Crespo, Ramón Blanco Balín y varios más.

Las coincidencias me ayudaban a atar cabos y enfocar mejor la búsqueda. Por ejemplo, descubrí que una misma dirección de la calle Serrano servía como sede social de algunos de los proveedores más importantes del Ayuntamiento, o que ciertas personas ocupaban cargos directivos en esas empresas: Orange Market, Special Events, Pasadena Viajes. Es más, recuerdo que había un tío que tenía registradas como trescientas mercantiles a su nombre. Un testaferro, claro. Esa es otra, palabras que apenas había oído en mi vida se volvieron familiares: testaferro, empresa pantalla, fideicomiso, intermediario fiscal, sociedad *off-shore*, subcontratista, colusión…

Del catastro y del registro de la propiedad obtenía datos sobre las propiedades: localización, metros cuadrados, hipotecas, embargos. De ahí saqué, por ejemplo, información sobre la casa que Arturo tenía en Torre-Pacheco, un adosado con piscina y jardín, aunque eso, bueno, mucha gente puede permitirse una segunda residencia en la playa, ¿no? Mi obsesión era dar con el famoso apartamento de Miami.

Otra fuente que consultaba a menudo era la prensa digital. Gracias a las noticias sobre corrupción, iba relacionando a unas empresas con otras, a unas personas con otras, y les iba poniendo cara. Enseguida me di cuenta de que casi todos los artículos de investigación los firmaban siempre los mismos periodistas. ¡Y fíjate tú que al final los acabaría conociendo a todos!

Todo eso era el trabajo fácil, el trabajo de *back office*, como decís vosotros, pero el más delicado era sin duda el de fuera de la oficina. Digo delicado porque mi gran obsesión durante todo aquel tiempo fue mantener el dosier en secreto. Siempre tuve clarísimo que el anonimato era crucial. De hecho, fue lo que me mató. Las únicas personas que sabían de su existencia se podían contar con los dedos de una mano. Lourdes era una, María José otra y Laura, la exsecretaria de Arturo, otra. Todas de mi absoluta confianza. Ellas me facilitaban documentación desde dentro: licitaciones, contratos, memorias, actas, informes, facturas…

Durante mi baja, aprovechando que la gente quería saber de primera mano lo que me había pasado, quedaba con ciertas personas y ponía la antena, por si captaba algo. Con Requejo tomé café un par de veces. Como ya no estaba Paloma, nuestra relación se había enfriado. Fue cordial, pero mucho más cauto que aquella vez que, en la finca de caza, nos contó lo de las propiedades de Arturo. Al final comprendí que, aunque a algunos técnicos se les calentara la boca, la mayoría participaba de alguna manera de la red clientelar, ya fuera por acción o por omisión, y no se la jugaban. De hecho, cuando salió el juicio de la Gürtel, a muchos de ellos los llamaron a declarar, y mintieron como bellacos, claro.

Las personas que más y mejor información me proporcionaban eran, sin lugar a duda, los resentidos. Un resentido con ganas de hablar era una mina. Uno de ellos era Tomás Sáenz Larumbe. Antes de caer en desgracia, Tomás Larumbe lo había sido todo en el Ayuntamiento: teniente de alcalde, gerente de la EMSV y concejal de Urbanismo; casi nada. Tenía el típico perfil de esta gente. En Boadilla había dos tipos de perfiles. Estaba el concejal que ves serio y responsable, tipo Nieves o María José, y luego estaban estos otros que iban como de sobrados, supersimpáticos, saludando siempre a todo el mundo con un rollo así, entre

zalamero y *happy flower*. No sé bien cómo explicarlo, pero a mí por lo menos me llamaba la atención. Yo pensaba: «Joder, ¿tan felices son estos que están siempre riéndose?».

Tomás Larumbe entraba claramente en este último tipo, al igual que Guillermo del Moral, Alfredo Blanch Labrador o Paco Granados. Lo peor es que, encima, tenían cara de buena gente y, al revés, los que eran legales parecían enfurruñados. Este, en concreto, tenía cara de empollón. Me recordaba un poco a Alberto Ruiz Gallardón, así, con sus gafitas de intelectual, su pelo engominado y repeinado hacia atrás, como si nunca hubiera roto un plato.

El problema de Tomás es que era alcohólico, y todo el mundo lo sabía. Era un canteo, la verdad, porque si ya la gente critica de por sí, imagínate cuando llegas al trabajo borracho o apestando a alcohol. Según me contó María José, empezó a tener roces con otros concejales y con el equipo de gobierno. Lo pasó mal, se le notaba a la legua, se fue como apagando. Poco antes de que lo echaran, andaba por el ayuntamiento como un alma en pena. A mí me impresionaba mucho, la verdad, por lo que había sido este hombre.

Arturo aprovechó un accidente para cargárselo. La comidilla del accidente duró semanas. Al parecer, estaba en una comida con un empresario, pero se le fue la hora y salió del restaurante anocheciendo. Cuando cogió el coche, debía de ir tan borracho que se puso a hacer eses en medio del pueblo hasta que se saltó la mediana y acabó empotrado en una rotonda. Ironías del destino, porque a Tomás le apodaban, precisamente, *el Rotondas*.

Como Arturo no podía echarlo, porque el acta de un concejal es nominal, no paró hasta hacerlo dimitir. Le humillaba en los plenos y escribió un informe interno para quitárselo de en medio. El que lo sustituyó en Urbanismo, un tal Curro Marugán, era otro del mismo palo: un sevillano muy *echao pa'lante*. Este sí que salió

retratado en el dosier y acabó imputado. Una de las empresas de Paco Correa, Pasadena Viajes, le había pagado una estancia en Vigo a él y a su acompañante. La acompañante no sé quién sería, pero su mujer acabó de secretaria general en la Asamblea de Madrid.

Después de todo ese follón, me encontré a Tomás un par de veces por la calle y me contó que trabajaba para la FEM —Federación Española de Municipios—. Un día le llamé. Le dije que tenía que pasarme por allí para hacer una gestión y le propuse ir a tomar una cerveza. Yo sabía que a este tío le gustaba, por cómo me miraba. Bueno, yo y todas, porque era un pieza. Y, a ver, tampoco es que me presentara en la FEM con tacones y escotazo, pero con algunos tíos es taaan fácil. Solo con escuchar sus hazañas y sonreírles un poco se les iluminan los ojillos. Yo eso lo he visto un montón de veces: hombres que pierden los papeles por pasar un rato con una mujer que no sea la suya. Y sí, lo reconozco, a veces también lo usaba para sacar información.

Tomás me contó los trapos sucios de la concejalía de Urbanismo. En qué bando estaba cada uno, quién hacía piña con quién, en quiénes se podía confiar…, ese tipo de cosas. También me puso sobre la pista de algunas adjudicaciones sospechosas: la Ciudad del Deporte, la del Santander y alguna que otra más. Al final acabamos hablando de Arturo, claro. Me contó que lo del accidente fue una excusa que se buscó, pero que la verdadera razón para echarle había sido que no le dejaba meter la cuchara. Y eso puede que fuera verdad. Lo que pasa con esta gente es que, cuando caen en desgracia, van de dignos y de superhonestos, aunque ya te digo yo que este tío tenía también su chiringuito montado, vamos, no me cabe la menor duda.

Después de las cervezas quiso mambo, claro, pero le dejé con la miel en los labios. Esa fue una de las primeras veces en que me sentí como una espía de las películas. Solo que en las películas las

espías le sacan información a los tíos buenos y yo se la sacaba a babosos.

Ahora que menciono lo de los espías, viene a colación un encuentro que me causó esa misma sensación multiplicada por mil. Te lo voy a contar y así, de paso, te enteras de cómo empezó mi relación con tu gremio. No se me olvidará nunca, fue en la cafetería Galaxia. Quedé allí con Agustín Cubillo, el jefe de investigación de la SER, un hombre al que no había visto en mi vida.

Di con él a través de una cadena de contactos. Ese tipo de cadenas, en las que una persona te conduce a otra, y esa a otra, fueron una constante durante toda mi investigación. Esto pasó del siguiente modo: yo me llevaba muy bien con el dueño de la copistería donde sacaba las fotocopias para el dosier. Este hombre tenía una impresora de gran formato, de esas que hacen plóteres de planos y mapas. De hecho, trabajaba mucho con el Ayuntamiento, porque en los pliegos era normal adjuntar ese tipo de impresiones, así que por su tienda pasaban habitualmente constructores y técnicos. Y rajaban, claro. Él debía de estar metido en política, o al menos le interesaba, y me recomendó hablar con una periodista de la Cadena SER amiga suya. La llamé y le conté el caso por encima, sin entrar en detalles. Ella fue quien me puso en contacto con Agustín Cubillo.

No sé si sabré describirte bien lo que sentí al cruzar la puerta de la cafetería. Fue una mezcla rara entre miedo y excitación, y también cautela, porque no tenía ni idea de lo que me iba a encontrar allí. Nunca me había citado con un completo desconocido; no sabía si este tío era joven, viejo, alto, bajo, gordo, flaco. Nada. Por otro lado, me daba perfecta cuenta de que al involucrar a la prensa ya no había vuelta atrás; era como pasar de pantalla.

La cafetería Galaxia es mítica. El propio Agustín Cubillo me

contó que Tejero se había reunido allí antes del golpe de Estado. Era un local enorme, con varios ambientes. Cuando llegué, me di una vuelta, pero no vi a nadie que me devolviera un mínimo gesto de complicidad, así que me fui a la barra y pedí un café. En un momento dado, una persona se me acercó y me preguntó si era Ana Garrido. Nos dimos la mano y le seguí hasta una especie de reservado en un altillo que no había visto al entrar.

Reconozco que, de primeras, no conecté con él. Me pareció un tío…, no sé cómo expresarlo…, frío, gris. Sí, esa es la palabra: gris. Aparte de llevar puesta una gabardina que no se quitó, apenas gesticulaba y respondía como muy cortante. Este encuentro fue casi al principio de mi investigación, así que yo también iba con pies de plomo. No le mencioné nada del dosier, por supuesto; simplemente le dije que era funcionaria y que estaba detectando ciertos movimientos extraños en el Ayuntamiento de Boadilla. En un momento dado, le mencioné algunos de los nombres que había sacado de internet. Ahí sí recuerdo que abrió mucho los ojos, me pidió los papeles que traía y se puso a examinarlos.

Me preguntó si conocía a toda esa gente. Le dije que solo a algunos. Me señaló un nombre y preguntó: «Este, ¿sabes quién es?». Le contesté que no, y me dijo: «Es el consejero delegado de Repsol, amigo íntimo de José María Aznar». Sentí un vértigo en el estómago.

Con Agustín mantuve el contacto durante algún tiempo. A las pocas semanas de nuestro encuentro en el Galaxia, me hizo llegar a casa una carpeta con los perfiles de algunas personas de las que habíamos hablado. Cuando los leí me entró miedo. Comprendí que el asunto era mucho más gordo de lo que había imaginado.

CAPÍTULO XIII
Clandestinidad

Dentro de la categoría de los resentidos, Pepe Iberia se llevaba la palma. Para mí fue una sorpresa, no sabía que odiaba tanto a Arturo. Lo supe a raíz de un encuentro clandestino en su casa.

No recuerdo exactamente la fecha de esa reunión. Creo que fue un poco antes de cogerme la baja laboral, pero no estoy segura. Ya te habrás dado cuenta de que para las fechas soy fatal; me han pasado tantas cosas que a veces me resulta difícil ordenarlas en la cabeza. Tengo que pararme a pensar y deducirlas en función de lo que ocurrió antes o después. Esto debió de ser después de la carta que le mandé a Esperanza Aguirre. Sí, creo que María José me invitó a raíz de eso, si no ya me dirás tú qué pintaba yo en una reunión de concejales.

María José le había hecho llegar mi carta a Esperanza Aguirre a través de una funcionaria de su confianza. Según nos contó esta mujer, la respuesta de la presidenta había sido que lo moviéramos por la prensa. A mí esa salida me dejó muerta, la verdad. Yo decía, a ver, si yo fuera ella y me llegara una carta así, tendría dos opciones: o bien no le doy crédito y hago caso omiso, o, si se lo doy, me pongo a investigar lo que ha pasado. Eso sería lo lógico, ¿no? Lo de que lo moviéramos por la prensa me descolocó completamente. Luego, claro, con el tiempo lo entendí.

La reunión clandestina la habían convocado María José y Pepe Iberia para valorar una posible moción de censura contra Arturo. Ese tipo de jugadas son peligrosas, porque, si no se miden bien las fuerzas, las consecuencias pueden ser funestas. En esa legislatura, el Partido Popular tenía dieciséis concejales de veintiuno. Para que la moción prosperara necesitaban que toda la oposición en bloque y al menos seis concejales del partido votaran

a favor. En la reunión había cinco: además de los organizadores, estaban Blanca, Laura y Julián Pérez Amador.

Para comprender las motivaciones de cada uno de ellos había que hilar muy fino. A mí muchas se me escapaban. Solo conocía bien las de María José, porque hablábamos a menudo. María José era una tía muy válida y muy respetada en Boadilla. Era la mejor posicionada para convertirse en alcaldesa en caso de salir la moción. Estaba harta de los chanchullos de Arturo y ya le había parado los pies más de una vez, por eso se odiaban.

Blanca y Laura eran íntimas de María José, así que tampoco me sorprendió verlas allí. Laura había sido la secretaria de Arturo durante muchos años, antes de meterse en política, y conocía perfectamente sus tejemanejes.

Lo de Julián Pérez Amador sí fue una sorpresa, hasta cierto punto. Reconozco que este hombre me tenía bastante perdida. Siempre daba una de cal y una de arena. Primero había sido concejal por un partido independiente, antes de pasarse al PP durante la famosa moción de censura contra Eduardo Abad. Un tránsfuga, vamos, hablando en plata. Además, estaba como las maracas de Machín. Quiero decir, que cuando uno piensa en un concejal, piensa en una persona más o menos centrada, cabal. Este tío era todo lo contrario. Enseguida perdía los nervios y se ponía a gritar como un energúmeno. Daba miedito.

Yo al principio le tenía en buena consideración, porque había hecho mucho por solucionar el tema aquel del asentamiento ilegal de los marroquís. De hecho, creo que por eso le nombraron concejal de Seguridad Ciudadana, lo cual era como poner a un pirómano al frente de los bomberos, porque no veas las que armaba. Una vez le pillaron a las tantas de la noche, completamente borracho, subido a un coche de la Policía local con la sirena a todo trapo. Pero claro, como era el concejal se lo tapaban todo. Si te soy sincera, no sé qué pintaba allí. Es de esas

personas que no te inspiran la más mínima confianza.

Capítulo aparte merece el anfitrión, Pepe Iberia. Este tenía más peligro que una caja de bombas. Parecía muy educado y modosito, pero la procesión iba por dentro. La gente le llamaba Pepe Iberia porque tenía un puestazo en la aerolínea, consejero de presidencia y director de protocolo. De ahí le venía su superpoder: conseguir *upgrades* de clase turista a clase *business*.

Según me contó en su día María José, Pepe era un «paracaidista», que es como llaman en los partidos locales a la gente que viene de fuera, impuesta por la dirección, para asegurarse de que se cumplen las órdenes de arriba. Estaba muy bien relacionado con el aparato; de hecho, era íntimo de Luis Bárcenas, el tesorero del PP. Fue él quien lo metió allí.

Cuando llegó, le colocaron en la concejalía de Hacienda, supongo que para vigilar la pasta, pero en la siguiente legislatura Arturo le relegó a Sanidad e Higiene, una concejalía menor, cosa que le sentó a cuerno quemado. Todo esto lo sé porque con Pepe cogí mucha confianza; seguramente fue la persona que más contribuyó al dosier.

A nivel personal era un tío superbaboso. Siempre estaba fichando a las tías, no se cortaba ni media, y en vez de darte dos besos parecía que te lamía una vaca. Él y yo nos caíamos mal por una historia que había pasado en unas fiestas de Boadilla. Fue en un concierto de Malú… o de Marta Sánchez, una de las dos. Yo estaba con Lourdes y una secretaria, Merceditas, en la zona vip, una especie de carpa para políticos y autoridades. Se suponía que nosotras no podíamos estar allí, pero como conocíamos a todo el mundo nos colaban. Pepe se acercó a saludarnos y, cuando se fue, le comenté a estas que tenía cara de viejo verde. A la tal Merceditas, que era una trepa de mucho cuidado, le faltó tiempo para ir a contárselo. Al cabo de unos días, vino Pepe a pedirme explicaciones. Mira, no sabía ni dónde meterme. Toreé la

situación como pude. Le dije que yo solo había comentado que contaba muchos chistes verdes, lo cual era verdad, y que Merceditas lo debía de haber interpretado mal, pero no se quedó muy convencido con la explicación. A Merceditas le canté luego las cuarenta. Le dije que era una hija de puta. Tal cual.

A lo que voy: la famosa reunión clandestina. Fue en el chalet de Pepe, en Valdecabañas, una urbanización de allí de toda la vida. La casa no se veía desde la calle, estaba oculta por unas arizónicas de dos o tres metros de alto. Aun así, no era el típico chalet de narco, que digo yo. De esos había varios por la zona, pero este no tenía cámaras de vigilancia ni vallas electrificadas ni nada de eso; simplemente se correspondía con el de una persona celosa de su intimidad. Según entrabas, a mano derecha, había una especie de invernadero donde guardaba su colección de motos antiguas. Por lo demás era un chalet muy normalito: de ladrillo visto, grande, eso sí, pero nada ostentoso.

Justo cuando yo estaba aparcando la moto, llegó Carlota Setúbal en su flamante Mercedes SLK verde con asientos de cuero beis. Lo recuerdo perfectamente, primero porque el coche era una cucada, y segundo porque pensé: «¿Y esta tía qué coño hace aquí?». A Carlota la conocía a través de Blanca, que era muy amiga suya. Habíamos coincidido en algún cumpleaños. Mandaba mucho; era jefa de prensa de Esperanza Aguirre y amante de Francisco Granados, el secretario general del PP de Madrid. Con los años, cuando al pieza este lo metieron en la cárcel, me volví a acordar de ella. En un periódico salió un artículo sobre el Mercedes. Por lo visto, se lo había regalado él con el dinero de una mordida.

Al último invitado no lo conocía. Me dijeron que era el sobrino de un juez, uno que al parecer ayudaba al PP con algunos casos en Leganés, creo, o alguna ciudad al sur de Madrid. No sé qué pintaba allí, la verdad, y tampoco es que abriera mucho la boca.

Luego me enteré de que entró a trabajar en el Ayuntamiento. Él y la mujer del juez. Los dos.

El encuentro tuvo lugar en el sótano. Es curioso, porque, aunque estuve varias veces en casa de Pepe, no sabría describírtela bien por dentro. Tanto el sótano como su despacho estaban separados del resto de la vivienda. Se accedía a ellos por una escalera en el vestíbulo, que bajaba a una especie de recibidor. A la derecha del recibidor había un pasillo, y al final del pasillo, detrás de una hilera de estanterías con archivadores, estaba su despacho. A la izquierda se abría un salón que, seguramente, antes habría sido el garaje. Estaba acondicionado a modo de bar, con un espejo grande, una barra de madera y unas banquetas. En una esquina había un par de sofás en ele. No se puede decir que los muebles fueran viejos ni baratos, pero el conjunto daba una impresión como de rancio, pasado de moda.

Como éramos muchos, además de los sofás, trajeron un par de taburetes altos, donde se sentaron los promotores de la conspiración: María José y Pepe.

Yo apenas intervine. Me limité a escuchar lo que decían. La reunión me interesaba lo justo, porque aún no me había pasado la historia con Candela. Estaba cabreada, eso sí, pero como todos allí. De hecho, alguno parecía bastante más cabreado que yo. María José dijo que ella no podía seguir trabajando así, con esa tensión. Era la que más hablaba. Blanca la secundaba y puntualizaba lo que la otra iba contando. Se dirigían sobre todo a Carlota, supongo que por ser la persona con más jerarquía del grupo. Carlota era la única que tomaba notas.

Una vez expuesta la situación, debatieron sobre cómo sacar adelante la moción de censura. Ahí fue Julián Pérez Amador quien llevó la voz cantante. Él no terminaba de verlo claro, puesto que solo eran cinco y al menos necesitaban el voto de otro concejal del PP. Barajaron algunos nombres de gente que quizá estuviera

insatisfecha con la manera de hacer las cosas de Arturo, como Juan Sigüelas y María Pons, pero era especular por especular; nadie se atrevía a poner la mano en el fuego por ninguno de los dos. Alguien insinuó que quizá se estuvieran beneficiando del tráfico de favores y, claro, hacerles partícipes de la idea suponía poner en riesgo todo el plan. Por otro lado, necesitaban el apoyo de todos y cada uno de los concejales de la oposición, y tampoco se fiaban de ellos, en especial de los cuatro del PSOE. Solo Agustín Gallardo, de Iniciativa por Boadilla, estaba fuera de toda duda.

No recuerdo mucho más de lo que se habló allí, pero salí con la sensación de que, si tenía que esperar a que esa gente se cargara a Arturo, podía esperar sentada. Lo que sí me sirvió fue para identificar a todos los que, más adelante, contribuirían al dosier. Pepe Iberia pasó a ser el número uno de la lista.

CAPÍTULO XIV
Pepe Iberia

Después de aquel encuentro en su casa, nuestra relación cambió por completo. Si alguna vez nos cruzábamos por el ayuntamiento, me saludaba efusivamente y se paraba a hablar conmigo. Era como si, al tener un enemigo en común, perteneciéramos al mismo bando.

Pepe fue una de las primeras personas a las que llamé nada más empezar con el dosier; me proporcionaba información de primera mano sobre algunos de los nombres que iban apareciendo en mis búsquedas, personas que hoy todo el mundo conoce, pero que en aquel momento eran anónimas y hacían su *business* sin hacer ruido. Así me enteré de que él mismo era amigo de Francisco Correa.

La historia fue del siguiente modo: un día, Pepe me llevó a la caseta del jardín para enseñarme su colección de motos. Tendría unas treinta, expuestas de más antiguas a más nuevas. Una de las joyas de la corona era una Vespa que había pertenecido a un yerno de Franco que, según me contó, era quien había introducido la marca en España. También tenía un par de sidecars superantiguos, varias Derbi, incluyendo una con la que Ángel Nieto había ganado no sé qué carrera, una Bultaco, una Triumph Thunderbird y dos Harley preciosas. La verdad es que era una pasada. Ya sabes lo que me flipan las motos.

Luego me enseñó otra que no era antigua, sino una moto de carreras impresionante. No recuerdo la marca, pero era de Paco Correa. Por lo visto, él se estaba mudando de casa y le había pedido que se la guardara por un tiempo. Le pregunté desde cuándo la tenía y me contestó que desde hacía como un año, cosa que me extrañó. También me extrañó que tuviera las llaves

puestas, pero en ese momento no até cabos.

Pepe Iberia quería cargarse a Arturo por dos razones. Una, porque a pesar de las apariencias, era un tío muy orgulloso y no soportaba que le hubieran degradado de concejalía. Y, dos, porque quería ser alcalde a toda costa. Lo tengo clarísimo, aunque él siempre me lo negara. En realidad, si le preguntas a cualquier concejal si quiere ser alcalde, la mayoría dirá que no, pero solo de boquilla, en su fuero interno lo están deseando. Para ellos es un triunfo. Luego los hay más o menos ambiciosos. María José, por ejemplo, lo tuvo a huevo y dijo que no. Pepe, en cambio, hubiera matado por ser alcalde.

A Pepe le conté lo del dosier. Ya te digo que no le consideraba una persona de fiar, pero fue un riesgo que asumí, así no tenía que fingir ni sacarle la información de tapadillo. A partir de ese momento, empezamos a trabajar codo con codo y, fíjate lo que te digo, era casi más su interés que el mío. Nos reuníamos al menos una vez a la semana. A veces venía él a casa de Hugo, cosa que trataba de evitar, porque Pepe era de los que se presentaban a horas intempestivas, y otras iba yo a su despacho, aunque normalmente quedábamos en el hotel Campanille, en un parque empresarial a las afueras de Boadilla. Era un hotel de estos de desahogo de parejas, sin ningún encanto especial, pero tenía una cafetería acogedora en la que no solía haber nadie.

Tratábamos los temas que iban saliendo en función de los avances en mis investigaciones. Otras veces era él quien venía con alguna noticia o algún cotilleo. Cuando le conté la anécdota en el despacho de Paloma, me preguntó si recordaba la fecha. Un día apareció con una carpeta llena de papeles. Eran las confirmaciones de reserva de un montón de vuelos a Miami. Vuelos de Arturo, de Elisa, de Caracuel, de Willy, el alcalde de Majadahonda, y su mujer, de Paco Correa, de Bárcenas… A todos les había hecho *upgrades* a clase *business*, cosa que me cuadraba,

porque a esta gente le encantaba recibir un trato especial y sentirse por encima del resto. Yo me hice fotocopias de todos los papeles. Para mí aquello era una bomba, como te puedes imaginar. No es lo mismo presentarte en la Policía diciendo que fulanito o menganito te ha contado no sé qué, que ir allí con documentos, números de vuelo, fechas, etcétera.

Pepe Iberia tenía un arsenal de archivadores AZ. Cuando iba a su casa, cada vez que necesitábamos algún documento, salía a buscarlo a las estanterías del pasillo, porque dentro del despacho no cabía ni un alfiler. Como solía tardar un rato en dar con él, yo aprovechaba para curiosear. Toda su vida estaba metida allí: libros, diplomas, trofeos, recuerdos de viajes y un montón de fotografías con empresarios y gente del partido. Muchas de ellas estaban dedicadas, como en los restaurantes donde cuelgan fotos de la gente que ha comido allí. Lo que más me llamaba la atención era que apenas había ninguna de su familia, y eso que estaba casado y tenía tres hijos. De hecho, su mujer trabajaba también en el Ayuntamiento, aunque siempre se mantuvo al margen de nuestras reuniones. Solo bajaba a veces a servirnos el café.

Algunas de las carpetas eran pura dinamita. Yo pensaba: «Si esto llega a manos de algún juez, arde España». Tenía información de un montón de políticos y de sus familiares: Zaplana, Acebes, Michavila, los hijos de Aznar, empresarios, famosos… A la mayoría les hacía *upgrades*. Cientos de vuelos: a Miami, a Ginebra, a Cancún, todos meticulosamente clasificados por años. Él lo justificaba diciendo que parte de su trabajo consistía en promocionar la clase *business*. Me fijé en que muchas de las solicitudes venían de correos electrónicos de Pasadena Viajes. Yo sabía, por mi trabajo de *back office*, que esa era una de las empresas que usaba Correa para regalar viajes a cambio de favores. Pensé en la moto de carreras del garaje, la que tenía las

llaves puestas. Solo tuve que unir los puntos.

Pepe Iberia no era de fiar, estaba claro, pero no quería ni podía prescindir de él. Yo era útil para él y él era útil para mí. Él se pensaba que yo era más ingenua de lo que realmente era y yo sabía que él era menos íntegro de lo que aparentaba ser.

Una vez me vino con una historia que… telita. Me dijo que tenía pruebas de que a Joaquín Fernández Losada, el coordinador general del PP de Madrid, le habían pagado el viaje de novios a Nueva York, incluyendo un tour en helicóptero por la ciudad. Me pidió que contactara con él y le propusiera cargarse a Arturo a cambio de los documentos inculpatorios. Que lo extorsionara, vamos, hablando en plata. Le dije que no lo iba a hacer ni de coña, claro, pero eso te da una idea de lo retorcido que era este hombre.

Unos meses después, cuando ya había entregado el dosier, me enteré de que Pepe se había reunido con Cristina Cifuentes, que por entonces era la presidenta del Comité de Garantías del Partido Popular, para ver si con la información que tenía sobre Losada, que era un potencial adversario para sus ambiciones políticas, le echaba una mano con lo de Arturo. ¿Sabes lo que le respondió Cifuentes? Que le ayudaría a condición de que él la ayudara a ella con sus contactos. Un intercambio de favores, vaya. Para que veas lo que le importa la corrupción a esta gente. Les importa en la medida en que les sirva para medrar. Al final no hizo falta recurrir a la extorsión, Losada cayó por otro asunto: lo imputaron por unos amaños relacionados con el Canal de Isabel II.

Aparte del tema de los vuelos, que era un filón, Pepe conseguía mucha información a través de sus contactos. Uno de ellos era Bárcenas, que por aquel entonces era un completo desconocido, aunque ahora parezca mentira. Un día me enseñó un fax suyo que incluía una lista de empresas con las que el partido

recomendaba trabajar. Desgraciadamente, no lo pude incluir en el dosier. Se negó a dármelo. Otra vez, no se me olvidará en la vida, me contó que Bárcenas estaba muy mosqueado con Arturo porque, y esto es literal, «el millón de euros de Ficonsa no había llegado a donde tenía que llegar». A partir de esa pista, me filtraron algunos contratos que Ficonsa había firmado con el Ayuntamiento y, esos sí, los incorporé al dosier.

Además de Bárcenas, Pepe se llevaba bien con Willy, el exalcalde de Majadahonda. Antes de ser alcalde, Willy había sido concejal de Juventud. Yo también le conocía, pero no tenía la suficiente confianza con él. A este se lo cargaron en una guerra interna por la adjudicación de una parcela. Como sabía demasiado, para taparle la boca, le pusieron de director del mercado de Puerta de Toledo con un sueldazo. A pesar de eso, Willy era otro resentido, y rajaba de lo lindo. Fue él quien nos sopló el nombre de la persona que le abría a esta gente las empresas pantalla: un tal José Claramunt, un tío que debía de trabajar hasta para el mismísimo diablo, porque, según salió luego en prensa, también blanqueaba dinero para los Pujol.

En lo que respecta a Pepe, ese era nuestro día a día. Por otro lado, yo seguía investigando el asunto de Miami, que me reconcomía por dentro. Ya tenía casi todo el expediente armado; sabía que Arturo tenía un apartamento allí y conocía las fechas en las que había estado por los billetes de avión. Solo me faltaba el documento clave: la nota simple. Buscando por internet, di con la página web del registro de la propiedad de Florida, pero, como allí usan solo el primer apellido, había tropecientos Arturos González. Ya estaba a punto de tirar la toalla, cuando conseguí el documento de la manera más inesperada: a través de un amigo de Hugo.

A Hugo el tema del dosier le ponía de muy mal humor. Decía que interfería en nuestra relación. Y la verdad es que tenía razón;

interfería. Yo estaba entregada a ello en cuerpo y alma, y él estaba…, bueno, no sé dónde estaba, en otro mundo, pero desde luego conmigo no. Intentaba por lo menos respetar sus horarios y cenar con él, porque lo de cenar solo le sacaba de sus casillas.

Solo una vez pensé que podía engancharlo al proyecto: esa vez. Hugo había quedado a comer en la finca de un amigo suyo y su mujer. Ese fin de semana me pilló fatal: con la regla, fiebre, dolor de cabeza…, así que le dije que no iba. Él, para convencerme, me dijo que su amigo viajaba a menudo a Miami, porque tenía allí un negocio de bienes raíces, y que a lo mejor podría echarme una mano con lo del registro. Cedí a condición de que nos quedáramos solo a comer, ni sobremesa ni nada, porque a este ya me le conocía yo. Fuimos para allá en su moto, una BMW de estas grandes, con maletas a los lados. Menudo viajecito, estaba tan hecha polvo que fui todo el camino recostada sobre él.

Cuando llegamos a la finca de su amigo, que no sé ni dónde estaba, aluciné. ¿Sabes esas fincas de caza con hectáreas y hectáreas de terreno, que vas pasando olivos y encinares y parece que no acaba nunca? Pues ese rollo. La casa, dentro de que era una casa de campo, era un casoplón. El salón parecía sacado de una película de *Sissi Emperatriz*, solo que, en vez de estar decorado de época, estaba en un estilo rústico, de madera y barro, pero no en plan cutre, al contrario, con muy buen gusto.

Yo a él ya le conocía de antes, pero a su mujer no. Cuando llegamos, estaba hablando con otra chica en un sofá. Me tomé un Nolotil y me senté un rato con ellas. En un momento dado, Hugo me hizo un gesto para que me acercara donde estaban ellos, en una mesa alta, no muy lejos del sofá. Hugo le había puesto a su amigo al tanto de la situación. Él tenía previsto volar a Miami en un par de semanas, y se ofreció a pasar por el registro de la propiedad. Luego estuvimos un rato charlando y me preguntó cómo funcionaba la corrupción en un Ayuntamiento, que es un

tema que siempre despierta mucha curiosidad. Le expliqué por encima cómo se amañan las recalificaciones de terreno, algo que le interesaba especialmente. Como hacía poco tiempo que me había reunido con Tomás Larumbe, y tenía muy fresco lo de la Ciudad del Santander, me vine arriba y les dije que hasta Botín debía de estar metido en el ajo. Fue pronunciar ese nombre y Hugo me soltó un codazo que casi me tira al suelo. El amigo se puso blanco y me señaló a la tía del sofá, la amiga de su mujer. Era una de las hijas de Botín.

Ya sé lo que estarás pensando, que todas estas casualidades parecen como de coña, pero te juro que no son alucinaciones mías; me pasan cada dos por tres, es como si tuviera un imán. También te cuento esto a modo de reflexión. Siempre decimos que los políticos son tal y Pascual, y es verdad que son ellos los que se manchan las manos, pero esta gente, banqueros, empresarios, constructores, son imprescindibles para que la corrupción funcione, y se acaban yendo siempre de rositas.

Al final, el amigo de Hugo cumplió. Se fue a Miami y me trajo de allí el documento.

Si aquella fue la vez en la que Hugo estuvo más cerca de involucrarse en el proyecto, hubo otra en la que le perdí definitivamente. Fue durante las Navidades en las que ingresaron a Pepe Iberia en el hospital por un tumor. Yo fui a visitarle varias veces. Me sentía un poco en la obligación, la verdad, porque ese año habíamos compartido muchas cosas, aunque reconozco que en parte lo hacía por pena: las veces que estuve allí nunca coincidí ni con su mujer ni sus hijos. Una de esas veces vino Hugo. No sé cómo le convencí, porque, igual que yo tenía que chuparme todos los planes con su gente, ser encantadora y poner buena cara, él siempre le ponía pegas a los míos, que todavía me acuerdo de la discusión que tuvimos cuando se negó a venir al nacimiento de los mellizos de mi primo Josemi,

que era como un hermano para mí.

Esa vez nos tiramos un buen rato en la habitación. Hugo y Pepe ya se conocían de antes. Pepe estaba de buen humor, muy agradecido por la visita y el trabajo de los últimos meses. No recuerdo la forma en la que lo expresó, pero quiso como hacerle partícipe también a él, aunque yo ya vi, por la cara que puso, que aquello le había sentado a cuerno quemado. Según salimos del hospital, me pidió que fuera la última vez que le metiera en ese asunto. No quería saber nada más del dosier, ni de Pepe ni de nadie. Como nunca hablábamos de ese tema, yo aproveché la ocasión para soltar lastre. Acabó en bronca. A ver, yo por una parte le entendía, pero por otra pensaba: «Tío, esto es importante para mí, es mi vida, y tú eres mi pareja. Deberías apoyarme un poco, ¿no?».

Bueno, mejor vuelvo al tema del dosier, que no me quiero cabrear. Con los papeles del registro de Miami, el piso de Boadilla y el de Torre Pacheco, ya tenía tres propiedades bien documentadas y estaba tras la pista de una cuarta: una casa en Marruecos.

Lo de la casa en Marruecos fue otra de esas casualidades que te comentaba antes. Desde el Ayuntamiento me filtraron una carta dirigida a Arturo que decía algo así como: «Por la presente, le notificamos que la entrega de llaves de su propiedad en Tánger se ha retrasado unas semanas por motivos ajenos a nuestra voluntad». La remitía una constructora. No se especificaba la ubicación exacta de la casa, pero me metí en su página web y miré los proyectos que tenían en cartera. Había varios, pero me fijé en uno justo al lado de un campo de golf. Pensé: «Date, seguro que es este».

Unas semanas más tarde, la prensa local, de la que ya hablaremos a su debido momento, sacó un publirreportaje de estos que le hacían a Arturo, inaugurando una oficina de Gilmar

en Boadilla. Un día me pasé por allí solo para curiosear y vi que en el escaparate tenían una sección de «Propiedades fuera de España». Solo había una: en Tánger. Era la misma promoción que yo había visto en la página web, la que estaba al lado del campo de golf. Me entró un chute de adrenalina: le había vuelto a pillar.

La última propiedad inmobiliaria que conseguí acreditar fue también fruto de la casualidad. Alguien del Ayuntamiento, prefiero no decirte el nombre, porque esta persona luego se acojonó y me pidió que no la delatara, me comentó que el alcalde le había encargado a un carpintero amigo suyo una moldura especial de no sé qué madera para su piso. A mí me extrañó, porque conocía muy bien la casa de Arturo y lo de la moldura no me cuadraba, así que localicé al carpintero en cuestión. Efectivamente, la moldura no era para su casa, sino para un piso de una promoción nueva que había tenido mucha polémica por una recalificación. Otra pillada, vamos, aunque esa me costó documentarla, porque habían escondido la propiedad del inmueble detrás de una empresa pantalla.

En fin, además del patrimonio inmobiliario, incluí en el dosier otra serie de indicios: facturas en tiendas de lujo como Suárez o Loewe, cuentas corrientes y coches a nombre de Elisa, depósitos en acciones que adquiría a través de Renta 4… De hecho, el bróker de Renta 4 acabó también imputado.

CAPÍTULO XV
Seamos Limpios

En total, el dosier incluía más de trescientas páginas de información detallada. Yo llevaba unos meses dándole vueltas al tema de dónde y cómo entregarlo. Fue Pepe Iberia el que me habló de un sindicato llamado Seamos Limpios. Me lo vendió tan bien que me puse en contacto con ellos, sin saber que estaba cavando mi propia tumba.

La primera vez que me reuní con esta gente debió de ser a la vuelta de unas Navidades, porque recuerdo las luces por la calle y que iba vestida con abrigo y bufanda. No llevaba conmigo el dosier; solo quería tantear el terreno, ver de qué palo iban. Su oficina daba a la calle Ferraz y fue el propio Manuel Ricard el que me recibió y me condujo a su despacho. Estuvimos un buen rato hablando. En medio de la conversación, entró su abogada, la rubia esta que sale ahora en un montón de tertulias por la tele. Ante mi sorpresa, cogió una silla y se sentó con nosotros. Manuel debió de ver la cara que puse e intentó tranquilizarme. Me dijo que podía decir lo que quisiera con total libertad, que la chica era de su total confianza, pero yo le pedí que se fuera. Si te soy sincera, estaba acojonada. Ten en cuenta que era la primera vez que hablaba del dosier con un desconocido. A esta chica me la volví a encontrar años después en algún plató de televisión y hacía como que no me conocía.

Durante nuestra conversación, le resumí el punto en el que me encontraba. Le expliqué que mi intención había sido siempre la de entregar el dosier a la Fiscalía Anticorrupción, solo que, como no podían garantizarme el anonimato, estaba buscando a alguien que lo hiciera por mí. Él me tranquilizó y me prometió que se lo haría llegar sin revelar mi nombre. Recuerdo que, cuando escuché

aquellas palabras, sentí como si me hubieran quitado un muerto de encima. Pensé: «Vale, hasta aquí ha llegado mi trabajo. Ahora le toca a la Policía y a los jueces hacer el suyo».

Manuel Ricard me contó después su película. Me dijo que, aunque mucha gente les tachara de ultraderechistas, el sindicato velaba por la limpieza en las instituciones, que no se casaban con nada ni con nadie, y a los hechos se remitía: habían denunciado a todo tipo de gente: jueces, políticos y hasta un obispo. Reconozco que su enfoque me convenció. Hoy en día, mucha gente me echa en cara haberles entregado el dosier y, claro, visto lo visto, todos listos, pero en aquel momento, te hablo de 2008 o 2009, no les conocía nadie. ¿Cómo iba yo a sospechar que aquel viejecito tan dulce y amable era más malo que un dolor?

De lo que sí me acuerdo es que, ya en esa primera toma de contacto, hubo algo que me mosqueó, aunque en ese momento no le di importancia. Manuel Ricard me preguntó varias veces si necesitaba protección. Me dijo que él podía también encargarse de eso. La pregunta me extrañó, porque ¿a santo de qué iba a necesitar yo protección si no estaba en peligro y mi nombre no iba a salir a la luz?

Antes de entregarles la documentación, la repasé en casa con Pepe Iberia. Él sacó un par de folios de la carpeta y los tiró a la papelera, probablemente porque le inculpaban a él o a algún amigo suyo, no sé. Se lo pregunté, pero me dio una larga cambiada. Su nombre aparecía también en la confirmación de reserva de uno de los vuelos a Miami. Me pidió típex para borrarlo. Yo, según salió por la puerta, recogí las hojas de la papelera y las adjunté de nuevo al dosier. Luego cogí un boli y escribí su nombre por encima del típex.

A partir de ese momento, todo sucedió muy rápido. A los dos o tres días volví a la oficina y le entregué el dosier en mano a Manuel Ricard. Él lo ojeó por encima y estuvimos un rato

charlando. Como este hombre estaba encantado de haberse conocido, y escuchándole tenías la impresión de que todo era una conspiración judeomasónica, tampoco le di importancia a cierto comentario que más adelante entendí. Me dijo que estaban trabajando en una querella para cargarse al juez Garzón por algo relacionado con la memoria histórica. En ese momento, Garzón estaba ya instruyendo la Gürtel, solo que yo no lo sabía. Alguien había presentado una denuncia y él la estaba investigando.

Cuando me estaba yendo ya de su despacho, en la misma puerta, el tío me soltó otra bomba, pero así, con total naturalidad, como quien no quiere la cosa. Me dijo que estuviera tranquila, que todo iba a salir bien, que lo había hablado con Esperanza Aguirre y con Güemes, y ellos estaban de acuerdo en tirar para adelante.

Ahora que lo pienso, debería haberme dado media vuelta y haber cogido la carpeta con la documentación, pero en ese momento fue tal el shock que no caí. En el dosier no se mencionaba a Esperanza Aguirre, aunque yo ya sospechaba que sabía mucho más de lo que fingía saber. Le pregunté a Ricard qué quería decir con eso de que podíamos «tirar para adelante», y me respondió lo mismo que la funcionaria que le había llevado mi carta a la presidenta un año antes: que podíamos moverlo en los medios.

Al día siguiente, lo recuerdo perfectamente, estaba en casa de Lourdes cuando recibí la llamada de Ángeles Escrivá, una periodista de investigación. Ahí fue cuando *El Mundo* se me vino encima. Literalmente.

CAPÍTULO XVI
Hundirse o nadar

Todo está relacionado:
la virtud con el pecado,
la locura y la razón.
Todo tiene relación:
el puñal y el corazón,
lo real y la ficción.

«Efecto mariposa», el éxito del grupo Malpaís, percute en la radio de la vecina como si estuviera dentro de su propia habitación. Ana tararea la canción mientras remolonea en la cama. En Costa Rica machacan tanto la radiofórmula que, casi sin quererlo, terminas aprendiéndote las letras de memoria.

Nada es insignificante:
un átomo irrelevante
hace polvo una nación,
y el más ínfimo aleteo
de una mosca de Borneo
puede ser tu perdición.

Anoche se le fue la mano con el guaro y no debería. Ya le ha pasado varias veces, que algún grupo de turis-
tas le pregunta por sitios para salir de marcha y termi-
nan cerrando el Culo con Culo. Los de ayer eran brasileños, jovencitos, buena onda. Uno de ellos la acompañó a casa. No lo dejó subir. Se lo hubiera tirado de buena gana, pero es incapaz, no le sale. Resabios educativos, supone.

Esa es nuestra maldición:
entre tanta conexión
nada pasa sin tocarte.
Es un juego sin azar:
la bomba te va a matar
aunque caiga en otra parte.

Por fin se arma de voluntad y desliza un brazo fuera de la malla de la mosquitera, palpando la silla de madera que hace las veces de mesita de noche en busca del paquete de cigarrillos. Después de fumar —la resaca se agarra a la garganta y le hace toser roncamente—, engulle dos pastillas y salta de la cama. Hoy toca venta de garaje y queda mucho por organizar.

Todo tiene relación:
la modestia y la ambición,
lo divino con lo humano;
nada escapa, nada es vano,
lo eterno y lo cotidiano,
el castigo y el perdón.

El agua fresca de la ducha reconforta, por el contraste con la temperatura ambiente. Aun así, no pasan ni veinte minutos antes de que rompa de nuevo a sudar. Se pinta la raya y, excepcionalmente, se da un poco de rímel y de carmín. Evita mirarse al espejo. Sale a recoger la ropa que dejó tendida el día anterior y pone otra colada, la última, con lo que se llevará de vuelta a España. La lavadora es pequeña, antigua. Cuando termina el ciclo, la desagua con una manguera y escurre las prendas con un mangle. Luego las coloca sobre el tejadillo de zinc, para que sequen más rápido.

Desayuna en la terraza que da a la parte trasera de la casa,

hacia lo que alguna vez fue un patio, hoy devorado por la maleza —se dice que un jardinero allí es tan inútil como un barrendero en el bosque—. El mar se adivina en ángulo oblicuo, detrás de los cedros y guayabos que amurallan Finca la Loca, tan altos y frondosos que tapan por completo su visión, y mejor así, porque el océano es el Calipso de Ana, lo único capaz de retenerla allí. Sus cantos de sirena son las playas agrestes, de arena finísima, los baños desnuda, los peces de colores, el agua de coco y, por encima de todo, la sensación de calma, de aceptación de la vida.

En Costa Rica se acentúa ese equilibrio, ese vínculo que siempre mantuvo con el mar, y, sin embargo, algo que no acierta a comprender, una fuerza interior poderosa, rompe la homeostasis y la empuja a regresar. ¿Qué elementos constituyen esa fuerza? Muchas veces ha pensado sobre ellos, ha querido identificarlos, aislarlos, sopesarlos, calibrarlos, granularlos, conocer el peso de cada uno, como si fueran piedras de una balanza imaginaria. ¿Padres? ¿Amigos? ¿Sobrinos? ¿Algo tan absurdo como el aceite de oliva, el vermú, una mañana leyendo el periódico? ¿No es tantas veces el peso de esos elementos, supuestamente livianos, el que finalmente inclina el plato hacia uno u otro lado? Tal vez si desde la terraza de Finca la Loca se hubiera visto el Pacífico, se habría quedado.

Después de desayunar, coloca la ropa en bolsas y sale de casa.

En Costa Rica la gente vende lo que le sobra —muebles, ropa, juguetes— en garajes, cobertizos, o simplemente a la puerta de casa. Lo llaman «venta de garaje». Vilma le ha prestado el suyo para que se deshaga de todo lo que ha acumulado en estos dos años: algún mueble, trastos varios y mucha ropa. No son prendas valiosas; casi todas las compró en la tienda americana, donde acaba la ropa que a los gringos no les cabe en la maleta, pero son muchas, porque allí se cambia cada vez que se ducha y se ducha varias veces al día.

En el garaje, Vilma y Ana distribuyen el género como pueden, aprovechando sillas, improvisando mesas y colgando perchas hasta por los salientes de la pared. Esperan a muchos visitantes; llevan unos días promocionando el evento e incluso han repartido octavillas por el pueblo. En ese sentido, la venta es todo un éxito: un goteo continuo de gente, amigos, vecinos, compañeros de trabajo que quieren despedirse de la española. Por la tarde se acercan las camareras de piso del Tulemar. Han hecho una tarta. Ana está feliz, ríe, llora y aprovecha la ocasión para sacarse fotos con todo el mundo.

Con el dinero del rastrillo, invita a su amiga a cenar en el Patio del Café Milagro, un buen restaurante de la zona. Vilma se lo merece todo, por prestarle su garaje, por ser su «hermanita», su confidente y hasta su cocinera —como Ana detesta cocinar, solía llevarle táperes de comida al trabajo—. Ella será quien herede el puesto de trabajo de la española. Quizá un trabajo así le pueda parecer insignificante a mucha gente, pero en Quepos, ser la gobernanta del Tulemar es haber alcanzado un cierto estatus. De hecho, al marido de Vilma no le hará ninguna gracia que su mujer goce de una posición social más elevada que la suya, y aplacará su resentimiento a palos, hasta que ella lo deje por un gringo, un exmarine, y se mude a los Estados Unidos, donde las dos amigas se volverán a encontrar. Pero eso será mucho más adelante.

Ana y yo también nos despedimos. Como en el caso de Vilma, en ese momento no sospechamos que la vida nos volverá a juntar, ¡y de qué forma! Ella está aprovechando los últimos días para tomar el sol y regresar morena a Madrid, así que pasamos una mañana en playa Biesanz. Tumbados en la toalla, hacemos balance de nuestra amistad. Con el mar de fondo, la conversación fluye tranquila, pausada, reflexiva.

—A ti seguro que te veo por allá.

—Pues sí, y puede que más pronto que tarde. El periodismo pasa por un momento delicado con esto de las nuevas tecnologías. En EFE están recortando gastos y los corresponsales salimos por un pico.

—Ya supongo.

A ratos nos quedamos callados. Yo aprovecho para leer.

—¿Sabes? —le digo en otra pausa—. Creo que si nos hubiéramos conocido en Madrid no seríamos amigos.

—Puede ser. Yo he conocido a gente aquí con la que jamás pensé que podría conectar. Costa Rica es lo que tie-
ne. Es como vivir otra vida.

—Echaré de menos nuestras charlas.

—Firmaría vivir así, al lado de una playa, con alguien con quien hablar.

—¿Tienes miedo de volver?

—Un poco sí, pero aquí he aprendido a tomarme las cosas de otra manera. Esa gente no me va a amargar la existencia.

—¿Sabes? Hay una cosa que me sorprende de tu historia.

—¿Cuál?

—Que tu nombre no trascendiera a la prensa.

No me responde. Saca un Marlboro de la cajetilla y se pone a fumar. Al rato, de improviso, se levanta y se sacude la arena.

—¿Te vienes al Tulemar a alquilar un patín?

La playa privada del Tulemar es contigua a playa Biesanz, solo las separa un brazo de tierra, pero no se puede ir caminando, solo a nado.

—Uff, me da pereza ir hasta allá.

—Si vengo con uno, ¿te apuntas a pedalear un rato?

—Bueno.

Otea el extremo de la playa.

—¿Qué distancia puede haber hasta allí? ¿Un kilómetro?

—Sí, más o menos.

—Eso son veinte largos, ¿no?

Asiento.

—Seguro que el ejercicio me vendrá bien para despejar la cabeza.

Camina dentro del agua hasta que le cubre por encima de la cintura y luego se echa a nadar. No es una nadadora especialmente hábil, pero está en buena forma por el trabajo en el hotel. A los quince minutos, alcanza la punta norte de playa Biesanz. Ya solo le queda bordear el recodo que se curva a la derecha y avanzar hasta el pequeño cabo tras el cual se abre la ensenada del Tulemar. Se detiene un momento a coger fuerzas, aleteando acompasadamente las piernas para mantenerse erguida.

Desde su posición, contempla la playa. La reverberación de la luz sobre la superficie del mar le impide ver lo que estoy haciendo; apenas distingue la mancha rojiza de mi cuerpo sobre la toalla. Tampoco oye los gritos de los otros bañistas, que antes percibía con claridad, tan solo escucha el restallido del agua al romper sobre sí misma. Aprovecha para hacer el muerto, una posición que la relaja, con el sol acariciándole los párpados y el abejeo del agua en sus oídos. Se pasaría la vida entera así, mecida por las olas, flotando en completa abstracción.

Al cabo de unos imprecisos minutos, se da cuenta de que ha perdido el abrigo de la concha playera y la corriente tira de ella hacia mar abierto. Las olas se rizan a su alrededor. Se pone a nadar de nuevo, aunque ahora avanza más lenta.

Al virar hacia la derecha, para sortear el último cabo antes de llegar a su meta, ocurre el efecto contrario: ahora el oleaje la empuja hacia las rocas, convirtiendo en estériles las brazadas. A cada arrastre hacia atrás de la corriente le sigue un impulso enérgico hacia adelante, sin que sea capaz de controlar ni lo uno ni lo otro. Intenta no ponerse nerviosa y hacer pie a medida que

se acerca a la orilla. Es en vano; pese a tocar el fondo, las ondulaciones son de tal vigor que le resulta imposible anclarse. Se da cuenta de que la colisión contra las rocas es inevitable. En un nuevo embate, se golpea la cabeza contra un pequeño saliente. Apenas siente el dolor; la adrenalina se impone.

Distingue una piedra más grande a su izquierda y cuerpea hacia ella batiendo las piernas. El movimiento centrífugo del oleaje la arrastra de nuevo hacia dentro para volver a despedirla contra el roquedo. Aprovecha la sacudida para agarrarse al escollo. Tirando de brazos, saca el cuerpo del agua y apoya el culo sobre la superficie plana de una de sus caras. Una vez logra estabilizarse, se palpa la cabeza y descubre que está sangrando. No tiene nada con lo que detener la hemorragia, solo las manos.

Desde su posición, distingue perfectamente la media luna que forma la ensenada del hotel. Evalúa las opciones: una es avanzar de roca en roca hasta llegar a la costa, aunque sea a trompicones; otra, gritar hasta que Fran, el encargado de los hidropedales, la oiga; y, la última, esperar a que yo me impaciente y salga a buscarla.

Mientras decide la estrategia, dos jóvenes aparecen por el extremo opuesto de la cala, pedaleando sobre el inconfundible patín de color rojo del Tulemar. Ana grita y hace aspavientos con los brazos hasta que la embarcación cambia el rumbo hacia el saliente donde está encaramada.

Los turistas, unos estadounidenses con gafas de sol y aire despreocupado, se mantienen a una distancia prudencial, por temor a ser empujados contra los escollos por el bamboleo de las aguas. Uno de ellos, rubio y rojo como un cangrejo, se incorpora y abre los brazos, como inquiriendo a la mujer:

—*Help, please! I need help!* —Con el rumor del oleaje, la comunicación en ambos sentidos se hace difícil.

El gringo permanece medio erguido, observándola y tratando de

guardar el equilibrio sobre el inestable patín. Al cabo de un rato, levanta las palmas de las manos en señal de desistimiento. Se dan media vuelta y pedalean. Ana se resigna y los sigue con la mirada. Para su sorpresa, cuando llegan a la playa, en vez de ir a buscar ayuda, se tumban en la orilla. La española se da cuenta de que no han comprendido la gravedad de la situación y comienza a gritar desesperada, a pleno pulmón. Finalmente, uno de ellos se pone de pie y camina hacia la caseta de madera del Tulemar, de donde, al cabo de unos segundos, sale Fran con unos prismáticos. Al ver a la mujer, se monta en un patín y comienza a pedalear hacia ella. Pese a la pericia del hombre, el oleaje sacude la balsa arriba y abajo.

—¡Doña Ana! —grita cuando está a unos cinco metros de la roca —, voy a llegarme lo más cerca posible. Cuando la avise, sáltese.

La operación entraña sus riesgos; el salto debe hacerse con precisión, calculando la inercia del bote y el área de aterrizaje, que se reduce a un pequeño rectángulo entre dos barras paralelas.

Fran maniobra el pedal para que el movimiento de las ondas lo dirija hacia el punto exacto desde donde Ana se prepara para el salto. Ella se tira al bote justo en el momento en el que la ola que lo impulsa rompe contra la roca. La espuma del agua le impide ver dónde pisa. Resbala y se golpea la cabeza con una de las barras de hierro del hidropedal. No recuerda nada más.

Fran consigue agarrar el cuerpo inerte de la española, auparlo sobre la balsa y colocarlo decúbito supino.

Aconchada en la playa, tarda unos minutos en recuperar la conciencia. Cuando abre los ojos, una cara tostada y una boca huérfana de dientes le sonríen.

—Ay, doña Ana. Esta vez sí me debe un beso. Si no fuera por mí, ya estaría muertica.

—¿Qué hago aquí? —pregunta la española, confundida.

CAPÍTULO XVII
Cronología de una huida

Transcribo y mezclo aquí, en formato de diario, algunas notas de mis conversaciones con Ana, borradores para una crónica periodística y ciertos artículos con los que me topé durante mi proceso de documentación, al objeto de responder a la pregunta «¿Qué hago aquí?».

10 de noviembre de 2008

La chica de portada de la revista *Interviú*, la n.º 1.698, del 10 de noviembre de 2008, posa altiva, con guantes de encaje, botas de cuero y un casco de moto que le oculta oportunamente el pubis. «Mireia, la española que conquistó a Valentino Rossi». Ana toma la revista del lineal del quiosco y examina la fotografía minúscula que acompaña otro titular: «El rey Arturo y su Camelot». Es él. Nerviosa, rebusca entre el bolso y paga con un par de monedas.

—No son para mí, doña Rosa; ni para Hugo. Es que están sacando unos reportajes que me interesan —se disculpa.

La quiosquera se encoge de hombros y murmura algo ininteligible sin sospechar que, años después, esa misma mujer que ahora le compra la revista todas las semanas, le sonreirá desde la portada del n.º 2.141: «Ana Garrido, la mujer que sí destapó la Gürtel».

Se mete en el primer bar abierto, pide un café y devora el artículo: ¡es justo lo que está investigando ella! ¡Sale hasta una foto de la urbanización de Marruecos! *Interviú* lleva unas semanas publicando exclusivas sobre pelotazos urbanísticos en la zona oeste de Madrid: Pozuelo, Majadahonda y ahora Boadilla. Evidentemente, alguien les está filtrando la información desde dentro, pero ¿quién?

No tarda mucho en averiguarlo. Ese mismo día intercambia un par de correos con Ignacio de Diego, Nacho, el periodista que firma los artículos, y se citan en una plaza de Madrid. Durante el encuentro, acuerdan colaborar, sin que ella le revele, de momento, la existencia del dosier. Nacho de Diego le sugiere que se ponga en contacto con Agustín Gallardo, el concejal de Iniciativa por Boadilla. ¡Agustín Gallardo, claro! Debería haberlo sospechado.

9 de diciembre de 2008

José González Trinidad, más conocido como Pepe Iberia, ingresa en Montepríncipe, el hospital privado de Boadilla del Monte, para ser operado de un tumor. Durante ese mes de diciembre, Ana Garrido lo visita en varias ocasiones. Las conversaciones giran en torno al dosier, que ya está prácticamente listo. Ella duda del siguiente paso. Presentarlo ante la fiscalía no es una opción: un abogado le ha advertido que, en la denuncia, aparecerían su nombre y apellidos y eso supondría perder el anonimato. Él le habla de un sindicato de funcionarios, Seamos Limpios, cuya labor es, precisamente, denunciar chivatazos de corrupción en las instituciones, protegiendo al confidente. Justo lo que busca Ana.

El pseudosindicado Seamos Limpios se hará famoso por interponer denuncias contra figuras como el juez Garzón, la infanta Cristina, Begoña Gómez y hasta *Los Lunnis*, por un episodio en el que celebraban una boda homosexual. La UDEF —Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal— lo investigará al considerar que su único objeto social es, precisamente, el de querellarse contra todo tipo de personas físicas y jurídicas para luego exigirles grandes sumas de dinero a cambio de retirar las querellas. En 2021, la Audiencia Nacional condenará a su fundador, Manuel Ricard, a una pena de cuatro años de cárcel por un delito de extorsión. Sin embargo, tres años después, la Sala de

lo Penal del Tribunal Supremo lo absolverá al estimar que las presiones que emplea «no contienen la intimidación o el engaño suficiente para satisfacer los requisitos de ese delito».

Semana del 19 al 26 de diciembre de 2008

El viaje a Tenerife que organizan Hugo y sus hermanos para comprar los regalos navideños —*shopping trip*, lo llaman ellos— termina en una bronca de pareja. Ana le reprocha que siempre haga planes sin involucrarla y que no haya tenido en cuenta su fobia a volar, lo primero que le dijo cuando se conocieron. Tal vez condicionada por esa discusión, en el aeropuerto, antes de embarcar, sufre un ataque de ansiedad, con la consiguiente escenita y la vergüenza de saberse el centro de atención.

En Tenerife apenas ven el mar. Todo gira en torno a las tiendas. Ella odia ir de tiendas, no conoce las marcas ni los productos de los que hablan y no sabe qué regalar. Comprar regalos para Hugo y su familia siempre ha supuesto un quebradero de cabeza, porque no puede permitirse la reciprocidad en el desembolso y eso le hace sentir mal.

La cena de Nochebuena en casa del hermano mayor de Hugo tampoco ayuda. Le incomodan los roles familia-
res, la etiqueta con la que visten, los temas de conversación, la excitación que les provoca el intercambio de regalos, las muestras de afecto —siempre le dio mucho asco que Hugo besara a su madre en los labios—. Por si fuera poco, las cuñadas de Hugo parecen perfectamente integradas y no encuentra en sus miradas un atisbo de complicidad.

El regalo que le ha comprado a Hugo es una Jukebox; de imitación, claro. Aun así, le ha costado mil euros. Entre los discos que ha preconfigurado está el de Bebo Valdés y el Cigala. Él pincha «Lágrimas negras», una de sus canciones favoritas, y la besa ante el regocijo familiar. Ella se siente un marciano. Todo le

parece artificial.

3 de enero de 2009

A Agustín Gallardo y a Ana Garrido siempre les ha separado lo que de insidioso tiene un prejuicio. Al verla siempre en compañía de María José, Blanca y otros concejales del Partido Popular, se figura que es una pija de derechas, con lo que eso implica en su imaginario: frivolidad, clasismo, arrogancia; y en su trato: frialdad, desconfianza, evitación. A medida que transcurre el tiempo, cada interacción o ausencia de ella retroalimenta el prejuicio, y lo convierte en profecía autocumplida. Por eso llevan años sin dirigirse la palabra, ignorándose.

Sin embargo, ese día, ella le manda un SMS:

> Me han dicho por ahí que tú y yo tenemos cositas de que hablar.

Y él:

> Pues hablemos.

Y vaya si hablan. En los primeros meses de 2009 se telefonearán casi a diario.

Agustín Gallardo tiene una cruzada personal contra el PP porque a su padre, concejal de Izquierda Unida en los años ochenta y noventa, pese a su fama de mal genio —tanto que, en un pleno, le había lanzado un cenicero de cristal a cierto edil al que tuvieron que dar diecisiete puntos de sutura en un pómulo—, le hicieron la vida imposible.

En las últimas elecciones, el partido municipalista Iniciativa por Boadilla apenas logra un concejal: él, Agustín Gallardo hijo. A pesar de ello, se autoproclama líder de la oposición, insolencia cimentada, probablemente, en el gen paterno. Lo cierto es que, ya sea por pedigrí o por carisma, su presitigo supera al de cualquier

concejal socialista. Además, es abogado y se faja bien en ese charco leguleyo que es tantas veces la política local.

Agustín Gallardo hijo es la madre de todos los resentidos. A su lado, Pepe Iberia no pasa de aprendiz. Conoce a la perfección los negocios turbios de Boadilla, presentes y pasados, en especial aquellos relacionados con recalificaciones y pelotazos inmobiliarios. No en vano, su familia materna posee tierras en el pueblo.

Los encuentros entre Ana y Agustín tienen esa atmósfera de las películas de espías. Cuando él aparece, normalmente con un abrigo largo y un gorro de lana calado hasta las cejas, mira a ambos lados de la calle para asegurarse de que no hay nadie observándolo. Por eso prefiere locales poco concurridos. Suelen citarse en un restaurante turco, porque Agustín es amigo de los dueños y le reservan la planta de arriba, un lugar donde puede fumar shisha a su antojo. Allí, sentados en divanes a ras de suelo, sobre los que despliega unos planos enormes, y envueltos en una nube de humo, gestada a partes iguales, él le cuenta los detalles —usos del terreno, coeficientes, superficies, lindes, expropiaciones — de las operaciones urbanísticas más importantes de los últimos años. A ella le cuesta seguirle, no solo por la densidad del aire y de los asuntos a tratar, sino porque el concejal ametralla las palabras, y porque es pesado, muy pesado.

A Agustín le facilitan la información desde dentro. Cuenta con un despacho en el ayuntamiento y a veces le cuelan documentos por debajo de la puerta. Pufos, generalmente. La gente sabe que es el enemigo número uno de Arturo y en los plenos no se va a callar.

Ana lamenta no haberlo conocido antes, pues hubiera aportado mucho al dosier. Sin embargo, desempeñará un papel importante cuando la Policía Judicial entre en escena.

9 de enero de 2009

Ana Garrido le entrega el dosier a Seamos Limpios.

10 de enero de 2009. 10:15 a. m.

—Hola, ¿eres Ana Garrido?

—Sí, ¿y tú quién eres?

—Soy Ángeles Escrivá, no sé si te suena mi nombre.

—No.

—Soy una periodista de *El Mundo*. Quería hacerte unas preguntas en relac…

—¿Una periodista? ¿Y quién te ha dado mi número?

—Manuel Ricard.

—¡¿Cómo?! ¡Vamos, no me jo…! —Se corta porque está con los niños en casa de Lourdes. Sale disparada hacia la cocina.

—Sí… Escucha. Le tengo en el altavoz.

—Me cago en la leche, Manuel. ¿Qué coño habíamos hablado tú y yo? Joder, ¡me has vendido!

—Ana, soy Manolo. —La voz del viejo se oye lejana—. Luego te llamo y te lo explico, ¿vale?

—Joder…, joder…, es que no me lo puedo creer. ¡Pero si lo hablamos ayer!

—Escucha, por favor, escúchame un momento. Puedes confiar en Ángeles, es una periodista como la copa de un pino. Tu nombre no va a salir publicado, te lo prometo, estate tranquila. Esto es bueno para tus intereses, hazme caso. La vía judicial puede llevar años, pero si esto salta a la prensa, Panero no dura ni medio telediario. Créeme, de verdad, te digo que es lo mejor…

—¿Lo mejor para quién? ¿Para Esperanza Aguirre?

—Ana, soy yo otra vez, Ángeles. Lo que dice Manuel es verdad. Yo nunca revelaría mis fuentes ni publicaría nada sin tu consentimiento. Escucha, ¿por qué no nos vemos y charlamos tranquilamente? Luego tú decides, te lo prometo.

10 de enero de 2009. 10:35 a. m.

—Hola, Nacho. ¿Tú conoces a una tal Ángeles… algo, de *El Mundo*?

—¿Ángeles Escrivá?

—Sí, esa.

—Claro que la conozco.

—¿Y sabes de qué palo va?

—¿Por?

—¿Es seria?

—Sí, es seria. Está especializada en temas de terrorismo. Ha estado amenazada por ETA muchos años. ¿Por? ¿Qué ha pasado?

—Nada, una historia…

10 de enero de 2009. 16:55 p. m.

—Hola, Irene.

—Hola, Ana. Feliz año y todo eso.

—Igualmente.

—¿Cómo vas?

—Bueno, ahí voy.

—Hace tiempo que no se te ve el pelo por la urba.

—¡Buah! Ya te contaré, han sido unas Navidades superintensas.

—Pues ya somos dos.

—Tía, perdona que te aborde así, pero tengo un marronazo que no veas y necesito que me eches un cable.

—Cuéntame.

—A ver, te resumo. En estos meses he estado investigando un tema de corrupción en el Ayuntamiento. Algo gordo. Iba a entregarle un dosier a la Policía, un dosier con documentación, pero al final me convencieron para ir por otro lado, y ahora resulta que el tío al que se lo di me ha traicionado.

—Joder, tía. ¿Y cómo no me dijiste nada?

—No lo pensé, y tampoco te quiero enmarronar. Solo quiero

asegurarme de que el dosier le llega a quien le tiene que llegar, o sea, a la Policía Judicial.

—¿A la UDEF?

—Sí, esos son los que investigan los casos de corrupción, ¿no?

—Sí.

—Pues entonces sí. Necesitaría que me consiguieras una cita con alguien de la UDEF que sea de fiar.

—Vale. Dame unos días a ver si te lo puedo mover.

Quincena del 19 de enero al 1 de febrero de 2009

El País publica una exclusiva sobre una trama de espionaje en la Comunidad de Madrid. La operación, presuntamente urdida por Francisco Granados, se conocerá con el nombre de «Gestapillo».

Lunes, 19 de enero

Titular y foto de portada, a cuatro columnas: «Expolicías y exguardias civiles espían para un consejero de Esperanza Aguirre».

Subtítulo: «Las investigaciones incluyen a políticos del Partido Popular».

20 de enero

Titular de portada, a dos columnas: «El vicepresidente de Aguirre, Ignacio González, ha sido espiado con cámaras ocultas».

Subtítulo: «Los dossiers incluyen fotos y documentos privados».[1]

25 de enero

Titular y foto de portada, a cuatro columnas: «Avisé a Mariano Rajoy de que me estaban espiando».

Subtítulo: «El ex tesorero del Partido Popular, Álvaro Lapuerta, atribuye los seguimientos a sus críticas por algunas

adjudicaciones sospechosas del gobierno de la Comunidad de Madrid».

1 de febrero

Titular de portada, a cuatro columnas: «Aguirre trata de pactar con Rajoy el fin de la "crisis de los espías"».

Entradilla: «La presidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre, cercada por el escándalo, intenta pactar una salida con Mariano Rajoy. Aguirre asegura que la investigación abierta por Génova para dirimir responsabilidades es una maniobra orquestada contra ella. Otros dirigentes le atribuyen el daño que está sufriendo el partido y quieren que Rajoy aplique mano dura».

Finalmente, el presidente Rajoy no necesitará aplicar mano dura. El 6 de febrero, una amenaza externa, de una magnitud jamás vista, pondrá en peligro la supervivencia misma del partido y enterrará el hacha de guerra entre Madrid y Génova. Los populares apretarán filas.

20 de enero de 2009

Aunque en un primer momento no lo viera y se agarrara un cabreo de mil demonios, puede que Manuel Ricard tuviera razón; puede que la prensa sea la vía más rápida para cargarse a Arturo. Después de pensarlo fríamente, Ana decide reunirse con Ángeles Escrivá. Entre otras cosas, quiere calibrar hasta qué punto es una persona de fiar. Al fin y al cabo, podría filtrar su nombre en cualquier momento.

Se citan en un parque público de Pozuelo y pasean con un escolta siguiéndoles a unos metros de distancia. La periodista pretende publicar un reportaje sobre corrupción en las instituciones y quiere que Ana sea su fuente. Aunque Ángeles le causa una magnífica impresión, la funcionaria rechaza la

propuesta: «No es que no confíe en ti, no confío en tu medio», le dice. En realidad, en quien no confía es en su jefe, Pedro J. Ramírez. Nacho de Diego la ha advertido del peligro del director de *El Mundo*: «A ese no le daría ni agua. Está a partir un piñón con Esperanza Aguirre».

22 de enero de 2009

—Hola, Ana. ¿Cómo vas?

—Bueno, ahí voy. Alucinada con toda la mierda que está saliendo en la prensa estos días.

—Ya ves, menuda tienen liada. ¿Tiene algo que ver con lo que me comentaste?

—Algo… sí.

—Bueno, mejor no me lo cuentes, casi prefiero no saberlo.

—Sí, mejor.

—Por cierto, tengo novedades de lo tuyo.

—¿Sí?

—Te he concertado una cita con el inspector M***, de la UDEF.

—¿En serio?

—Sí. Me han dicho que es muy bueno, ya me contarás.

—Hala, ¡qué guay! Tía, Irene, te debo una.

—No te preocupes, ya te invitarás a unas cerves.

—¿Qué tengo que hacer?

—Nada, solo ir a hablar con él el día 30 a las diez de la mañana. Ya te diré dónde.

—Vale. ¿Sabes si me tengo que identificar?

30 de enero de 2009

Con la traición de Manuel Ricard, Ana teme que el esfuerzo de tantos meses acabe en nada y se convence de que, con independencia del recorrido que tenga en prensa, debe mover el dosier por la vía legal. Ese viernes se presenta en las

dependencias de la Policía Judicial en Canillas. Pese a los recelos, no tiene más remedio que enseñar el DNI y pasar por el escáner. Después, un agente la escolta hasta otro edificio donde esperará a que alguien la recoja.

Las instalaciones de la Comisaría General de la Policía Judicial ocupan una superficie de siete u ocho hectáreas, similar a la de un campus universitario, con un puñado de pabellones avejentados. Cada pabellón alberga a una de sus cinco unidades: la Unidad Central de Droga y Crimen Organizado, Delincuencia Especializada y Violencia, Inteligencia Criminal, Investigación Tecnológica, y la Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal —la UDEF—, creada en 2005 a partir de la operación Malaya y que pronto se convertirá en su unidad estrella.

La UDEF cuenta con unos doscientos agentes distribuidos en media docena de brigadas. La brigada que lidera el inspector M*** es la Unidad Adscrita a la Fiscalía contra la Corrupción y la Criminalidad Organizada.

Después de una larga espera, se presenta ante ella un agente que dice llamarse Pepe —Ana siempre dudará de que ese sea su verdadero nombre y tampoco sabrá nunca el apellido— y la conduce hasta un pabellón de color pardo al otro lado del recinto. Allí entran en una sala como la de las series policíacas: blanca, con una iluminación fría, una mesa, un ordenador y tres sillas.

El inspector M*** no tarda en aparecer. De haberlo visto por la calle o en el autobús, jamás hubiera sospechado que aquel hombre, tan corriente en apariencia, pudiera ser el jefe de una unidad de Policía tan especializada. Más adelante comprenderá que ese vestir de paisano y ese semblante vulgar no son sino ventajas competitivas para el tipo de trabajo que desempeña.

Durante el interrogatorio, al igual que hiciera con Ricard, relata su historia y las decisiones que ha ido tomando hasta ese momento. Los agentes la miran impasibles, sin pronunciar

palabra, como en las sesiones con la psicóloga. Escucharse a sí misma durante tanto tiempo la pone nerviosa y la hace dudar. ¿Qué pensarán? Tal vez la tomen por loca o por una peliculera o incluso piensen que forma parte del complot. Cuando termina la disertación, el inspector M*** al fin pregunta:

—¿Le suena a usted de algo un tal Neveras Dos?

La pregunta, extemporánea, sin contexto ni justificación, la descoloca.

—No, no me suena de nada.

—¿Y el Petit Suisse?

—Tampoco.

—¿Y Don Vito?

—Tampoco.

En ese momento, Ana lo ignora casi todo. Ignora qué es la trama Gürtel. Ignora quiénes son las personas que se esconden detrás de esos apodos, que utilizan porque sospechan que tienen los teléfonos pinchados, e ignora, además, que el inspector M*** y su ayudante «Pepe» ya investigan a dichas personas desde hace un año, a raíz de una denuncia previa.

Tras el interrogatorio, M*** le pide que firme la declaración, pero ella se niega; no quiere ni oír hablar de firmas. Colaborará a condición de que su nombre no salga a la luz. A partir de entonces, se reunirá con los policías una vez por semana y les facilitará los documentos que a ella le filtra Agustín Gallardo, ignorando que es el propio Gallardo, precisamente, el abogado de la persona que interpuso la primera denuncia.

6 de febrero de 2009

Si te fascina el golf, como a Arturo González Panero, mentar al Real Club de Golf de Valderrama, en Sotogrande, es mentar a una leyenda. Allí se celebró la primera Ryder Cup fuera del mundo anglosajón, con Severiano Ballesteros capitaneando al

equipo europeo y un tal Tiger Woods de debutante. Ryder Cup, Severiano, Tiger Woods: la Santísima Trinidad.

También le fascina a Francisco Correa, alias *Don Vito*, que posee un ático en Valgrande —una urbanización de lujo a unos pasos de la entrada del club— y otra casa en el pueblo, frente al puerto deportivo, donde atraca su flamante yate, el *Loving Carmen*. Sea porque los veintitrés metros de eslora se le quedaran cortos o porque el nombre caducara tras separarse de su mujer, pronto lo sustituye por otro de treinta y nueve metros: el *Conde de Montecristo*, un yate que la Audiencia Nacional no podrá embargar debido a enredos legales y acabará siendo desguazado en Ceuta en 2018.

Esa mañana de invierno, Francisco Correa desayuna en la terraza climatizada de su ático, acompañado de su hija de cuatro años y una niñera filipina. A las 10:10, las sirenas de unos coches de policía irrumpen en la plácida urbanización, quebrando la paz familiar. Sereno y sin oponer resistencia, como si lo esperara, se entrega a los agentes, firma un documento —el Acta de Entrega del Menor— para que la cuidadora se haga cargo de la pequeña, y sale esposado en dirección a la Audiencia Nacional de Madrid. A las 11:42 de ese mismo día, la agencia EFE distribuye el siguiente teletipo: «Varios arrestos en una operación contra la corrupción urbanística en Boadilla». La trama Gürtel —nombre que significa «correa» en alemán— salta a la prensa.

Tres años y medio después, Francisco Correa saldrá de la prisión de Soto del Real y regresará a su ático de Sotogrande. A la entrada de la urbanización lo esperará una nube de periodistas. Un vecino se quejará en el telediario: «Estamos hartos de convivir con este sinvergüenza. Nosotros somos gente honrada; solo queremos disfrutar del golf tranquilamente. Manda narices que tengamos que salir en la tele por esto». La administradora de la finca apostillará: «Por mucho que haya robado este señor, los

vecinos no tienen que pagar por él». El tiro de cámara mostrará a media docena de jardineros, ajenos al revuelo, adecentando las buganvillas y las madreselvas.

Ser socio del Real Club de Golf de Valderrama no es solo una cuestión de dinero. Se requiere que un cierto número de socios avalen la conducta intachable del aspirante. Desde el momento de su detención, todos, incluyendo vecinos y avalistas, renegarán de él. Don Vito se convertirá en un apestado.

7 de febrero de 2009

Esa mañana de sábado, como de costumbre, Ana echa gasolina y compra el periódico en la estación de servicio de Repsol, en la carretera de Pozuelo a Boadilla.

Cuando se acerca al estante de la prensa, un titular a cinco columnas de *El País* llama su atención: «La Corrupción acorrala al PP». El corazón le da un vuelco cuando ve a Arturo González Panero en la fotografía que acompaña al titular a dos columnas de *El Mundo*: «Garzón desmantela una trama de corrupción en municipios del PP».

Con independencia de que esos titulares ya trazarán, desde ese primer día, las líneas editoriales de las dos cabeceras más influyentes del país —la primera centrada en presentar el caso como un escándalo de alcance nacional y la segunda en circunscribirlo a un territorio concreto, a unos alcaldes concretos y a la actuación de un juez concreto—, Ana se da perfecta cuenta de que aquello es un terremoto político y compra todos los periódicos de información general.

Cuando arranca el coche, le tiemblan las piernas, así que se acerca al área de estacionamiento para leer los artículos y las columnas de opinión, que ocupan varias páginas. Las emociones se suceden: alegría, miedo por la magnitud del caso, inquietud por lo que vendrá y algún que otro pellizco de orgullo.

Ese fin de semana es un no parar de mensajes y llamadas telefónicas. Están todos eufóricos: María José, Pepe Iberia, Blanca, Agustín Gallardo. Nadie duda de que la portada de *El Mundo* marcará la estrategia a seguir por el partido, como tantas otras veces. La fotografía de Panero en el periódico lo coloca en el centro de la diana. Todo apunta a que será el chivo expiatorio, la pieza a cobrar para detener la sangría reputacional.

Ana está exultante. Ya se imagina de vuelta en el Ayuntamiento. Entre los SMS que se cruza con unos y otros, le escribe uno a María José:

> Amiga, calienta que sales.

9 de febrero de 2009

El domingo transcurre en una calma tensa, sin declaraciones por parte de los afectados, pero el lunes se desata la tempestad. En la televisión no se habla de otra cosa: Gürtel, Gürtel, Gürtel. Una periodista menciona la existencia de un dosier secreto. Ana da un respingo. ¿Será acaso su dosier?

A las 12:45 de la mañana, Mariano Rajoy comparece ante las cámaras en una declaración institucional: «Quiero informarles de que esta misma mañana, el alcalde de Boadilla, a pesar de declararse inocente, para no hacer daño a su partido, ha puesto su cargo a disposición del Partido Popular de Madrid y la presidenta del Partido Popular de Madrid ha aceptado la dimisión y, por tanto, desde ese mismo momento, el alcalde de Boadilla ha dejado de ser alcalde de Boadilla».

Ana, que sigue la intervención en directo, libera su emoción: corre por toda la casa, grita, sale al jardín, se abraza a Vilma, salta de alegría.

Un poco más tarde, a las 13:30 de la mañana, en el consistorio de Boadilla del Monte, en una rueda de prensa retransmitida en

directo por Televisión Española, el alcalde Arturo González Panero, rodeado por once de sus quince concejales, anuncia lo siguiente: «Antes de salir esta mañana de casa, he hablado con mi secretario general, el señor Francisco Granados, y le he dicho que yo no he sido llamado a declarar y tampoco he sido imputado, así que es rotundamente falso que haya puesto el cargo a disposición del partido. Ni lo he puesto ni lo voy a poner. Sería completamente absurdo por mi parte. Si en este país un político tuviera que dimitir sin estar imputado, no quedaría ni uno solo. Así que no, no pienso convertirme en el cabeza de turco de nadie».

Los medios de comunicación, ávidos de disputas que aumenten la tasa de clics, explotan el filón de la discordia. *El País*: «La resistencia del alcalde de Boadilla complica la imagen de firmeza de Rajoy»; *El Mundo*: «Rajoy da por dimitido al alcalde de Boadilla y este lo niega»; *eldiario.es*: «El alcalde de Boadilla contradice a Mariano Rajoy y solo dimitirá si lo imputan», etcétera.

El viaje de la euforia a la desolación dura menos de una hora. Ana no entiende cómo el regidor de una población de menos de cincuenta mil habitantes puede echarle un pulso al mismísimo presidente del partido. María José, por teléfono, le da la clave:

—Este quiere negociar, está claro. No se lo pueden cargar así como así, sabe muchas cosas de mucha gente.

De repente, como si de una revelación se tratase, Ana ata todos los cabos. Comprende por qué Esperanza Aguirre se empeñaba en «mover el asunto por la prensa» y por qué Manuel Ricard, probablemente un hombre de paja, le había filtrado la información a *El Mundo*. La presidenta no quiere —¡o no puede! — enfrentarse a Arturo. Necesita una justificación, un motivo, un escándalo mediático lo suficientemente grave como para que parezca que no le queda otra salida que cortarle la cabeza. Es como en la película esa de Robert Redford y Paul Newman; tiene

que asestar el golpe sin que la víctima sospeche quién maneja los hilos.

—Y, entonces, ¿qué va a pasar? ¿No pueden obligarlo a dimitir?

En política, el enjuague es casi siempre preferible a la guerra fratricida.

10 de febrero de 2009

A primera hora de la mañana, Blanca da la voz de alarma por SMS:

> Maria Jose dimite. Es la condicion que ha puesto Arturo. En el pleno de esta tarde van a dimitir los dos.

Aunque Ana no quiere creer la pésima noticia, tiene su lógica. Arturo y María José se odian. Si la concejala asumiera la alcaldía podría destrozarlo. Intenta hablar con ella antes del pleno, pero no le coge el teléfono. Prueba con un SMS:

> Maria Jose, no lo hagas, por favor te lo pido, no recules. Tú no has hecho nada, no te pueden hacer dimitir.

Unas horas después, un poco antes de empezar el pleno, recibe la contestación:

> Querida Anita, yo me debo a mi partido.

Cómo odia esa frase. Se la ha escuchado a María José mil veces. No entiende el gregarismo, la sumisión que subyace en ella, o sí, en el fondo lo entiende: en realidad, no es que se deban al partido, es que, si se enfrentan a sus jefes, si se mantienen firmes, si anteponen su dignidad, su carrera política se acaba. Así de sencillo.

Acta Núm. 02/09-PL de la sesión extraordinaria de carácter urgente del

pleno de la corporación municipal del 10 de febrero de 2009.

Punto número 1. Escrito de renuncia al cargo por parte del Sr. alcalde-presidente, don Arturo González Panero.

«Ante los sucesos acaecidos en los últimos días y el eco que los mismos han tenido en los medios de comunicación, con objeto de evitar cualquier perjuicio a este municipio, y tras efectuar las oportunas consultas, he decidido poner a disposición del consistorio el cargo de alcalde para el que fui elegido. Continuaré ejerciendo mis funciones como concejal, respetando así la voluntad libremente expresada en las urnas por los boadillenses. En consecuencia, sirva la presente como renuncia al cargo de alcalde-presidente de este Ayuntamiento».

Punto número 2. Escrito de renuncia al cargo del concejal Doña María José Díaz Pérez.

«Por medio de la presente, comunico a la corporación municipal mi dimisión irrevocable como concejal de este Ayuntamiento, al tiempo que solicito la celebración de un pleno extraordinario para ratificar esta dimisión, junto a la del alcalde, como único punto del orden del día».

Ante la citada renuncia, los concejales de los grupos municipales Socialista y de Iniciativa Por Boadilla, Sres. Nieto y Gallardo, solicitan el uso de la palabra, siendo denegado por el Sr. presidente que justifica su negativa en que lo tratado es una mera dación de cuenta y no va a permitir que «este Pleno se convierta en un circo».

El Sr. Gallardo insiste en que se le permita el uso de la palabra, afirmando reiteradamente que su grupo no acepta la dimisión de la Sra. Díaz […].

11 de febrero de 2009

El País abre edición con la siguiente noticia:

Antetítulo: «Rajoy: "No hay una trama del PP, hay una trama contra el PP"».

Titular y foto de portada,[2] a cinco columnas: «Rajoy resucita la teoría conspirativa para tapar la trama de corrupción».

Subtítulo: «Los populares anuncian que recusarán a Garzón y arremeten contra el ministro de Justicia y la Fiscalía General del Estado: "Es una persecución obscena que daña la independencia

del poder judicial″».

El Mundo abre con otra noticia completamente distinta:

Titular y foto de portada:[3] «Garzón y Bermejo cazaron juntos el pasado fin de semana».

Entradilla: «El magistrado de la Audiencia Nacional Baltasar Garzón y el ministro de Justicia, Mariano Fernández Bermejo, cenaron juntos y estuvieron de montería en plena tormenta judicial contra el PP. Fue el pasado fin de semana en la provincia de Jaén, en una finca
privada de más de 600 hectáreas llamada Cabeza Prieta, situada en el término municipal de Torres, el pueblo natal del magistrado».

14 de febrero de 2009

La celebración de su cumpleaños, ese sábado de San Valentín, se convierte en un paripé social al que Ana se presta solo para no abrir otro frente en su precaria situación emocional. Para ella, la relación está muerta desde las Navidades, pero los sucesos de las últimas semanas han pospuesto la ruptura formal con el fin de evitar lo que implica: duelo, mudanza, cambios en las rutinas, explicaciones a terceros.

Hugo se empeña en organizar la fiesta, como de costumbre. Un par de días antes, hablando de los preparativos, ella se entera de que él ha invitado a todos sus amigos, pero se le ha pasado llamar a varios de los suyos. Le parece el colmo: «Alucino contigo, ¿cómo que se te ha olvidado? ¿A qué persona en su sano juicio se le ocurre organizar una fiesta de cumpleaños sin invitar a los amigos del cumpleañero?».

El sábado, Hugo se levanta de mal humor, cosa rara en él, y discuten sobre la disposición del espacio en el salón. Cuando aparecen los invitados, se montan dos fiestas paralelas: en una, Hugo y sus amigos; en la otra, Ana y los suyos. Apenas

interactúan, salvo durante la entrega de regalos.

Hugo le ha comprado una cinta de correr. ¡Una cinta! ¡Con lo que ella odia las mancuernas, las bicicletas estáticas y cualquier cosa que huela a gimnasio! Con razón durante la semana nadie se atrevía a contarle la sorpresa. Aunque decepcionada, sabe que en el fondo él es así, no lo hace a malas, simplemente no se fija en las necesidades de los demás, solo tiene en cuenta las suyas. El hermano mayor de Hugo pone la guinda: «Ana, llevas un montón de tiempo con este ser, y no te creas que todo el mundo le aguanta, así que ahora ya te lo quedas».

19 de febrero de 2009

Antes de oficializarlo en el pleno extraordinario del Ayuntamiento, un cónclave del Partido Popular elige al nuevo alcalde de Boadilla. A la reunión acuden todos los concejales, el todopoderoso consejero y secretario general del partido en la Comunidad de Madrid, Francisco Granados, y el muñidor de Esperanza Aguirre, un tal Bartolo. El objetivo es llegar a una solución de consenso que evite el desgaste que está suponiendo la crisis.

Las últimas semanas han sido un goteo continuo de rumores. Con María José y Arturo fuera de combate, mucha gente apuesta por Blanca, un perfil fresco, una mujer alegre y genuina que se lleva bien con todo el mundo. Quizá no sea el lápiz más afilado del estuche, como suele decirse, pero es la persona que suscita más consenso o, cuando menos, el menor de los males. Además, Blanca tiene otro punto a su favor: es íntima de Carlota Setúbal, la amante de Paco Granados. En su contra juega el hecho de que iba de número ocho en las listas de las municipales y necesita que quienes la precedían renuncien al puesto.

Por otro lado, en el partido nadie sabe lo que piensa Arturo, aunque no dudan de que maniobrará en la sombra.

20 de febrero de 2009

Ante la sorpresa y decepción de muchos, entre ellos Ana Garrido y el propio Francisco Granados, que apostaba por Blanca, el pleno del Ayuntamiento elige como nuevo alcalde a Juan Sigüelas, un afín a Arturo. Según el acta municipal, los hechos ocurrieron del siguiente modo:

Acta Núm. 03/09-PL de la sesión extraordinaria del pleno del 20 de febrero de 2009.

Punto número 1. Toma de posesión de don Juan Carlos Martín Fernández como concejal de este Ayuntamiento tras la renuncia al cargo de María José Díaz Pérez.

Punto número 2. La Sra. presidenta indica que se va a proceder a la elección del cargo de alcalde tras anunciar que ella —que ocupaba la tercera posición en la lista electoral del 27 de mayo de 2007— rehúsa a presentar su candidatura a dicho cargo. Se limitará a presidir la Mesa.

A continuación, solicita a don Juan Jesús Sigüelas, que ocupaba el cuarto lugar en la mencionada lista, manifieste si se postula para alcalde, contestando afirmativamente.

Igualmente, solicita a don Pablo Nieto, que ocupaba el primer lugar en la lista del PSOE, manifieste si se postula para alcalde, contestando afirmativamente.

Por último, solicita a don Agustín Gallardo, concejal de Iniciativa por Boadilla, manifieste si se postula para alcalde, respondiendo éste que su propuesta era la de doña María José Díaz, recientemente dimitida, y calificando los hechos de bochornosos y lamentables.

En consecuencia, la presidenta proclama como candidatos a don Juan Jesús Sigüelas y a don Pablo Nieto, entendiendo que don Agustín Gallardo rehúsa presentar un candidato válido.

La Sra. presidenta propone que la elección de alcalde se efectúe mediante votación nominal. Don Pablo Nieto pide que se le deje hablar tres minutos para explicar su candidatura y dice no entender por qué el candidato del Partido Popular se niega a explicar la suya, circunstancia que le parece bochornosa dado lo que está pasando. La Sra. presidenta indica al anterior que, al tratarse de un pleno de constitución y no de investidura, el

reglamento no contempla tal derecho de palabra.

Don Agustín Gallardo manifiesta que hay que hablar y pregunta a la Sra. presidenta por las razones de su dimisión, toda vez que, tras los dos concejales dimitidos, era la siguiente en las listas, añadiendo que se le ha hurtado al pleno y, por tanto, a los boadillenses, una explicación, a lo que la Sra. presidenta le ruega deje de dar ese espectáculo por decencia personal.

El Sr. Gallardo replica que para espectáculo el del equipo de gobierno, y dice que el Sr. Nieto no solo tiene el derecho, sino el deber político de hablar, y solicita al secretario se pronuncie sobre si jurídicamente cabe o no un turno de palabra.

La Sra. presidenta muestra su conformidad añadiendo que es precisamente el Sr. secretario quien entiende que en la presentación de candidaturas no caben las intervenciones de los grupos, a lo que el Sr. Gallardo responde que todo le parece un conchabeo, y una sinvergonzonería, y anuncia que emprenderá acciones legales.

Ante las nuevas intervenciones de los Sres. Gallardo, reiterando su postura de acudir al juzgado a denunciar, y Nieto, que propone que, tras la votación, se deje intervenir a la oposición, máxime por respeto a la cantidad de personas presentes en la sala, insistiendo en que se conforma con tres o cuatro minutos, la Sra. presidenta les recuerda lo que se acordó en la Junta de Portavoces previa a la sesión, es decir, que ese no era el momento para turnos de palabra.

Replica el Sr. Gallardo tildando de "atajo de peleles" a los miembros de la Junta de Portavoces. La presidenta, tras pedirle que mantenga la compostura o se verá obligada a expulsarle de la sala, informa de que se va a proceder a la votación.

El resultado de la votación es el siguiente: De los veintiún votos emitidos, dieciséis son a favor del candidato del Partido Popular, don Juan Jesús Sigüelas, cuatro, a favor del candidato del PSOE, don Pablo Nieto, y un voto nulo.

22 de febrero de 2009

No es lo habitual, pero a veces ocurre, que cuando uno está sumido en la desesperación, y no encuentra salida, aparece alguien del pasado, remueve emociones que creíamos enterradas

y nos ofrece una vía para la esperanza.

Durante la fiesta de cumpleaños, María José le cuenta a Ana que ha comido con Esteban San Germán y han hablado de ella. Ese mismo domingo, de manera inopinada, él la llama por teléfono. Han pasado ya diez años del viaje a Saint-Lary. En ese tiempo, se ha casado con una presentadora de televisión, Sonia Onato, ha tenido dos hijos y acaba de divorciarse. A nivel laboral, las cosas le han ido bien: es el director general de Protección Ciudadana en la Comunidad de Madrid. Precisamente por eso quiere hablar con ella. En su área se ha abierto una plaza de libre designación para llevar la coordinación del 112 y ha pensado que podrían formar un buen tándem.

24 de febrero de 2009

Dos semanas después de aquel titular en *El Mundo*, el ministro de Justicia, Mariano Fernández Bermejo, presenta su dimisión, incapaz de soportar la presión mediática desatada tras la cena y la cacería. Un buen trofeo, sin duda, pero no la pieza buscada: el juez instructor del caso Gürtel, Baltasar Garzón, resiste.

1 de marzo de 2009

En paralelo a sus circunstancias personales, Ana lleva ya unas semanas colaborando con los agentes de la UDEF. Las visitas a la sede de Canillas se han vuelto tan frecuentes que cuentan con su propio protocolo: aparca el coche un par de calles más abajo, y espera, fumando en la escalera de un portal, a que el agente Pepe la recoja. Así sortean el control de entrada. Tal como le prometió el inspector M***, no tendrá que volver a identificarse en las dependencias policiales.

M*** y Pepe se muestran amables con ella, nada que ver con la dureza de la primera entrevista. Según el día, abordan unos temas u otros. Les interesa especialmente todo lo relacionado con

las operaciones urbanísticas. En cierta ocasión, le preguntan qué funcionarios estarían dispuestos a colaborar en una eventual operación de registro. Luego, sobre un plano del ayuntamiento, le piden que señale los lugares donde se guarda la documentación.

Ese domingo, mientras visita con sus padres cierto pueblo de Guadalajara —a su madre le fascinan las iglesias y catedrales—, recibe la llamada del inspector M***.

—Mañana vamos a proceder con el registro que te comenté. ¿Cómo nos dijiste que se llamaba tu amiga? La que era…

Aprovechando la llamada, Ana decide contarles a sus padres lo que está ocurriendo —hasta entonces había procurado mantenerlos al margen—. La reacción del padre la desconcierta; siempre lo había considerado un modelo de integridad y rectitud: «Hija mía, a lo mejor deberías haberlo dejado pasar».

2 de marzo de 2009

Lourdes la llama ese mismo lunes por la tarde:

—Tía, qué fuerte, hoy ha venido la Policía y se ha llevado un montón de carpetas con documentación.

—Ya.

—¿Cómo que ya? ¿Tú sabías algo?

—No, pero ya estaban tardando.

—Sí, eso sí.

—¿Y cómo ha sido?

—Pues nada, han venido unos tíos superserios y han estado hablando con varias personas. Conmigo se han tirado como diez minutos. Luego han entrado con unas carretillas y han empezado a sacar cajas.

—¿Y se han llevado mucho?

—Pues no creo, la verdad. Ya te dije que últimamente las trituradoras de papel están echando horas extras.

Más adelante, M*** le confensará a la funcionaria que el

registro del Ayuntamiento estaba previsto para el mismo día 6 de febrero, coincidiendo con la detención de Francisco Correa, pero la orden judicial se había «quedado atrapada».

El martes, Ana se presenta en casa de Lourdes.

—Tía, te tengo que contar una cosa, pero me tienes que guardar el secreto.

—Lo sabías, ¿no?

—Sí.

—¡Qué fuerte, tía! Es que me lo imaginaba.

—Llevo unas semanas colaborando con la Policía Judicial.

—¡Serás hija de puta! ¿Y no me lo podías haber dicho antes? No veas el mal rato que me hicieron pasar.

—Pues no, tía, no podía porque a mí me avisaron el domingo, y me prohibieron que hablara de ello por teléfono. ¿Por qué te crees que he venido? Quería contártelo en persona.

17 de marzo de 2009

Mediante un polémico auto, el TSJM —Tribunal Superior de Justicia de Madrid— se declara competente para investigar el caso Gürtel, por la condición de aforados de varios de los investigados. Esa decisión obliga al juez Baltasar Garzón a inhibirse del caso, como ya hiciera en la pieza separada de Valencia.

18 de marzo de 2009

Ana recibe una llamada inesperada de Carlota Setúbal, la jefa de prensa de Esperanza Aguirre. Carlota le pide que averigüe, a través de Nacho de Diego, si en *Interviú* tienen unas fotos de su amante, Francisco Granados, comiendo con un juez.

23 de marzo de 2009

En la víspera de su entrevista laboral con Estaban San Germán, lo deja con Hugo. No hay un detonante concreto, es una decisión

que lleva tiempo madurando. Volverá a su casa en Bosquegolf. Se da la circunstancia de que, unos meses antes, su casero se la había vendido.

25 de marzo de 2009

El teléfono lleva sonando toda la tarde. Es Carlota Setúbal. Al fin se lo coge.

—Dime.

—Tía, te he llamado un montón de veces.

—Perdona, lo tenía en silencio.

—¿Le preguntaste aquello que te dije a tu contacto?

—Sí.

—¿Y?

—Que no tienen las fotos. —Aunque, por el tono que usó Nacho de Diego, Ana no está segura de que sea verdad.

—Perfecto, muchas gracias.

—Oye, Carlota, ¿te puedo pedir un favor?

—Dime.

—Verás, Esteban San Germán me ha dicho que iba a salir una plaza vacante en el 112. Tú tienes mano allí, ¿no? ¿Te importaría hablar con él para apoyarme?

—¿El 112? ¡Pero si esa plaza ya está dada! Te puedo decir hasta el nombre de la persona. Es un alemán.

—¡¿Qué me dices?! Pero si ayer mismo hice una entrevista para el puesto.

—¿Con Esteban?

—Sí.

—Mira, Ana, que quede entre tú y yo, pero a Esteban le quedan por allí dos telediarios. Es un vago de mucho cuidado.

—Pues me dijo que había un proceso de selección…

—Te puede decir misa. Ya te digo yo que esa plaza está dada, así que olvídate.

2 de abril de 2009

El diario *Público* sale con una exclusiva acompañada de varios robados: Titular: «El presidente del TSJM comió en secreto con Francisco Granados un día antes de asumir el caso Gürtel».

Entradilla: «Francisco Javier Vieira almorzó el lunes de hace dos semanas, fuera de su agenda pública, en el reservado de un restaurante madrileño con el conseje-
ro de Justicia y secretario general del PP en la Comunidad de Madrid, Francisco Granados. Ambos compartieron mesa, mantel y conversación.

»Se da la circunstancia de que el magistrado fue el ponente del polémico auto por el cual el tribunal asumió la investigación del caso Gürtel, el mayor escándalo de corrupción vinculado al partido. Si el caso llega a juicio, como parece previsible, Vieira presidirá el tribunal juzgador».

Cuerpo de la noticia: «Los paralelismos entre esa comida y la cena que mantuvieron el juez Garzón y el exministro Bermejo son evidentes. Sin embargo, el propio Granados se ha apresurado a señalar las diferencias: "Es una reunión estrictamente de trabajo, no de ocio y, además, al contrario que Bermejo, que fue puesto a dedo por *Zetapé*, Vieira es una persona intachable, elegida unánimemente por los miembros del Consejo General del Poder Judicial". Y remata: "La única similitud entre los dos casos es que en este también ha habido una cacería: la del partido socialista contra mí". […]».

7 de abril de 2009

Su médico de cabecera le da el alta.

Ana lleva en tratamiento psicológico y psiquiátrico desde la baja laboral. Está diagnosticada de un trastorno adaptativo mixto. Desde entonces, toma Paroxetina y Clonazepam y acude a sesiones de psicoterapia. Con el tiempo, la psicóloga se ha

convertido casi en una amiga, por más que sus enfoques no siempre coincidan. Aun así, no es raro que, entre sesión y sesión, Ana rumie alguna idea que en un principio había desechado.

La perspectiva de una reincorporación inmediata le provoca ansiedad anticipatoria. La terapeuta la anima a enfocar la nueva etapa como una oportunidad para retomar las riendas de su vida. Recuperar el «sentido de agencia», lo llama. Ana se queda con el concepto y, durante esa semana, no se lo quitará de la cabeza.

13 de abril de 2009

El mismo día de su reincorporación, se presenta en la oficina de Personal y solicita una excedencia. Según informa, le han ofrecido un trabajo en Costa Rica y ha decidido mudarse allí temporalmente.

En realidad nadie le ha ofrecido nada, solo que siente una incapacidad emocional para trabajar mientras
la camarilla de Arturo siga en el Ayuntamiento. Podría buscar algo por la zona, incluso ponerse a fregar suelos, como hará en Costa Rica. Eso no le importa. Lo que le importa es que la vean así. No quiere darles ese gusto. La humillación lejos de casa le parece más llevadera. Lo que sí hará, de cuando en cuando, es colgar en Facebook alguna foto en la playa; para que rabien.

---

1 En abril de 2017 se filtrarán unas fotos del expresidente de la Comunidad de Madrid saliendo de un hotel de Barranquilla con unas bolsas de dinero en la mano. Las imágenes, tomadas con cámara oculta, están fechadas el 30 de agosto de 2008.

2 En la foto de portada, con semblante fúnebre, secundando a Mariano Rajoy, de izquierda a derecha: Cristóbal Montoro, Esteban González Pons, Rita Barberá, Federico Trillo, Soraya Sáenz de Santamaría, Esperanza Aguirre, Javier Arenas, María Dolores de Cospedal, el propio Rajoy —en el centro, detrás de un atril con la palabra «soluciones» impresa—, Alberto Ruiz Gallardón, Ana Mato, Francisco Camps, Ana Botella, Ana Pastor y José María Michavila.

3 En la portada, en cuclillas y con semblante siniestro, el juez Garzón empuña

un rifle en una imagen de archivo del año 1997, según se especifica en el pie de foto.

CAPÍTULO XVIII
Regreso

Cuando regresé a España después de pasarme dos años en Costa Rica… ¿Qué te voy a contar, Martin? ¡Feliz es poco! Tú sabes mejor que nadie las ganas locas que tenía de estar con mi gente, recuperar mi puesto en el Ayuntamiento, mi rutina de siempre. Justo coincidió que, al poco tiempo, se fue mi inquilino, así que pude volver también a mi casa de Bosquegolf. Un amigo me facilitó la transición esos meses, ofreciéndome un trabajo temporal en su tienda de animales, mientras esperaba a que pasaran las elecciones y se formara el nuevo equipo de gobierno.

En las municipales de 2011, a pesar de todo lo que había pasado, de los escándalos, de la Gürtel, el Partido Popular volvió a sacar mayoría absoluta. No es que me sorprendiera; siempre digo que, si en Boadilla presentaran a un mono de candidato, le votarían igual. De todas formas, el candidato que presentaron, Alejandro García Soler, no era un mono, ni mucho menos. Al contrario, era un tío brillante.

Yo conocía a Soler porque había sido consejero de Juventud en la Comunidad de Madrid y en aquella época coincidimos en algún acto. Recuerdo que ya entonces, cuando le escuchaba hablar, pensaba: «Qué bien se expresa este chico para lo joven que es». Cuando le nombraron alcalde, no creo que hubiera cumplido aún los treinta y cinco. Otra cosa era su ego, que era descomunal. Siempre decía que acabaría siendo presidente del Gobierno, y lo decía con una convicción… Desde luego, contar, contaba con buenos padrinos. Era el ojito derecho de Esperanza Aguirre y muchas mañanas desayunaba con Ana Botella.

Antes de regresar a España, yo había leído en alguna entrevista suya que venía a limpiar el Ayuntamiento de corrupción. Quizá

pequé de ingenua, pero me lo creí y, sinceramente, tenía motivos: en su equipo de gobierno no quedó un solo concejal de la legislatura anterior, ni uno solo. Se los cargó a todos.

Cuando retomé mi trabajo en el Ayuntamiento, lo que más me preocupaba era cómo encajaría con mi antiguo equipo. Ojalá pudiera decir que durante el enfrentamiento que tuve con Candela se habían puesto de mi parte, pero para nada fue el caso. En su día me había sentido un poco dolida, porque no había ninguna necesidad de posicionarse a su favor, y hubo quien lo hizo. De todas formas, lo que más me molestó fue que durante el tiempo que pasé en Costa Rica nadie me llamara o me escribiera para preguntarme qué tal. Si alguna vez supe algo de ellas, fue porque yo misma les escribí. Para mí eso fue muy revelador: les importó una mierda cómo me encontrara.

A Lola la llamé unas semanas antes de volver, sin contarle mis planes, solo para tantear el terreno. Me dijo que estaban bien, contentas con su nuevo jefe. El nuevo jefe, por cierto, era un cargo de confianza del partido, sobrino de Acebes. No te creas que me lo tomé como una deslealtad hacia mí; al contrario, lo entendí perfectamente, sabía lo incómodo que era tener a tu jefe peleado con el político de turno, aunque, bueno, en el fondo, fondo, algo sí me tocó la fibra…, tampoco soy de piedra.

El día antes de incorporarme, me pasé por la casa de la juventud y hablé con varias personas. Una de ellas fue Lola, lógicamente. Jamás se me olvidará lo que me dijo en cuanto me vio: «No vendrás con la idea de cortar cabezas, ¿no?». Yo le respondí: «No sé, tú sabrás, ¿es que tengo algún motivo para cortarlas?». Y sí, claro que tenía motivos, y es lo que debería haber hecho: cargármelas a todas. Ahora me arrepiento de no haber desarticulado aquel nido de víboras.

Después hablé con Chema, el conserje. Estábamos los dos en la entrada, cuando, en esas, llegó Mónica, una chica que había

empezado a trabajar al poco de mudarnos al nuevo edificio. Saludó a Chema, y a mí, al principio, no me reconoció, porque yo estaba de espaldas a la puerta y me había crecido muchísimo el pelo. Cuando por fin me vio, te lo juro, se le salieron los ojos de las cuencas, como si hubiera visto un muerto. Lo único que acertó a decirme fue: «Pero tú… ¡¿qué haces aquí?!».

Se notaba que estaban todas acojonadas. Supongo que durante esos años me habrían puesto de vuelta y media, pero, si te soy sincera, me resbalaba. Yo venía de Costa Rica en modo «pura vida»; me sentía una persona completamente distinta a la Ana que se había ido, no sé, más madura, más asentada. Mi amigo Abel, el que me contrató para su tienda de animales, se reía y decía que me movía como con retardo. Y tenía razón. Andaba y hablaba más lento, como si se me hubiera pegado el ritmo de allá.

Cuando regresé, había algunas personas nuevas en el equipo y otras que ya estaban antes. Éramos como diez, todas mujeres, salvo un chico nuevo con el que, por cierto, tuve cero química: estaba afiliado al PP y venía lobotomizado de serie, o sea, le habían aleccionado ya en contra mía. Además de Lola, había una nueva auxiliar administrativa; luego estaba Mónica, la chica esta a la que se le hicieron los ojos chiribitas cuando me vio; Goretti, una tía que iba de prota por la vida y era un bicho de mucho cuidado; y otras dos o tres, que se mostraron bastante tibias. La única que medio se alegró de verme fue Esther, una chica muy modosita que, según llegué, me regaló un póster de Costa Rica para el despacho… de tapadillo, eso sí. Me pidió que no se lo contara a las demás.

Nada más llegar, lo que más me llamó la atención fue la actitud de Lola. Se había convertido en la jefecilla del departamento. Ya no era para nada la mujer puritana y chapada a la antigua de cuando entró. Se le había retorcido el diente. Muchas de las chicas lo primero que hacían, nada más llegar, era coger un café e

irse directas a su despacho a rendirle pleitesía. Yo escuchaba los jijís y jajás, porque la tenía puerta con puerta.

A las once y media bajaban a desayunar. Las primeras semanas hicieron un esfuerzo por integrarme y me decían que fuera con ellas, pero, vamos, por compromiso. En la cafetería se ponían a hablar de sus historias y me daban completamente de lado; no me hacían ni puñetero caso. Era una situación superincómoda, tanto para ellas como para mí, así que un día tomé la decisión de no volver a bajar. Me parecía ridículo entrar en esas dinámicas solo para ser como de su camarilla. No lo necesitaba. Yo era su jefa, y punto pelota.

La incorporación me resultó complicada. ¿Sabes el juego ese de la comba en el que quieres entrar pero no te decides a saltar? Pues algo así. Ellas ya se habían montado su propio sistema de trabajo y me dejaban al margen. Se reunían en la planta baja y no me avisaban. De muchas actividades me enteraba solo porque me necesitaban para la firma. Era un descontrol. Intenté retomar las reuniones semanales de coordinación, pero todo fueron pegas: los lunes no, porque si se pillaban algún moscoso o un día libre, les venía bien que coincidiera con el fin de semana; los viernes tampoco por la misma regla de tres; y entre semana siempre encontraban alguna excusa para no ir. Al final me planté y conseguí que medio funcionara, pero me costó la vida.

Luego estaba el tema de los vacíos. Eso era superior a mis fuerzas… O sea, de la misma forma que yo intentaba darles visibilidad, y les echaba flores delante de los jefes, de Alfonso, el concejal, o de Soler, ellas conmigo hacían todo lo contrario. Si venía algún proveedor a la concejalía, se ponían a hablar con él, ¡hombre, fulanito!, tal y cual, y en vez de presentármelo, me ignoraban completamente. Yo me quedaba esperando, de pie, como una pasmarote. De verdad, eran unos vacíos taaan feos. Y, vamos, que no me digan a mí, lo hacían a propósito, porque una

vez vale, pero cuando se repite varias veces y en distintas situaciones…

Un día me llegó Goretti con que quería organizar un campamento en Castro Urdiales. Dónde se organizaban los campamentos era una decisión mía, o por lo menos consensuada. Esa vez, como acababa de llegar, hice una excepción y le dije que sí.

Poco después, me dijo que quería ir allí a supervisarlo, una tarea que solíamos hacer, pero que normalmente delegábamos en una subcontrata, porque no tenía ningún sentido que la hiciéramos nosotras. Yo empecé a sospechar que ella tenía algún tipo de interés personal en el asunto, y no me equivocaba: nada más divorciarse, se emparejó con uno de los monitores de aquel campamento. Lo que te quiero decir con esto es que no es que yo estuviera paranoica o que me inventara las cosas, no; era como un pulso, un pulso entre ellas y yo.

Esa vez me senté con ella y le dije: «Mira, Goretti, sinceramente no lo veo. Para empezar porque ese campamento no me parecía el más adecuado, ni por precio ni por programa ni por distancia, así que no sé por qué te empeñaste en hacerlo allí, y, para seguir, no entiendo la necesidad de que vayas a supervisarlo y desatientas lo que tienes aquí». Pero ella erre que erre, que quería ir y que quería ir. A ver, yo tampoco la quería desautorizar, y menos con el panorama que había en el departamento, pero no estaba por la labor de que esta chica se tomara según qué licencias. Esa vez lo dejé pasar, por no tener un lío con ella.

Lo que pasaba en realidad era que, con el tío que me sustituyó, habían hecho lo que les había dado la gana y estaban malacostumbradas. No querían volver a lo de antes, o sea, a que alguien pusiera orden y las controlara.

Otro ejemplo: el tema de las tarjetas. Desde Personal llevaban un control de las horas, y teníamos que fichar. Yo veía que entre

ellas se intercambiaban las tarjetas y fichaban unas por otras. No es que lo viera solo yo, el conserje también lo veía. Y, a ver, yo soy muy de poner límites, pero dentro de un orden. Quiero decir, que si la gente hace bien su trabajo, pues a mí qué más me da que fichen un poco antes o un poco después. Me hacía la loca y punto. Además, nosotras éramos un poco la excepción dentro del Ayuntamiento, porque teníamos que adaptarnos a los horarios de los jóvenes, salir a colegios e institutos, trabajar algunos fines de semana, los meses de verano… Echábamos muchas horas, y muchas horas extras, por eso yo también hacía un poco la vista gorda y a veces les decía que se cogieran un día libre. Pero una cosa es una cosa, y otra muy distinta el cachondeo que se traían.

Un día, Goretti no se presentó a trabajar. Cuando la llamé por teléfono, me dijo que tenía muchas horas para compensar y se había cogido el día libre por un asunto personal. Yo le dije que vale, que me parecía bien, pero que me consultara siempre, porque la que autorizaba ese tipo de bajas era yo, y aunque normalmente les dijera que sí, a veces no se podía. Bueno, pues no recuerdo cómo, pero la conversación se fue calentando y al final me tuve que poner borde: «Mira, Goretti, déjalo, pero que sea la última vez que te coges un día sin avisarme».

Pues ¿te puedes creer que va la tía toda digna y se presenta a trabajar? Luego, claro, se pasó todo el día envenenando a las otras. Y las otras: que había que ver cómo era, que si le había hecho venir a la pobre chica desde Villalba, con la de horas que hacía. Yo, mira, llegó un momento en que acabé hasta el moño de que se hicieran las mártires.

Esa era Goretti. Luego estaba Mónica, otra que tal. A Mónica la había enchufado Lola. Yo al principio no lo sabía; más tarde me enteré de que salía con un primo suyo. A mí Mónica no me caía mal, era una chica muy dulce y cumplidora, pero estaba muy verde y no paraba de meter la pata. La mitad de las veces salía de

mi despacho llorando. A este tema le he dado muchas vueltas y la conclusión a la que llego es que quizá no fuera tan buena jefa como pensaba, y no hay más que ver cómo se vengaron después, pero creo que mi obligación era señalarle los errores para que mejorara, y si eso le hacía sentir mal, pues a lo mejor era más un problema suyo que mío, porque esta chica lloraba por todo. Una vez se le pinchó una rueda yendo a una actividad y se pilló un berrinche monumental.

Cada vez que esta salía de mi despacho llorando, las demás venían en capillita a consolarla. La primera Lola, que luego me ponía malas caras, igual que la auxiliar administrativa que trabajaba para ella, que encima no me conocía de nada.

En fin, reconozco que en el trabajo soy muy seria y muy exigente, pero jamás les falté al respeto, ni les levanté la voz, ni a Mónica ni a ninguna. Bueno, miento. Una vez sí que lo hice. Eso ya fue al final. Estaba tan quemada que estallé, porque aquello era un acorralamiento; un acorralamiento al que me sometían entre todas. Yo pensaba: «Pero ¿por qué tengo que aguantar esos malos rollos, esos caretos, esos desplantes?», así que un día las convoqué a todas en la sala de juntas y les solté: «¿Sabéis lo que os digo? Que sois todas unas hijas de puta, y ahora vais a Personal y me van a abrir un expediente, pero con razón, porque yo esto no lo aguanto más». Se lo grité a pleno pulmón, temblaron hasta las paredes. Luego salí a la terraza que teníamos para fumar y me hinché a llorar.

En fin, con ese panorama laboral y después de las estrecheces que había pasado en Costa Rica, empecé a salir de fiesta con las chicas de Bosquegolf como si no hubiera un mañana. Nos íbamos a cenar y a bailar por ahí, y luego volvía a casa más borracha que un piojo. Todo lo que no había bebido en los últimos años me lo bebí en esos meses. Un día me pillé un pedo de flipar en la sala NOD, en Las Rozas, una discoteca donde organizaban conciertos

en directo y bailes latinos. Estaba tan mal que salí un momento a la calle a que me diera el aire. Según puse un pie fuera, me encontré de frente con Arturo y Alfredo Blanch Labrador, que entraban en ese momento. Mira, fue verlos y me quedé paralizada, en shock. Arturo también me vio. Nos miramos el uno al otro. No me dijo nada, pero ese cruce de miradas se me ha quedado grabado, y eso que iba fatal. No sé cómo explicarte, fue una mezcla entre rencor, tensión, rabia contenida… Me fui al aparcamiento y empecé a vomitar y a llorar como una madalena. Llamé a estas y les pedí que por favor me llevaran a casa. Cuando llegaron, oí que se decían entre ellas: «Ya está otra vez la borracha esta jodiéndonos la noche». Al día siguiente estuve dándole vueltas al tema. Me di cuenta de que algo no iba bien. No te voy a decir que me convirtiera en una alcohólica, pero estuve una temporada tonteando con el tema.

Esa fue la primera vez que me encontré con Arturo después de mi vuelta. Luego ya empecé a verle más a menudo; de lejos, por suerte. Pasaba en moto por delante de la casa de la juventud para ir al piso que te conté, el de la moldura de madera. Allí vivía Cristina Cobo, su amante. No era al único que me encontraba. Como te puedes imaginar, cada vez que me cruzaba por la calle con alguno de la Gürtel, se me llevaban los demonios. No podía entender que siguieran en libertad. Que vale, que sí, que esperando a juicio y todo lo que tú quieras, pero haciendo su vida, mientras yo seguía pasándolas canutas. Menos mal que, al menos, no me los tenía que cruzar por el ayuntamiento.

Con mis nuevos jefes, los políticos, o sea, Soler y compañía, no tuve problemas, por lo menos al principio, y eso que yo venía muy sensibilizada por todo lo que había pasado con Candela. Mi concejal era un tal Alfonso Aguado. De entrada nos caímos bien; me trataba de una forma muy cercana, casi como si fuéramos colegas. Le conté mi historia con Arturo: lo de mi degradación, el

dosier y todo lo demás. Quise ser muy transparente con él, al menos para que conociera mi versión de los hechos. Ya se encargarían luego las lenguas viperinas de envenenarle.

A Alfonso le dejé muy claro que mi intención no era causar ningún problema. Solo quería cumplir con mi trabajo. De hecho, le pregunté si prefería que asumiera el rol de técnico o me limitara a ser una más dentro del equipo. Fue él quien me dijo que quería que volviera a mi antiguo rol. También me dijo que su idea, con el tiempo, era que yo regulara mi situación. Como te puedes imaginar, aquello me sonó a música celestial.

A las esperanzas que me dio Alfonso se sumó otra circunstancia: Soler repescó a Paloma y la puso de concejala de Personal.

Que yo me enterara de lo de Paloma estando ya allí te puede dar una idea de hasta qué punto se había enfriado nuestra relación. No es que me sorprendiera, al contrario, lo de ponerme al tanto de sus historias nunca había sido su fuerte. Aun así, la seguía considerando una amiga. A veces me pasaba por su despacho y hablábamos, aunque nunca volvimos a desayunar. Ella prefería juntarse con los otros concejales, cosa que tampoco me extrañaba: siempre había sido muy de aprovechar ese tipo de situaciones para medrar.

Si te soy sincera, no tengo ni la más remota idea de cómo pudo entrar en las listas electorales, ni de quién era su padrino dentro del partido. En una de nuestras charlas en su despacho, le pregunté cómo se le había ocurrido meterse en política, y su contestación me dejó a cuadros. Me dijo que, como a su hija le habían diagnosticado autismo, pensó que le vendría bien ilusionarse con algo. Sinceramente, no entendí muy bien la lógica de ese planteamiento, o sea, qué tenía que ver una cosa con la otra, pero bueno. Lo que sí está claro es que lo de ser concejala le vino de puta madre, porque nos aparcaba la niña todo el día en la ludoteca para que nos hiciéramos cargo de ella. Tuvimos que

contratar a un especialista solo para su hija.

Lo que creo que le pasó a Paloma fue que, cuando por fin cumplió su sueño de ser jueza, se dio cuenta de que no todo el monte era orégano. Y no lo digo por decir, tengo razones para pensarlo: años después, en una entrega de premios, cené con un excompañero suyo, y me contó que era más vaga que la chaqueta de un guardia.

En cualquier caso, le dije que me alegraba por ella, y de paso, también por mí, porque sabía perfectamente la situación laboral en la que me había dejado Arturo y esperaba que pudiera tomar cartas en el asunto. Bueno, pues ¿te puedes creer lo que me contestó? «Te recuerdo, Anita, que ahora tengo que velar por los intereses del Ayuntamiento». Esa salida me dejó muerta, no me la esperaba para nada. Yo le respondí: «Pues yo te recuerdo que también formo parte del Ayuntamiento, porque un ayuntamiento no son solo los políticos, y tú, como concejala de Personal, deberías velar por los derechos de una trabajadora que lleva años ejerciendo como jefa de servicio con un contrato de coordinadora juvenil».

Paloma, como el resto de concejales, trataba de caerle en gracia a Soler y no le quería molestar con ningún problema, porque sabía cómo se las gastaba. Al contrario, intentaba aprovechar cualquier oportunidad para colgarse una medallita. Una vez me llamó porque necesitaba una buena administrativa para Alcaldía y quería saber si podía prescindir de Lola. Fíjate que ahí, si yo hubiera sido una interesada, como eran ellos, podría haberme quitado el problema de encima y, de paso, haberme ganado unos puntos con Paloma, pero, como soy tonta, lo que hice fue hablarlo con ella. Le puse las cartas sobre la mesa: «Mira, Lola, me han planteado esta posibilidad y quiero saber si tú estarías dispuesta a irte del departamento». Nos dijimos unas cuantas verdades a la cara. Ella se echó a llorar y me dijo: «Es que no sé lo que quieres

de mí, ¿quieres que me vaya?». Y yo, también llorando: «¿Que no lo sabes? Lo que quiero es que vuelva la Lola de antes, ni más ni menos». Ahí cometí un error. Me pudo el cariño que nos habíamos tenido. Tendría que haberle dicho que sí, que quería que se fuera y así haber extirpado el cáncer del departamento.

Luego exploré la posibilidad de quitarme de encima a la otra auxiliar administrativa, la chica esta que me ponía malas caras sin conocerme de nada. Lo sondeé con el equipo. Bueno, bueno, ¡en qué hora se me ocurrió decir nada! Estas hicieron piña, que ni de broma, que a Raquel ni tocarla. Yo forcé la máquina, les conté que Paloma me estaba presionando, pero se negaron en redondo. En ese momento pensé: «Bueno, quizás me convenga mantenerla y que así vean que intercedo por ellas». Otro error, porque lo que de verdad me pedía el cuerpo era mandar a esa tía a freír espárragos.

Un día me senté con Alfonso y le planteé lo siguiente: «Mira, Alfonso, han pasado ya unos meses desde que me reincorporé, y yo sigo con el comecome de mi situación laboral. Necesito que por favor me ayudes con este tema». Entonces él convocó una reunión en Alcaldía con Soler, Paloma y conmigo. En esa reunión se acordó que sacarían la plaza a concurso. Parecía que por fin lo mío se iba a arreglar.

CAPÍTULO XIX
La Gaceta de Boadilla

www.lagacetadeboadilla.com – Foro de opinión

Ojo con esto, vecinos: el alcalde Gcia Soler quiere premiar a Ana Garrido con un ascenso, supongo que por los servicios prestados… Ahora ya nos queda claro quién le financió a esta "señora" su año sabático en el Caribe. Es esta la limpia que prometió? QUE MENTIROSOS SON TODOS LOS POLITICOS.

Unodeporaqui – 25/05/2012

(23 respuestas)

A ti que te gustan tanto las series, ¿has visto una de época que va de una chica un poco rellenita, que nadie se fija en ella, y entonces escribe un panfleto anónimo contando los chismes de las fiestas de la nobleza y todo el mundo lo lee? Pues, para que te hagas una idea, *La Gaceta de Boadilla* era como el panfleto ese. Allí se publicaban todo tipo de rumores, cotilleos, habladurías… Todo el mundo lo leía, al menos todos los funcionarios del Ayuntamiento. Poco después de reunirme con mis jefes para lo de la plaza de técnica de Juventud, alguien escribió en ese foro que Soler me estaba enchufando por la puerta de atrás.

Nadie me podrá quitar de la cabeza que el autor de ese *post* fue Jesús Hontañón, el técnico de Personal. Por pura lógica: él tramitaba las vacantes y sabía las plazas que se sacaban a concurso. Además, este hombre había sido acérrimo de Arturo y tenía fijación conmigo. Él fue quien, cuando me degradaron, me dijo aquello de «Pues dependiendo de cómo te portes, habrá solución o no habrá solución». El caso es que, a raíz del *post*, el foro se llenó de gente que no sabía de la misa la media, pero que soltaban tal cantidad de barbaridades que prefiero ni recordar. Quizá todavía lo encuentres colgado en web.

Yo pensaba que aquello no llegaría a ninguna parte, porque, al fin y al cabo, ya me dirás qué credibilidad puede tener un comentario anónimo en un foro, pero a los pocos días Paloma me citó en su despacho. No recuerdo exactamente cuáles fueron sus palabras, pero me vino a decir que, al igual que yo tenía mis incondicionales, y ella era una, también tenía mis detractores y, como Soler no quería problemas, habían decidido posponer la convocatoria de la plaza y dejarme, de momento, de coordinadora juvenil. La solución que me propuso fue que le pasara las horas que me faltaran hasta llegar al sueldo de técnico, que ella se encargaría de firmármelas como horas extras. Mira, qué pena no haber tenido la grabadora en ese momento; me hubiera sido muy útil para todo lo que vino después.

No te puedes ni imaginar lo tocada que me dejó aquello, te lo juro, me hundió. Fue como revivir la pesadilla por la que había pasado con Arturo, seguir con mi sueldo de mierda, y luchar contra viento y marea porque se reconociera mi trabajo, solo que ahora con todo el equipo en contra. Como en mi departamento no tenía a nadie, me desahogaba con Agustín Gallardo. Él era de los pocos apoyos que me quedaban en el Ayuntamiento, solo que nuestra relación seguía siendo secreta desde los tiempos del dosier, y se limitaba a llamadas telefónicas.

Gallardo me propuso hablar con un amigo suyo, un sindicalista experto en empleo público. Nos concertó una cita en un restaurante de Boadilla. Durante la comida, este hombre me aconsejó pedir un reconocimiento judicial por desempeño de funciones superiores, algo que, al parecer, era relativamente frecuente en la Administración. Que denunciara al Ayuntamiento, vamos, y que fuera un juez quien decidiera sobre mi caso.

No habría pasado ni una hora de la comida, cuando me llamó Alfonso. Recuerdo que era sábado, porque estaba comprando con

la familia en el Ikea. Me empezó a gritar como un energúmeno, que qué coño hacía yo comiendo con un tío de la UDEF, que él se estaba dejando los cuernos por ayudarme y yo haciéndole la cama por detrás. Estaba fuera de sí. Yo, claro, me quedé muerta. Solo acerté a decirle: «Pero, Alfonso, ¿de qué narices me estás hablando? ¿Qué UDEF ni qué leches? ¡Si hace meses que no hablo con ellos!».

A ver, yo sabía que Alfonso era un tonto a las tres, él ni pinchaba ni cortaba, se limitaba a obedecer las órdenes de Soler. Me imaginé que, como en la mesa del restaurante había unos separadores de esos de mimbre, alguien habría escuchado campanas y le habría ido con el cuento a Soler. Y Soler a Alfonso. Si no, vamos, ni de coña me hubiera llamado este un sábado desde el Ikea. Se habría esperado al lunes.

El lunes a primera hora me presenté en su despacho y se lo expliqué todo: le juré y le perjuré que no había comido con nadie de la UDEF, sino con un sindicalista, y le conté la jugada que me había planteado; que nos podía beneficiar a todas las partes, o sea, ir a juicio y dejar que fuera un juez el que me reconociera la categoría profesional. Ellos se librarían de las habladurías de la gente, y yo feliz. Él no me dijo ni que sí ni que no, solo que lo hablaría con Soler. Por si las moscas, yo también le mandé un SMS:

> Alejandro, se me ha ocurrido una fórmula para que esto no nos perjudique ni a ti ni a mí. Quedamos a tomar un café y te lo cuento?

Nunca me respondió a ese SMS, pero, ya te contaré, porque me consta que se guardó ese mensaje bien guardado.

A partir del momento en que presenté la denuncia, Alfonso se volvió más distante conmigo y eso que en privado me reconocía que lo de judicializar el caso era la mejor solución. Sin embargo, no debió de convencer a su jefe.

Verás, las fiestas patronales de la Virgen del Rosario caen a finales de septiembre. Ese año, desde la concejalía, organizábamos una serie de conciertos gratuitos con bandas locales. Una de esas noches, Soler se pasó por la carpa con toda su comitiva. No habló conmigo, se limitó a echarme una mirada asesina desde lejos. Al rato me vino Alfonso, todo agobiado. Me propuso ir a fumar un cigarro. El cigarro era la excusa para hablar conmigo. No recuerdo cómo sacó el tema, pero sí sus palabras: «Ana, te lo van a hacer pasar muy mal».

Cuando volví a la carpa, estaba tan descolocada que sentí la necesidad de contárselo a alguien. Error. No debí haberlo hecho. Las chicas de mi equipo, en vez de consolarme o solidarizarse conmigo, se quedaron calladas. Solo Mónica, la chica esta que siempre lloraba, me dijo una frase que se me clavó como un puñal: «Pero, Ana, ¿de verdad todo esto te compensa?».

No creo que Alfonso fuera mala gente, la verdad, lo que pasa es que estaba completamente sometido por la personalidad de su jefe, como el resto de concejales. Más adelante, cuando pasó lo que pasó, uno de ellos me escribió por privado para contarme quién era este hombre, y fíjate que yo pensaba que Arturo era de lo peor, un chorizo y un manipulador, pero Soler le superaba con creces. Era un déspota y un violento. Los tenía a todos aterrorizados. Si no seguían sus órdenes al pie de la letra, les montaba unos pollos que no veas, y les ponía de incompetentes para arriba.

Si te soy sincera, nunca logré entender la lógica de Soler, ni su forma de actuar, y tampoco volví a hablar con él. Yo pensaba que lo de la denuncia también les beneficiaba, les liberaba de su responsabilidad, pero él se lo tomó como algo personal. Estoy segura de que otro alcalde, con más experiencia y mano izquierda, lo habría manejado diferente; habría solucionado el problema sin hacer ruido.

Luego hay otra cosa. Esto no lo puedo demostrar, pero quiero que conste en el libro: estoy complemente convencida de que Soler quería ganar puntos con Esperanza Aguirre y pensó que destruirme era una buena forma de conseguirlo. Al fin y al cabo, según lo veían ellos, yo era una enemiga del partido; alguien que les había puteado.

A partir de ese momento, entré en una especie de guerra fría con mis superiores. Cada vez que iba al ayuntamiento a pasar el portafirmas, Alfonso estaba ocupado y no podía despachar conmigo, o se inventaba excusas para cancelarme las citas a última hora.

A veces, mientras esperaba a que volviera de alguna comida, me quedaba de charleta con Mariajo, su secretaria. Mariajo Rosal había entrado como asesora de Arturo gracias a un favor que le habían hecho a Rodrigo Rato. Ella era la viuda de un buen amigo del exministro y necesitaba un trabajo. Aunque la gente lo sabía, enseguida se ganó el respeto de todo el mundo. La llamaban la Golosinas, porque siempre iba repartiendo unos caramelos blanditos, envueltos en un plástico transparente, tipo golosina. Era un amor de mujer, y supercurranta. Cuando entró Soler, no supieron dónde colocarla y la pusieron de secretaria de Alfonso.

Mariajo se dio cuenta de las jugarretas de esta gente y me quiso ayudar. Yo le pedí una cosa muy sencilla: que, en vez de avisarme por teléfono de las cancelaciones y los retrasos, me mandara un correo electrónico. Y fíjate si era buena Mariajo, que cuando llegó un momento en el que ya me dio lo mismo so que arre, ella seguía diciéndome: «Anita, te envié el correo. Lo recibiste, ¿verdad?». ¡Pobre Mariajo! Me consta que en el juicio declaró forzada y lo pasó fatal. Por ella y por mí; por las dos.

Bueno, a lo que iba, lo del portafirmas. En realidad, había dos portafirmas: el que me pasaba Lola, que yo jamás había visado porque siempre había confiado en ella, pero que empecé a

examinar al detalle por si me colaban algo, y el que yo le pasaba a Alfonso. Este último era el problemático, porque, al no conseguir su firma, los proyectos se retrasaban o se cancelaban. Las chicas del departamento me lo empezaron a echar en cara, como si yo fuera la culpable. Yo les decía: «¿Qué queréis? No puedo hacer nada, ¿no veis que no depende de mí?». Fue algo que utilizaron en el juicio sobre mi categoría profesional. Cuando la jueza les preguntó si el trabajo salía con normalidad, se agarraron a lo de la firma para decir que a veces las actividades se retrasaban. Mira, yo me revolvía en la silla, porque las cabronas sabían perfectamente por qué se retrasaban.

Otra de sus tácticas habituales era mandarme tareas que luego, cuando las hacía, estaban mal o había que repetirlas de nuevo. Ejemplos de esos tengo a docenas. El más sangrante fue el del Plan Integral de Juventud, un proyecto que yo misma les había propuesto. Me tiré meses solo en el primer paso, el análisis de la situación de partida. Para el análisis, tenía que hacer una encuesta que luego se pasaría por los institutos. Bueno, bueno, no sé la de veces que la rehíce. Si te digo que diez a lo mejor me quedo corta. Cada vez que se la presentaba a Alfonso, al cabo de unos días me la echaba para atrás. Me decía que no se la habían aprobado desde Alcaldía y me ponía unas excusas peregrinas. Acabé de la encuestita hasta los mismísimos ovarios.

Pues ¿te puedes creer que, después de marearme durante semanas, un día, de repente, les entraron las prisas? Me dijeron que había que sacar ya el plan y me dieron un mes de plazo. O sea, pasaron de no hacerme ni puto caso a pedirme casi un milagro, porque cualquiera que conozca un poco el tema sabe que eso era imposible. Yo pensé: «¿Ah, sí? ¿Lo queréis en un mes? Pues lo vais a tener, hombre». Cogí el plan de otro municipio del PP y lo fusilé. Donde ponía «Ayuntamiento de tal» lo cambié por «Ayuntamiento de Boadilla del Monte» y listo, me quedé más

ancha que larga. Te cuento esto porque, durante el juicio, para desacreditarme, se debieron poner a rebuscar entre las cosas ilegales que había hecho y sacaron este tema.

En fin, no quiero extenderme más, que me pongo enferma. Aquello fue un auténtico linchamiento. Al final les gané ese juicio, aunque de manera parcial: yo solicitaba que se me reconociera una jefatura de servicios, porque eso es lo que era, ni más ni menos, y la jueza solo me reconoció hasta el grado de técnico. Pero bueno, eso fue lo de menos. Para mí fue una victoria, sobre todo una victoria moral.

En el juicio, como yo era la demandante, no pude declarar; solo testificaron mis subordinadas. Algunas contaron lo que les dio la gana, otras se lavaron las manos y a otras no les constaba nada. Por si acaso, desde el Ayuntamiento enviaron a Jesús Hontañón, el jefe de Personal, que iba tomando notas de quién decía qué. Menos mal que yo tenía un montón de pruebas documentales: firmas, correos, mensajes de mis jefes… No tenían escapatoria.

Como el juicio se había celebrado en Móstoles a primera hora de la mañana, después de comer volví a la concejalía. Estaba hecha una furia, como te podrás imaginar, después de escuchar a mis propias compañeras mentir como bellacas. Encima, no se dignaron ni a esperarme a la salida, así que tuve que cogerme un taxi de vuelta. Goretti, que había sido la peor declarando, se fue directa al despacho de Jesús Hontañón. Le dijo que tenía miedo a que yo tomara represalias contra ella y perder al niño. Se cogió una baja. Yo ni siquiera sabía que estaba embarazada.

Tras el juicio me sentí parcialmente resarcida, al menos en lo salarial. Además, confiaba en que, con la sentencia, las cosas se fueran normalizando y mis jefes enterraran el hacha de guerra. No tenía sentido seguir peleando. Eso nunca ocurrió. A los pocos días, Soler, que jamás se había pasado por la casa de la juventud, se presentó allí para hacerse una foto con todo el equipo. Con todo

el equipo menos conmigo, claro. Yo no me enteré de esa visita hasta que vi la foto en *La Gaceta de Boadilla*. Fue una señal que me mandó, lo tengo clarísimo. A partir de ahí, los vacíos y desplantes de mis subordinadas se volvieron cada vez más frecuentes; ya ni siquiera los disimulaban. Sabían que, ante cualquier conflicto conmigo, tenían las de ganar.

Empecé a sentirme muy sola. En aquella época, además de lo que te conté de salir de fiesta como si no hubiera un mañana, y de beberme hasta el agua de los floreros, me eché una amiga postiza, una secretaria de otra concejalía a la que también estaban puteando. Desayunábamos juntas y nos desahogábamos mutuamente, pero eso tampoco me ayudaba, porque entraba en una espiral negativa de ánimo. Fíjate cómo debía de estar por aquel entonces que ni siquiera me acuerdo del nombre de esta chica.

Volví a terapia con mi psicóloga, la que me había tratado durante la primera baja. Los meses siguientes los recuerdo como un infierno; todo se me hacía cuesta arriba. Por las mañanas, antes de ir a trabajar, me entraban unas lloreras incontenibles. A veces llegaba a la oficina a las diez o las once de la mañana. Para que no me pusieran problemas a la hora de fichar, me inventé que había perdido la tarjeta. Sabía que tardaban meses en enviarte una nueva. Gracias a eso, pude ir tirando.

Mis compañeras no entendían nada o fingían no entenderlo. Pensaban que le estaba echando morro a la vida y lo que pasaba era que delante de ellas me hacía la dura. Según mi psicóloga, eso se me da muy bien, quiero decir, lo de disimular, pero nadie puede esconder un malestar así tanto tiempo. Ese ha sido siempre mi problema, que no me doy tregua. Hasta que peto.

Un día peté. Hablé con Agustín Gallardo y le dije que no aguantaba más, que iba a volver a denunciar al Ayuntamiento, esta vez por acoso. Quería que él me defendiera. Me dijo que no

podía, porque era concejal. No sé si no sería una excusa, pero al menos me puso en contacto con un bufete de abogadas laboralistas: el bufete de Cristina Almeida.

CAPÍTULO XX
Acoso laboral

Agustín Gallardo y Cristina Almeida se conocían desde hacía muchos años, supongo que a través del padre de Agustín, que era un histórico del Partido Comunista. Quedamos los tres en una terraza por la plaza de los Cubos, cerca de donde ella vivía. A Cristina ya la conoces, es tal cual sale por la tele, una mujer muy espontánea y habladora. Está ya jubilada, solo que el bufete sigue llevando su nombre por razones comerciales. Ella me facilitó varios contactos, entre ellos el de Jimena, mi abogada.

Con Jimena tuve muy malas vibras desde la primera cita, y después fue a peor. Aparte de una pija redomada, me pareció una ansias, ¿sabes de estas personas a las que parece que les falta el tiempo y te lo explican todo a matacaballo y encima parece que te están haciendo un favor? Pues de ese palo. Me dijo que probar el acoso laboral no era nada fácil, por la propia definición del delito: se necesita acreditar un hostigamiento continuado durante seis meses. La estrategia que me propuso fue la de ir acumulando pruebas a lo largo de todo ese tiempo, semana tras semanas, y luego presentar la denuncia.

Le dije que no creía que pudiera aguantar seis meses más. Estaba completamente exhausta a nivel emocional, no podía dar ni un ápice más de mí, pero fíjate que el tomármelo como un trabajo me ayudó. Empecé a pedir todo por escrito, me rebotaba los correos a mi *email* personal, hacía capturas de pantalla de los mensajes de móvil y, sobre todo, me puse a grabar las conversaciones con una grabadora que me regaló Agustín, una de estas con forma de barrita energética y puerto USB para descargar los archivos en el ordenador.

Al principio, cuando iba al ayuntamiento a hablar con Alfonso,

me la guardaba en el bolso, pero la calidad de los audios no era muy buena, así que empecé a metérmela en el canalillo, entre las copas del sujetador. En invierno, como me ponía jerséis, se disimulaba bien, pero en primavera, si llevaba una blusa o un vestido, iba acojonada. A veces, de lo nerviosa que estaba, se oían más los latidos del corazón que la propia conversación.

Al único que grabé, salvo alguna otra excepción que ya te contaré más adelante, fue a Alfonso. A las chicas de mi departamento no las grabé, de lo cual me arrepentí, por lo que pasó luego en el juicio. Cuando estábamos despachando, además de los temas del día a día, procuraba hacer referencias al pasado, y así cubrir el mayor horizonte temporal posible. Te digo que yo debería haber sido actriz, porque, aunque estaba rota por dentro, iba de supercolega con él, para sonsacarle más. Si escuchas los audios, vas a alucinar; mi abogado se pensó que estábamos liados y todo. Usar la grabadora me dio una fuerza increíble, era como un superpoder. Yo pensaba: «Me estáis jodiendo la vida, pero no tenéis ni idea de la que os estoy preparando».

A medida que se acercaba la fecha para presentar la denuncia, me iba poniendo cada vez más nerviosa. La abogada esta, Jimena, no me hacía ni puñetero caso. Yo venga a mandarle correos y ella me respondía de Pascuas a Ramos y en plan telegráfico. Un día me harté y me planté en su oficina. Le dije que a ver qué pasaba, que le estaba pagando un pastizal y me sentía completamente desatendida. Me contó que en el despacho les había entrado un ERE muy gordo y estaban liadísimas. Gallardo me terminó de abrir los ojos con esta tía; otra persona le había hablado fatal de ella, así que me aconsejó pedir la venia y contratar a otro abogado.

¿Qué hice entonces? Pues buscarme la vida por internet, como había hecho con el dosier. Consulté en páginas de referencia y llamé a varias puertas. Algunas se abrieron para bien. Otras

mejor no haberlas tocado.

El primer sitio al que acudí fue al Centro de Prevención de Riesgos Laborales de la Comunidad de Madrid, que quedaba también por la plaza de los Cubos. Allí conocí a un funcionario que me ayudó muchísimo: hizo un seguimiento del caso y se ofreció a declarar en el juicio en calidad de técnico, aunque prefiero que su nombre no salga en el libro, ahora te contaré por qué.

Luego estuve en una asociación de denunciantes de corrupción, Adecor o Adecros, creo que se llamaba. Después de mi experiencia con Seamos Limpios, ya te puedes imaginar, iba con pies de plomo, así que, antes de pasarme por una de sus asambleas, me estudié el currículum de la presidenta, que, entre otras mil cosas, era abogada del Estado. De hecho, cuando la gente empezó a presentarse, me di cuenta de que eran todos perfiles muy altos. Sin embargo, me extrañó que, tratándose de una asociación de lucha contra la corrupción, la única denunciante fuera yo.

Después de la asamblea, fuimos a tomar algo a una terraza. Entre los que se apuntaron había un hombre que me sonaba mucho. Le pregunté a la presidenta y me dijo que era Núñez Morgades, uno de los socios fundadores y diputado del Partido Popular. Mi reacción fue instantánea: «Pero ¿no me habíais dicho que erais apolíticos? Porque, como tú comprenderás, no voy a entrar en la asociación de un tío cuyo partido me ha jodido la vida». Ella me explicó que, aunque Morgades fuera del PP, estaba absolutamente en contra de la corrupción y luchaba desde dentro por erradicarla. Luego me dejó caer que quizá él pudiera solucionar mi tema de una forma discreta y me dio su número de teléfono. Cuando le llamé al día siguiente, se puso muy nervioso. Me dijo que en ese momento no me podía atender. Supongo que tendría miedo.

Lo más urgente para mí era solucionar el tema del abogado.

Jimena ya había interpuesto la demanda, lo que me dejaba unas semanas de margen hasta que saliera el juicio, pero no podía dormirme en los laureles. Di con una asociación de acoso laboral, Mobbing Madrid, y ellos me pusieron en contacto con un abogado: Julio Méndez.

A diferencia de Jimena, con Julio hubo una conexión potente desde el minuto uno, por no decirte química. Quizá fue solo una impresión mía, pero eso nos dio empuje; por lo menos a mí. Nos gustaba quedar y funcionábamos en un ten con ten: si me pedía algo, al minuto lo tenía. A veces surgían desavenencias, los dos teníamos un carácter fuerte, pero me supe dejar aconsejar. A nivel procesal era un hacha. Para que te hagas una idea, al poco de empezar a trabajar me prohibió mencionar, de cara al juicio, cualquier cosa que tuviera que ver con la Gürtel. Yo le dije: «Pero ¿estamos locos? ¡Si eso fue el detonante de todo!». Y él, cuadriculado como era: «Tú quieres ganarles, ¿no? Pues ya está, tema zanjado; de esto no se habla más».

Eso fue un acierto. Luego entendí que, en un juzgado de lo social perdido de la mano de Dios, en cuanto el juez oyera la palabra «Gürtel», se haría caquita. Salvando las distancias, ya me había pasado alguna vez antes; de ir a la comisaría a denunciar que me habían echado pegamento en la cerradura de mi casa o metido palillos en la del coche, por ponerte un ejemplo, y, al darle los datos al policía de turno, cuando me preguntaba si sospechaba de alguien, y yo le empezaba a contar: «Pues mire, sí, resulta que yo trabajaba en el Ayuntamiento de Boadilla y entonces denuncié lo que ahora se conoce como la trama Gürtel…», en cuanto oía la palabra mágica, abría mucho los ojos y me decía: «Espere aquí un momentito, que voy a llamar a mi jefe», y entonces me pasaban a otro despacho con el inspector o el comisario.

Ni que decir tiene que, al día siguiente de presentar la demanda, me cogí la baja. En cuanto le conté la historia a la médico de

cabecera, me derivó directamente a la psiquiatra, no sé si porque me vio muy mal o porque pensó que estaba loca.

Fue cogerme la baja y empezaron a mandarme a un tío a casa. Imagínate la película: todos los puñeteros días, de lunes a viernes, este tío, un funcionario del Ayuntamiento, se plantaba delante de la puerta de mi casa y me decía que le tenía que firmar no sé qué papel. Mira, me crispaba los nervios. Llegó un momento en que estaba tan hasta los ovarios que le dije que le enviara el papel aquel a mi abogado o se lo metiera por el culo, pero que yo no iba a firmar nada. ¿Ves? En eso Julio era más listo que yo. Me dijo que esa era otra prueba del acoso institucional. Te subrayo lo de «institucional» porque es un punto importante: yo no denuncié a una persona concreta, denuncié a la institución, al Ayuntamiento.

Precisamente por denunciar al Ayuntamiento se activó el protocolo de acoso de la Comunidad de Madrid y enviaron a un inspector. Eso lo vi como una oportunidad de cierre, quiero decir, yo no quería ir a juicio, no quería sufrir más, y menos en el estado anímico en que me encontraba. Mi objetivo era llegar a un acuerdo con ellos, que me liquidaran y *ciao*, si te he visto no me acuerdo. Mis padres pensaban que me había vuelto loca, que cómo iba a renunciar a un puesto de trabajo para toda la vida, y yo les ponía siempre el mismo ejemplo: si estás en un campo de concentración lo único que te importa es salir, aunque fuera se esté cayendo el mundo a pedazos. Así es como me sentía.

El día que vino el inspector de la Comunidad de Madrid, me citaron en el antiguo ayuntamiento, en un despacho con una sala de espera y unos bancos corridos de plástico. Mientras esperaba, aparecieron por allí Goretti y Mónica, que venían a declarar como testigos, y se sentaron a mi lado. Al verlas entrar, el corazón se me puso a mil. No las había visto desde la baja. Al rato, salió el inspector y les preguntó si se sentían cómodas a mi lado o

preferían esperar en otro sitio. ¡A ellas! ¡Que si se sentían incómodas ellas!

La entrevista con el tío este duró unas dos horas. Fue una especie de encerrona. Era como si todo el cuestionario estuviera diseñado para demostrar que no había habido acoso. Cuando por fin terminó y me dio a leer el informe, había escrito tal cantidad de barbaridades que me negué a firmarlo. Esa fue una de las pruebas que pre-
sentaron contra mí en el juicio. Menos mal que Julio estuvo atento y consiguió que el juez la invalidara, no recuerdo con qué argumento. Ya te digo que este tío era un crack en todo lo procesal.

También intenté pactar una salida amistosa vía sindicatos. Me reuní con ellos y, para que comprendieran la situación, les puse una de las grabaciones. Bueno, bueno, en qué hora…, les faltó tiempo para irle con el cuento a Hontañón, el jefe de Personal, el del anónimo en *La Gaceta de Boadilla*. ¿Te lo puedes creer?

En fin, con todos estos episodios, el tío este que venía todos los días a mi casa, el inspector, los del sindicato y otros personajes que ni menciono para no ponerte la cabeza como un bombo, empecé a desarrollar una especie de psicosis, o manía persecutoria, o llámalo equis. Llegó un punto en el que era incapaz de distinguir quién era un enemigo y quién un apoyo. Salvo mis padres y mi psicóloga, todo el mundo me parecía sospechoso. Fíjate cómo sería la cosa que empecé a dudar hasta de Julio.

¿Te acuerdas de Núñez Morgades, el de la asociación de denunciantes de corrupción que te mencioné? Pues como él era del PP, pensé que quizá podría ayudarme a reconducir la situación con esta gente y así evitar el juicio.

Una vez quedamos en su casa. Fue una reunión delirante. Este tío vivía en una mansión por el centro de Madrid. Era como la

casa de un aristócrata: paredes forradas de tela, esculturas griegas, cuadros antiguos, candelabros… Imagínate cuando entré, a mí que me encanta la decoración; aluciné. Luego llegó Julio, pálido y con la cara descompuesta. En ese momento, no me digas por qué, empecé a sospechar de él. «¿No te habrán querido untar?», le pregunté. De esa reunión no me acuerdo de nada; me bloqueé. No sé de lo que se habló ni lo que me plantearon, solo sé que me negué a todo. Estaba hecha un guiñapo. Esa reunión la tengo en el recuerdo como una nebulosa; a veces dudo incluso de si llegó a suceder.

Para rematar lo de la paranoia, el juicio se suspendió. Unos días antes de la vista, se nos cayó un testigo clave. A mí me dio una bajona tremenda y hubo que aplazarlo. ¿Te acuerdas del técnico de riesgos laborales de la Comunidad de Madrid del que te hablé? Pues él.

Un día me llama este tío y me dice que tiene que hablar conmigo de algo muy importante. Me citó en su oficina. Hasta entonces siempre nos habíamos reunido a solas, pero ese día se presentó con una mujer, que entendí que era su jefa. Me dijeron que, como el caso ya estaba judicializado, no podían testificar, lo cual era una excusa completamente absurda, porque eso ya lo sabían desde el principio.

Luego este chico me volvió a llamar y quedamos a tomar un café. Me confesó que a su jefa le había dado un toque una consejera, una que era algo, sobrina o cuñada, de Paco Granados. Le habían prohibido ir a declarar. Me lo dijo así, abiertamente. Esa conversación la tengo grabada, solo que no la utilicé en el juicio para no perjudicarle, porque hasta ese momento se había portado muy bien conmigo. De todas formas, ya te la pasaré, por si quieres meterla en el libro.

La puntilla llegó un par de días antes de la celebración definitiva de la vista. La médico de cabecera se negó a facilitarme

un informe que Julio me había pedido. Me puse a gritarle como una energúmena. Le dije que no podía hacerme eso, que estaba en mi derecho, que era información médica que me concernía. Perdí los papeles, lo reconozco, y lo peor de todo es que no conseguí que me lo diera.

Para salir del apuro, tuve que pedirle un favor a mi amiga Irene, que conocía a alguien en los juzgados de Móstoles. Esa persona me acompañó al centro médico y le dijo a la doctora que o me daba el informe o mandaba allí a la Guardia Civil. Gracias a eso, entró en razón. Me prometió que lo tendría listo a primera hora del día siguiente, o sea, el mismo día del juicio. Mira, no veas la nochecita que pasé.

CAPÍTULO XXI
La Noria

A fuerza de reveses personales, ese invierno la visita la triple A: astenia, apatía, anhedonia. Las mañanas son lo peor; solo consigue poner un pie fuera de la cama alrededor del quinto cigarro. Antes solía despertarse con la radio, pero ya no escucha música; cualquier canción le ata un nudo en la garganta. Aún diferencia entre días malos y días nefastos. En los nefastos, dedica las flacas energías a maquillarse, alisarse el pelo y elegir la ropa con la que resguardarse del frío de la oficina: americanas, camisas, zapatos de tacón —hace meses que aparcó en el armario las sandalias estilo boho y los vestidos livianos de Costa Rica—. Siempre se tuvo por una mujer presumida, pero ahora no lo hace por presunción, sino por legítima defensa. Completa el vestuario con algún detalle de color y unas pinzas imaginarias con las que sujetarse la sonrisa. Ya lo dice su psicóloga: sería campeona olímpica en la modalidad de disimulo. Por lo demás, su vida se limita a desplazar su cuerpo de casa al trabajo y del trabajo a casa. Apenas sale a hacer la compra y pasear a Vilma. Si se cruza con algún amigo de la urbanización, lo despacha con una conversación fugaz o cualquier excusa.

Agustín Gallardo es la única persona al tanto de su situación. Cuando se decidió a poner la demanda por acoso laboral, quiso que él fuera su abogado defensor. Gallardo declinó la petición alegando conflicto de intereses, aunque, en realidad, estaba muy volcado en la defensa de Juan Luis Peñalba, el concejal de Majadahonda que había interpuesto la primera denuncia contra Francisco Correa.

Gallardo, siempre en pos de algún titular que pueda erosionar al gobierno de Soler, ve en el acoso que sufre la funcionaria una

oportunidad mediática e intenta convencerla para que conceda una entrevista, y es que, a su vasta cartera de contactos políticos, suma ahora la de varios periodistas. Conocer los entresijos de la Gürtel le permite entrar en el mercadeo de la información fresca, jugosa y confidencial —el solomillo de la profesión—, en ese trueque del yo-te-doy-tú-me-das que es el pan nuestro de cada día. A comienzos de la primavera logra que un periodista se interese por la historia: nada menos que el redactor jefe de política de *El Mundo* en la Comunidad de Madrid. Ana no es consciente de hasta qué punto esa entrevista cambiará su vida.

El periodista de la perilla y flequillo a lo Tintín —Ana no recuerda su nombre— mira el reloj de pared de la pastelería Goûter, a escasas manzanas del Auditorio de Boadilla del Monte. Son las seis y veinte de la tarde. Unas señoronas, con sus broches, sus collares, sus bolsos, lo observan indisimuladamente mientras dan cuenta de sendos chocolates con churros. El periodista de la perilla y flequillo a lo Tintín llama por teléfono. Como nadie contesta, se pone a recoger los bártulos, una cámara réflex y una grabadora. En ese preciso momento, una mujer con gafas de sol y un fular rojo entra en el local. Se dan la mano e intercambian un breve diálogo sobre su contacto en común. Al quitarse las gafas, la mujer descubre unos párpados caídos y unas bolsas del tamaño de gajos de mandarina bajo los ojos que lo sobrecogen.

En muy pocas ocasiones somos conscientes de las corrientes de fondo que nos zarandean, a veces sutilmente, hacia un lado u otro. Luchamos por mantenernos a flote en un mar de intereses ajenos, agendas ocultas, alianzas o conflictos silentes que operan por debajo del sonar. Solo desde las marejadas que se levantan a veces en la política —y desde *El Mundo* se hace básicamente política y, también, se agita el oleaje—, que obligan a maniobras, virajes, amarres, cambios bruscos de rumbo, se puede comprender cómo un medio de comunicación que inicialmente cuestionó la

trama Gürtel —o al menos la presentó como un mero caso de corrupción local, si no de *lawfare*—, que forzó máquinas hasta hacer dimitir a todo un ministro de Justicia, y luego cargó desde sus tribunas de opinión contra el juez de instrucción —al que acabarían condenando por prevaricación—, un medio de comunicación, en definitiva, que achicó el agua de la vía que amenazaba con hundir al trasatlántico Popular, publicara, paradójicamente, un reportaje a doble página, en las páginas centrales, tan demoledor como el que publicó ese 24 de abril de 2013.

Solo desde una posición tan a la deriva como la que vivía entonces su director, Pedro J. Ramírez, presionado por la caída de los ingresos en la edición de papel, acorralado por su propio juego de alianzas políticas, enfrentado al Gobierno de Mariano Rajoy —un enfrentamiento incomprensible para buena parte de sus lectores, lucrativo para su competidor *La Razón* y que, a la postre, acabaría forzando su dimisión—, se puede entender un reportaje así.

Solo desde las coordenadas emocionales en las que se hallaba Ana, completamente a merced del oleaje, sin una boya a la que agarrarse frente al empuje de Agustín Gallardo, se entiende que concediera una entrevista a un medio de comunicación al que cuatro años antes tenía absolutamente vetado.

Titular: «Denunciar la Gürtel me ha supuesto una muerte en vida».

Foto: Primer plano de Ana Garrido.

Subtítulo: «Ana Garrido, funcionaria del Ayuntamiento de Boadilla, realizó un dossier clave en la investigación de la trama Gürtel. El Partido Popular le hizo la vida imposible, y, según ella, ‟el acoso continúa″».

Cuerpo de la noticia, que ocupa las páginas centrales del periódico: «Para entender los ojos tristes y cansados de Ana,

personal laboral fijo tras aprobar dos oposiciones, hay que remontarse 20 años atrás, cuando esta Erin Brockovich castiza entró a trabajar en el Consistorio de Boadilla, entonces un pequeño pueblo del noroeste de Madrid y, en la actualidad, una ciudad de 47.000 habitantes levantada sobre ladrillos manchados por la Gürtel […]».

(Comentarios a la noticia: 153)

De: Ana Belén Santos Goyeneche «belenchusg@gmail.com»

Para: Ana Garrido «towanda66@hotmail.com»

Enviado: 27 de abril de 2013 20:52

Asunto: Concentración

Buenas noches, Ana. Creo que no me conoces. Alguien del ayuntamiento me pasó tu contacto. Soy Belén Santos, vecina de Boadilla.

Lo primero que quería decirte es que me impresionó mucho tu entrevista en El Mundo. Me he visto completamente identificada porque yo misma llevo meses luchando contra Soler y sus acólitos por la privatización de la Escuela de Música, no sé si te suena el tema.

A lo mejor puede parecerte un poco raro pero hablé con alguna gente de asociaciones y colectivos locales y queremos organizar una concentración frente al ayuntamiento para visibilizar tu caso.

Me gustaría hablarlo contigo tranquilamente en persona.

Ya me dices algo, porfa. Mientras te mando un fuerte abrazo, de mujer a mujer.

Belén

De: Ramón Freire Caamaño «ramon.freire@tele5.es»

Para: Ana Garrido «towanda66@hotmail.com»; Raquel Crespo García «raquel.crespo @tele5.com»

Enviado: 29 de abril de 2013 11:27

Asunto: Entrevista Tele 5

Hola Ana,

Soy Ramón Freire, director de La Noria. Siguiendo nuestra breve charla por teléfono del otro día, te confirmo nuestro interés en que vengas al programa que, como te comenté, es líder de audiencia en su franja horaria. Tenemos

previsto realizar la entrevista el sábado 11 de mayo. La hora ya te la aproximaría la semana que viene pero calcula sobre la medianoche. Sería un cara a cara con Jordi. Queremos que nos cuentes tu caso, cómo ocurrió todo, cómo lo viviste y cómo te está afectando en tu vida privada. En total 15 o 20 minutos aprox. Si tienes cualquier duda no dejes de ponerte en contacto conmigo. Una persona del programa (en copia en este email) te contactará a lo largo del día de hoy para coordinar. Un saludo. r.

Ese 11 de mayo, a media tarde, un chófer en un Audi negro la recoge a la puerta de su casa y la lleva a un plató de Mediaset, donde una chica de producción le detalla la escaleta del programa y después la conduce por el *backstage* hasta la «sala de estilismo».

En el camerino, mientras la peinan y la maquillan, Ana se fija en el rostro que le devuelve el espejo. Rara vez se siente con fuerzas para sostenerle la mirada, pero esta vez se obliga, consciente de que dos millones y medio de telespectadores observarán ese rostro, incluyendo personas a las que no ha visto en años. Es un rostro ajado por la vida, un rostro en el que no se reconoce. Le gustaría sustituirlo por la imagen que guarda de sí misma: la cara bonita, con un punto exótico y brillo en los ojos, de hace seis o siete años. Es como si su yo de entonces se hubiera truncado y habitara un rostro y un cuerpo que no son los suyos, y que se marchitan a gran velocidad. Si tuviera dinero, se operaría de todo. Para empezar, corregiría esos párpados caídos, provocados por la ptosis palpebral que padece, que le endosan por lo menos un lustro y le dan ese aire triste, compungido, que tanto odia de sí misma. Eso sería lo primero, pero luego seguiría por todo el cuerpo, hasta cobrarse los años que la vida le debe.

Después de esa primera parada en peluquería y maquillaje, la llevan por un laberinto de pasillos hasta el plató, detrás de una puerta enorme, ignífuga, como las que fabricaba Hugo. Por asociación de ideas, le viene su imagen a la cabeza. Se sorprende; hacía muchísimo tiempo que no pensaba en él. ¿La verá por la

tele? Es un pensamiento fugaz; enseguida, un nuevo estímulo capta su atención: otra sala; una sala de espera frente al plató.

Dentro hay un guirigay de voces. En una esquina, una televisión de plasma emite el programa en directo. Nadie le presta atención. Varias personas, ocho, diez, deambulan alrededor de una mesa con canapés y hablan por teléfono. Reconoce a varios de ellos: Jimmy Giménez Arnau, Ana Terradillos, Javier Sardà. Detrás de la mesa de los canapés, hay otra puerta de incendios, más pequeña, que da a una especie de patio interior donde se puede fumar. Allí se va directa, no porque esté especialmente nerviosa, sino para que no le entre el mono de nicotina durante la entrevista.

La espera se le hace eterna. Sobre las once de la noche, la asistente de producción la acompaña hasta el pie del plató. A su lado, esperando para entrar, está Ernesto Ekaizer y, unos metros más allá, un hombre trajeado, con unas gafas gruesas de pasta negra estilo Paco Umbral. Ekaizer, alto como es él, con un pie apoyado en el escalón del escenario, se inclina hacia ella y le susurra: «Ten cuidado, te están preparando una encerrona».

La «encerrona» a la que se refiere Ekaizer tiene que ver con el propio formato de la entrevista: no es el cara a cara con Jordi González que le habían prometido, sino una mesa-cuadrilátero. A la derecha del presentador-árbitro, Ana; a la izquierda, Ekaizer y el hombre de las gafas estilo Paco Umbral, Jaime González, el jefe de Opinión de *ABC*.

El tanteo inicial corre a cargo del presentador: por qué a Arturo le llamaban *el Albondiguilla*, cómo eran las fiestas en casa de Guillermo del Moral, si alguna vez se había planteado cambiarse de nombre… A ella le parecen unas preguntas absurdas, puro chascarrillo. Luego le toca el turno a los periodistas-púgiles, que despliegan la táctica del «poli bueno-poli malo»; uno finta y el otro golpea. Ekaizer, con un libro publicado sobre la trama Gürtel,

formula las preguntas más políticas; Jaime González, las más personales: si era verdad que había sido amiga de Arturo González Panero, si fue esa la principal razón por la que había entrado en el Ayuntamiento, si alguna vez había estado de baja por alguna enfermedad mental.

Ella se defiende del golpe bajo, explicando el acoso laboral que sufre. De repente, el hombre de las gafas arremete con un sonoro gancho: «¡Miente!», y ataca: «Usted mantenía una inmejorable relación con el alcalde, Alejandro García Soler, ¿o no es verdad que le envió el siguiente mensaje a su celular?», y lee en su móvil: «Alejandro, se me ha ocurrido una fórmula para que esto no nos perjudique ni a ti ni a mí. ¿Quedamos a tomar un café y te lo cuento?». Ana contraataca con un golpe espontáneo, instintivo, que arranca la carcajada del público: «Pues cuando le vea dígale que ya no hace falta que me responda».

Cuando termina el asalto y entra la pausa publicitaria, el periodista sigue increpando a la funcionaria a voz en grito, ante la perplejidad de buena parte del público, cuyo enfrentamiento presumía amañado.

Ana desconce detalles importantes sobre sus dos contertulios-contendientes: uno, que el jefe de Opinión de *ABC* es amigo personal de Alejandro García Soler y fue precisamente el alcalde quien, en pleno directo, le envió el SMS; y dos, que Ernesto Ekaizer es, a su vez, amigo de Agustín Gallardo, al que, al día siguiente, enviará este SMS:

> Qué aplomo el de tu amiga! Me ha maravillado. Me recordó a Carmen Alborch

Ya de madrugada, el chófer la lleva de vuelta a casa. Durante el trayecto, el móvil de Ana no deja de vibrar. Esa noche, su cuenta de Twitter pasa de apenas doscientos seguidores a casi cinco mil. Uno de ellos es Belén Santos, la mujer con la que se reunirá esa

misma semana.

CAPÍTULO XXII
Red de apoyo

Una de las cosas que más había sorprendido a Ana Garrido, a su vuelta de Costa Rica, fue el terremoto social que supuso el 15M. Aunque no participó en su gestación y el 15 de mayo de 2011 acababa de poner los pies en Barajas, como quien dice, solo comprendiendo la ola de solidaridad que desató su irrupción puede entenderse este capítulo.

La indignación original se canalizó a través de movimientos sociales —los sempiternos marginados de la política institucional española—, que cristalizaron en agrupaciones de diversas temáticas y calibres. Algunas alcanzaron una gran notoriedad, como la Plataforma de Afectados por la Hipoteca o las Mareas Ciudadanas; otras, en un plano local, pero igualmente esperanzador, se convirtieron en bancos de tiempo, huertos urbanos, espacios autogestionados, partidos municipalistas…

Es en la diversidad de estos colectivos, y en su naturaleza transversal, inclusiva, colaborativa, mutante, tecnológicamente educada, huérfana de modelos y líderes, donde se encuentra explicación a la red de solidaridad que se tejerá en torno a Ana Garrido. Personas anónimas y friquis de todo pelaje la acompañarán y abrigarán en su caída económica, social y moral.

Belén Santos es el primer nudo de esa red. Inspectora de Hacienda y activista a tiempo libre, ha fundado la asociación Punto de Encuentro y lucha contra la privatización de la Escuela de Música. Si te sientas con ella, en menos de diez minutos y sobre una servilleta, te explica por qué la privatización es tan mal negocio para las arcas municipales. Lleva casi un año dando guerra en *La Gaceta de Boadilla*, y en Change.org ha recogido casi seiscientas firmas, un hito de la movilización ciudadana en

una población tan adocenada como la boadillense.

Belén se propone organizar una concentración frente al ayuntamiento en apoyo de Ana. Enseguida se suman otros colectivos de la ciudad. Entre todos, se encargarán de los preparativos, que incluyen la convocatoria en redes sociales y el diseño de la pancarta que encabezará la marcha, con el lema: «Contra la corrupción y el acoso, todos somos Ana».

A la protesta, un sábado a mediodía, acude un grupo de unos cuarenta vecinos de Boadilla, lo más granado de la escuálida oposición al Partido Popular. Entre todos, apenas cubren el ancho de la pancarta. Destacan Ramón Roldán, un profesor de literatura al que Ana conoce por un antiguo proyecto de revista juvenil que finalmente no llegó a concretarse; Belarmino García, con algunas unidades de la plataforma cultural *Caballo Verde*, que aúna a poetas, escritores y artistas locales de medio pelo —por edad decir medio pelo tal vez sea exagerar—; Joaquín Kremel, el actor, que vive en Boadilla y ya se perfila como tuitero de éxito; algún representante de Equo, un movimiento ecologista; el secretario general de un partido de novísima creación: Podemos; los tres concejales de Iniciativa por Boadilla, el partido de Agustín Gallardo; los amigos de Ana de Bosquegolf; sus padres, los cuales, por su indumentaria, son tomados por infiltrados del Partido Popular y a punto están de ser expulsados; tres o cuatro personas que han venido desde Madrid; una de Asturias; y algunos músicos amigos de Belén, incluyendo a un señor con un saxofón. La foto es aún *gugleable*: «concentración Boadilla Ana Garrido». Búsquenla, seguro que les arranca una sonrisa conmiserativa.

El titular de *La Gaceta de Boadilla* resume a la perfección lo ocurrido: «A la manifestación de Ana Garrido no acude ni la propia Ana Garrido». Su ausencia, sin embargo, está justificada: acaba de cogerse la baja laboral y Julio, su abogado, no considera

prudente que asista.

Lo que la funcionaria no está dispuesta a perderse es el vermú posterior en la plaza de la Villa. Quiere agradecer a los manifestantes su apoyo. Allí, tomando unas cervezas al tonificante sol de mayo, conoce a los siguientes puntales de esa incipiente red de apoyo: Mariam, la mujer asturiana a quien la historia de Ana ha conmovido hasta el punto de haberse cogido un autobús desde Oviedo, y Juan Diego García Abengoz, alias *Gru*, por su foto y su *nick* de Twitter, que por su historia de amor con Ana merece párrafo aparte.

Quienes hayan visto la película *Despicable Me —Gru: mi villano favorito* en su insondable traducción al castellano— entenderán rápidamente por qué Diego eligió ese avatar y ese nombre para su cuenta de Twitter: es calvo, tiene la misma napia ganchuda y le gusta fingir ambivalencia entre los polos bueno y malo, como a esos villanos con corazón que tanto se estilan en las películas de animación modernas. A diferencia de su alter ego, el Gru de este libro no es la caricatura del cabeza de familia de clase media estadounidense. Su vida es mucho más precaria: padre soltero, camionero en paro y a punto de ser desahuciado, porque, según dice, su hermano lo ha llevado a la ruina. De ahí le nace la indignación con el sistema, aunque a primera vista no lo parezca, viendo el papel de relaciones públicas que adopta durante el encuentro. Habla con unos y otros, saca temas de conversación, cuenta anécdotas y chistes. Él lo justifica diciendo que ese día se siente especialmente feliz: a su hija le han ofrecido un trabajo de dependienta en El Corte Inglés.

Marian y Diego Gru arroparán a la funcionaria durante toda esa semana. Por sus respectivas circunstancias, ambos disponen de mucho tiempo libre. A partir de ese momento, Marian, *la Guaja*, le brindará una amistad incondicional, de llamadas a diario, escapadas cuando sus quehaceres se lo permitan y dinero cuando

haga falta. Diego, por su parte, aireará la vida de Ana como un viento de verano: la visitará casi a diario, cocinará para ella, la hará reír —algo impensable solo unas semanas atrás—, sacará a pasear a Vilma y a Dana, la nueva cachorrita, cuando las fuerzas flaqueen.

Ana se cuelga de Diego Gru no solo por la ayuda desinteresada que le presta —si es que existe realmente el altruismo—, sino por la ejemplaridad que ve en él, el optimismo con el que encaja los reveses de la vida y, sobre todo, la valentía que demostró al hacerse cargo de su hija tras el abandono de la madre. «No te conviene enamorarte de un muerto de hambre como yo», le advierte. Tarde. Un día, Diego le confiesa que están a punto de desahuciarlo y le pide quedarse un tiempo en el sofá de su casa. El tiempo acabará siendo indefinido.

Diego Gru le proporciona el cariño que no recibe desde hace años. Con él se siente protegida, la colma de atenciones, cocina de maravilla y siempre le dice lo guapa que está y lo afortunado que es por salir con una mujer como ella. Sea por el chute de oxitocina o por no tener que ir más a trabajar al Ayuntamiento, Ana empieza a remontar. Salen juntos a menudo; él conoce a mucha gente en Boadilla, sobre todo a la gente de los bares. Suelen ir al Cherokee a ver los partidos, jugar a los dardos, al billar.

Si en el primer semestre de 2013 apenas le quedaba un hálito de energía, el segundo es uno de los más frenéticos de su vida. Pasea su tiempo libre por platós de televisión, escribe sus ideas en un blog, *La honestidad tiene un precio*, twittea regularmente. Uno de sus planes favoritos durante el fin de semana es tumbarse con Diego en el sofá, poner *La Sexta Noche*, servirse un buen vino y engordar su cuenta de *followers* a base de tuitear sobre las sandeces de Inda y Paco Marhuenda: quince, veinte, treinta mil.

Entre semana, frecuentan el Patio Maravillas en Madrid, meca del anarcoactivismo, un espacio autogestionado donde confluyen

decenas de colectivos, se proyectan documentales, se imparten talleres. Diego Gru es muy conocido allí, porque cocina unos peroles enormes de legumbres o migas, que luego reparte en Tirso de Molina. A Ana no le gusta cocinar, así que aprovecha el tiempo aprendiendo bisutería, una actividad que contempla como posible salida laboral cuando —si todo va bien— deje de ser funcionaria.

Es precisamente en el Patio Maravillas donde conoce a un grupo de ciberactivistas, el Escuadrón Tuitero, que opera como una disciplinada tropa de *hackers*. La referencia militar no es casual; en su bío de Twitter, ellos mismos se presentan con el diálogo de cierta película bélica: «El escuadrón emprende la marcha: puede unirse a nosotros, si quiere. Pero ¿a dónde va el escuadrón? Al infierno. O a la gloria. Depende de cada punto de vista». A pesar de que sus miembros se autodenominan «milicianos», se organizan con una disciplina espartana para alcanzar el objetivo del *trending topic*: eligen fechas y horas concretas —que no coincidan con partidos de fútbol ni otros eventos masivos—, utilizan material preconfigurado para evitar improvisaciones, se retuitean y etiquetan los unos a los otros para conseguir masa crítica. Entre los «milicianos» más activos está Marquiños, cabo del Ejército en la vida real, que un día le muestra a Ana el tatuaje de una hoz y un martillo sobre uno de sus hombros; Inma, una canaria restauradora de frescos; y Pedro Arancón, que viene rebotado de otro movimiento, Escaños en Blanco. A ellos se suma Marian, *la Guaja*, que domina el Illustrator y les provee de contenido audiovisual: memes, aforismos, *clips*. Juntos impulsan el *hashtag* #AnaContraGürtel. En apenas dos semanas, consiguen cuatro *trending topics*.

Gracias a estos éxitos, el grupo se fortalece e impulsa la plataforma Ana contra Gürtel, que con el tiempo dará lugar a la Plataforma X la Honestidad, un auténtico lobby ciudadano con miles de seguidores.

Ana Garrido es la cara visible de todo ese activismo febril. El desparpajo y la solvencia que muestra en *La Noria* no pasan desapercibidas en según qué redacciones. Sus apariciones en medios se multiplican: *Hoy por Hoy*, *La Ventana*, *Julia en la Onda*, *Al Rojo Vivo*, *La Sexta Columna,* incluso a escala internacional, Euronews, BBC, *Le Monde*, alcanzando su cenit en una entrevista para *The New York Times*. Ana se convierte en un símbolo de la lucha contra la corrupción, el segundo problema del país, según el barómetro del CIS. Una de las razones por las que se presta a tal exposición pública es porque Julio, su abogado, cree que les favorece. Lo considera una táctica sutil de presión judicial y una manera de desmontar el recurso más frecuente de las defensas en los casos de acoso laboral: apelar a los problemas psicológicos de la víctima. Al menos en televisión, Ana parece una persona decididamente cuerda.

Cosa bien distinta son los medios locales; ya se sabe que uno nunca es profeta en su tierra. A medida que se acerca el juicio, *La Gaceta de Boadilla* publica una serie de artículos de opinión en los que se difunden todo tipo de libelos, insinuaciones y calumnias contra la funcionaria.

En paralelo a esta suerte de burbuja mediática —y probablemente gracias a ella—, la Fundación Hay Derecho lanza una solicitud en Change.org para que le concedan la Real Orden del Mérito Civil. En unas pocas semanas entregan en el Congreso ciento sesenta mil firmas. Sin embargo, García-Margallo, el ministro de Asuntos Exteriores encargado de tramitar el reconocimiento, desatiende la petición popular y le otorga la medalla a los embajadores de Omán y Kuwait, así como al marqués de Crémenes, socio y fundador de Eulen, empresa adjudicataria de una gran cantidad de obra pública, a la que en alguna ocasión se había vinculado con la trama Gürtel.

ANEXO 3

Creación de la plataforma Ana contra Gürtel

De: Marián Suárez García «anacontragurtelplataforma@gmail.com»
Para: Ana Garrido «anacontragurtel@gmail.com», Inmaculada Álvarez «canariacritica@hotmail.com», «miembros-plataforma-anacontragurtel@googlegroups.com»
Asunto: RE: Grupo en Twitter para apoyar a Ana
Fecha: 17 de noviembre de 2015, 0:35:30 CET

Buenas noches a tod@s. Perdón, que antes se me escapó el otro correo sin terminar.

Como bien expuso Inma el otro día, ya se ha creado el grupo de apoyo a Ana. Si hay alguien que no está metido en él y quiere participar, por favor comunicarlo porque de alguna persona no tenemos su alias. Deberéis dar el alias de Twitter y seguirme a mí @mariansugarci o a Inma @canariacritica para poder meteros.

El fin de este grupo es dar a conocer cualquier novedad que haya del tema. Así estaremos tod@s comunicados y la difusión por redes será más eficiente. Si alguien por lo que sea no quiere recibir notificaciones, podéis abandonar grupo. No os sintáis obligad@s a nada, porfa. Os agradecemos vuestro esfuerzo y dedicación.

Buenas noches, compañer@s. Esto va para arriba!!!!

Un abrazo.

Grupo de Redes.

CAPÍTULO XXIII
Juicio

Ana demanda al Ayuntamiento de Boadilla por acoso institucional. Reclama una compensación por daños morales, así como la resolución de su contrato. El juicio ya se ha pospuesto en dos ocasiones: la primera, cuando despidió a Jimena, la abogada del despacho de Carmen Almeida, y la segunda, cuando el perito de riesgos psicosociales de la Comunidad de Madrid rehusó declarar tras recibir presiones de sus superiores. Esta tercera tentativa tampoco ha estado exenta de contratiempos. La médico de cabecera se negó, en un principio, a facilitarle los resultados de una prueba que su abogado considera esencial para desmontar una de las posibles estrategias de la defensa.

Después de pasarse a primera hora de la mañana por el centro de salud, ya con el informe médico en su poder, Ana y Diego Gru llegan a los juzgados de Móstoles y aparcan el coche frente a un edificio gris, en una plaza gris y en un día gris —chispea— de octubre. A la entrada del edificio los esperan Julio, Marian y sus padres. Conversan brevemente en círculo mientras ella aprovecha para fumar un último cigarrillo. Después, Julio los guía por el interior de las dependencias judiciales hasta llegar a una escalera que desciende a un pasillo angosto, iluminado por la luz pajiza de unos plafones fluorescentes. Al fondo del pasillo está supuestamente la sala de vistas. Supuestamente porque, desde la escalera, no se ve la puerta. Lo impide una masa de gente emparedada, que estrecha el corredor hasta convertirlo en un desfiladero. Cuando el grupo se percata de la presencia de la demandante, se hace el silencio.

Ana se adentra por el desfiladero: da dos besos protocolarios a sus compañeras de concejalía —Lola, Goretti, Mónica, Alberto,

Raquel y Esther—, pasa de largo frente al grupo de concejales, se abraza con Mariajo, la secretaria de Alfonso, evita mirar a Jesús Hontañón, saluda a su psicóloga, se siente aliviada al ver a Juan, el técnico de Juventud de la Comunidad de Madrid, uno de los pocos testigos de la acusación, mira desafiante a Marcos Fernández Treviño, el jefe de Prensa que durante un tiempo trabajó para ella, y a un subordinado de este, y, llegando por fin a la puerta, se detiene junto al trío que forman Sagardoy —el abogado de cabecera de María Dolores de Cospedal— y otros dos colegas de su bufete.

A pesar del tumulto, echa de menos a ciertas personas: Lourdes, la que fuera su gran amiga en el Ayuntamiento; María José, su antigua jefa y ahora diputada en la Asamblea de Madrid; y Blanca. Ninguna de las tres ha querido declarar en su favor. Aun así, Ana se siente confiada. Las grabaciones le otorgan una ventaja inapelable. Sabe que saben que los grabó, pero no saben qué grabó, ni cuándo, ni a quién.

La sala de vistas es modesta. Un cuarto pequeño, sin ventanas, artificialmente iluminado, con el consabido estrado de madera en forma de U. Ana reconoce la escenografía y sabe el lugar que asumirá cada uno de los actores. Al fondo, el juez; a la derecha, Julio; a la izquierda, el abogado defensor, Sagardoy, junto a una pila de carpetas; al pie del estrado, el público, en varias hileras de sillas con un pasillo en medio; en primera fila, ella; detrás, sus padres, con Diego y Marian; al otro lado del pasillo, Jesús Hontañón, el jefe de Personal del Ayuntamiento, junto a los abogados del bufete de Sagardoy. Los testigos irán entrando en la sala a medida que sean citados y, cuando terminen su declaración, ocuparán las sillas vacías. Mientras los presentes van tomando asiento, fuera de la sala se oyen risas y una voz severa que manda callar.

La primera en entrar a declarar es Paloma, en calidad de

concejala de Personal. En su camino hacia el estrado cruza una mirada de perfecta indiferencia con Ana. Su hermoso rostro está sereno, relajado. Conoce perfectamente el protocolo. No en vano, antes de dedicarse a la política ejerció como jueza durante un tiempo.

—Señoría, con su venia. —Sagardoy se dirige a la testigo—. Señora Sánchez-Prados, ¿conoce usted a doña Ana Garrido?

—Sí, perfectamente. […]

—¿Cómo calificaría el desempeño de doña Ana Garrido al frente de la concejalía?

—Yo diría que excelente, Ana es una buena trabajadora.

—¿Y cómo describiría su relación laboral? Me refiero a la de usted con la demandante.

—Cordial, en términos generales.

—¿Tuvieron alguna vez alguna discusión o algún desacuerdo en relación con su trabajo?

—Sí, algunas veces discutíamos.

—¿Y sobre qué discutían?

—Sobre su categoría laboral. Ella estaba obsesionada con su ascenso. […]

Sagardoy va encaminando las preguntas hacia la gestión de la concejalía.

—Desde su perspectiva, ¿cómo calificaría el funcionamiento del departamento bajo la dirección de doña Ana Garrido?

—En general, normal, aunque tengo constancia de quejas por parte de sus subordinadas.

—¿Qué tipo de quejas?

—Quejas relacionadas con el trato que recibían por su parte.

—¿Y cómo le dijeron que era ese trato?

—Frío…, intimidante en ocasiones. Alguna vez, al parecer, les levantó la voz. […]

Sagardoy se mueve hacia cuestiones más personales.

—¿Conocía usted con anterioridad a la demandante?

—Sí, la conocía.

—¿Podría indicar si mantenían algún tipo de relación de amistad?

—Sí, así es.

—¿Cuántos años duró esa relación de amistad?

—Aproximadamente cuatro o cinco años, hasta que yo me mudé a Bruselas. Después, ella se fue a vivir a Costa Rica y ahí perdimos el contacto.

—Con base en esa relación personal, ¿cómo describiría usted la personalidad de doña Ana Garrido?

—La describiría como una persona muy dominante a la que, desde mi punto de vista, solo la importaba el dinero.

Ana se revuelve en su asiento. «¡¿Cómo?! ¿Que solo me importaba el dinero? ¡Y lo dice ella, que no paró hasta encontrar un marido rico!».

—Durante el periodo en que mantuvieron dicha relación de amistad, ¿tiene constancia de que la demandante sufriera algún trastorno de índole psicológico o psiquiátrico?

—No, no me consta.

—¿Y de que tomara algún tipo de medicación?

—Sí, hubo una temporada en la que empezó a tomar antidepresivos. Fue después de que perdiera a su hijo. Ella se había quedado embarazada por fecundación in vitro, pero tuvo complicaciones en la gestación. […]

Ana no pestañea. Ya lo esperaba. Se gira y mira a sus padres, para ver cómo han encajado el golpe. Su padre, imperturbable, sigue atento a la declaración. Su madre toquetea un rosario.

La siguiente testigo es Lola. Al comenzar su testimonio, le tiembla ligeramente la voz. Evita posar la vista en nadie. Si acaso, tras alguna pregunta, mira de soslayo a Jesús Hontañón, que asiente levemente con la cabeza.

—[…] Y en esa última época a la que nos referimos, tras el regreso de la demandante a la concejalía, ¿diría que el funcionamiento del departamento era normal? —pregunta Sagardoy.

—Sí.

Ana recuerda la cantidad de veces que Lola se quejaba de que las cosas estuvieran paradas a falta de la firma de Alfonso.

—¿Se considera usted amiga de la demandante?

—Hemos sido compañeras muchos años, y teníamos una relación cercana, pero nunca me consideré su amiga, no. […]

Ana suspira. ¡Vaya! ¡Por fin! Ya era hora de que se quitara la máscara y lo reconociera. ¡Encima bajo juramento! Piensa en los momentos que compartieron, dentro y fuera de la oficina: en las horquillas y las blusas de encaje de cuando empezó a trabajar, en la de veces que le tocó ir a recoger a sus niños del colegio, en las fiestas de disfraces, en el viaje que hicieron juntas a Marruecos, donde conoció a un hombre con quien luego se escribiría, y los remordimientos que eso le causaba, en aquella otra vez, en su despacho, cuando rompió a llorar, y le preguntó si quería que se fuera, y ella que no, que lo único que quería era que volviera la Lola de antes. Extrañamente, al margen del pinchazo de dolor, lo que siente es pena, pena porque en ese momento, más que en ningún otro de los que hayan vivido juntas, Lola le parece una pobre mujer.

Cuando la administrativa termina de declarar y se sienta junto a Paloma, la madre de Ana estalla:

—¡No tienes vergüenza! ¡Pues no has comido tú veces en mi casa! ¡Eres una cochina mentirosa!

El juez la reprende. Si vuelve a interrumpir, se verá obligado a expulsarla de la sala. Ana sonríe por lo bajini. «Cochina mentirosa». Su madre tiene a veces unas salidas que son la monda. La sesión continúa. Entran a declarar, por este orden,

Esther, Goretti y Mónica.

Esther fue quien le regaló a escondidas el póster de Costa Rica. Es una mujer creyente, recatada, de perfil bajo, como se dice ahora. Pasa por el estrado igual que por la vida, de puntillas, sin hacer mucho ruido. Aun así, a los pocos días, telefoneará a Ana para pedirle perdón. Se siente culpable por «haber dicho cosas que no quería decir».

Goretti es un peligro y Ana lo sabe. Además de lista, su plaza es de interina, y tal vez se sienta tentada a aprovechar la oportunidad para hacer méritos delante de Paloma y Hontañón. Su testimonio deja a las claras la principal estrategia de defensa: en el departamento todo funcionaba perfectamente, no había nada anormal. ¿Los retrasos y las cancelaciones de actividades? Lo habitual en una concejalía.

La declaración de Mónica sigue una línea similar a la de Goretti. Tampoco presenció conductas de acoso hacia Ana, ni aislamiento, ni exigencias disparatadas, ni vejaciones, ni amenazas; nada. Si acaso fue ella quien, en ocasiones, se sintió intimidada y humillada por su jefa.

Cuando termina Mónica, hay un receso de veinte minutos. La gente aprovecha para fumar, ir al baño y prepararse para el momento decisivo: las declaraciones de Mariajo y Alfonso.

Mariajo, *la Golosinas*, había sido una de las pocas aliadas de Ana cuando ocurrieron los hechos. Le enviaba correos electrónicos con los cambios y cancelaciones de última hora. Sin embargo, ante las preguntas de Julio, titubea y matiza. Los mensajes son suyos, indudablemente, aunque esos «ajustes», como ahora los llama, son habituales en la agenda de un concejal. Al bajar del estrado, mira a Ana y le pide perdón con los ojos.

Luego llega el turno de Alfonso.

—Señor Aguado —interviene Julio—, se ha dicho aquí que su concejalía funcionaba con total normalidad. Permítame

preguntarle: ¿considera usted que los continuos cambios y cancelaciones que se mencionan en los correos de su secretaria eran normales?

—Sí, completamente normales. El trabajo de un concejal consiste, básicamente, en reunirse con mucha gente, y siempre surgen imprevistos: alguien se pone malo o llega tarde o hay un atasco… Desgraciadamente así es, para bien o para mal.

—Me gustaría que escuchara la siguiente conversación entre usted y mi representada.

Con un gesto de Julio, Ana se acerca al estrado y coloca su portátil sobre la mesa. De los nervios, se lía con las carpetas y no acierta a encontrar los audios. Al final tiene que ser Diego, saliendo del público, quien los reproduzca.

—Ana, ahora no puedo atenderte…

—Joder, Alfonso, no me hagas esto. Llevo dos horas esperando y es la tercera vez que vengo. Ya está bien, ¿no? Solo necesito que me firmes diez hojas, contadas, es un minuto…

—Te digo que ahora no puedo, no tengo tiempo, salgo a una reunión fuera y ya llego tarde. Pásate la semana que viene, ¿vale?

—De verdad, es que no tienes vergüenza.

—Señor Aguado, ¿reconoce usted su voz en esta grabación?

—Sí, parece mi voz.

—Perfecto. Vamos a seguir.

Se escuchan cuatro cortes más en esa línea.

—También contamos con más de treinta correos enviados por su secretaria a mi representada, cancelando reuniones en el último momento. A mí me parece que esto no es muy normal, ¿no cree usted?

Sagardoy sale al quite:

—Señoría, me opongo. Se están emitiendo juicios de valor y especulaciones. Solicito se limite a hechos objetivos y verificables.

—Sustentada la objeción. Por favor, reformule la pregunta.

—Entendido, señoría. Reformulo: señor Aguado, ¿considera usted que esos retrasos en la firma pudieron haber paralizado el trabajo de mi representada?

—No, no lo creo.

—Muy bien. Diego, por favor, ¿podrías poner el corte número seis?

—*Es que no lo puedo entender, Alfonso, de verdad… Tenemos ese campamento parado desde hace semanas y ya no hay tiempo de anunciarlo.*

Alfonso se pasa la mano por la cara y el pelo.

—Tal vez recuerde el campamento al que alude el corte, en Hoyo de Pinares, Ávila, porque finalmente no se celebró, como consta en este correo electrónico que le envió mi representada. —Julio muestra un papel—. Señor Aguado, ¿reconoce este correo?

—Bueno, quizá pudo haber alguna situación así. En cualquier caso, sería algo excepcional.

—Ya… Señor Aguado, ¿recibía usted presiones de sus superiores para machacar a mi cliente?

—¡Protesto!

—… para obstaculizar el trabajo de mi cliente.

—No que yo recuerde.

—Diego, por favor, corte número siete.

—*Mira, Ana, yo es que…, es que ya no sé qué hacer, de verdad…, hay que llegar a una solución…, lo único que falta es que directamente me manden hacerte la vida imposible.*

—Me manden hacerte la vida imposible… ¿Quién o quiénes le mandaban hacer tal cosa?

—No me refería a nadie en concreto. Es solo una forma de hablar.

—Aah, entiendo, una forma de hablar…. Ahora dígame, señor Aguado, y piénsese muy bien la respuesta, porque le recuerdo que, como testigo, está obligado a decir la verdad y no querríamos

tener que plantear una demanda por perjurio. ¿No es cierto que, durante un concierto en las fiestas de Boadilla, usted le propuso a mi cliente ir a fumar y, cuando estaban a solas, le dijo, y cito textualmente: «Te lo van a hacer pasar muy mal»?

—Mmm, supongo que sería en el contexto del otro juicio que hubo sobre su categoría laboral. Siempre que hay un juicio, uno lo pasa mal.

—No estamos hablando del contexto, señor Aguado. Le he formulado una pregunta muy sencilla. Se la repito: ¿le dijo o no le dijo a mi cliente «Te lo van a hacer pasar muy mal»?

—Puede que lo dijera.

—¡Aah! ¡Puede que lo dijera! Eso ya me va gustando más.

A Julio le sale bien el farol. En realidad, no existe ninguna grabación de ese momento. Las siguientes preguntas son igualmente demoledoras. La secuencia se repite como un martillo: pregunta, mentira, grabación; pregunta, mentira, grabación.

La sala murmura. En primera fila, Jesús Hontañón frunce el ceño; Ana, por el contrario, sonríe a sus antiguas compañeras como diciendo: ¿y ahora qué?

Tras Alfonso, es el turno de Juan Argüeso, el técnico de Juventud de la Comunidad de Madrid encargado de coordinar y asesorar a los técnicos municipales. Julio muestra un correo electrónico enviado por Alfonso, en el que solicita a Ana la elaboración de un Plan Integral de Juventud para finales del mes siguiente, y le pregunta si un mes es un plazo razonable para entregar un documento así.

Argüeso explica que un plan integral es un proyecto que abarca un periodo de unos cuatro años y que, dada su importancia y su naturaleza directiva, requiere de una serie de pasos: establecimiento de objetivos y prioridades, diseño de estrategias, líneas de acción y planes concretos, coordinación con otras áreas como vivienda, seguridad, formación y empleo, así como la

elaboración de un presupuesto. Es un trabajo de por lo menos cuatro o cinco meses; tres, quizá, si se cuenta con dedicación exclusiva o con un equipo. Ante la pregunta de si una persona podría realizar ese trabajo en un mes, la respuesta es tajante: «imposible».

Cuando terminan todas las declaraciones, se procede al intercambio de documentos para contradicción. Julio le entrega a Sagardoy una carpeta de plástico, y este hace lo propio con la pila de archivadores que tiene a su lado. Julio solicita al juez unos minutos para revisar su contenido. Luego, coloca a su clienta a la derecha y le va pasando folios que él ojea a gran velocidad. Ana, menos avezada en la tarea, apenas puede intuir a qué se refieren, hasta que se fija en una hoja que le impide continuar.

Es la carta. La puta carta. Separa la hoja del resto de papeles y se pone a leer. Julio la apremia, pero ella no puede seguir. Necesita leer esa carta con atención, masticar cada una de las frases. Los otros papeles ya no le importan. La carta cierra con nueve puñales: las firmas de todas y cada una de las personas de su equipo, incluida la de Esther. De repente, sale disparada a por el bolso. Saca una bolsita de papel estraza y respira a través de ella.

Ana jamás olvidará esa carta; se le quedará encasquillada en el cerebro y la rumiará una y mil noches. Pasados unos años, cuando sus compañeras probablemente ya se hayan olvidado de ella, o no les importe una mierda, Ana seguirá fantaseando con escribirles a todas para preguntarles por qué. Por qué la firmaron. Cómo pudieron.

El juez levanta la sesión. Ana y su comitiva regresan a la plaza gris, ahora llena de charcos. Unos periodistas se acercan.

—Hola, soy Silvia, de *La Gaceta de Boadilla*, ¿qué valoración hace del juicio?

—Perdona, ¿cómo me has dicho que te llamas?

—Silvia.

—Mira, Silvia, te voy a responder por educación, porque seguramente tú estás en prácticas y no tienes ni puñetera idea de la gentuza para la que trabajas. Solo te pido que me hagas un favor, que compares lo que yo te voy a decir con lo que luego saldrá publicado en tu medio. […]

ANEXO 4

Enero 2024. Sentencia n.º 64/2014 del Juzgado de lo social número dos de Móstoles.

Se considera probada la situación de acoso laboral sufrida por Ana María Garrido Ramos y se condena al Ayuntamiento de Boadilla del Monte a extinguir su contrato laboral con una indemnización de 81.437 euros, más otros 14.887 por daños morales.

Este juez no considera satisfactorias las explicaciones dadas tanto por el concejal Alfonso Aguado como por los responsables municipales sobre las razones por las que se obstaculizó el trabajo de Garrido y da por probado que hubo una voluntad consciente e intencionada, propia o ajena, de hostigar y menospreciar a la trabajadora, perturbando la relación de trabajo y dejándola vacía de contenido. Podemos considerar que estamos ante un hecho lo suficientemente grave y reiterado en el tiempo como para habilitar la rescisión del contrato con la obligación empresarial de abonar la indemnización del despido improcedente.

Contra esta sentencia cabe recurso […].

* * *

A la atención de don Alejandro García Soler

Boadilla del Monte, a 23 de septiembre de 2013

Estimado alcalde:

Somos el personal de la concejalía de Juventud que dirige don Alfonso Aguado y nos dirigimos a usted para ofrecerle nuestro parecer con respecto a los acontecimientos que han tenido lugar en estos últimos meses.

En primer lugar, queremos manifestar que en ningún momento hemos sido testigos de conductas de acoso por parte de nuestros superiores jerárquicos hacia nosotras en nuestro lugar de trabajo.

Asimismo, tampoco hemos observado dichas conductas con relación a Ana Garrido Ramos. Al contrario, siempre ha habido un reconocimiento hacia su labor profesional.

Por último, queremos expresarle que Doña Ana Garrido sí ha mostrado una conducta de intimidación hacia el personal de Juventud que testificó en el anterior juicio de reconocimiento de su categoría profesional, por entender que las declaraciones allí vertidas eran desfavorables a sus intereses. Esta forma de actuar nos lleva a temer que, en caso de incorporarse nuevamente al trabajo, no dudará en tomar represalias contra nosotras. Por ello le rogamos que, en la medida de sus posibilidades, trate de evitarlo.

Atentamente,
Alberto Muñoz Serrano DNI xxxxxxxxx
Goretti Areces González DNI xxxxxxxxx
María Dolores Salas del Real DNI xxxxxxxxx
Raquel Vázquez Tabares DNI xxxxxxxxx
Mónica Lastras González DNI xxxxxxxxx
Elsa Rodríguez Pérez DNI xxxxxxxxx
María Paz de la Merced Marco DNI xxxxxxxxx
Esther Vasallo Moya DNI xxxxxxxxx
Carmen Salamero Yáñez xxxxxxxxx

CAPÍTULO XXIV
La Sexta Noche

Ya te podrás imaginar el subidón que me entró cuando gané el juicio. En aquel momento pensé que todo se terminaría ahí, que perdería de vista a esa gentuza y volvería a rehacer mi vida, pero qué va, no sabía la de juzgados que me quedaban aún por pisar. De la indemnización no cobré ni un duro, porque la sentencia aún no era firme. Recurrieron; primero al Tribunal Superior de Justicia de Madrid y luego al Supremo. Es lo que te decía del problema de denunciar a las instituciones: ellos tienen tiempo y dinero infinito y tú no. Pude ir tirando gracias a un *crowdfunding* que organizó Marian entre la gente de la Plataforma. Recaudamos bastante dinero. Hubo alguien, nunca supe quién, que puso diez mil euros.

No te creas que esta gente del Ayuntamiento se quedó de brazos cruzados. Como desde la oposición les metían mucha caña con lo de la sentencia, sobre todo en los plenos, empezaron una campaña de difamación por tierra, mar y aire usando a los medios locales. Cada vez que lo pienso, se me revuelven las tripas. Todos los días desayunaba con alguna nueva barbaridad. Te he mandado un listado de enlaces a los artículos. Todavía están colgados en internet, por cierto: que si yo había entrado en el Ayuntamiento por ser «la amiga», entre comillas, de Arturo; que si había estado no sé cuántos meses de baja por depresión; que si me había llevado dinero del Summercase… ¡Llegaron a decir que los de la Gürtel me habían pagado un sabático en Costa Rica! Marcos Fernández Treviño y compañía les pasaban fotos de archivo del Ayuntamiento: alguna cena, la Cabalgata de Reyes, y hasta de mi Facebook. Cualquier cosa les valía. Para que te hagas una idea, en diciembre sacaron una recopilación con las noticias más leídas

del año y, de las diez primeras, por lo menos siete eran mías.

Otro bulo que circulaba sobre mí era que me estaba forrando con mis apariciones en televisión, hasta el punto de que, en un programa de Ferreras, tuve que pedirle que por favor aclarara que yo no me llevaba ni un duro por estar allí. En realidad, era al revés: los que sacaban tajada a mi costa eran ellos, con cargo al presupuesto municipal. *La Gaceta de Boadilla* pertenecía al grupo Madrid Hoy, de un tal Federico de la Rosa, un tío que, por cierto, presenta ahora un programa en Telemadrid, y era también dueño de *La Gaceta de Pozuelo*, la de Las Rozas y alguna otra más. Si te fijas, todas ciudades gobernadas por el Partido Popular. Solo de Boadilla se levantaban trescientos mil euros al año en subvenciones.

Aunque, lógicamente, me molestaba que mintieran sobre mí, lo peor era que intoxicaban a mi entorno. Cuando me preguntaban por lo que salía publicado en prensa, me daba cuenta de que muchos dudaban de mis explicaciones. Normal. Tú te puedes defender de una noticia puntual, pero cuando es una tras otra, tras otra, la gente piensa: «Algo habrá».

Alguna vez que salía con Diego a tomar algo por Boadilla, me miraban como si fuera una apestada. No te imaginas la de veces que escuché comentarios a mis espaldas, que yo pensaba: «Pero ¿qué narices sabrás tú de lo que ha pasado o dejado de pasar?». Me planteé incluso mudarme de ciudad. Total, si ya no trabajaba en el Ayuntamiento, ¿qué más me daba seguir allí?

Con Diego las cosas empezaron a torcerse. Es verdad que él me había ayudado a remontar y estuvo a mi lado durante el juicio, pero, con el tiempo, la convivencia se fue deteriorando. Al principio bien, nos veíamos solo de vez en cuando; él se quedaba unos días en mi casa y luego se iba a la de su hija, y así. Cuando se mudó definitivamente, empezaron los problemas. Como ninguno de los dos trabajaba, estábamos siempre juntos,

parecíamos Pili y Mili, y discutíamos por todo. A eso se sumaba que mis amigos de la urbanización no le tragaban; no podían con su afán de protagonismo. Un día me hizo elegir entre ellos o él. Ahí cometí un error, no debí haber aceptado ese chantaje, pero yo seguía bastante bajita de ánimo y me aterraba la idea de perderle. Supongo que él se daba cuenta de mi dependencia y se aprovechaba de ello. Lo peor eran los prontos que le daban. De repente un día se enfadaba muchísimo y me dejaba, y al día siguiente se arrepentía y volvía. Esas montañas rusas de rupturas y reconciliaciones me desquiciaban. Lo pasaba fatal, pero se volvieron tan frecuentes que me fui convenciendo de que aquello no funcionaba.

Una de las primeras veces que lo dejamos fue en la cena en la que su hija nos presentó a su novio. Ella empezó a vacilarle, no recuerdo a santo de qué, pero noté cómo se iba encendiendo por momentos, porque esa era otra, no toleraba la menor crítica. También creo que lo de que su hija tuviera novio no le hacía ni pizca de gracia. De vuelta a casa, estaba fuera de sí, conduciendo a toda pastilla. Le dije que o relajaba un poco o me bajaba. En ese momento pegó un frenazo, paró el coche y me dijo: «Pues bájate». Pensé que lo decía de coña, porque, a todo esto, estábamos en mitad de la carretera, pero qué va, me tuve que volver andando, a las tantas de la noche, con un frío que pelaba. Cuando llegué a casa, sus cosas ya no estaban. A los tres días me pidió perdón. Que se le habían cruzado los cables. Mis amigos de Bosquegolf fliparon con la historia, no se lo podían creer viniendo de mí, pero yo estaba muy colada por este tío, lo reconozco. Otra vez fuimos a Málaga a ver a mis primos y, como no le dejé conducir en todo el trayecto, se cabreó. Según llegamos, me pidió que le dejara en la estación de autobuses y se volvió para Madrid.

En una de esas idas y venidas, me contó que una noche se había encontrado a Susana de la Jara en el Cherokee. Susana era una

concejala muy amiga de Alfonso. Le dije: «Pues me parece muy bien, ¿y qué me quieres decir con eso?». Entonces, no sé si para picarme o qué, me dijo que ella le había tentado. Esa fue la expresión que usó: «Susana me ha tentado». «Pues tú verás dónde te metes», le respondí.

Por si eso no fuera suficiente, luego estaba el tema económico. Diego tenía cero ingresos, y yo, que tampoco andaba muy boyante que digamos, era la que corría con todos los gastos. Al principio tiré del dinero del *crowdfunding*, pero la hipoteca es implacable, y detrás de un mes viene otro. Me di cuenta de que, al ritmo que iba, no podría hacer frente a las cuotas. Ahí me planteé empezar con el negocio de la bisutería, mudarme a otra casa y poner la mía en alquiler, como había hecho mientras estuve en Costa Rica.

Otra mala decisión que tomé fue la de prescindir de mi psicóloga, por el gasto que suponía. Aquella fue la primera vez que consideré seriamente la idea de quitarme de en medio. Llegué a escribir una carta, aunque creo que lo hice más para llamar la atención. Alguien que se quiere suicidar no lo dice, y menos le envía un *wasap* a su pareja para despedirse. Eso fue lo que hice. Diego avisó a mis vecinos y al minuto ya había gente en casa. Me llevaron a urgencias, pero convencí a la psiquiatra de que solo se me habían cruzado los cables. Aun así, me dijo que, por protocolo, tenía que elegir a una persona para que me vigilase durante las siguientes cuarenta y ocho horas. Elegí a Diego. Error. Esas cuarenta y ocho horas fueron un infierno, nos las pasamos discutiendo y lo dejamos definitivamente. Entre otras lindezas, me soltó que tenía información mía en su móvil y que estaba pensando en vendérsela a Susana de la Jara. ¿Tú te crees que eso se le puede decir a alguien que está tonteando con la idea del suicidio?

Después de ese episodio, pasé varios meses encerrada. Apenas salía de casa y evitaba a la gente. La única persona con la que

hablaba era con Marian. Ella seguía empujando por mí, y por la Plataforma, pero yo daba lo que daba. Seguía saliendo en los medios, eso sí, aunque con unos caretos que, ahora, cuando me veo…, madre mía. Justo por esa época, me llamaron para una entrevista con Iñaki López en *La Sexta Noche*, el programa estrella de la cadena. Míratela, sigue colgada por ahí. Si te digo que el día anterior estaba en un psiquiátrico por un intento de suicidio, no te lo crees.

Ahí se me juntaron tantas cosas que no las pude procesar. Por un lado, empecé a verme de nuevo con Diego. Yo sabía que aquello era una locura, que lo nuestro no iba a ningún lado, pero no podía con el duelo; le echaba muchísimo de menos. Después de que lo dejáramos, él se había ido a vivir a Villaverde, a un piso compartido, o eso me dijo. En la primavera de ese año, empezó a venir otra vez mucho por Boadilla. Se había afiliado a un partido local, Ganemos, o algo así, uno de esos que salieron por aquella época. Iba en las listas para las municipales. A ver, yo creo que este se metió en política para ver si rascaba algo, porque estaba tiradísimo. El caso es que lo volvimos a intentar, aunque duramos juntos nada y menos.

Después de esa nueva ruptura con Diego, intenté acercarme a mis padres. Llevaba ya un tiempo distanciada de ellos. Recuerdo que mucha gente me preguntaba: «Tus padres deben de estar muy orgullosos de ti, ¿no?», pero qué va, era justo al revés. Las veces que iba a comer con ellos, lo pasaba fatal. En una ocasión llegaron a decirme que la que se había buscado los problemas había sido yo. En casa tenían siempre puesto Intereconomía. Les encantaba el programa ese, *El gato al agua*. Una vez salió allí Mariano Rajoy y mi madre se levantó a aplaudir. A mí todo eso me hacía mucho daño, no podía entender que simpatizaran con la gente que me había destrozado la vida.

Un día quedé a comer con ellos en un centro comercial al que

íbamos a veces. Mi madre me preguntó qué tal estaba. Yo le dije: «Pues mal, mamá, ¿cómo quieres que esté? Sigo sin encontrar trabajo». Ella me contestó, lo recuerdo perfectamente: «Ay, hija, pero ¿es que no estás trabajando? No lo sabía». Luego le preguntó a mi padre si él lo sabía y también dijo que no. Mira, ¡se me puso un nudo en la garganta! Cuando trajeron la carta, se me caían los lagrimones. Les dije que no podía quedarme. Y mi madre: «Pero, hija, ¿qué te pasa?».

De camino al parking, mi padre trataba de convencerme para que no condujera. Yo, de la congoja, no era capaz de hablar. Más adelante comprendí que mi madre, la pobre, tenía principio de Alzheimer, pero en ese momento no entendía su falta de empatía y eso me desgarraba por dentro, me causaba una tristeza insoportable.

Según entré en el coche, empecé a tiritar, como si tuviera frío. Entonces recordé lo que me había dicho la psiquiatra: que si alguna vez me encontraba muy mal, fuera al hospital. Eso fue lo que hice.

En el hospital les conté lo que me pasaba y me subieron a la última planta, a Psiquiatría. Aquello parecía una cárcel de máxima seguridad. Había hasta que meter un código para subir en el ascensor, y no te dejaba en el pasillo, como en el resto de plantas, sino en un cuartito pequeño con una puerta. Si venía alguna visita, tenía que esperar allí hasta que le autorizaran el paso. Supongo que lo hacían para que no se asustaran con lo que había dentro.

No sé si fue antes o después de subir que me tuve que desnudar, quitarme los pendientes y todo lo que llevaba encima. Me dieron un pantalón y una bata verde, como a los presos. Luego me pesaron. Al ser fumadora, estaba que me subía por las paredes, necesitaba fumar un cigarro, pero no me dejaban. Lo recuerdo como algo superangustioso. El hospital Rey Juan Carlos tiene

forma redonda, así que me puse a andar por la planta, dando vueltas en círculo. Me crucé con varios pacientes. Aquello era espantoso. Sentía que yo no tenía nada que ver con esa gente.

Estuve allí varios días, no sé ni cuántos. Compartía habitación con una señora mayor, con el pelo alborotado, que no hablaba. Me daba miedo y apenas podía dormir. Creo que fue al día siguiente del ingreso, que estuve hablando con una enfermera, mientras veía a las sombras verdes paseando de un lado para otro. La enfermera me preguntó si había alguien a quien no quisiera recibir. Le dije que a Diego y a mis padres. Otra vez, me contó que mis padres habían ido varias veces al hospital, pero no les permitieron subir, y me dio una estampita de Santa Rita que mi madre había dejado para mí.

En otra ocasión vino a verme Irene, mi amiga de Bosquegolf. Según la vi aparecer, me abracé a ella. Le dije que no podía más, que me quería morir. Pasamos la tarde juntas, dando vueltas al círculo. Esa visita de Irene me hizo mucho bien, me sacó del shock. Empecé a relacionarme con la gente de allí. Recuerdo a una chica joven, gordita, que se autolesionaba; a otra, que oía voces; a un señor que me llamaba mucho la atención, porque parecía muy lúcido; a otro chaval que a veces hablaba normal y otras veces estaba como sedado. No sé qué les pasaba, y tampoco lo pude averiguar después, porque estaba prohibido intercambiar números de teléfono. Me di cuenta de que muchos de ellos regían, no estaban locos, solo eran vidas truncadas por algún motivo, tal vez por una experiencia traumática, como la mía.

Desde la ventana de mi cuarto se veía el paseo de Extremadura. Coincidió que uno de los días era viernes, un viernes de puente, y la carretera estaba colapsada de coches que salían de la ciudad. Yo miraba desde arriba y pensaba: «Ahí debería estar yo, camino de la playa o de cualquier otro sitio, en vez de estar dando vueltas por el locódromo».

No sé cuántos días llevaría ya en el hospital, a lo mejor una semana. Ese mismo viernes sacaron algo de la Gürtel por la tele. En ese momento me acordé de que, al día siguiente, tenía la entrevista en *La Sexta Noche*. De repente, me entraron unas ganas locas de salir de allí. La chica que se autolesionaba me dijo: «¿Que te quieres ir? Pues la llevas clara, no conozco a nadie que haya salido de aquí en menos de dos semanas». Ahí me saltaron todas las alarmas. ¡¿Dos semanas?! ¡Vamos, ni de coña! Tenía que ir a la entrevista, era en un programa de máxima audiencia. Fue ella, aquella chica, la que me dijo que la doctora se iba de puente y no volvería hasta el martes, así que mi única posibilidad era convencerla antes de que se fuera. Cuando vino a hacer la ronda, desplegué todo mi poder de persuasión. Le dije que solo había tenido una crisis de ansiedad por la reacción de mis padres, pero que ya me sentía mucho mejor, que necesitaba ir al programa a contar mi historia, que estaba segura de que iba a ser algo terapéutico para mí y, al contrario, que si no me daban el alta me hundiría.

A los demás pacientes les había contado que salía por la televisión, así que imagino que me verían…, o eso quiero creer, que se acordarían de mí, porque yo sí que me acordé de ellos.

CAPÍTULO XXV
Oregón

Aquella experiencia en la planta de Psiquiatría del hospital me hizo despertar. Yo pensaba: «Más bajo ya no puedo caer, así que ahora solo me queda subir». Como lo de mudarme a Costa Rica me había funcionado tan bien, pensé que otra bomba de humo me ayudaría; total, tampoco tenía nada que perder: la ruptura con Diego era definitiva, en Boadilla era una apestada, nadie me daba trabajo, y, para colmo, en esa época me reventaron la cerradura de casa un par de veces. No es que les tuviera miedo, siempre pensé que una de las ventajas de salir por la televisión era que me blindaba, pero la gente de mi entorno sí estaba asustada. Algunos me preguntaban si era seguro estar a mi lado.

En lo positivo, pensé que un cambio de aires me vendría bien. Con Vilma había mantenido el contacto; nos llamábamos de vez en cuando. Me imagino que sabes que dejó a su marido, el que la pegaba, y conoció a un americano bastante mayor que ella. Se casaron y se fueron a vivir a su casa de Oregón. En alguna de nuestras quedadas por Skype me proponía que fuera para allá; decía que allí seguro encontraba trabajo, que ya lo había hablado con James, su marido, y que estarían encantados de recibirme. Por otra parte, ya sabes la deuda que he tenido siempre con el inglés, así que pensé: «Oye, ¿y por qué no?».

Su planteamiento a medio plazo era vender su casa de Oregón y mudarse a Costa Rica. Vilma ya llevaba un tiempo tratando de involucrarme en ese proyecto. Quería que yo les ayudara a encontrar alguna propiedad grande, que se pudiera rehabilitar y que ofreciera la posibilidad de un alquiler vacacional. Soñábamos con la idea de pasar allí el resto de nuestras vidas.

James controlaba bastante de temas de construcción, no me

preguntes por qué, porque él era exmarine, pero muchas veces hablábamos de las características que debía tener la casa, la distribución de los espacios, los materiales…, cosas así. Le fascinaba todo lo relacionado con Centroamérica y se defendía bastante bien en español. Una de las principales razones por las que quería mudarse era porque padecía una enfermedad pulmonar crónica, igual que Vilma, que era asmática, y no les sentaba nada bien el clima de Oregón.

Para poder viajar, tuve que pedirle dinero prestado a mis padres, porque mi economía andaba de aquella manera. Me llevé a Vilma, claro, y no sé si…, sí, sí, también a Dana, porque ahora me viene la imagen de cuando cazaba ardillas por allí. Mi idea era buscar un trabajo de lo que fuera, hasta que aprendiera bien inglés, y, mientras tanto, ir prospectando el mercado inmobiliario de Costa Rica por internet.

Cuando llegué a Oregón, me encontré a una Vilma muy diferente a la de Costa Rica. No sé cómo explicarte…, como muy sumisa, muy poquita cosa. Ya sabes que ellas son muy de tener contento al marido, prepararle la cena, plancharle la ropa y todo eso, pero me pareció exagerado, aunque, bueno, por otra parte lo entendía, aquello era el sueño de su vida, y más después de todo lo que había sufrido la pobre. En fin, qué te voy a contar, ya sabes la de mujeres allá que sueñan con casarse con un gringo.

Yo dudaba un poco de esa relación, porque no pegaban mucho, y él me parecía demasiado mayor para ella. Alguna vez le pregunté a Vilma si tenían relaciones sexuales, y me dijo que no, que James no podía por su enfermedad. A lo mejor por eso le trataba tan bien, no sé. Por otra parte, es verdad que él también cuidaba de ella, era cariñoso y se preocupaba mucho por su salud.

Una de las cosas que sí tenían en común era la fe. Los dos eran muy religiosos, evangélicos pentecostales, creo, o algo así… Iban a la iglesia todos los domingos. Lo recuerdo bien porque yo iba con

ellos, y alucinaba con el despliegue de medios, nada que ver con las misas de aquí. La iglesia estaba toda llena de flores, había un coro en directo, tipo góspel, y músicos tocando, pero no lo típico de las películas americanas, allí no había negros, eran todos blancos y, además, gente superpija.

A las pocas semanas, me llamó una señora para que le diera clases de español. Le pregunté a James cómo podía llegar a la casa de esta mujer, porque ellos vivían en medio del campo y yo, claro, no tenía coche. Me dijo que ni se me pasara por la cabeza dar clases sin tener la Green Card, que él no iba a meter en su casa a una trabajadora ilegal. Esa salida me dejó muerta: primero, porque ya me dirás tú de qué iba a trabajar yo si no, y, segundo, porque con este hombre siempre había tenido muy buen rollo, que cuando hablábamos por Skype me llamaba también «hermanita». Cuando me soltó aquello, miré a Vilma como diciendo: «Joder, pensé que esto ya lo habríais hablado».

A ver, yo sabía que podía quedarme en casa de Vilma el tiempo que hiciera falta, pero no quería ser fuente de problemas. A él se le empezaron a cruzar los cables conmigo y, aunque en ese momento no entendía bien por qué, luego fui atando cabos.

Verás, cuando conocí a Vilma, ella ya era asmática, pero en Oregón los ataques le daban con más frecuencia e intensidad. De hecho, murió en uno de ellos. La casa de este hombre había sido antes de sus padres y abuelos. Estaba en medio de la nada, rodeada de campos de cultivo y, fíjate lo que te digo, creo que era eso lo que les afectaba, tanto a ella como a él. El viento soplaba muchas veces en dirección a la casa, y debía de traer restos de pesticidas, porque a mí se me empezaron a irritar los ojos, cosa que nunca me había pasado. Estas eran reflexiones que yo misma me hacía, claro, jamás las compartí con Vilma, y mucho menos con James. No sé si él lo habría pensado alguna vez, supongo que sí, pero también supongo era más fácil echarme la culpa a mí.

A James no le hacía ni pizca de gracia que fuera fumadora, aunque nunca fumé en su casa; siempre salía al porche. Luego empezó a tomarla con mis perras. Yo por las noches tenía muchas pesadillas, que arrastraba de la época en la que sufrí acoso. Pues se ve que, al dormir intranquila, a veces gritaba sin querer y mis perras se ponían a ladrar. Me decía que cómo era posible que no las escuchara. Luego empezó a obsesionarse con que Vilma soltaba mucho pelo y que, como el suelo era de moqueta, eso no le venía nada bien a su mujer. Él tenía también un perro y un gato, pero al parecer los suyos no soltaban pelo. Un día, hablando los tres, me dijo: «Si te quieres quedar aquí, tienes que elegir: o tú o ellas». A mí se me caían los lagrimones, miré a Vilma y le dije, medio en español, medio en inglés: «Pero ¿cómo voy a deshacerme de mis perras, si son lo único que me queda en la vida?».

Un día, a Vilma le dio un ataque de asma y tuvimos que llevarla al hospital. Cuando James y yo nos quedamos solos en la sala de espera, me dijo: «Que sea la última vez que vea a tus perras en mi casa».

Justo por esas fechas recibí un correo de Óscar Fonseca, un periodista de *El País*. Decía que alguien de Boadilla había entregado nuevos documentos sobre el caso Gürtel a la Policía y quería saber si yo estaba enterada. Le dije que no tenía ni idea, pero que me alegraba de que hubiera más pruebas que incriminaran a esos sinvergüenzas, porque la instrucción de ese caso seguía su propio curso. Por curiosidad, le pregunté si sabía quién había entregado la documentación. Cuando me llegó su respuesta y vi el nombre, casi me da un patatús: «Juan Diego García Abengoz», o sea, mi ex, Diego, Gru.

CAPÍTULO XXVI
Gru, mi villano favorito

Yo no entendía la razón por la que mi ex le había entregado unos documentos a la Policía, aunque ya me figuraba que algo bueno no sería. Óscar Fonseca me comentó que, entre los documentos, había audios y fotos de unas carpetas. Lo de las carpetas supuse que serían unos archivadores AZ que tenía guardados en el canapé de mi cama y que en su momento me sirvieron para el juicio de mi categoría profesional. Cuando hablé con Julio, me dijo que lo de los audios no le preocupaba, que seguramente serían los mismos que habíamos usado en el juicio por acoso, porque Diego también los tenía en su ordenador, pero que lo de las carpetas sí podía suponer un problema, porque podrían denunciarme por un delito de apropiación indebida o infidelidad en la custodia de documentos.

Entre el ultimátum que me había dado James y el acojone que me entró con lo de la posible denuncia, no lo dudé ni un segundo. Le pedí de nuevo dinero prestado a mis padres y me volví a Madrid. ¡Y menos mal!, porque ahora te contaré lo que pasó después.

El interés principal de esta gente, de Soler y compañía, siempre había sido el de conseguir los audios completos; primero, porque la sentencia de mi juicio no era firme, y esperaban encontrar en ellos alguna prueba que me comprometiera; y segundo, porque la oposición no dejaba de atizarles con lo de la condena por acoso, y eso les hacía mucho daño a nivel político.

Uno de los problemas con el que se encontraron fue el de justificar cómo se habían hecho con esas cintas sin mi consentimiento. Según contaban, un «vecino de Boadilla», así lo llamaban, se las había entregado a la Policía. Lo que no decían,

claro, era que el tal «vecino» era mi ex, ni que le habían untado. ¿Que por qué sé que le habían untado? Pues porque Soler se presentaba a los plenos acompañado de Diego, el supuesto «vecino de Boadilla». Imagínate, ¡Soler!, que desayunaba con la mujer de Aznar, y presumía de codearse con ministros y directivos del IBEX, junto a un muerto de hambre como mi ex. Raro, ¿no? Además, aunque esto ya fue más adelante, la expareja de Diego me llamó una vez. Entre otras lindezas, me contó que después de todo este follón, él consiguió un trabajo en el depósito de la grúa del Ayuntamiento de Las Rozas. Blanco y en botella, ¿no?

En cuanto al contenido de los audios, al principio pensé que serían los cortes que usamos para el juicio, pero qué va, resultó que eran las grabaciones originales. Diego había clonado mi ordenador. De esto me enteré a los pocos días de regresar de los Estados Unidos. Recibí una providencia del juez de la Rosa, que era quien instruía la Gürtel en ese momento, notificándome que habían volcado los datos de un disco duro que posiblemente fuera el mío, y me citaban para realizar un «expurgo», que consiste en eliminar de las pruebas los archivos que puedan afectar a tu intimidad.

El expurgo se llevó a cabo en las dependencias de la UDEF, en Canillas, la comisaría a la que solía ir cuando colaboraba con ellos. Me metieron en una sala con dos policías y una secretaria judicial, y me sentaron delante de un ordenador rojo que reconocí al instante: era el portátil de la hija de Diego. Me puse a revisar las carpetas y, salvo cuatro cosas personales de esta chica, el resto era una copia calcada de mi ordenador; ¡estaba allí hasta el inventario de cristalería que había hecho en el Tulemar!

Así fue como Soler y esta gente accedieron al contenido de mi ordenador, lo tengo clarísimo: no fue a través de la Policía, sino del juzgado. El Partido Popular estaba personado en la Gürtel como acusación, cosa que parece de aurora boreal, pero así era, y

eso les daba acceso a buena parte de la instrucción. Por supuesto, luego utilizaron esa información en su campaña de acoso mediático. Y si antes ya echaban pestes contra mí, imagínate ahora con una fotocopia de mi disco duro.

Muchas de las grabaciones duraban horas y horas. Eran conversaciones mías con Alfonso. Las que habíamos
usado en el juicio eran, obviamente, cortes seleccionados, porque los audios, en bruto, eran intrascendentes. Además, ya te dije que con Alfonso hacía el paripé, y fingía ser su amiga para sacarle más información. Bueno, pues basta que eso fuera así para que empezaran con el cuento de que había manipulado los audios y que, en realidad, yo tenía una buenísima relación con Alfonso y me había inventado lo del acoso para sacarle pasta al Ayuntamiento. Eso, por un lado; por otro, algunos medios como *El Mundo*, *La Razón* y *Libertad Digital* entrevistaron a mi ex y él, claro, me ponía de vuelta y media.

A mí todo eso me preocupaba, pero no por lo que pudieran pensar mis padres o mis amigos, eso llegó un punto en el que ya me dio igual. Me preocupaba porque la sentencia aún no era firme y yo seguía esperando el fallo del Supremo.

Este tipo de recursos los revisan siempre tres magistrados, pero el principal es uno al que llaman «ponente». En mi caso era una jueza a la que yo seguía por redes sociales y que, por cierto, no me daba buen *feeling*, porque no paraba de hacer cursos en bufetes afines al Partido Popular. El dictamen se retrasaba tanto que empecé a preguntarle a Julio si aquello era normal. Él me decía que sí, pero con la boca pequeña, porque cuando por fin salió la sentencia, cuatro años después, me confesó que también se había acojonado. Yo me emparanoié mucho con ese tema. Hubo un momento en el que estaba completamente convencida de que fallarían en mi contra.

Aparte del tema de los audios, estaba el lío con las carpetas. El

presagio de Julio se cumplió y, como a esta gente le sale gratis poner demandas, mientras que para ti es un derroche de tiempo y de dinero, me denunciaron por infidelidad en la custodia de documentos.

Menos mal que ahí estuve rápida y me adelanté a ellos.Como ya me lo olía, aprovechando que acababa de volver de Estados Unidos e iba a poner mi casa en alquiler, me fui al Registro del Ayuntamiento y les dije que, haciendo la mudanza, me había encontrado unas carpetas con documentación y las quería devolver. Eso me salvó, porque, en el juicio, la fiscal, que más que fiscal parecía mi abogada, dijo que no podía haber infidelidad en la custodia porque yo había devuelto las carpetas motu proprio y en todos esos años nadie las había echado en falta. Vamos, que me salvé de milagro.

Al final, la jugada esta del clonado del ordenador les explotó en la cara, porque el juez se topó con una grabación, de la que yo ya ni me acordaba, en la que Alicia, la secretaria de Francisco Correa, implicaba en la trama a Pío García Escudero. Cuando ese audio salió a la luz, se armó la marimorena, y no era para menos, la verdad, porque Pío García Escudero era por aquel entonces presidente del Senado, o sea, la cuarta autoridad del Estado, por detrás del rey, el presidente del Gobierno y el del Congreso.

Yo no había utilizado ese audio durante el juicio porque, evidentemente, no tenía nada que ver con lo que denuncié, que era acoso institucional. Era una grabación aislada. Resulta que un amigo mío organizaba un curso en la Cámara de Comercio y Alicia era, por casualidad, alumna suya. Ella le preguntó si debía incluir en su currículum su experiencia laboral en la empresa de Correa y él me lo comentó de pasada. Yo, claro, le pedí su contacto, porque me iba a ser útil para aclarar ciertas cosas, así que un día quedé con ella.

En esa conversación, Alicia cantaba *La traviata*: cómo era

Correa, cómo funcionaba la oficina y la gente que la frecuentaba. Mencionaba a unas cuántas personas: a Bárcenas y a su hermano, que por lo visto era un pieza; a Juan Luis Peñalba, el concejal que había denunciado antes que yo; y a Pío García Escudero, entre otros. No tenía desperdicio, la verdad.

La grabación se filtró y los medios de comunicación se hicieron eco enseguida. De nuevo, me llamaron de todos los programas habidos y por haber. A los pocos días me citaron para declarar en la Audiencia Nacional. Si te soy sincera, todavía no sé en calidad de qué: si de testigo, de interviniente, de imputada… Bueno, de imputada seguro que no, porque eso era precisamente lo que querían: imputarme.

Aquella vez fui a declarar sin abogado. Debí de pensar: «Pa chula yo», pero me salió el tiro por la culata. El edificio de la Audiencia Nacional estaba en obras, y se accedía por una puerta lateral. En la puerta colocaron unas vallas, y detrás de las vallas había un montón de periodistas. Reconocí a Miguel Ángel Campos, el jefe de Tribunales de la Cadena SER. Antes de entrar, me quedé un rato charlando con él. Me pidió un favor: quería que le dijera cómo era Alicia, porque hasta ese momento nadie la había visto.

Con Alicia solo había coincidido aquella vez, y hacía ya años, así que tampoco estaba segura de si la iba a reconocer. Al entrar en el vestíbulo del edificio, vi a dos hombres trajeados hablando con una chica que me daba la espalda. La rodeé y, al verla de frente, me di cuenta de que era ella, aunque me costó, porque llevaba unas gafas de sol y se había teñido el pelo de caoba. Como yo también quería hablar con ella, más que nada para pedirle perdón y explicarle que no había tenido nada que ver con la filtración, me acerqué. En cuanto me vio, se echó para atrás y me dijo: «Contigo no tengo nada de qué hablar». Sinceramente, lo entendí. Supongo que pensaría que le había querido tender una

trampa.

En esas, se nos acercó un funcionario y nos dijo que, como el edificio principal estaba manga por hombro, la declaración iba a ser en otro que estaba a un par de minutos andando. En cuanto lo escuché, salí volando a la calle y le conté a Miguel Ángel Campos cómo iba vestida Alicia. Fue el único que consiguió la foto.

En el otro edificio nos condujeron a una antesala donde nos quedamos esperando. Imagínate la escena: yo sentada en un banco; Alicia a un lado con su abogado y el abogado de Correa, y, al otro, seis o siete chavales de unos veinte años entre los que estaba el hijo de Arturo, a quien yo conocía desde que era un bebé. No sé qué hacían allí, la verdad, supongo que estarían citados por otro tema.

Cuando vi a Alicia con los dos abogados, ya supuse que habrían llegado a un acuerdo, y que contaría cualquier historia. Le tenía pánico a Correa; ella misma lo confesaba en la grabación, que ese tío no se cortaba ni un pelo, era de los que, a la mínima, te mandaba a un sicario.

Cuando entré en la sala a declarar, me acojoné. Era una sala minúscula y estaba a rebosar; no sé cuánta gente habría allí metida. Estaba el juez de la Rosa, Concha Castell, la fiscal que me había interrogado con Pedreira, la secretaria judicial, otro hombre que creo que era abogado del Estado y, no te exagero, como veinticinco tíos, los abogados de cada uno de los imputados, todos de traje y corbata. Enseguida me di cuenta de que había cometido un error no habiendo contratado a un abogado, por lo menos para que me asesorara con la estrategia, porque no sabía por dónde tirar y esa gente tenía más peligro que una caja de bombas.

Durante el interrogatorio, los abogados me hicieron un montón de preguntas acerca de mi hermano, mis vecinos, mi vida fuera del Ayuntamiento… Cosas que no venían a cuento. Empecé a

sentirme acorralada. El peor de todos era uno ciego que a veces salía por la tele. No veas el tío cómo retorcía las cosas. Yo miraba al juez y a la fiscal como diciendo: «¿De verdad vais a permitir que me traten así?». Total, que como nadie paraba la sangría, pensé: «Muy bien, pues si vienen a por mí, voy a defenderme igual que hacen ellos», y me puse a responder a todo con un «No me consta». Bueno, bueno, pues no veas el rapapolvo que me echó el juez, que a qué jugaba, que si yo estaba allí para colaborar con la justicia.

Al rato, pidieron por fin un receso y aproveché para ir al baño. Me encerré en una cabina y me hinché a llorar. No sé cuánto tiempo pasó cuando oí que alguien entró y se puso a llamar a la puerta: «¡Ana! Ana, ábreme, que soy…». No me acuerdo del nombre, pero era la secretaria judicial. La dejé pasar. Ella me cogió de las manos y me secó las lágrimas. Yo le decía: «¿Qué está pasando? No entiendo nada, ¡yo no soy la delincuente!». Y ella: «Lo estás haciendo muy bien, Ana, date cuenta de que ellos van a intentar pillarte por algún lado». Y yo: «Sí, pero el juez… ¿por qué no les frena?». Lo que me respondió entonces nunca se me olvidará: «Porque tiene otros intereses. Sería muy largo de explicar, pero créeme si te digo que a él lo que menos le importa es la verdad». A todo esto, el juez de la Rosa empezó a aporrear la puerta del baño: «¡Venga, venga, que tenemos que empezar ya!». Fue una situación kafkiana, te lo juro, pero a esta mujer le estaré siempre agradecida. En cuanto a lo que me dijo sobre los intereses del juez, nunca llegué a entender a qué se refería exactamente.

CAPÍTULO XXVII
Piso okupa

Al final, todo quedó en nada. Alicia se retractó, dijo que se había tomado tres pacharanes y se había venido arriba. Lo único que conseguí con todo ese lío fue ganarme otra demanda por injurias y calumnias que me interpuso Pío García Escudero. La demanda se archivó, porque ya me dirás qué sentido tenía, si yo a ese hombre no le había acusado de nada, pero fue otra gota más en un vaso a punto de rebosar. Supongo que ya te imaginarás todo lo que vino después, o sea, contrata a un abogado, intenta negociar con el suyo, recibe amenazas por las redes, cómete el tarro…

Lo único que buscaban, en realidad, era el titular de que yo estaba imputada, para seguir dándome caña en medios locales y sembrar dudas sobre mí. También para coserme a demandas, claro, y que me desangrara económicamente. Lo consiguieron; ambas cosas. Por eso tomé la decisión de poner mi casa en alquiler. Estaba ya muy hartita de Boadilla.

Primero me fui a vivir una temporada a Sevilla la Nueva, con unos amigos, y de ahí me alquilé una caseta de madera en un mercado de artesanía que acaba-
ban de abrir por la zona. Ahí fue cuando me metí más en serio en el negocio de la bisutería. Me encantaba; primero diseñaba las piezas y luego las ensamblaba. Se me pasaban las horas volando, y me olvidaba de todo y de todos.

Si tuviera que describirte aquella época, no sabría ni por dónde empezar. Vivía en la precariedad y en la inestabilidad. Comía de latas del supermercado o de las ofertas que sacaban de hamburguesas a un euro, e iba de un sitio a otro como pollo sin cabeza. Tenía mil frentes abiertos: abogados, medios de comunicación, mercados ambulantes, la Plataforma X la

Honestidad, correos de otros denunciantes de corrupción… Una locura.

Marian venía a visitarme cada dos por tres y hacía todo lo posible por ayudarme. Ella era la vicepresidenta de la Plataforma X la Honestidad y estaba muy volcada con el proyecto. Movió otro *crowdfunding* con el que fui tirando unos meses más. Además, se encargaba de las redes y organizaba charlas y reuniones para darnos a conocer. En una de esas charlas conocí a Elpidio Silva.

No sé si te suena este hombre. Elpidio Silva era un juez al que habían inabilitado por otro caso de corrupción: el caso Blesa. Blesa era un banquero, amigo de no sé quién, que estaba metido hasta las cejas en el tinglado este que tienen montado aquí en Madrid. Este hombre se suicidó antes de declarar por el caso Bankia, bueno, o le suicidaron, porque hay quienes le consideran uno de «los muertos de la Gürtel», como a Pepe Iberia, a Rita Barberá y algún otro que falleció en extrañas circunstancias.

Por no desviarme del tema, Elpidio se me acercó y me dijo que quería reunirse conmigo porque creía que su caso tenía ramificaciones con la trama Gürtel. Un día me citó en su casa, un piso antiguo en una perpendicular a la calle Princesa. Allí me pidió una serie de documentos que, según él, vinculaban ambos casos. Luego me comentó que estaba tratando de montar un partido político, RED se llamaba. A ver, lo que quería este hombre era sacar un escaño para aforarse y blindarse legalmente, está claro, pero en aquel momento pensé que era otra víctima del sistema, igual que yo.

El caso es que Elpidio me invitó al evento de presentación de su partido. Cuando terminó, lo típico de estos actos, que te pones a hablar con unos y con otros. Yo estuve charlando con un hombre que no pegaba allí ni con cola: alto, supereducado y vestido con un fular y una gabardina muy elegantes. Parecía de la Gestapo. Me contó que él también había sido víctima de corrupción, cosa que

me pasaba con bastante frecuencia, quiero decir, lo de que la gente se acercara a contarme su historia, no sé si para desahogarse o porque esperaban que hiciera algo al respecto.

El caso es que me hice amiga de este hombre. Él era catalán, pero paraba mucho por Madrid. Cada vez que venía, me llamaba y quedábamos a comer o a tomar algo. Tenía una empresa de embarcaciones de recreo y se relacionaba con gente de pasta, aunque estaba arruinado, precisamente por la historia que me contó. Aquello le estaba afectando también en sus relaciones familiares: su mujer y su hijo le daban de lado. Fíjate, eso es algo muy común entre los denunciantes de corrupción. Sus familias, en cuanto empiezan a sufrir las consecuencias económicas y sociales, les culpan a ellos en lugar de a los corruptos. Yo le entendía, a mí me había pasado algo parecido con mi propia familia.

Una vez me invitó a pasar unos días en su casa, una masía cerca de Tarragona. Le dije que no quería causarle más problemas familiares, pero aun así insistió. Pasamos unos días muy agradables. Salimos a navegar un par de veces, y su mujer me trató fenomenal. Durante la estancia, me contó que tenía un piso en Madrid que en su día alquilaba, solo que el banco se lo había embargado. Me dio las llaves y me dijo: «Toma, puedes quedarte en él hasta que ejecuten el embargo». Fue así como terminé en el piso okupa, como yo le llamo, en la calle Embajadores, cerca del barrio de Lavapiés.

La primera vez que entré allí me quedé muerta. Estaba sucísimo, lleno de polvo, colillas y desconchones por las paredes. Parecía la casa de la familia Monster: el suelo crujía, los techos eran superaltos, los muebles del año catapún y había unas lámparas de araña horribles. Marian me ayudó a adecentarlo. Lo pintamos de naranja, para darle un toque de color, y compramos un sofá de segunda mano, una tele y una mesa de trabajo. Intenté

vender los muebles, porque me daban muy mal rollo, pero no se los llevaron ni regalados.

El piso se convirtió en una especie de embajada para activistas. Por allí pasaba gente de todo tipo, de la Plataforma, por supuesto, pero también de otros movimientos y personas que a lo mejor venían a Madrid un par de días y se quedaban a dormir. A mí eso me daba la vida. Salíamos por Lavapiés o nos quedábamos directamente en casa, en el salón, tomando unas cervezas y arreglando el mundo. Una vez organizamos una quedada de tuiteros. ¿Te suenan Protestona, Anita Botwin, Perra Roja de Satán, Xabi Planeta? Eran estrellitas; tenían miles de *followers*. En aquella época, ser un tuitero famoso era como ser ahora un *influencer*.

Perra Roja de Satán se llamaba Vanesa. Ella, Xabi y yo nos hicimos muy amigos. Vanesa me ayudó con el negocio de bisutería; controlaba mucho del tema. Teníamos el piso lleno de cuerdas, cueros, abalorios, pegamento… Nos poníamos ella y yo, mano a mano, y en un día a lo mejor sacábamos quince o veinte piezas, entre pendientes y pulseras. Luego yo las vendía por los mercadillos. No me daba para vivir, pero algo me sacaba. Xabi era otro personaje. Este llevaba unas rastas hasta la cintura y *piercings* por toda la cara. Había vivido en una comuna en Francia y tenía un mapa con los pisos vacíos de la Sareb. Él se iba moviendo de uno a otro. Aunque era un chaval —yo le doblaba la edad—, aprendí muchísimo con él.

Los vecinos se pasaban la vida llamando a la Policía, dejándome notas en el buzón o pintadas en la puerta: «Okupa», «No te queremos aquí» y cosas así. Era un desmadre, lo reconozco, pero yo me lo pasaba genial. Una vez, Vanesa y Xabi se empeñaron en cambiar la lámpara del salón por una de esas bolas de papel del Ikea. Montaron una especie de procesión con la lámpara antigua, que era gigante. Le pusieron velas y la sacaron como un paso de

Semana Santa, con música y todo. Mira, cada vez que lo pienso… ¡qué risas!

Yo, en esa época, estaba superactiva en redes. En Twitter tenía más de cincuenta mil seguidores. Me movía con auténticos friquis. A veces, alguno me decía: «¡Anda, ¿tú eres Ana?! ¡¿La de Ana contra Gürtel?!». Conocí a mucha gente de esos círculos: cantantes como César Strawberry, actores como Alberto San Juan, políticos como Vicky Rosell, Ada Colau, Margarita Robles…, por no hablarte de tus colegas de profesión: Sardà, Escolar, Javier Gallego, Ana Terradillos, Jesús Cintora, Elisa Beni, Cristina Fallarás… Era un rollo muy esquizofrénico; o sea, por una parte, estaba en la cresta de la ola, y me relacionaba con gente superfamosa, y, por otra, no tenía ni para comer.

Siempre cuento la anécdota del premio que me concedieron los de la Fundación Hay Derecho, de Elisa de la Nuez. Estos eran los mismos que me habían propuesto para la Orden al Mérito. La ceremonia incluía una cena en un hotel de cinco estrellas que quedaba en una paralela a la calle Génova, justo detrás de la sede del PP, así que hubo muchas bromas al respecto. En esa cena coincidí con el juez que te comenté que había trabajado con Paloma, el que me dijo que era más vaga que la chaqueta de un guardia. También conocí al chico este que tiene una columna en *El País*, uno jovencito, con barba, sí, hombre, que fue novio de una del PP. Bueno, ahora no me sale el nombre, da igual; luego escribió un artículo sobre mí que no me gustó nada.

El caso es que el trofeo era una especie de rectángulo grande de metacrilato. En la casa okupa no había lavadora. Yo lavaba la ropa en la bañera, que no tenía tapón. En el desagüe ponía un vaso al revés, para que hiciera efecto vacío, pero debía tener mucho cuidado porque al menor roce se iba el agua, así que cuando vi aquel ladrillo de metacrilato, pensé: «¡Mira tú qué bien me va a venir para sujetar el vaso de la bañera!».

Esa misma noche, cuando volví a casa después del premio, según estaba aparcando, el taxi que venía detrás pegó un frenazo. Me asusté. Del taxi salió un tío muy raro, con un abrigo hasta los tobillos, un bigote que yo creo que era postizo y una funda de guitarra. Empecé a hacer tiempo dentro del coche para ver lo que hacía. Se puso a atarse los cordones de los zapatos. En ese momento vi que entraba por la calle el camión de la basura, así que aproveché para bajarme del coche y correr hacia el portal de mi casa. Entonces, el hombre me cortó el paso y me preguntó, con acento extranjero, si había por allí algún restaurante abierto, cosa que también me mosqueó, porque debía de ser como la una de la noche. Le indiqué un sitio que creía que podía estar abierto, y luego vi que el tío se fue en la dirección contraria.

A ese incidente le di muchas vueltas, porque no era la primera vez que me pasaba algo así. Ya venía con la mosca detrás de la oreja por una Camper azul con los cristales oscuros y una pegatina de Asturias que estuvo aparcada varias semanas frente al portal. En el salpicadero, había un cenicero. Yo todos los días le sacaba una foto con el móvil. Algunos días estaba lleno de colillas y otros vacío, pero la furgoneta no se movía de allí.

En otra ocasión, yendo a una comisión de investigación en la Asamblea de Madrid, noté que un coche me seguía. Un coche con dos tíos dentro. Aflojé la marcha para que me adelantaran y, en un semáforo, frené en seco. Ellos se saltaron el semáforo, pero enseguida se quedaron en segunda fila a esperarme.

No sé, a lo mejor eran paranoias mías, ya te digo que por esa época estaba muy sugestionada, pero yo creo que no eran situaciones aisladas ni casuales. Tenían un propósito: marcar territorio, decirme «Sabemos dónde vives».

CAPÍTULO XXVIII
Paranoia

El tema de la paranoia empezó con Diego, mi ex. Si no llega a ser por ese gilipollas, yo habría ganado el juicio, me habría ido a mi casa, habría rehecho mi vida y santas pascuas. Fue él quien me la lio con lo del clonado del ordenador, las carpetas, el audio de Alicia, la infidelidad en la custodia de documentos y todo lo demás. Bueno, pues lejos de contentarse por haberme jodido la vida, se dedicó a acosarme.

Sus primeras amenazas me llegaron por WhatsApp, con aquello de que iba a venderle información mía a Susana de la Jara y a la gente del Partido Popular. Mi ordenador no sé cuándo lo clonó, aunque estoy casi segura de que fue en la época en la que volvió a Boadilla, se metió en política y retomamos la relación. Y te digo más: no descarto para nada que buscara la reconciliación con ese propósito, porque estaba desesperado por encontrar curro, ya fuera por lo civil o por lo criminal. De hecho, fue él quien les buscó a ellos, no ellos a él.

Cuando consiguió el trabajo en el depósito de grúas, pensé que me dejaría en paz, pero qué va, siguió con la matraca. Fue cuando me demandaron por infidelidad en la custodia de documentos y pasó todo el lío con Alicia y Pío García Escudero. Él empezó a salir en prensa, en medios afines al PP. Contaba auténticas barbaridades sobre mí: que si había sido la amante de Arturo, que si había sustraído documentos del Ayuntamiento, que si me había gastado el dinero del *crowdfunding* en spas… Me tocó tanto las narices que le metí una querella por difamación, a él y a los de *Libertad Digital*. Ese juicio lo gané. Les condenaron a indemnizarme. Bueno, pues ¿a ti te han pagado? A mí tampoco.

Cuando recibió la notificación de la querella, se volvió completamente loco. Me amenazaba por Twitter. En una sola noche podía recibir, tranquilamente, diez o quince tuits suyos etiquetándome. Había otras dos cuentas que le seguían la bola: una de una tal Teniente O'Neill, y otra de una tía de un pueblo de Badajoz que debía de ser su pareja, porque este no paraba de subir fotos con ella diciendo que era el amor de su vida, como para darme celos. Que, vamos, ya ves tú los celos que me daba.

Entre los tres lanzaron un *hashtag*, #BoadillaContra Ana, donde básicamente se dedicaban a ponerme a parir. Empecé a recibir un montón de privados de esa mujer, la tal Teniente O'Neill. Uno de los mensajes se me quedó grabado hasta el punto de tener pesadillas con él. Era un *gif* de una tía vestida de militar apuntando a la cámara con una pistola y apretando el gatillo. No sé por qué me acojoné tanto, la verdad, después de todo lo que me había pasado. Quizá fue la gota que colmó el vaso. El caso es que lo denuncié a la Policía.

La Policía se lavó las manos. Me dijeron que, al no conocer la identidad de la persona, no podían hacer nada. Como tenía tropemil seguidores, pedí ayuda por Twitter. Dos personas la conocían: al parecer era barrendera en Bilbao. Imagínate lo desesperada que debía de estar que, en cuanto lo supe, cogí el coche y me planté allí. Estuve preguntando a operarios de limpieza y a vecinos hasta que di con su casa. Entré en el portal y le saqué una foto al buzón. Luego volví a la comisaría y les dije a los policías: «¿No queríais saber la identidad de esta tía? Pues ya está, se llama fulanita de tal y vive en tal calle de Bilbao. Ya podéis hacer vuestro trabajo».

Otro día me llamó una ex de Diego, una tal María Ludovica, con la excusa de hacerme un pedido de bisutería. Me contó que nos había simultaneado, que lo sabía porque, cuando limpiaba su coche, a veces se encontraba pelos blancos de perro, o sea, de

Vilma. Ahí fue cuando me dijo lo de que, gracias al clonado del ordenador, había conseguido el trabajo en el depósito municipal de la grúa. Y, bueno, no le saqué más información porque me daba pena, la pobre. Estaba también muerta de miedo. En fin, no me quiero extender más sobre este asunto; me provoca mucho cansancio vital.

¿Qué te estaba contando antes? ¡Ah, sí! Lo del piso okupa. No sé cuánto tiempo estuve allí, creo que un año, o a lo mejor más. Fue el año ese del premio de Hay Derecho y la quedada con los tuiteros. 2016 o 2017. Un año muy político también, con un montón de elecciones y mucha gente muy metida en ese tema. Casi toda la gente con la que yo me movía era de Podemos. Por aquel entonces estaba de moda. Organizaban debates y asambleas de barrio. Me invitaron a algunas. Contaba mi caso y me dejaban vender bisutería. Mucha gente me compraba, aunque solo fuera por echarme una mano.

A mí lo de la política nunca me había supuesto un problema; tenía amigos de todos los colores. Ten en cuenta que, cuando empecé a trabajar en la colonia de Orcasitas, casi todos mis compañeros eran de izquierdas, porque en lo social hay siempre mucho rojerío, pero una cosa es que yo tolere tus ideas y otra muy distinta que las comparta, o que quiera afiliarme a tu partido. Siempre puse mucho cuidado para que no me asociaran con ningún partido, y mira que he tenido ofertas: de UPyD, de Ciudadanos, ¡hasta del PSOE! Es verdad que yo venía de donde venía, porque eso va mucho con la educación. Mi padre era capitán del Ejército, y mi madre, sor estampitas. Yo misma llevé durante un tiempo la típica pulsera con la bandera de España. Creo que por eso, y por mi forma de vestir, me ubicaban en un lugar donde tampoco estaba cómoda.

Lo que intento decirte es que a veces me sentía presionada, como si me quisieran imponer su rollo político, y eso me provocaba

rechazo. Una vez, en uno de los debates del piso okupa, una chica vasca me preguntó si no me daba vergüenza que mi padre fuera militar. ¡Imagínate, en mi propia casa! Me entró una rabia por el cuerpo. Le respondí: «Mira, tía, mi padre es un tío de puta madre, que enseñó a leer y a escribir a un montón de gente, y tú no eres quién para juzgarle, porque, entre otras cosas, no tienes ni puta idea de las razones por las que acabó siendo militar». Pues nada, imposible hacerla entrar en razón. Según ella, ser militar te convertía directamente en un torturador, y punto. Y como ella, mucha otra gente así: fanática.

Luego mucho «Sí se puede», mucho golpe en el pecho y mucha militancia, pero en cuanto llegaron las primeras curvas les dejaron más solos que la una. Recuerdo unas elecciones en las que sacaron unos resultados muy malos. Habían montado un acto de cierre en la plaza del Reina Sofía al que no fue casi nadie. Como yo vivía a tiro de piedra, en Embajadores, me acerqué hasta allí con Xabi. En una carpa a espaldas del escenario estaban todos estos: Errejón, Monedero, Bescansa, Ramón Espinar… Xabi y yo nos colamos y hablamos con ellos. Intentamos animarles. Aunque no fueran de mi cuerda, yo sí pensaba que eran necesarios para dar un vuelco al tablero político. Monedero me dijo: «Tía, nunca te vamos a dejar sola». En fin, palabras bonitas tengo para dar y regalar. Hechos cero. Nunca hicieron nada por mí, pero, vamos, ni ellos ni ningún otro partido. A mí solo me han ayudado personas anónimas: Belén, Marian, Inma, Vanesa, el hombre este que me dejó las llaves del piso okupa, tú, que escribes mi historia, la gente que en los *crowdfundings* ponían diez, quince, veinte euros. Esa gente.

Después del piso okupa, me mudé a Mallorca. Te conté que Vanesa me había estado ayudando con el tema de la bisutería, ¿verdad? Ella era de Palma. Esta chica se implicó a tope conmigo, y me consiguió un permiso para poner un estand en la feria de

artesanía de Alaró. Allí vendí muchísimo, infinitamente más que en cualquier otro mercadillo de los que había estado. Me dejé llevar por la euforia, pensé que había encontrado mi sitio, y me mudé a la isla, pero, vamos, en la siguiente feria, en Alcudia, palmé pasta. Esa es la vida del artesano ambulante: días en los que vendes un montón y otros en los que te vuelves a casa con las manos vacías.

Fue allí, en Palma, cuatro años después del primer juicio, donde recibí la noticia de mi vida.

Tuit de @AnaGarridoRamos, 13 de noviembre de 2017.

Hoy celebramos una gran VICTORIA CIUDADANA. El supremo por fin ratifica la sentencia x acoso laboral contra el Ayuntamiento de Boadilla!!!

Trataron de enterrarnos. No sabían que éramos semilla. Ganamos los buenos. 🥳 🥳 🥳 #AnaContraGürtel #GanamosLosBuenos

* * *

Tuit de @AnaGarridoRamos, 14 de noviembre de 2017.

Después del alegrón de ayer, ya solo me queda esperar otro juicio, el más importante, pero a ese me daré el gustazo de ir de público.

Arturo… nos volveremos a ver!!! #AnaContraGürtel

CAPÍTULO XXIX
Cronología de una espera

25 de marzo de 2015

Cuando, a principios de 2011, Ana declara por primera vez ante el magistrado Pedreira —que había sustituido al defenestrado Garzón—, su voz frágil y su cuerpo gastado le impresionan. Aquel hombre, que le recuerda a Wojtyla y que, según la prensa, había truncado una prometedora carrera futbolística en el Deportivo para dedicarse a la judicatura, padece un párkinson que lo consume por dentro. Por esa razón, le han asignado un ayudante que gestiona el papeleo y lo asiste con sus graves problemas de movilidad.

Se da la circunstancia de que el ayudante, Rafael N. G., había sido colocado «a dedo» por la Comunidad de Madrid, sin concurso de méritos, contraviniendo la norma del propio Poder Judicial, que establece que tales puestos deben ser cubiertos por personal interino. Esta irregularidad motiva la denuncia que la oposición presenta ante la Audiencia Nacional. Acusan a Rafael N. G. de ser un espía del Partido Popular; no en vano, es una de las tres únicas personas con acceso completo a la instrucción del caso.

El 25 de marzo de 2015, *El País* publica el siguiente titular: «El Gobierno de Aguirre fichó para la campaña de 2007 a un asesor al que luego colocaron en el "caso Gürtel"». Preguntado al respecto, Rafael N. G. declina ofrecer explicaciones y se limita a negar categóricamente ser militante de ningún partido.

Algunos meses después de la declaración de Ana Garrido, el juez Pedreira sufre un accidente cerebrovascular que lo mantiene hospitalizado durante tres años. Es sustituido brevemente por el juez Ruz y, más tarde, por el juez de la Rosa. Muere el 11 de

agosto de 2015.

2 de noviembre de 2015

Es una tarde de perros: llueve y hace viento. Echando un cálculo aproximado, a la mitad de los asistentes al velatorio el muerto se la trae al pairo. Van porque son gente educada, de ley y orden, y de un cierto estatus. Por allí se dejan caer el alcalde, que aparece junto al presidente de Iberia, varios concejales, tanto de esa legislatura como de la anterior, alguna cara medio reconocible del partido, funcionarios del Ayuntamiento y un puñado de compañeros de la aerolínea, no demasiados.

Disimulan, pero hay quienes sienten hasta un cierto alivio, aunque los más aliviados no estén allí, sino a unos cuarenta kilómetros en dirección noreste, a la altura de Soto del Real. Los que contemplan al muerto a través de la vitrina de la sala, al verlo tan maquillado y sereno, piensan: «Míralo qué guapo está así, calladito». Delante de la viuda y los huérfanos, guardan las formas y lo recuerdan como a un cachorro de buena persona, de esos que hurtan flores para regalar a su mamá y dan de comer a las palomas. Y probablemente todo eso deba de ser verdad, aunque también es cierto que el muerto guardaba información sensible de muchos de ellos, información que, según en qué manos cayera, podría llegar a comprometerlos: fechas, destinos, acompañantes.

Lo único seguro es que tal información jamás saldrá ya de esos labios gruesos y babosos. Pero quizá no de los de su mujer, o al menos eso piensan Ana Garrido y Agustín Gallardo cuando se presentan en el velatorio, conscientes de que pisan territorio comanche. Muchos los miran con desprecio, y murmuran a ver qué pintan esos allí. Sin el menor disimulo, y con el muerto aún en caliente, como quien dice, la pareja le pregunta a la viuda por las carpetas. Ella no sabe a qué carpetas se refieren. Insisten.

¿Qué va a hacer con las carpetas? La viuda se enroca, ¿a qué carpetas se refieren? No la sacan de ahí.

En 2016 llega una citación del juez. Tarde, como a tantos otros testigos de la Gürtel. Pepe Iberia ya pasó a mejor vida, al igual que las carpetas. Todos duermen el sueño de los justos.

3 de febrero de 2016

Catalina de Erauso, la Monja Alférez, le envía un mensaje privado por Twitter para advertirla de que alguien ha *hackeado* su página de la Wikipedia. Ana se sorprende, ni siquiera sabía que tenía una entrada allí. Cuando la lee, descubre detalles interesantes sobre su biografía, como que la enchufaron en el Ayuntamiento de Boadilla, que ha padecido varias enfermedades mentales, incluido un trastorno disociativo de la personalidad, y que se pegó la vida padre en Costa Rica a costa de algún empresario de la trama Gürtel. En la foto de perfil, aparece tumbada en playa La Macha, en una pose sugerente.

La entrada la firma una tal Teniente O'Neil.

26 de abril de 2016

Una mañana de primavera del año 2009, Teresa Cabrera, *Techi*, que a la sazón suma veintitrés abriles, sale de la casa de sus padres, en la urbanización Bonanza de Boadilla del Monte. Dos policías la abordan y le entregan una citación para declarar como imputada en un caso de corrupción. La noticia la deja estupefacta; jamás ha oído la palabra «Gürtel» y menos aún conoce a ninguno de los acusados. Más adelante, descubrirá que uno de ellos realizó varias operaciones de blanqueo de capitales con un viejo Nokia registrado a su nombre.

Cuando el 26 de abril de 2016 Ana espera en la antesala del juzgado de la Audiencia Nacional, ignora qué hace allí un grupo de chavales, entre los que se encuentra el hijo de Arturo Gómez

Panero, quien declarará: «No sabía para qué quería el teléfono; ni se lo pregunté. Pensé que sería para hablar con sus abogados o con alguna de sus amantes». Y su amigo, Fausto Cabrera, *Tito*: «Llegó al colegio y nos dijo que pagaría 50 pavos a quien le trajera un móvil antiguo con tarjeta prepago y que estuviera desbloqueado. Yo fui a casa y cogí un teléfono que me encontré por allí».

Era el antiguo Nokia de su hermana Techi.

26 de diciembre de 2016

Agustín Gallardo, [26.12.16 19.35]
Ana, estás bien?????
Ana Garrido, [26.12.16 19.47]
Si, por?
Agustín Gallardo, [26.12.16 19.47]
No solo por saber. Es que me está preguntando la gente
Ana Garrido, [26.12.16 19.48]
Como que te está preguntando la gente. Te están preguntando el qué?
Agustín Gallardo, [26.12.16 19.48]
Nada, dejalo. Tú estás bien, no?
Ana Garrido, [26.12.16 19.48]
Si, ya te he dicho que estoy bien

Unos minutos después de ese intercambio de *wasaps*, Fanny, una trabajadora del servicio de limpieza del Ayuntamiento, llama por teléfono.

—¿Sí?

—Hola, ¿podría hablar con la madre de Ana Garrido?

—¿Cómo? Yo soy Ana Garrido. ¿Por qué quieres hablar con mi madre? —La voz al otro lado del teléfono empieza a sollozar.

—¿Ana?

—¿Quién eres?

—Soy Fanny.

—¡¿Fanny?! ¿Y para qué quieres hablar con mi madre?

—No, perdóname, es que me ha llegado un *wasap* tuyo…

—¿Un *wasap* mío?

—No, bueno, sobre ti. Jo, no veas qué alegría me da de oírte. Me llegó un mensaje de que estabas muerta.

—¿Cóóóómo?

—Sí, jo, por eso llamaba a tu madre, para darle el pésame, pero me alegro de que estés bien. Jo, lo siento.

—Fanny, no me estoy enterando de nada, ¿qué dices de un *wasap*?

—Ahora te lo mando. Es un *wasap* que me ha llegado por una persona y que está circulando por el pueblo.

> Fanny, [26.12.16 21.42]
> (Reenviado muchas veces) Ha muerto Ana Garrido, la funcionaria del ayuntamiento que decía haber destapado el caso Gürtel y salió muchas veces por la tele contando «su historia». Se conoce que no pudo soportar el peso de sus propias mentiras y se ha ahorcado esta mañana en el puente de la M-50.

7 de noviembre de 2017

El inspector M*** declara en una comisión de investigación del Congreso. Carolina Bescansa, diputada de Podemos, formula las preguntas.

—¿Cuáles son los principales ayuntamientos y comunidades autónomas afectadas por la trama?

—Eeh… —vacila el inspector, usando vocalizaciones de relleno para calibrar la adecuación de cada palabra—. Las piezas que se han abierto afectan a distintas administraciones, concretamente… aah… al Ayuntamiento de Boadilla del Monte, al Ayuntamiento de Pozuelo de Alarcón, al Ayuntamiento de Majadahonda, al Ayuntamiento de Madrid, a la propia comunidad autónoma, así como… eeh… a la Comunidad

Valenciana… eeh… y en una extensión, a la Comunidad Autónoma de Castilla y León y al Ayuntamiento de Jerez.

—¿En qué momento comienzan los actos presuntamente delictivos y cuándo concluyen?

—La organización… eeh… se empieza a configurar a principios de los años noventa y la finalización de sus acciones… eeh… está marcada por la fecha de la intervención judicial que se produce en febrero del año 2009.

—¿Estaríamos hablando, por tanto, de delitos continuados?

—Mmm… Esa es una tipificación que no me corresponde a mí valorar. […]

—Además de los casos de lucro personal, ¿qué fue exactamente lo que se financió con los fondos obtenidos de la trama Gürtel?

—Sí, bueno, en la pieza que se está investigando hay… eeh… indicios de financiación de campañas electorales y gastos corrientes del partido. […]

—En esos papeles aparecen dos tipos de personas, las que aportaban fondos y las que recibían esos fondos. ¿Podría señalarnos quiénes fueron los principales receptores?

—Mmm…, bien…, en ese objetivo que nos marcó el magistrado de identificar y verificar la relación de nombres que se correspondían con las anotaciones, nosotros… aah… solo identificamos a ciertas personas, bien fuera con iniciales, con nombre, con nombre y apellidos… mmm…, pero la verificación de los aspectos económicos de esas identidades fue competencia de la Agencia Tributaria.

—¿Nos podría detallar dicha relación?

—Son, bueno, personas… eeh… que han ocupado alguna posición de relevancia en la estructura de la formación política.

—¿Se encuentra en esa lista el señor Javier Arenas?

—Mmm… —Pausa valorativa larga—. Sí, bueno, indiciariamente sí.

—¿Pío García Escudero?
—Eeh… indiciariamente sí.
—¿Álvarez Cascos?
—Indiciariamente sí.
—¿El señor Mariano Rajoy?
—Indiciariamente sí.
—¿El conjunto de los secretarios generales del Partido Popular?
—Indiciariamente sí. […]
—Y, para finalizar, quería preguntarle si está probado que se utilizaron fondos por un valor de al menos cuatrocientos mil euros para la compra de un paquete de acciones del medio de comunicación *Libertad Digital*.
—[…] y, como consecuencia… eeeh…, efectivamente, hemos podido verificar que dicha operación financiera se llevó a cabo.

16 de enero de 2018

Ana cobra el dinero de la sentencia. Dedica una buena parte de la suma a saldar la minuta de sus abogados. Con el remanente, se lanza a emprender. Monta una tienda *online* de productos solidarios: ropa, café, juguetes hechos a mano. El proyecto, sin embargo, acaba siendo un fiasco. Agobiada por las deudas, decide poner a la venta su casa de Bosquegolf.

22 de octubre de 2018

La bomba que mata a Daphne Caruana en la aldea de Bidjina, a unos veinte kilómetros de La Valeta, es detonada por control remoto. El nudo amorfo de hierros en el que se convierte el coche es desplazado ochenta metros del lugar de la explosión. De su cuerpo apenas quedan restos.

El asesinato no sorprende a nadie; la periodista llevaba años recibiendo amenazas de muerte por investigar la corrupción del gobierno maltés. El hijo de Daphne apunta al primer ministro: «O

dio la orden, o dio a entender que quería la muerte de mi madre».

Gracias a la ola de indignación que se desata en la isla, los hermanos Degiorgio —los sicarios que colocaron la bomba— serán encarcelados. Aún se desconoce quién les pagó. Ningún político ha sido juzgado por esos hechos.

Ese mismo año, Ana Garrido y Daphne Caruana, a título póstumo, son galardonadas con el Premio Anticorrupción de la ONG Transparencia Internacional, el más prestigioso a nivel mundial. La gala se celebra en Copenhague y recogen el premio la propia Ana y el hijo de la periodista.

Al terminar la ceremonia, la española se lanza a por los canapés. Tiene hambre.

15 febrero de 2019

Ana Garrido se muda a Malta.

15 septiembre de 2019

Ana Garrido se muda a Mijas, Málaga.

25 de agosto del 2021

Titular de *El País*: «El Comité de Derechos Humanos de la ONU considera que el Tribunal Supremo condenó al juez Garzón sin garantías».

Entradilla: «El órgano considera que existen dudas objetivamente justificables de que el exjuez tuviera "acceso a un tribunal independiente e imparcial" y exhorta a España a borrar los antecedentes penales por prevaricación en las escuchas del caso Gürtel».

Editorial de *El Mundo*: «Garzón y su nuevo espectáculo judicial».

Cuerpo del texto: «El afán de protagonismo y la ambición de poder de Baltasar Garzón le han llevado a escenificar un nuevo espectáculo con el que alimentar su victimismo. Así, después de

que tanto el Tribunal Constitucional como el de Estrasburgo —este último, la más alta instancia que contempla nuestro ordenamiento jurídico— inadmitiesen los recursos presentados por el exmagistrado, Garzón ha recurrido a un órgano no judicial en su ansia por conseguir su reingreso en la carrera judicial. Porque el dictamen del Comité de Derechos Humanos de la ONU que califica de «arbitraria» la sentencia del TS no es vinculante ni puede, por tanto, provocar una revisión —y menos aún una anulación— de una condena en firme por parte de un tribunal español».

10 de septiembre de 2021

Recibo una llamada telefónica de Ana Garrido.

—Ey, hola, Ana, ¡qué sorpresa! Supongo que leerías mi correo, ¿verdad?

—Síií. ¡Qué bien que estés de vuelta en España, Martin!

—Gracias. Estoy contento, aunque también triste por dejar aquel paraíso, ¡qué te voy a contar!

—Uff, no me lo recuerdes. ¡La de veces que me he arrepentido!

—¿Por dónde paras ahora?

—En Conil de la Frontera.

—¿Conil? Te perdí la pista en Malta.

—Pues antes estuve en Mijas… Voy de mudanza en mudanza.

—Ya veo, ya. ¿Vienes alguna vez a Madrid?

—Sí, alguna vez, a visitar a mis padres. Están en una residencia.

—Ah, OK.

—Escucha, tengo que hablar contigo un día estos para pedirte un gran favor.

—Cuéntame.

—Quiero que escribas un libro contando mi caso, ¿te acuerdas que lo hablamos en Costa Rica?

—Sí, me acuerdo.

15 de noviembre de 2021

Tuit (hilo) de @AnaGarridoRamos

Llevo años pidiendo un careo con Esperanza Aguirre porque creo que estuvo implicada en las represalias que sufrí por no decir que fue la que manejó los hilos en la sombra. Ayer me llamaron para salir en un programa de televisión, por la apertura del juicio de la Gürtel y, ¡OH, SORPRESA! Una de las tertulianas es la sra. Aguirre! Ardo en deseos de "comentarle un par de cositas" a esta señora 👹 #AnaContraGürtel

El presentador introduce el debate:

—[…] Ana, tengo a dos políticos aquí en la mesa que quizá quieran hacerte alguna pregunta: Esperanza Aguirre y Abel Caballero. Esperanza, dale tú.

—Bueno, yo no tengo ninguna pregunta. Eso es algo que pasó hace muchos años, y solo puedo condenar lo ocurrido —dice Esperanza Aguirre.

—Pues podía haberlo condenado cuando era usted la presidenta y pasó lo que pasó.

—¿Ah, sí? ¿Y qué pasó?

—Pues que yo denuncié la trama Gürtel y me hicieron la vida imposible hasta arruinármela por completo.

—No, no…, pero mire…, ese señor está procesado y entonces los jueces han funcionado y ese señor se va a sentar ahora en el banquillo…, que además tenía un mote, ¿no?… mmm… ¿Cómo le llamaban? Albond… —La política, incómoda, trata de desviar el foco.

—Sí, Albondiguilla.

—Exacto, o sea, lo importante en este caso, para mí al menos, es que aquí se está haciendo justicia y ese señor, si tiene que ir a la cárcel, pues irá a la cárcel.

—Pero ¿se da cuenta de que usted era la presidenta, es decir, su

jefa, cuando ese señor era alcalde?

—No…, pero yo creo que…, no, no, yo había dimitido ya. ¿En qué año denunció usted?

—No, no había dimitido. En el año 2007 yo le escribí una carta contándole todo lo que estaba ocurriendo y más tarde usted dijo en el Congreso aquello de «Yo destapé la Gürtel».

—¡Ah¡, pero es que eso es verdad…, yo destapé la Gürtel.

—Señora Aguirre, no me haga reír…

—Un momento, un momento, pero sería porque te leíste la carta de Ana, ¿no? —bromea el presentador.

—No, no, yo no me acuerdo de esa carta.

—Claro que se la leyó, porque se la pasó a Francisco Granados y así lo reconoció una vez en una entrevista de *El Mundo*, pero bueno, que da igual.

—Sí, bueno, pero eso… Mire usted, los que tienen que juzgar son los jueces, y a mí nadie me ha pedido cuentas por este asunto, al menos que yo sepa, así que le ruego que no insinúe cosas que no son. […]

A cierre de edición de este libro, Esperanza Aguirre sigue de pertinente tertuliana en el magazín *Todo es mentira*.

17 de noviembre de 2021

La mujer del Toyota rojo cruza el polígono industrial de San Fernando y se detiene frente a la verja del aparcamiento de la Audiencia Nacional. Un guardia de seguridad la aborda:

—¿En calidad de qué viene usted, señora?

—En calidad de espectadora. —La ironía pasa desapercibida para el interlocutor, que le abre la barrera.

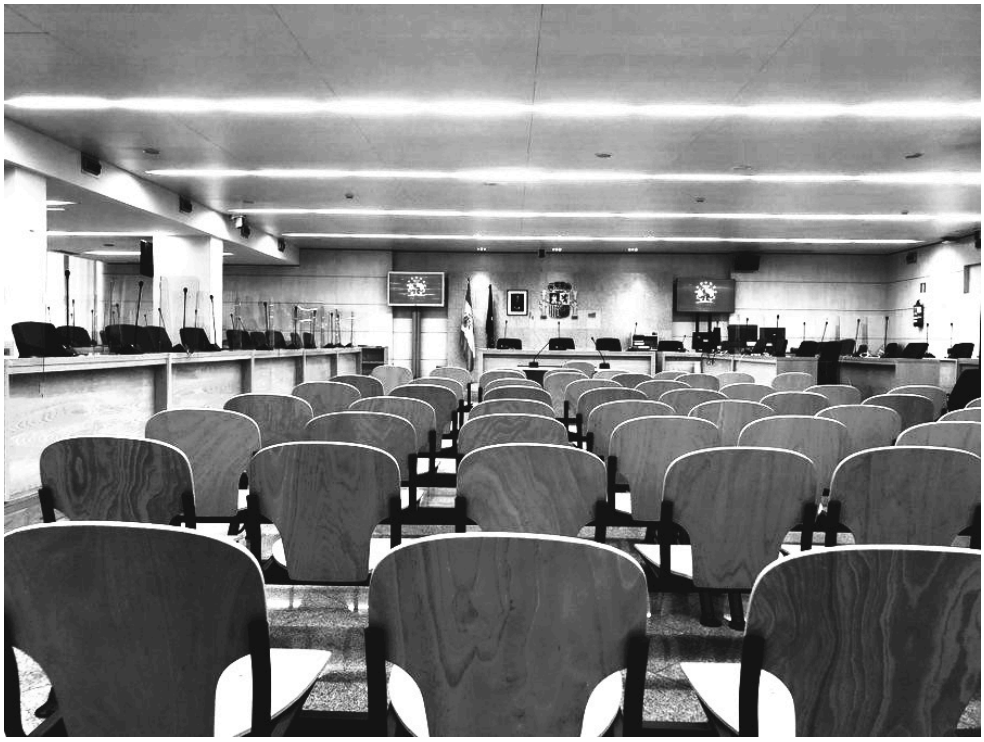
Ana nunca ha asistido a un juicio como público; siempre le tocó representar algún papel. y «representar» es, según ella, la palabra adecuada. Hace tiempo que lo ve cínicamente así: como un teatro. Una obra de la que hoy se dispone a disfrutar y tal vez participar,

si se dan las circunstancias propicias. El maquillaje y el vestuario forman parte de la escenificación y han sido elegidos a conciencia: traje ocre elegante, zapatos de tacón a juego, maquillaje discreto pero abundante, peinado de salón, perfume con un toque a vainilla. Hasta la mascarilla —obligatoria en edificios oficiales— combina con el conjunto.

Aún es temprano; queda algo más de una hora para el comienzo de la función. En el hall del edificio, un grupo de periodistas conversa en una esquina, junto a dos o tres trípodes. Ana lo compara mentalmente con la nube de reporteros apostados detrás de las vallas a la entrada de la Audiencia Nacional en Madrid, cuando lo de Pío García Escudero. Lo entiende: han pasado doce años, una era geológica en términos de actualidad política. A casi nadie le importa ya la suerte de los imputados. A ella sí. Quiere presenciar en directo cómo caen uno tras otro. No tanto por venganza —que también—, sino porque necesita un cierre, un final feliz, a ser posible, para tanto sacrificio.

Poco a poco, el hall se va llenando de gente. Los actores esperan entre bastidores. Veintisiete, nada menos, todos bien caracterizados, cada uno con su correspondiente abogado defensor, guardando escrupulosamente las formas. Los cuchillos, de puertas para afuera; aquí todos son víctimas: de un superior, del cabecilla, del sistema. Ana aprovecha el bullicio para colarse en la sala de vistas. Saca una foto y la tuitea.

> Tuit de @AnaGarridoRamos, 17 de noviembre de 2021
>
> Estoy en una sala vacía donde reina el silencio. Dentro de unos minutos asistiré a una representación de intrigas, traiciones y luchas de poder por parte de los mayores mafiosos con los que me he cruzado en la vida. Bonito reencuentro. Que empiece el espectáculo!!! 🎭



—¡Señora! ¿Qué hace usted ahí? ¡Todavía no se puede entrar! —le grita un funcionario desde la puerta.

—Perdón, perdón, no lo sabía —miente.

De nuevo en el hall, se topa con el primer actor: Alfredo Blanch Labrador, alias *el Petit Suisse*, el «captador».

—¡Hoooombre, Alfredo! ¿Qué tal? ¿Cómo te va? —Con la mascarilla, solo se le intuye la sonrisa.

Alfredo la mira extrañado; o no la reconoce o no la ubica. Aun así, le coge la mano para besársela, como acostumbra hacer con las mujeres.

—¿Quién eres?

—¿No lo sabes? ¡Ana! Ana Garrido, ¿te acuerdas?

—¡Aaaah, sí! ¿Qué tal te va?

—Muy bien —responde, con el pie perfectamente estudiado—. Acabo de abrir mi propia empresa para asesorar a denunciantes de corrupción. Les ayudo para que no les pase lo que a mí y

puedan defenderse de los delincuentes.

—Ah, ¡cuánto me alegro!

Ojalá hubiera acusado el golpe, pero se da cuenta de que Alfredo está como absorto, y no ha procesado el mensaje. Fallo. Para la próxima debe mejorar la dicción, marcar las pausas para que las palabras calen más.

Una auxiliar, con un portapapeles en la mano, se acerca a la puerta.

—Voy a llamar a los acusados por orden alfabético. Por favor, vayan pasando a la sala: Benigno Ruiz, Rodolfo, Blanch Labrador, Alfredo, Blanco Valín, José Ramón…

A Ana le produce un placer indisimulable ver a aquellos hombres —poderosos, prepotentes, engreídos— acatar la orden de una vulgar funcionaria y entrar por la puerta con la cabeza gacha.

Se acomoda al final de la sala e intenta no perderse un detalle de la escena: lenguaje corporal, gestos, movimientos, interacciones y esas voces de cordero degollado que a veces no entiende y está a punto de gritarles: «¡Más alto, que atrás no se oye!».

Durante los entreactos, aprovecha para saludar a los actores uno por uno: Guillermo del Moral, Juan Sigüelas, Cristina Cobo —le impresiona ver a Isabel Jordán gorda y descuidada, con un jersey viejo de lana; una mujer que, cuando la conoció, cuidaba su imagen hasta el más mínimo detalle, con tacones afiladísimos, pendientes de oro, bolsos de Versace— y, por supuesto, a Arturo González Panero.

Con Arturo se cruza, por casualidad, en el primer receso. Ana está apoyada en la columna de hierro de la escalera del hall. Él se acerca, sin reconocerla, y deja el abrigo sobre el pasamanos. Está solo, repudiado por el resto del elenco, cuya estrategia de defensa pasa por cargarle el muerto. Ana aprovecha la oportunidad.

—Hola, Arturo.

Por un instante, se le iluminan los ojos, como el niño al que, solo en el patio del recreo el primer día de colegio, alguien se le acerca a saludar.

—Perdona, no te reconozco, ¿quién eres?

—Ana Garrido.

Enseguida le cambia la cara, pero no a una expresión de disgusto, sino a la rigidez que mostraba segundos antes.

—¿Qué tal, Arturo? —le pregunta.

—Pues ya ves, aquí. Deseando que termine de una vez este lío en el que me han metido.

¿El lío en el que le han metido? ¡Sigue sin asumir absolutamente nada!

Cuando retoma el guion y le cuenta su proyecto empresarial, Ana vuelve a tener la sensación de que su interlocutor no procesa el mensaje. Es como si tuviera la cabeza en otro sitio: quizá esté dándole vueltas al juicio o, quizá, durante todos estos años, no haya pensado en ella de la misma manera que ella ha pensado en él. Al fin y al cabo, puede que, para Arturo, Ana no fuera más que otro peón, otro medio para alcanzar sus fines, una más entre las muchas personas a las que usó y desechó.

El destino les depara aún un segundo acto el último día del juicio. Ana quiere pensar que, si en ese momento él le hubiera pedido perdón, ella habría quedado conforme. En lugar de eso, le suelta una frase como una bofetada: «Mira, Ana, yo no podía hacer lo que me pedías, porque lo que tú me pedías era que prevaricara».

La réplica —ella la tiene que meditar— le llega por SMS:

> ¿Que prevaricaras? ¿Recuerdas cuando le prohibiste a los concejales desayunar conmigo? ¿Recuerdas cuando me degradaste dos categorías? ¿Recuerdas cuando azuzaste el enfrentamiento entre mi concejala y yo? ¿Recuerdas cuando me pediste que contratara todos los seguros con tu amigo?

¿Recuerdas las trampas de Alfredo para que entrara en la rueda? Te podría recordar infinidad de cosas, Arturo, pero para todas encontrarías una excusa. Me alegra saber que después de mis quince años de condena ahora vaya a empezar la tuya.

Arturo González Panero es sentenciado a treinta y seis años de cárcel.

Telón.

CAPÍTULO XXX
Entrevista y encargo

Conil, terraza de El Merendero de la Atalaya, frente a la playa de la Fontanilla. Diciembre de 2022.

—[…] ¿Te acuerdas de la última vez que nos vimos? Fue también en una playa.

—Mmm, no…

—Sí, mujer, cuando casi te ahogas. Que fuiste a buscar un hidropedal al Tulemar.

—¡Joder, es verdad! ¡Ya no me acordaba!

—Madre mía, ¡vaya situación! Con el hombre aquel sin dientes —me río.

—Fran, sí. Pues fíjate que me han pasado cosas en la vida, pero esa ha sido de las veces que más cerca he estado de morir.

—Ya me imagino. Bueno, ¿cómo estás?

—¿Te digo que bien o te cuento?

—Mejor cuéntame.

—Jodida.

—Ya me imaginaba.

—Y encima, de los nervios, he dormido fatal, como a trozos. A las cuatro ya estaba despierta.

—¿Nervios por qué?

—Por la cita contigo. —Pausa—. Bueno, y por todo en general, aunque eso es más normal. Lo mío es como una gota malaya: *pum-pum*, *pum-pum*. Hace tiempo que ya no vivo, Martin; simplemente sobrevivo. Por eso quiero que cuentes mi historia, por si un día no estoy.

—La puedo contar igualmente si estás. —Evita devolver la mirada.

—En su día la empecé, ¿sabes? Escribí varias páginas. Le puse un título y todo: *He decidido morir con belleza*, pero seguro que tú, que eres periodista, la cuentas mejor.

—Es un título deprimente.

—Ya buscarás uno mejor.

—Buscaremos; este es un proyecto en común. —No parece muy convencida con la idea—. Cuéntame, ¿cómo es que te viniste a Conil?

—La razón la tienes delante de tus ojos.

—Está preciosa la playa, con el agua de la orilla haciendo efecto espejo.

—Sí, eso me gusta de las playas de Cádiz.

—¿Conoces a mucha gente por aquí?

—A mis perros —amaga con una sonrisa—. No, ahora en serio, conozco a dos o tres personas.

—Al menos tienes a alguien con quien hablar.

—Bueno.

—¿No?

—No sé, yo me siento muy sola.

—Pero tienes buenos amigos, Ana.

—No te creas. Los he ido perdiendo a todos, por diferentes circunstancias; ritmos, afinidades, mudanzas…

—Sí, bueno, es verdad que eso pasa.

—Y tampoco es plan de ir contándole a la gente tus penas. Son años ya de hacer todo sola. A veces se hace muy cuesta arriba. No me refiero solo a los fines de semana, que también, sino hasta las cosas más sencillas. Dar un abrazo, por ejemplo. El abrazo que me has dado antes…, ¿sabes cuánto tiempo hace que no sentía algo así? Eso es lo más duro. Más duro incluso que el tema económico. El tema económico aprieta, claro, a final de mes o cuando viene una factura inesperada, pero lo otro es una sensación de soledad constante, de no importarle una mierda a

nadie, de ser un juguete roto.

—¿Y estas dos personas que me has comentado?

—Alguna vez quedamos. Son buena gente… El otro día, uno de ellos, el Churro, no sé qué le estaba contando de mí y usé la palabra «reivindicativo». ¡Me puso un careto! Que qué significaba esa palabra. Y, joder, sí, salimos a tomar algo, y me río con él, pero ¿dónde voy yo con un tío que no sabe lo que significa la palabra «reivindicativo»? ¡Si es la esencia de mi persona!

—Eso ya te pasaba un poco en Costa Rica.

—Un poco, sí. ¿Sabes lo que me preguntó el otro día este hombre, el Churro? Me preguntó: «Oye, pero ¿tú no hay un santo día en el que no hables de este tema?». No me lo dijo en plan mal, pero me dio que pensar.

—¿Y es verdad?

—A lo mejor sí, pero no soy consciente. El problema no es que la historia se haya terminado y yo no sea capaz de superarlo. Ojalá fuera eso; ojalá dependiera de mí. El problema es que sigo pagando las consecuencias de aquello todos los puñeteros días de mi vida. Ayer, sin ir más lejos, según me desperté, me llegó otra notificación de Hacienda. Un embargo por el incremento patrimonial de cuando vendí mi casa. El gestor no me lo advirtió en su día. Veinte mil euros. Veinte mil euros que no tengo, claro. A eso súmale el coche, que se me estropeó hace un mes. Alguien me vende uno muy barato, pero si no liquido la deuda con Hacienda no puedo pagar el numerito. En fin, a lo que voy, que es algo que tengo ahí, latente, continuo, y lo voy penando, lo voy penando porque cada día aparece algo nuevo que me impide pasar página. Y, claro, cuando me vino este con la preguntita, pues me vine abajo.

—Te hurgó en la herida…

—Lo que pasa es que me da rabia, ¿sabes? Me da rabia que, a estas alturas de la película, siga sin saber gestionar ciertas cosas

a nivel emocional.

—¿A qué cosas te refieres?

—A que me da mucho miedo abrirme, Martin. Estoy traumada. Lo digo también por lo del libro. Me va a costar.

—Bueno, no hay prisa, ¿no?

La camarera aparece con el café y unos molletes de jamón. Desayunamos.

—¿Cómo te gustaría que lo enfocase? El libro, me refiero.

—Ni idea. Me gustaría que sirviera para que la gente se anime a denunciar, pero sé que, en cuanto conozcan la historia, se les van a pasar las ganas.

—También ha tenido sus cosas buenas, ¿no?

—Venga ya, ¡no me hagas reír!

—Has conocido a mucha gente en este viaje. Imagínate la vida que tendrías ahora siendo funcionaria.

—Una vida tranquila.

—Puede, pero menos interesante.

—A veces quiero pensar que ha merecido la pena, te lo juro, pero otras me vengo abajo. Me cuesta ver el lado positivo.

—Bueno, de esa parte ya me encargaré yo, entonces.

—Vale.

—Me gustaría también tocar otros temas: política, periodismo… Tu caso me parece paradigmático de cómo funcionan las cosas por estas latitudes.

—Me parece bien, tienes carta blanca.

—Perfecto. Por cierto, ¿sigues viendo a tu psicóloga?

—No, solo a la psiquiatra.

—Ah, vale.

—Esa es otra, con tanta pastilla, no tengo apetito sexual, y eso es un hándicap para encontrar pareja.

—¿Eso te preocupa?

—Bueno, tampoco demasiado, la verdad.

—¿Cuánto tiempo llevas con la medicación?

—Años. Lo mío es crónico. Ya la tomaba en Costa Rica.

Sigo desayunando. Ella terminó hace un rato. Ahora fuma un cigarrillo tras otro. Le gusta fumar mientras habla, la ayuda a encontrar las pausas, a masticar las palabras.

—¿Por qué crees que te ha tocado vivir todo esto, Ana?

—Eso me pregunto yo. Creo que nací así, para lo bueno y para lo malo. Ya desde pequeña todo el mundo me decía que era una luchadora nata, ¿sabes? De adolescente tenía dos pósteres en mi cuarto: uno de una chica mirando por la ventana al mar, y otro de una boxeadora, una foto en blanco y negro, menos los guantes, que eran rojos. Yo me veía reflejada en ella, pero, si te soy sincera, estoy hasta los huevos de tanto luchar. Me merezco un descanso, ¿no crees?

—Pues sí.

—Esta noche, como no podía dormir, estuve buscando algunas fotografías para enviarte, por si te sirven. Encontré una con Paloma y Lola, en una fiesta de cumpleaños. Ahí estamos las tres, sonriendo. Yo tengo una cara de felicidad que no puedo con ella… Estaba resplandeciente, llena de luz. Ahora me veo vieja; la vida me ha pasado por encima, se me ha ido, y no va a volver. Estoy deseando que llegue el final.

—Tú eres creyente, ¿no?

—Sí, bueno, a mi manera. De joven mucho. Una vez estuve en una comunidad religiosa, en Huelva, no sé si te lo conté alguna vez. Vivíamos de la providencia, en medio del campo, en paz con Dios. Fue cuando me dejó mi primer novio, antes de entrar en la universidad. Un día vinieron mis padres a verme. ¡Menudo susto se llevaron! No me reconocieron. Yo llevaba el pelo corto, porque allí me dedicaba a eso, a cortarle el pelo a la gente. Ahora ya no tengo esa fe, ni mucho menos, no soy como ellos, quiero decir, como mis padres. Ellos sí tienen una fe inquebrantable, aunque

convencional. Son de resignarse y dejarlo todo en manos de Dios. Eso no va conmigo. Yo soy más de a Dios rogando y con el mazo dando. No dejo nada en manos de Dios, nada que pueda hacer yo misma.

Después del desayuno, bajamos a la playa y paseamos por la orilla.

—Qué maravilla esto, ¿no? Qué sol tan rico, en pleno diciembre.

—Sí, una maravilla. —Prende otro cigarrillo—. Intento disfrutarlo; me bajo todos los días a la playa con mis perros. Ya sabes que siempre he sido mucho de disfrutar: me gusta bailar, hacer deporte, salir… Ahora me cuesta; tengo algo que me frena, que no me deja ser yo.

—Es difícil disfrutar con el ánimo bajo.

—Sí, eso es verdad. Pero también es porque no encuentro mi lugar desde que lo perdí. Últimamente pienso en todos los sitios donde he vivido, la gente a la que he conocido y que he ido perdiendo… Mira, hace como un año se murió la madre de una buena amiga. Yo estuve en el velatorio y en la misa. Cuando volví a hablar con ella por teléfono, se me había olvidado por completo que su madre se había muerto. Te lo juro, no lo recordaba. A lo mejor es una excusa, pero a veces estás tan metida en tu vida que se te olvida la de los demás.

—Sí, entiendo lo que me quieres decir.

—Que no es que no me importen, ¿eh? Que luego me llaman con cualquier problema y les escucho, y me implico.

—Ya.

—Lo que pasa es que los problemas me comen. No sé, a lo mejor tiene razón el Churro y estoy demasiado centrada en lo mío.

—El Churro este… ¿te gusta?

—¡Uf! Ese tema también, madre mía, complicado. Ya te he dicho que no tengo apetito sexual. A lo mejor es la medicación, pero no tengo libido desde hace ya ni me acuerdo, y duermo en el sofá

desde hace ya ni me acuerdo y no me ducho todos los días desde hace ya ni me acuerdo, y lo peor de todo es que me da igual.

—¿Hace mucho entonces que no estás con nadie?

—Mi última relación seria fue Hugo, así que imagínate. ¿Recuerdas que en Costa Rica te hablaba de él? ¿Cuántos años han pasado desde eso? ¿Diez? ¿Doce? Luego estuve con otro tío…, ya te contaré, un tal Diego. Esa relación para mí no cuenta; fue una mentira. He pensado mucho en eso, creo que este tío me maltrató psicológicamente, solo que yo no estaba en condiciones de enfrentarme a otro problema más. Después de aquello, alguna vez me he visto en ciertas situaciones…, lo típico que se te arrimaba un tío y a lo mejor no necesito sexo, solo dormir acompañada, pero, claro, ¿cómo le explicas eso a un tío? Hubo uno, no se me olvidará, que me echó de su casa a las tantas de la noche. Eso sí me ha pasado, de tener la necesidad de dormir abrazada a alguien. Yo lo explicaba, y había tíos que lo entendían y otros que no. Por ejemplo, con el Churro he dormido alguna vez, y él sí lo ha respetado. En fin, no sé. Han sido muchos años sin nadie. Luego pienso en todo lo que hicimos, en la Plataforma X la Honestidad, hasta dónde llegamos, que yo jamás pensé que me sentaría en una mesa con un ministro, que hablaría en la Comisión Europea para apoyar a Antoine Deltour y a Daphne Caruana. De esa parte sí me siento orgullosa, porque, aunque yo estuviera viviendo mi propio drama, sentía que hacía algo importante, algo que me trascendía.

—Pero entonces no perdiste tu lugar; lo encontraste.

—Yo sé que hay lugares en los que estaría muy cómoda, pero ¿dónde voy ahora, con cincuenta y ocho años?, ¿a qué puertas llamo, si no me da trabajo nadie? Cuando digo que me entran ganas de quitarme de en medio no me refiero solo a suicidarme, sino a desaparecer, a pirarme por ahí a algún pueblo perdido. A sentirme útil, joder. Mira, cuando estuve colaborando en la Ley

de Protección al Denunciante, le pedí al ministro que incluyera una bolsa de trabajo, igual que hacen con las mujeres maltratadas, porque muchos de nosotros no volvemos a trabajar, nadie nos da trabajo. Al final, eliminó esa parte del proyecto de ley. Por eso le tengo tanta manía a los políticos; a todos. Yo me llegué a sentar con el tonto este a las tres, el Toni Cantó, y, al terminar la reunión, entró un fotógrafo, que cogí, me levanté y le dije que no me hacía la foto, que me negaba a hacerle el caldo gordo a nadie, porque eso es lo único que les importa: aprovecharse de ti, usarte, hacerse la foto y luego tirarte a la papelera. Por eso le estoy tan agradecida a las personas que, sin conocerme de nada, sin esperar nada a cambio, me salvaron la vida, que ya te mandaré un vídeo de YouTube que tengo en oculto, un vídeo que hice cuando estaba al límite. Recaudé tanto dinero que tuve que hacer otro pidiéndole a la gente que ya no me mandara más.

—Me lo creo. Tú llegaste a estar en la cresta de la ola.

—¿Cresta de la ola? ¡Qué va! A lo mejor de la ola mediática, pero luego, si pinchabas, se deshacía el globo. Vale que, como salía por la tele, maquillada y bien vestida, podía parecer que mi vida era normal, pero, vamos, ya te digo yo que de normal nada. Era un puto caos, siempre luchando por sobrevivir, yendo de mercadillo en mercadillo, vendiendo pulseras, hablando con abogados que te chupaban la sangre y, a la vez, defendiéndome de lo que decía este, el otro y el de más allá. No sé ni cómo sigo viva. Bueno, sí lo sé: por la gente, a mí la fuerza me la daba la gente. Recibía muchos correos electrónicos y cartas que me conmovían. Mira, hay una anécdota… Esta quiero que salga en el libro sí o sí, es lo único que te pido, ¿vale?

—¿Todavía no he empezado a escribir y ya me estás poniendo deberes? A ver, dime.

—Una vez un hombre me escribió una carta. No sé ni cómo me

llegó, con la de veces que he cambiado de casa…, yo creo que me la pasó Marian. Este hombre había hecho una pequeña donación, de veinte euros o algo así. Según me contaba, tenía un hijo de cuatro o cinco años. Se había pensado mucho lo de la paternidad, porque no quería traer a nadie a un mundo que no le gustaba. En la carta me decía que, gracias a mí, había recuperado la ilusión por ser padre, por educar. Mi caso le había inspirado; se había dado cuenta de que aún quedaban personas que merecían la pena. Quería inculcarle eso a su hijo. A mí esa carta me llegó al alma, no por creerme una heroína, que es algo que siempre he detestado las veces que me lo han dicho. Nunca he querido ser una heroína; ni heroína ni víctima. Este hombre me pidió un favor: quería que le regalara a su hijo algo hecho por mí. Estuve unos días dándole vueltas al tema: no sabía qué regalarle, porque yo en aquella época hacía bisutería. Entonces se me ocurrió escribirle un cuento. De pequeña me gustaba mucho la poesía y alguna vez, en Magisterio, había escrito algún cuento para niños, así que me puse a ello. Era la historia de una niña, mi propia historia. Lo adorné con dibujos, hice una portada muy chula y lo encuaderné. Todo hecho a mano. Al ir a enviarlo, había perdido el sobre de su carta, donde venía su dirección. Estuve buscándolo por todos los sitios, pero no lo encontré. Siempre me quedó esa espinita clavada, pensé que le habría decepcionado, que para él habría sido importante recibir eso de mí, y para mí también el habérselo entregado. Y, quién sabe, puede que su hijo sea ya mayor de edad, y no le importe una mierda mi historia, pero si ese hombre lee el libro, quizá contacte contigo, y se lo puedas hacer llegar. Porque me siento profundamente en deuda, y ya no me quedan fuerzas para pagarla.